

El genio femenino
La vida, la locura, las palabras

2. Melanie Klein

Julia Kristeva

PAIDÓS
Buenos Aires
Barcelona
México

II. La locura
Melanie Klein

o el matricidio como dolor y creatividad

Agradezco su atenta lectura a Cléopâtre Athanassiou-Popesco, y también, por su colaboración, a Élisabeth Bélorgey-Kalogeropoulos, Frédéric Bensaïd, Raymonde Coudert, Marie-Noëlle Demarre y Catherine Joubaud.

Una mujer de carácter con una especie de fuerza en parte oculta... ¿cómo diría? No astucia sino sutileza, algo que trabaja por debajo. Una atracción, una torsión, como un mar de fondo: amenazante. Una dama de cabello entrecano y brusca, de grandes ojos claros e imaginativos.

VIRGINIA WOOLF

*Than soul, live thou upon your servant's loss [...]
So shalt thou feed on Death that feeds on men,
And, Death once dead, th's no more dying then.*

WILLIAM SHAKESPEARE, *Sonetos*, 146

[“Alma, vive de la perdición de tu sierva (...) de modo que te alimentarás de la Muerte, que se alimenta de los hombres, y, una vez muerta la Muerte, no habrá más morir.”]

Introducción El siglo del psicoanálisis.....

I. Familias judías, historias europeas: una depresión y sus consecuencias.....

1. LIBUSSA.....
2. JUDÍOS Y CATÓLICOS.....
3. SANDOR FERENCZI.....
4. KARL ABRAHAM.....
5. LONDRES.....

II. Analizar a sus hijos: del escándalo a la técnica del juego.....

1. EL SABER INCONSCIENTE (DEL NIÑO) CONTRA LA ILUSTRACIÓN (DE LOS PADRES).....
2. FABULAR CON ERICH/FRITZ.....
3. HANS Y (TAL VEZ) MELITTA.....
4. ¿JUGAR? INTERPRETAR.....
5. PALABRAS CRUDAS, TRANSFERENCIA NEGATIVA, DESCOMPENSACIÓN DE LA FANTASÍA.....

III. Prioridad e interioridad del otro y del vínculo: el bebé nace con sus objetos.....

1. NARCISISMO Y OBJETO.....
2. AFUERA/ADENTRO.....
3. LA “POSICIÓN ESQUIZOPARANOIDE”: LA ESCISIÓN Y LA IDENTIFICACIÓN PROYECTIVA.....
4. LA POSICIÓN DEPRESIVA: OBJETO TOTAL, ESPACIO PSÍQUICO, REPARACIÓN.....

IV. ¿La angustia o el deseo? En el comienzo era la pulsión de muerte.....

1. EROS ABSORBIDO POR TÁNATOS: LA DEVORACIÓN SÁDICA Y EL ATAQUE ANAL.....
2. ESA TRISTEZA QUE NOS COMPONE EL ALMA.....
3. PODER DE LA ENVIDIA Y APUESTA A LA GRATITUD.....
4. PETTIS FOURS, KLEINE FROU, FRAU KLEIN.....

V. Un superyó precoz y tiránico.....

1. DESDE LAS PRIMERAS FASES DEL EDIPO.....

2. NO ESCAPAN LAS NIÑAS NI LOS VARONES.....
3. LA IDEALIZACIÓN PERSECUTORIA Y LAS “CONCRECIONES”.....
4. EL CASO RICHARD: LA BONDAD CONTRA HITLER-UBÚ.....
5. ¿CÓMO NO ESTAR SOLO?.....

VI. ¿Culto de la madre o elogio del matricidio? Los padres.....

1. EL PECHO SIEMPRE RECOMENZADO.....
2. UN ESTADIO FEMENINO PRIMARIO.....
3. SEXUALIDAD FEMENINA.....
4. ...Y SEXUALIDAD MASCULINA.....
5. LOS PROGENITORES “COMBINADOS” O ACOPLADOS.....
6. UNA ORESTÍADA.....

VII. La fantasía como metáfora encarnada.....

1. EL REPRESENTANTE ANTES DE LA REPRESENTACIÓN.....
2. LAS “ENVOLTURAS PRENARRATIVAS” ENTRE ANGUSTIA Y LENGUAJE.....
3. ¿UNA ATRACCIÓN FEMENINA POR LO ARCAICO?.....

VIII. Inmanencia y grados del simbolismo.....

1. DE LAS ECUACIONES A LOS SÍMBOLOS: DICK.....
2. LA NEGATIVIDAD SEGÚN MELANIE KLEIN.....
3. LO ARCAICO Y LO PRIMARIO EN LOS POSKLEINIANOS.....
4. SUBLIMACIONES CULTURALES: ARTE Y LITERATURA.....

IX. De la lengua extranjera a las redes de los fieles y los infieles.....

1. UNA FUNDADORA SIN TEXTO.....
2. MADRE E HIJA.....
3. LA PAZ Y LA GUERRA DE LAS DAMAS.....

X. La política del kleinismo.....

1. DE LAS CONTROVERSIAS A LOS INDEPENDIENTES.....
2. LA ENVIDIA Y GRATITUD DE LACAN.....
3. LA IZQUIERDA Y LAS FEMINISTAS SE APROPIAN DE LA “TRIPERA INSPIRADA”.....
4. LA MADRE INTERIOR Y LA PROFUNDIDAD DEL PENSAMIENTO.....

Introducción

El siglo del psicoanálisis

*Los hombres son tan necesariamente locos,
que no estar loco sería otro tipo de locura.*

PASCAL

1925: “Está un poco chiflada, eso es todo. Pero sin duda su espíritu rebosa de cosas sumamente interesantes. Tiene una personalidad encantadora.” Alix Strachey describió de este modo a Melanie Klein en una carta al esposo, James Strachey, que iba a ser el célebre traductor y editor de la Standard Edition de las *Obras* de Freud, y uno de los animadores del famoso grupo londinense de Bloomsbury.¹ Las dos mujeres se analizaban en Berlín con Karl Abraham, y por la noche salían a bailar en bares “de izquierda”, no necesariamente de muy buena fama.

1957: Al cabo de tres décadas, Melanie Klein se había forjado una notoriedad mundial como madre fundadora del psicoanálisis de niños y, más allá de esto, de refundadora, después de Freud, del psicoanálisis de adultos, en particular del psicoanálisis de las psicosis. En *Envidia y gratitud* escribió lo siguiente:

Mi experiencia clínica me ha enseñado que el pecho nutricional representa para el lactante algo que tiene todo lo que él desea; es una fuente inagotable de leche y amor, que no obstante él se reserva para su propia satisfacción: es entonces el primer objeto que el niño envidia. Ese sentimiento intensifica su odio y su reivindicación, y de este modo perturba la relación con la madre. Las formas excesivas que puede revestir la envidia denotan que los elementos paranoides y esquizoides son particularmente intensos; ese niño puede considerarse enfermo. [...] [Después la envidia] adoptará formas en las que no se apega únicamente al pecho, sino que se encuentra desplazada sobre la madre que recibe el pene del padre, que lleva hijos en el vientre, los pone en el mundo y los alimenta [...].

Estos ataques se dirigen sobre todo contra la creatividad. La envidia es un lobo voraz, como escribió Spenser en *The Faene Queene* [...]. Esta idea teológica nos llegaría de San Agustín, quien describe una fuerza creadora, la Vida, que opone a una fuerza destructora, la Envidia. Desde esta perspectiva se puede interpretar la Primera Epístola a los Corintios: “El amor no envidia”.²

1 Cf. Perry Meisel y Walter Kendrick, Bloomsbury/Freud. James et Alix Strachey, Correspondance, 1924-1925(1985), trad. franc. PUF, 1990, pág. 320.

2 Melanie Klein, *Envidia et gratitude* el autres essais (1957), trad. franc. Gallimard,

Melanie Klein es ya una figura principal y un valor insoslayable. Del mismo modo que el psicoanálisis que ella ejerce con genio.

Gran aventura incorporada en las costumbres u oscura ignorancia salvajemente denigrada por algunos, el inconsciente aún sigue siendo un enigma en el alba del tercer milenio. Un siglo después de su aparición,³ aún no hemos medido la magnitud de la revolución copernicana realizada por Sigmund Freud (1856-1939) y sus discípulos. Heredero de la religión y la filosofía tanto como de la medicina y la psiquiatría de fines del siglo XIX, el psicoanálisis las desmenuzó y renovó, imponiendo la idea de que *el alma* humana, tributaria del *cuerpo* y del *lenguaje*, no solo es conocible, sino que, lugar de dolor y sujeta a destrucción, incluso a muerte, es sobre todo nuestro espacio privilegiado de renacimiento.

Con la pasión propia de los exploradores de lo desconocido, los pioneros de este descubrimiento movilizaron en torno a él la totalidad de su existencia, y forjaron de tal modo un nuevo tipo de conocimiento, que desafía la racionalidad clásica al amplificarse y tomar en cuenta lo imaginario que sostiene el vínculo entre dos seres hablantes. Aunque muchos desconfiaron y siguen desconfiando (desde Heidegger hasta Nabokov, para citar a los más empecinados), algunos hombres y mujeres que se contaron entre los más inventivos de este siglo (desde Virginia Woolf hasta Georges Bataille, desde André Bretón hasta Jean-Paul Sartre, desde Romain Rolland hasta Gustave Mahler, desde André Gide hasta Émile Benveniste, desde Charlie Chaplin y Alfred Hitchcock hasta Woody Allen) leyeron a Freud o se tendieron en el diván analítico, para comprender o experimentar esa innovación del autoconocimiento, a la vez condición de una nueva libertad y punto de inflexión de la civilización.

Los desgarramientos fratricidas e institucionales que acompañaron y agitaron el movimiento psicoanalítico en sus inicios y a lo largo de su historia secular no se debieron solo a la permeabilidad de los terapeutas ante la locura que atienden, como dicen las malas lenguas. Ni tampoco se

col. "Tel.", 1968, págs. 21 y 47. [Ed. cast.: Envidia y gratitud, t. 3, Barcelona, Paidós, 1988.]

³ La palabra "psicoanálisis" fue empleada por primera vez en el artículo que Freud publicó en francés titulado "La hérédité et l'étiologie des névroses" (1896), *Gesammelte Werke* (GW), Londres, Imago Publishing Copmany, 1940-1953 y Francfort, Fischer, 1960-1988, t. 1, págs. 407-422; *Standard Edition* (SE), Londres, Hogarth Press, 1953-1974, t. III, págs. 141-156. Pero el libro que iba a ser considerado inaugural del psicoanálisis es *La interpretación de los sueños*, publicado en 1900, después de los *Estudios sobre la histeria*, en colaboración con Joseph Breuer, que apareció en 1885.

debieron a que, al oponerse a las conveniencias civilizadas, la intensidad de las pulsiones y las palabras a menudo oficia de verdad. Pero, de manera más dramática, los conflictos internos del movimiento analítico revelan, si los examinamos como al microscopio, la crueldad intrínseca de toda cultura humana, puesto que solo hay innovación en las fronteras de lo imposible.

Para conocer y tratar de liberar el alma humana, Freud y sus “cómplices” tomaron el camino regio de la enfermedad mental. Numerosos moralistas y escritores, sobre todo franceses, habían ya abierto a su manera ese camino, al revelar la locura que hay en el fondo del alma humana. Esos precursores de Freud bosquejaron un pensamiento del exceso que estaba en las antípodas de su exclusión médica y psiquiátrica en la patología. En efecto, nada resta de “la locura” para la urbanidad de un La Rochefoucauld que escribe “Quien vive sin locura no tiene otra sabiduría”, o para el saber infernal de un Rimbaud, que proclama “La desdicha ha sido mi dios. Me he arrojado al barro. Me he secado con el viento del crimen. Y le he jugado buenas pasadas a la locura”. La locura, que no hay que ignorar ni encerrar, debe decirse, escribirse, pensarse: límite temible, estímulo interminable de la creatividad.

Esta paradoja aparente sigue estando ahora y siempre en el núcleo de la incompreensión y las resistencias que suscita el psicoanálisis: ¿cómo podría decir la verdad la patología? Al atender la enfermedad psíquica, al analizar el malestar, el psicoanálisis descubre las lógicas que también subtienden las experiencias humanas llamadas normales, y puede especificar las condiciones a partir de las cuales esas lógicas se fijan como síntomas. La teoría del inconsciente borra entonces la frontera entre “lo normal” y “lo patológico”; sin renunciar a curar, se ofrece esencialmente como un viaje hasta el fin de la noche íntima. Cierta vocabulario tomado de la psiquiatría puede inducir a error: el psicoanálisis parte de la locura, pero no la extiende a todo el mundo, no trata de convencer de que todos somos locos; por el contrario, encuentra en la locura modelos o estructuras que nos habitan en secreto y son portadores del exceso, de atolladeros, pero también de innovaciones.

El punto de apoyo que le permitió al psicoanálisis freudiano fundir las fronteras entre lo normal y lo patológico, e iniciar uno de los desmantelamientos más radicales de la metafísica de los que se enorgullece nuestro siglo, fue el descubrimiento de que la vida del espíritu enraíza en *la sexualidad*. A la vez energía y sentido, biología y comunicación con el otro, la sexualidad no biologiza la esencia del hombre (a Freud se le reprochó erróneamente que sostuviera esto) sino que, por el contrario (y siempre según Freud) inscribe desde el principio la animalidad en la

cultura. Si la especie humana es capaz de simbolizar y sublimar, ello se debe a que tiene una sexualidad en la que se anuda indisolublemente lo que para la metafísica era un dualismo: el cuerpo y el espíritu, el instinto y el lenguaje. En efecto, el *deseo* es desde el comienzo energía e intención, y observando los accidentes de la sexualidad el psicoanálisis puede identificar los fracasos de esa copresencia, que son la fuente del malestar. Para que la desculpabilización de la sexualidad le permitiera a un juicio vienés convertirla en objeto de conocimiento y, lo que es más, en el centro de la vida psíquica, fueron necesarios la herencia bíblica y todo el desarrollo libertario de la cultura europea, desde el Renacimiento y la Ilustración hasta la Belle Époque del siglo XIX. Los espíritus libertarios de todos los climas no dejaron de reconocerse en esa subversión. Pero el alcance del descubrimiento freudiano es más profundo. Ni libertinaje ni provocación, la sexualidad, según Freud, es la bisagra a partir de la cual se especifica “la esencia del hombre” como un deseo, indisolublemente energético y significativo, de manera que lleva a la vez impresos el destino que nos limita y la singularidad que nos libera: un deseo en la encrucijada de la genética y lo subjetivo, de la pesadez y la gracia.

El *alma*, heredera de la antigua *psique*, se convierte entonces en un “aparato psíquico” cuyas “tópicas” variaron (inconsciente/preconsciente/consciente primero, y después ello/yo/superyó), pero que está inexorablemente atravesado por las diversas economías y figuras del deseo, desde siempre psicósomático. La apuesta freudiana fue que ese deseo bifronte se descifra en *el discurso* dirigido al Otro-analista en el seno de la transferencia. Una apuesta llena de optimismo (pero que no evitó la desilusión más lúcida), una apuesta que instituyó la *oreja* como órgano principal, y el *análisis del texto* como referencia judeocristiana indispensable de esa prolongada aventura.

Según Freud, la heterogeneidad carne/espíritu entretejida en la sexualidad solo puede entenderse en el discurso con la condición de que se abra su superficie controlada por la conciencia, y se cave en él la brecha de otra lógica. De este modo se hace vacilar la totalidad del edificio del *sujeto pensante*, heredado de la historia de la metafísica y sellado por el *cogito* de Descartes. El *inconsciente freudiano* se convierte en esa “otra escena”, accesible a través de la conciencia pero irreductible a ella, que se ofrece a la escucha analítica. El inconsciente se sustrae al irracionalismo, pues, lejos de ser un caos irreductible, tiene una estructura, aunque diferente de la estructura de la conciencia. Soslayando el secreto psicológico en el que actúan la vergüenza de las familias y la moral social, me constituye sin que yo lo sepa, con una profundidad insospechable. Y cuando llego a acceder a él, me libra de mis inhibiciones al restituirme la libertad. Yo no soy

responsable de mi inconsciente, pero si bien no respondo *por él*, sí *fe respondo*... repensándolo y recreándolo.

La sexualidad inconsciente iluminó desde entonces con una nueva luz la diferencia tradicional entre los sexos, y no fue la menor revelación de la revolución psicoanalítica el hecho de que acompañara y estimulara las modernas mutaciones de las relaciones entre ellos. Para captar la lógica del inconsciente, Freud afinó su oreja en la escucha de la *histeria femenina*. Toda una galería de "personajes" o "casos" femeninos se pusieron en sus manos para que fundara el psicoanálisis: Anna O., Emmy von N., Lucy R., Katharina, Elisabeth von R., sin olvidar a Dora, la más célebre, y a muchas otras, más o menos conocidas. Lejos de atribuir esas sintomatologías al sexo femenino exclusivamente, Freud ocasionó un escándalo al rastrear las histerias masculinas: una manera más de cuestionar el clivaje tradicional hombre/mujer. El psicoanálisis comienza por reconocer la bisexualidad psíquica inherente a cada uno de los dos sexos biológicamente constituidos, y para terminar revela la singularidad sexual propia de cada individuo. Así, aunque la mayoría de las corrientes analíticas afirman que la heterosexualidad sobre la que se funda la familia es la única que puede asegurar la individuación subjetiva de los niños, el psicoanálisis explora y reconoce de hecho un polimorfismo sexual subyacente en todas las identidades sexuales, y se afirma por lo tanto como una ética de la emancipación subjetiva.

Este contexto intelectual favorece el acceso de las mujeres a la práctica del psicoanálisis, y revela más sus talentos que otras disciplinas más o menos sensibles a los trastornos sociales y políticos de la época. A pesar de las resistencias y hostilidades que muchas de ellas encontraron en un ambiente masculino, en el que además regía la jerarquía médica tradicional y rígida, numerosas mujeres participaron en la revolución psicoanalítica o realizaron aportes reconocidos de inmediato: Lou Andreas-Salomé, Sabina Spielrein, Karen Horney, Helene Deutsch, Anna Freud, Joan Riviere, Susan Isaacs, Paula Heimann, Jeanne Lampl-De Groot, Marie Bonaparte, y sobre todo Melanie Klein (para no citar más que algunas de las contemporáneas de Freud).

Adorada hasta el fanatismo dogmático por sus discípulos, vilipendiada por sus detractores (algunos de los cuales no vacilaron en negarle la condición de analista), Melanie Klein (1882-1960) no tardó en imponerse como la innovadora más original del psicoanálisis, entre los analistas de uno y otro sexo por igual. En efecto, supo dar una nueva orientación a la teoría y a la clínica del inconsciente, sin romper con los principios fundamentales del freudismo (como lo hicieron los disidentes,

por ejemplo C. G. Jung). Su obra clínica y teórica es menos un texto canónico que el desarrollo de una poderosa intuición práctica, la cual, después de dolorosas controversias, suscitó las consecuencias más fecundas de las que se enorgullece hoy en día el psicoanálisis moderno, en particular el inglés.

La clínica del niño, de la psicosis y del autismo, en la que prevalecen nombres como W. R. Bion, D. W. Winnicott o Francés Tustin, sería impensable sin la innovación kleiniana. Veremos que esta mujer (que fue una esposa infeliz y una madre deprimida, que emprendió un análisis con Ferenczi y lo terminó con Abraham, que no era médica ni tenía ningún otro título) en 1919 realizó su primer estudio de psicoanálisis de niños pequeños, basándose en el análisis de sus propios hijos, y se convirtió en psicoanalista en 1922, a los 40 años de edad. En 1926 se instaló en Londres y se ganó una notoriedad fulgurante, consagrada por la publicación en 1932 de su compilación *El psicoanálisis de niños*. Las divergencias con Freud y las disputas con Anna Freud, que culminaron en las Grandes Controversias de la Sociedad Británica de Psicoanálisis entre 1941 y 1944, no hicieron mella en su determinación ni en su expansión. Por el contrario, la influencia directa o indirecta de Klein no cesó de aumentar en el mundo después de su muerte, en particular en Inglaterra y América latina, pero también en Francia, tanto entre psicoanalistas clínicos como entre sociólogos y feministas.

Son conocidas las líneas principales de sus divergencias con el pensamiento de Freud, divergencias que nunca dieron lugar a una fractura, sino que fueron presentadas como una manera de completar la teoría del inconsciente. El inconsciente freudiano está estructurado por el deseo y la represión; Melanie Klein, por su parte, insiste en el *dolor* psíquico del recién nacido, en la *escisión*, *disociación* o *clivaje*, y en la capacidad precoz de *sublimación* más o menos obstaculizada. La pulsión freudiana tiene una fuente y un fin, pero no objeto; las pulsiones del recién nacido kleiniano se dirigen primero hacia el *objeto* (el pecho, la madre): el *otro* está desde siempre allí, y los dramas de ese vínculo precoz que se establece entre el objeto y un yo con su superyó igualmente precoces con un Edipo precocísimo, se despliegan con todo el horror y la sublimidad de un Hieronymus Bosch. Freud centra la vida psíquica del sujeto en la experiencia de la castración y la función del padre: sin ignorarlas, Melanie Klein las considera apuntaladas por una función materna omitida en la teoría del padre fundador del psicoanálisis, con lo cual ella, Melanie, corre el riesgo de reducir el triángulo a una diada (aunque en la teoría la pareja sea presentada desde el principio con la forma primaria de un “objeto combinado”). No obstante, la madre así privilegiada está lejos de erigirse

“en objeto de culto, como con demasiada facilidad lo pretendieron los adversarios. Pues el *matricidio*, sobre el que Klein fue la primera en reflexionar, no sin audacia, está precisamente en el origen de nuestra capacidad de pensar, junto con la envidia y la gratitud. Freud inventó el psicoanálisis a partir del amor de transferencia, que nunca teorizó a fondo; Klein analiza la transferencia materna de sus pequeños pacientes sobre la analista sustituida de la madre, y escucha las fantasías tal como se manifiestan en los juegos, y como las induce la contratransferencia (sacada a luz por sus discípulos) en la propia analista. En Freud, sueños y lenguaje; en Klein, despliegue de la fantasía en el juego: lo que rige esa modificación técnica no es solo la edad de los pequeños pacientes, que aún no han adquirido el lenguaje o que padecen trastornos de la palabra. La *fantasía* kleiniana está en el núcleo del análisis, tanto del lado del paciente como del lado del analista; es más heterogénea aun que la fantasía freudiana, constituida por elementos dispares, conscientes e inconscientes, debido a lo cual el fundador del psicoanálisis la define como “mestiza”. Hecha de pulsiones, de sensaciones, tanto de actos como de palabras, la fantasía (en inglés *phantasy*, palabra que los kleinianos escriben con *ph* en lugar de la *f* habitual), tal como el niño la juega, pero también tal como el adulto la describe en el diván, en un discurso desembarazado de motricidad, es una verdadera encarnación, una metáfora carnal; Proust diría “una transustanciación”.

En Klein, esta complejidad conceptual no es específica de la fantasía. Veremos que todas las concepciones de nuestra autora son ambiguas, están desdobladas, y operan según una lógica más circular que dialéctica. ¿Debilidad de la teórica? ¿O, por el contrario, pertinencia de la intuición analítica, que en la aprehensión de la regresión no necesita emplear el concepto de lo “arcaico” para hacerla actuar como repetición o reduplicación, o aun como una sutil alianza de la sustancia y el sentido, que insisten en cuanto índices principales del inconsciente en nuestros pensamientos y comportamientos?

Cuando el pensamiento kleiniano se coagula en escuela, pretende conocer el inconsciente, que a menudo simplifica hasta el extremo. Melanie cree que ella es el inconsciente, protestaron sus detractores... Sin embargo, en la preparación de esos descubrimientos, en la alquimia de sus “casos” y la génesis de sus concepciones, el lector moderno de Melanie Klein comprueba con sorpresa una apertura permanente del inconsciente de la analista *con* el inconsciente de sus pacientes: ese “*at-one-men*” que inventó W. R. Bion, uno de sus sucesores más originales, a partir de la expresión inglesa “*to be at one with*”, lo más cerca del dolor y al acecho de la capacidad para simbolizarlo, y solo así atravesarlo y recrear esa fantasía continuada

que llamamos una vida.

Por haber comprendido más claramente que nadie la angustia, onda portadora del placer, Melanie Klein convirtió el psicoanálisis en un arte de curar la capacidad de pensar. Atenta a la pulsión de muerte que Freud ya había puesto al mando de la vida psíquica en *Más allá del principio de placer* (1920), ella hizo de esta función el agente principal de nuestras afecciones, por cierto, pero sobre todo de nuestra capacidad de creadores de símbolos. La represión del placer crea la angustia y el síntoma, dijo Freud en sustancia. ¿En qué condiciones se vuelven simbolizables las angustias que nos devastan? Es así como Klein reformula la problemática analítica, lo que ubica su obra en el núcleo de la humanidad y de la crisis moderna de la cultura (por cierto, sin que ella lo supiera, pues era sobre todo una clínica valerosa, y en absoluto una “maestra de pensamiento”).

En efecto, esta mujer, que se convirtió en jefa de escuela, ocultaba bajo su seguridad aparente una excepcional permeabilidad a la angustia: la de los otros y la propia. La convivencia con la angustia, simbolizada y por ello vivible, en virtud de haber sido superada mediante el pensamiento, le había procurado el gusto y la fuerza de no retroceder ante la psicosis, sino brindarle tratamiento con más atención que Freud. Erasmo había hecho ya un *Elogio de la locura* (1511) para significarle a la humanidad renacentista que la libertad se nutre de experiencias límite. Cuando Freud, en *La interpretación de los sueños* (1900), nos enseñó que los sueños son nuestra locura privada, no negó la enfermedad: nos la hizo conocer mejor al describirla también como nuestra “inquietante extrañeza”, y la acompañó con tanto cuidado como benevolencia. Al identificar en el recién nacido un yo “esquizoparanoide”, o al comprobar que la “posición depresiva” es indispensable para adquirir el lenguaje, Melanie Klein amplió nuestra familiaridad con la locura y amplificó nuestro conocimiento de su alquimia.

Aunque arrastrada por la historia dramática de nuestro continente, que culminó en el delirio nazi, Melanie Klein no se dedicó a los rostros políticos de esa locura que ha desfigurado a nuestro siglo. Pero si bien se protegió de ese modo del horror social que la rodeaba, su análisis de la psicosis privada, infantil o adulta, nos permite circunscribir mejor los mecanismos profundos que condicionan (junto con los gajes económicos y partidistas) la destrucción del espacio físico y el aniquilamiento de la vida del espíritu que amenazaron a la época moderna. La locura habrá sido la actualidad política quemante de nuestro siglo, y es forzoso recordar que el psicoanálisis fue contemporáneo de ella. No porque haya participado de no se sabe qué nihilismo consecutivo a la secularización, que habría producido conjuntamente la muerte de Dios, los totalitarismos y la “liberación

sexual"... Sino porque, en esta desconstrucción de la metafísica que vivimos con más o menos riesgos y felicidad, el psicoanálisis nos ha llevado hasta el núcleo de la psique humana, para descubrir allí la locura que es a la vez su motor y su atolladero. La obra de Melanie Klein se cuenta entre las que más han contribuido al conocimiento de nuestro ser como *malestar*, en sus diversos aspectos: la esquizofrenia, la psicosis, la depresión, la manía, el autismo, los retrasos e inhibiciones, la angustia traumática, la fragmentación del yo, entre otros padecimientos. Y si bien no nos proporciona claves mágicas para evitarlos, nos ayuda a acompañarlos del mejor modo, y tal vez nos procura una oportunidad de modulación con vistas a un renacimiento.

Más allá de los destinos específicos y de las desemejanzas entre las obras, es posible entrever ya algunas constantes comunes en los genios respectivos de Melanie Klein y Hannah Arendt: ambas se interesaron por el objeto y el vínculo, se preocuparon por la destrucción del pensamiento (un "mal" para Arendt, una "psicosis" para Klein) y rechazaron el razonamiento lineal. A esto se suman paralelos existenciales: provenientes de ambientes judíos laicos, estas dos intelectuales se apropiaron de una manera crítica y muy personal de la filosofía cristiana, el espíritu de la Ilustración y el saber moderno, para desarrollar una libertad excepcional de comportamiento y pensamiento, en comparación con la existencia de las mujeres y los hombres de su tiempo. Disidentes respecto de sus ambientes originales y profesionales, víctimas de la hostilidad de los clanes normativos, pero capaces también de guerrear sin misericordia para desarrollar y defender sus ideas originales, Arendt y Klein son de las insumisas cuyo genio consistió en arriegarse a pensar.

Tratemos de seguir más pacientemente la génesis y la cristalización de estas particularidades que hicieron de Melanie Klein la refundadora más audaz del psicoanálisis moderno.

I. Familias judías, historias europeas: una depresión y sus consecuencias

1. LIBUSSA

La biografía de Melanie Klein¹ nos revela, sin sorprendernos, que la infancia de esta descubridora del “objeto-madre” y del matricidio sufrió el dominio de la figura imponente de su propia madre Libussa Deutsch.

Esa belleza morena, cultivada e inteligente, provenía de una familia de rabinos de Eslovaquia, eruditos y tolerantes. Ella estudió piano y francés, y su hermano Hermann, futuro abogado acomodado que iba a desempeñar un papel importante en la vida de la familia Reizes, asistió a una escuela de jesuítas. A los 24 años, Libussa conoció a Moriz Reizes en Viena, y se casó con él. Judío polaco de una familia estrictamente ortodoxa de Galitzia, veinticuatro años mayor que ella, era un médico generalista no precisamente brillante, y ejercía en Deutsch-Kreutz, una modesta aldea húngara a unos cien kilómetros de Viena, donde se instaló la pareja. Esta unión inadecuada, debido a la diferencia de edad, de condición social y cultura (en la familia de Libussa, más rica y cultivada que la de Moriz, prevalecía además “un modelo de matriarcado”),² no parece haber sido tampoco un matrimonio por amor.

En su breve *Autobiografía* redactada entre 1953 y 1959 (no publicada, propiedad del Melanie Klein Trust),³ la psicoanalista da una imagen muy modificada, incluso idealizada, de su vida. Dice haber sido fascinada por la atmósfera erudita que reinaba en la casa de los Deutsch, haber apreciado la independencia de espíritu de su padre, que supo oponerse a los *hassidim* para emprender estudios de medicina, y haber admirado su dominio de una decena de idiomas... No obstante, evoca también “la repulsión” que le inspiraban los caftanes de la hermana del padre, y no oculta su “desprecio” por el ídish que hablaban los judíos eslovacos de su familia materna.

Libussa y Moriz tuvieron tres hijos: Emilie, Emanuel y Sidonie, antes de establecerse en Viena, donde nació Melanie, en 1882. Emilie, la favorita

1 Nos referimos a Phyllis Grosskurth, *Melanie Klein, son monde et son oeuvre* (1986), trad. franc. PUF, 1989- En adelante abreviamos MK. [Ed. cast.: *Melanie Klein, su mundo y su obra*, Barcelona, Paidós, 1990.]

2 MK, pág. 18.

3 *Ibíd.*, págs. 14 y sigs.

del padre, fue muy pronto envidiada por la menor; Emanuel era el genio de la familia, y con él estaba muy ligada la futura analista; Sidonie, la más bella y la preferida de la madre, murió de tuberculosis a los 8 años, cuando Melanie solo tenía 4:

Recuerdo haber tenido la sensación de que mi madre tenía más necesidad de mí en ese momento en que ya no estaba Sidonie, y es probable que una parte de mis problemas provengan del hecho de que tuve que reemplazar a mi hermana.⁴

“Bella princesa judía”, Melanie parece haber recibido mucho amor en su infancia, haber sido la preferida del hermano y también de la madre después de la muerte de Sidonie.⁵ En cambio, afirma no haber comprendido al padre, en razón de su edad avanzada, pero sin duda también a causa de su mediocre posición social. Ejercía como médico consultor en un music-hall, empleo que él despreciaba, del mismo modo que la esposa, evidentemente insatisfecha. Las dificultades económicas de los Deutsch obligaron a Libussa a abrir un negocio un tanto extraño para una esposa de médico. Allí vendía plantas y reptiles: lo recordaremos al abordar la fantasía del cuerpo materno según Melanie Klein, bullente de horrorosos “objetos malos” péncanos y anales. Nada de esto inhibió a nuestra heroína: todo lo contrario, ella dice no haber sido “tímida absolutamente nunca”⁶ y se describe como “devorada por la ambición”.⁷ Proyectaba estudiar medicina (igual que el padre) y, más curiosamente, deseaba especializarse en psiquiatría, anhelo más bien raro en una joven, además judía... Animada por un verdadero fervor intelectual, convirtió a su hermano en un “amigo”, un “confidente” y un “profesor”, y floreció a su lado, para orgullo del joven.

Aunque era una judía asimilada y nunca fue sionista, Melanie Klein se sentía con los suyos profundamente judía, y manifiesta haber tenido una conciencia aguda de su marginalidad en una Viena católica que perseguía a la minoría judía. Su familia respetaba el ceremonial judío; Melanie recuerda la celebración de la Pascua y el Día del Perdón, pero observando que nunca habría podido vivir en Israel. Muy significativamente, Melanie recuerda la admiración de su madre por un estudiante del que ella, Libussa, había estado enamorada, y que, en su lecho de muerte, declaró: “Pronto voy a morir y repito que no creo en ningún dios”.⁸ Afirmar entonces (como

4 *Ibíd.*, pág. 30.

5 *Ibíd.*, pág. 23.

6 *Ibíd.*, pág. 30.

7 *Ibíd.*, pág. 31.

8 *Ibíd.*, pág. 27.

algunos se arriesgan a hacerlo) que el psicoanálisis habría ocupado el lugar de ese dios ausente, al cual Melanie se habría “convertido”, como tantos otros judíos laicos, es totalmente injusto. Por el contrario, fue acompañando la catástrofe del sentido, según lo hace conocer la experiencia psicoanalítica, como Melanie Klein, junto con otros, supo identificar los fundamentos del nihilismo y de la creencia, de la depresión y de la reparación, para tratar de desconstruirlas a ambas.

Los “poderosos armónicos incestuosos”⁹ que resonaban en el seno de la familia Reizes se concentraron sobre todo en la relación de Melanie con Emanuel. Afectado de una enfermedad cardíaca como consecuencia de una escarlatina infantil, Emanuel se sabía condenado y, después de haber intentado estudiar medicina, se inscribió en la facultad de letras para dedicarse a la literatura y los viajes. Enfermo y endeudado, recorrió Italia escribiéndole a la madre y a la hermana, la cual le respondía con cartas llenas de sentimientos amorosos y alusiones sexuales. Fue en el marco de esta relación desesperadamente gemela, en la que hermano y hermana buscaban un fervor que estaba mucho más allá de la amistad, donde se inscribió... el matrimonio de Melanie.

Ella tenía 17 años cuando conoció, en 1899, a Arthur Steven Klein, sobrino segundo de Libussa y allegado a Emanuel: tenía 21 años y estudiaba química en la prestigiosa Alta Escuela Técnica de Zürich. Libussa vio en él “un buen partido”, e incluso a “el pretendiente más ventajoso”, y Emanuel demostró más entusiasmo por Arthur que la propia Melanie: más tarde, ella atribuyó su matrimonio no tanto al amor como al impulso del “temperamento apasionado del hermano”.

Al año siguiente murió de neumonía el padre, Moriz Reizes. Su “senilidad” era una degeneración debida probablemente a la enfermedad de Alzheimer que había padecido durante esos años. El 1 de diciembre de 1902 murió Emanuel en Genova, víctima de una crisis cardíaca, a menos que él mismo se haya “matado accidentalmente”.¹⁰

Sumergida aún en el duelo por su hermano, cuya muerte la conmovió profundamente, Melanie se casó el 31 de marzo de 1903, al día siguiente de cumplir 21 años. A juzgar por una novela muy autobiográfica que ella escribió más tarde (hacia 1913) el sexo solo le provocaba repulsión. Ese rechazo habría estado vinculado a la sensación de traicionar el lazo incestuoso con su hermano Emanuel. “¿Es entonces necesario que sea así, que la maternidad comience con el asco?”,¹¹ le hace decir a su heroína, Anna.

9 *Ibíd.*, pág. 36.

10 *Ibíd.*, pág. 58.

11 *Ibíd.*, pág. 61.

Arthur, muy pronto infiel, se ausentaba en los numerosos viajes que le exigían sus actividades profesionales, y poco a poco se fue separando de Melanie. La joven se dedicó primero a la publicación de los escritos del hermano y, en su autobiografía, expresa su reconocimiento a Arthur por haberla ayudado a... recuperar los manuscritos de Emanuel... Aunque ella consideraba que ese matrimonio “hizo su desgracia [de él]”, y que el propio Emanuel habría sospechado que ella “cometió un error” al casarse con el primo, Melanie siguió apegada a su familia política.

2. JUDÍOS Y CATÓLICOS

Los Klein eran judíos asimilados: el padre de Arthur, Jacob Klein, que solo asistía a la sinagoga para cumplir con las formas, era director del banco local, alcalde de Rosenberg (pequeña aldea de 8.000 habitantes que entonces pertenecía a Hungría) y senador; Arthur fue educado por los jesuitas, igual que el tío materno de Melanie. En Rosenberg se instalaron primero los recién casados, antes de que Melanie diera a luz, en 1904, después de “repugnancia y náuseas”, a su primer vástago, Melitta, que lamentablemente no era un varón, como lo deseaba... ¡Libussa!; Hans iba a nacer en 1907, y Erich en 1914.

La existencia de la nueva familia Klein se desarrolló totalmente bajo la férula de Libussa: madre posesiva y abusiva, antes de instalarse con la pareja le prodigó consejos en cartas, les exigía ayuda económica, e incluso los acompañó en un viaje a Italia; consideraba a su hija inmadura y neurasténica, la abrumaba con su vigilancia, y llegó a ocupar el lugar de... “la señora Klein”: “Quería ocupar un lugar muy especial en la vida de la hija, y le propuso un medio extrañamente tortuoso para que Melanie pudiera comunicarse con ella sin que Arthur leyera sus cartas: «¡Dirigirlas sencillamente a la Señora Klein!»”¹² En este contexto, el propio Arthur se convirtió en “muy difícil”, comenzó a sufrir de los “nervios” y del vientre... Las enfermedades de Melanie no tardaron en estallar a la luz del día: “inestabilidad creciente”, “agotamiento depresivo y abatimiento”, “depresión paralizante”.¹³ Ese clima iba a marcar en particular a la pequeña Melitta: la abuela prefería a Hans, e imprimió en el espíritu de la niña la imagen de una madre “enferma emocional” que había que alejar todo lo posible de su marido, despachándola a curas y temporadas de descanso. “Libussa quería que Melanie se mantuviera a distancia. Trataba de generar situaciones en las que marido y mujer se vieran entre sí lo

12 *Ibíd.*, pág. 72.

13 *Ibíd.*, págs. 71-72.

menos posible. [...] La ponía furiosa pensar que Arthur pudiera elaborar proyectos privados con su esposa y, de manera sutil, desalentaba que él le escribiera.”¹⁴

Melanie intentó una primera huida de ese infierno: las amistades femeninas. Se vinculó afectuosamente a la hermana del marido Jolan Klein-Vagó, en quien admiraba la estabilidad y la cálida sensibilidad, y con Klara Vagó, hermana del marido de Jolan, Gyula. En cambio le provocaban celos intensos la plenitud afectiva y la libertad sexual (al menos supuesta) de su hermana Emilie. Volveremos a encontrar esta pasión por lo femenino en las teorías ulteriores de la psicoanalista, así como en sus conflictos profesionales con sus discípulas y sus adversarias.

Como era de prever, los trastornos sentimentales se cruzaban con las dudas espirituales y las crisis religiosas. La admirada Jolan se convirtió en una católica romana muy devota, a ejemplo de la familia Vagó. Melanie frecuentó entonces mucho a Klara Vagó, con la cual habría tenido “una aventura”, según su biógrafa, que toma como prueba el tierno poema dedicado a Klara en 1920. Durante su infancia, la judía Melanie había sido influida por el catolicismo, y confesó haberse sentido culpable en este sentido, pero cabe preguntarse si esa culpa no fue mucho más tardía. Algunos comentadores se complacen en descubrir analogías entre ciertos elementos de la teoría kleiniana e ideas católicas como la del pecado original, la Inmaculada Concepción o la expiación. Subsiste el hecho de que, bajo el impulso de Arthur Klein, y con el consentimiento de Melanie, la familia Klein se convirtió al cristianismo, uniéndose a la Iglesia Unitaria, más fácil de aceptar porque rechaza el dogma de la Trinidad. Y todos los hijos fueron bautizados.

Después, y bajo la amenaza de las persecuciones nazis, Erich Klein emigró a Inglaterra, donde se convirtió en Eric Clyne. Todos esos zigzagueos no le impidieron a Melanie Klein seguir muy atenta a su origen judío, y escribir en su autobiografía:

Siempre me ha horrorizado que algunos judíos, fueran cuales fueren sus principios religiosos, se avergüencen de sus orígenes judíos y, cada vez que se plantea la cuestión, yo tengo la satisfacción de confirmar mi propio origen judío, aunque, por otra parte, debo decir que no albergo ninguna creencia. [...] ¡Quién sabe! ¿No es posible que esto me haya dado fuerzas para estar *siempre en minoría en mi trabajo científico* y no darle importancia al hecho, y estar dispuesta a *enfrentar a una mayoría que suscitaba en mí algún desprecio*, atemperado a tiempo por la tolerancia?¹⁵

14 *Ibíd.*, pág. 74.

15 *Ibíd.*, págs. 116-117; las cursivas son nuestras.

El trabajo de Arthur exigió que la familia se mudara a Budapest en 1910. A pesar de un período de calma en 1912, las relaciones del matrimonio Klein no cesaron de deteriorarse entre 1913 y 1914, año del nacimiento de Erich y de la muerte de Libussa. Lo atestiguan, además de las cartas a la madre, los textos de ficción que Melanie escribió entre 1913 y 1920, y que constituyeron otra tentativa de huir de la depresión. En esos treinta poemas, cuatro relatos y varios bosquejos y fragmentos en prosa,¹⁶ no cuesta trabajo descifrar el deseo de una vida llena de satisfacciones sexuales. En su estilo es visible la influencia de la poesía erótica expresionista, pero también la “corriente de conciencia”, a la manera de A. Schnitzler y J. Joyce: es el caso de la historia de una mujer que despierta de un coma después de un intento de suicidio, ¡y cuyo modelo habría sido la ex amante de Emanuel!¹⁷ Surgen allí sentimientos hostiles respecto de Arthur, que se fusionan manifiestamente con el odio inconsciente a Libussa. Sin embargo, hasta en su autobiografía, Melanie se cuidó de cualquier agresividad respecto de la madre, e insistió en idealizar su imagen:

Mi relación con mi madre fue uno de los más grandes recursos de mi vida. La amaba profundamente, admiraba su belleza, su intelecto, su profundo deseo de conocimiento, sin duda con un poco de la envidia que existe en toda hija.¹⁸

Naturalmente, Arthur era objeto de muchas menos consideraciones: Melanie conservó la casi totalidad de las cartas de la madre y el hermano, pero ni una sola del marido.¹⁹ En 1919 Arthur Klein partió a Suecia, donde permaneció hasta 1937, volvió a casarse y después se divorció. Murió en Suiza en 1939.²⁰ El matrimonio Klein se había divorciado en 1923. Melanie da curiosamente la fecha de 1922: ¿lo habrá hecho para echar un velo sobre su vida privada y desplazar la atención hacia los otros acontecimientos que en adelante apasionaron su existencia?

3. SANDOR FERENCZI

Hacia 1913 Melanie había iniciado en Budapest un análisis con Sandor Ferenczi: un tercero y esa vez fructuoso intento de renacer... En 1920 tuvo el valor de abandonar Budapest y Rosenberg, dejando a Melitta y Hans,

16 *Ibíd*, pág 93.

17 *Ibíd.*, págs. 93-97.

18 *Ibíd.*, pág. 98.

19 *Ibíd.*, pág. 15.

20 *Ibíd.*, pág. 154.

para irse a vivir con Erich en Berlín, no lejos del domicilio de Karl Abraham, con quien iba a continuar su análisis.

Unos años después, la correspondencia de Alix Strachey, otra paciente de Karl Abraham, nos describe a una mujer transformada. Una noche, Melanie la arrastró a un baile de máscaras organizado por socialistas.²¹ La elegante inglesa del grupo muy esnob de Bloomsbury quedó por lo menos desconcertada: Melanie bailaba “como un elefante”,²² era una “Cleopatra, terriblemente *décolletée*,”²³ pero “decididamente muy simpática”;²⁴ otra noche, en una representación de *Così fan tutte*, en la Ópera, Melanie la “atosigó de palabras”²⁵ durante todo el espectáculo... “Demasiado simple y cómodo para mí”,²⁶ observa Alix, pero ella era “a pesar de todo encantadora”.²⁷ Alix, desde el inicio de su amistad, reconoció haber sido “realmente impresionada”²⁸ por la competencia y los conocimientos de Melanie, y apreciaba su creatividad psicoanalítica.

Liberada de este modo de su familia, Melanie comenzó a asistir a una escuela de baile, donde conoció a Chezkel Zvi Kloetzel, un periodista del *Berliner Tageblatt*. Él estaba casado, se parecía a Emanuel... Melanie se enamoró de manera romántica, y le puso en secreto el nombre de... Hans, su hijo mayor. El diario de bolsillo de Melanie, así como sus cartas muy vacilantes y con numerosas tachaduras, dan testimonio de mucha pasión y de una profunda depresión, trama de fondo de ese vínculo. El amante tomaba el idilio más a la ligera, y le comunicó a Melanie la decisión de separarse de ella con unas palabras bastante secas.²⁹ “Era una mujer inteligente capaz de perder la cabeza”, comenta su biógrafa.³⁰ No obstante, Melanie ejercía sobre Kloetzel una fuerte atracción sexual, pues él continuó visitándola regularmente hasta que, en 1926, ella se instaló en Londres. Como no pudo encontrar trabajo en Inglaterra, Kloetzel emigró en 1933 a Palestina, donde se convirtió en editorialista del *Jerusalem Post*. Melanie no volvería a verlo. Él murió en 1952.³¹

El momento decisivo de esta primera parte de la vida de Melanie

21 Cf. Perry Meisel y Walter Kendrick, *Bloomsbury/Freud. James et Alix Strachey...*, ob. cit., pág. 219.

22 *Ibíd.*

23 *Ibíd.*, pág. 220.

24 *Ibíd.*, pág. 221.

25 *Ibíd.*, pág. 337.

26 *Ibíd.*, pág. 240.

27 *Ibíd.*, pág. 337.

28 *Ibíd.*, pág. 205.

29 MK, pág. 197.

30 *Ibíd.*, pág. 199.

31 *Ibíd.*, págs. 264 y 507.

Klein, que acabamos de trazar sucintamente, fue la crisis conyugal de 1913-14, que concluyó con la muerte de Libussa. En Budapest, desde que se radicaron allí, Arthur Klein estableció un contacto profesional con el hermano de Sandor Ferenczi. Melanie, que padecía una seria depresión, agravada aún más por la muerte de la madre, inició un análisis con Ferenczi, muy probablemente en 1912, y lo continuó hasta 1919. Leyó el texto de Freud titulado *Über den Traum* (1901)³² en 1914, y se inició progresivamente en el psicoanálisis de los orígenes, en un contexto de pioneros libres y apasionados. Sandor Ferenczi (1873-1933) fue el más eminente analista de Hungría, y al principio Freud lo consideró “su hijo querido”. Entre esos “primeros cristianos de las catacumbas”, al decir de Radó, que fueron los primeros discípulos de Freud, Ferenczi se destacó como uno de los más fervientes y talentosos. Con Jung, acompañó al fundador del psicoanálisis en su viaje a los Estados Unidos en 1909, para hacer conocer en el Nuevo Continente el descubrimiento freudiano. Ernest Jones (1879-1958) y Géza Roheim (1891-1953) se analizaron con él.

Muy atento a los estados arcaicos y regresivos, muy inventivo en su escucha y su técnica, Ferenczi promovió un análisis “activo” que procedía por proximidad intrusiva y seductora con el paciente, y que Freud se vio llevado a criticar con severidad; a su vez, Ferenczi le reprocharía que no hubiera analizado la transferencia. Además de ciertos elementos de su estilo, Melanie Klein tomó de él conceptos elaborados en 1913, como el de “estadio de introyección” (que, según Ferenczi, es la de la omnipotencia infantil) y el de “estadio de proyección” (que es la de la realidad). Pero Melanie Klein se apropió de estas ideas de modo original, y modificándolas considerablemente. Después del texto inaugural de Freud titulado “Análisis de una fobia en un niño de 5 años (Juanito)” (1909)³³ dedicado al análisis de un niño, Ferenczi aportó una profundización de esa nueva rama del psicoanálisis con su estudio “Un hombrecito gallo” (1913): la fobia del pequeño neurótico Arpad se habría debido a la represión de la masturbación. Dos analizantes de Ferenczi, la polaca Eugénie Sokolnicka, que iba a trabajar en Francia, y Melanie Klein, se consagraron al psicoanálisis de niños.³⁴ En una carta a Freud del 29 de junio de 1919,

32 Cf. GW, t. II y III, págs. 643-700; SE, t. V, págs. 629-686, trad. franc. *Le Rêve et son interprétation*, Gallimard, 1925.

33 Cf. GW, t. VII, págs. 243-377; SE, t. X, págs. 1-147, trad. franc. *Cinq Psychanalyses*, PUF, 1954, págs. 93-198.

34 Eugénie Sokolnicka publicó el caso de un niño de Minsk (*Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*) en 1920, al mismo tiempo que aparecía el estudio de Melanie Klein presentado en julio de 1919 ante la Sociedad Húngara de Psicoanálisis. Cf. Julia Kristeva, “Psychanalyser au féminin. De quelques contributions a la théorie

Ferenczi le anuncia ya que “una mujer, la señora Klein (que no es médica), que recientemente había realizado muy buenas observaciones con los niños, después de haber seguido mi enseñanza durante varios años”, iba a ser la asistente de Antón von Freund, el rico cervecero que financiaba generosamente a la Sociedad Psicoanalítica y la editorial de Freud, la *Verlag*.³⁵

En su autobiografía, la propia Melanie traza el cuadro más esclarecedor de sus inicios en el psicoanálisis bajo la batuta de Ferenczi:

Durante mi análisis con Ferenczi, él llamó mi atención sobre el don real que yo tenía de comprender a los niños, y sobre el interés que despertaban en mí, y me alentó sin reservas en mi idea de consagrarme al análisis, y en particular al análisis de niños.

Por supuesto, en esa época yo tenía tres niños que eran los míos [...]. Yo no encontraba [...] que la educación [...] bastara para proporcionar una comprensión total de la personalidad, y en consecuencia que tuviera toda la influencia que se puede desear. Tenía siempre la sensación de que, detrás, había algo que yo no llegaba a captar.³⁶

El primer caso de análisis de niños que Melanie Klein presentó ante la Sociedad Húngara de Psicoanálisis, en 1919, publicado al año siguiente con el título “*Der Familienroman in statu nascendi*”,³⁷ le valió su admisión como miembro, y sin supervisión. Allí expuso el análisis de su propio hijo, Erich, presentado con el nombre de Fritz, al que observaba desde los 3 años de edad (lo que no constituía una práctica excepcional en esa época); sus otros dos hijos habían sido educados en su mayor parte por Libussa. Volveremos sobre el escándalo, los inconvenientes y las ventajas de esa observación que no nos hemos privado de comentar, y que más tarde Melanie Klein iba a silenciar: “Mi primer paciente fue un varón de 5 años. En mis primeros artículos publicados, me referí a él con el nombre de Fritz.”³⁸

Desde entonces, los colegas comprobaron que el enfoque kleiniano difería del de Hermine von Hug-Hellmuth, la analista de niños muy conocida en esos inicios del psicoanálisis; más tarde, Melanie también se

psychanalytique”, comunicación presentada en el coloquio “1896-1996-. 100 años de psicoanálisis” de la Asociación Internacional de Historia del Psicoanálisis, 25, 26 y 27 de julio de 1996, págs. 7 y sigs. (en prensa).

35 MK, pág. 106.

36 *Ibid.*, pág. 104.

37 Cf. su traducción francesa a partir de la versión de 1921 en la primera compilación de Melanie Klein, *Essais de psychanalyse (1921-1945)*, Payot, 1967, “Le développement d’un enfant”, págs. 29-89.

38 Cf. su estudio “La technique de jeu psychanalytique: son histoire et sa portee” (1955), en Melanie Klein, *Le Transfert et autres écrits*, PUF, 1995. pág. 26.

distinguiría de la concepción de Anna Freud, al separar la experiencia analítica de la influencia educativa y parental. Un año antes, ella había conocido a Freud en el V Congreso de Psicoanálisis, realizado en la Academia de Ciencias Húngara el 28 y 29 de septiembre de 1918. Ese era el período venturoso de breve esplendor de esa sociedad, libre, distendida e inventiva; a la propia Melitta, de 15 años, se le permitió asistir a las reuniones.

La Gran Guerra trastornó a toda Europa y a los destinos individuales. Arthur fue movilizado y volvió del frente herido en una pierna. La pareja solo mantenía una fachada de vida conyugal. La derrota del Imperio Austro-Húngaro y la caída del gobierno de Michael Karolyi dieron lugar al establecimiento en Hungría de la dictadura del proletariado encabezada por Béla Kun. A diferencia de los estalinistas, que caracterizaban el psicoanálisis como una ciencia decadente, ¡los compañeros de Béla Kun nombraron a Ferenczi profesor de psicoanálisis en la universidad! Pero cuando estalló la contrarrevolución, y al terror rojo lo sucedió un terror blanco antisemita, Roheim y Ferenczi fueron destituidos y amenazados de muerte. El propio Arthur Klein, al no poder seguir ejerciendo su profesión, se fue a trabajar a Suecia. Y Melanie encontró a K. Abraham en Berlín.

4. KARL ABRAHAM

Karl Abraham (1877-1925) fue una de las mayores figuras del psicoanálisis en sus inicios. En esa época se lo imaginaba sucesor de Freud, el cual, sin embargo, no apreciaba su carácter reservado. En 1910 fundó el Instituto de la Sociedad Psicoanalítica de Berlín. Reemplazó a Ferenczi como mentor de Melanie; ella, a los 38 años, comenzaba precisamente a dar muestras de una rica creatividad hasta entonces refrenada. La influencia de Abraham, que había desarrollado más intensamente que Freud tanto la teoría de los estadios pregenitales como la tesis de la pulsión de muerte,³⁹ es fácilmente perceptible en el recorrido kleiniano. Klein tomó de Ferenczi la idea de que los tics neuróticos son sustitutos de la masturbación, precisando que era indispensable revelar “las relaciones de objeto sobre las cuales se basa el tic”, pero se refería a las relaciones sádico-anales identificadas por Abraham en su estudio del carácter anal. Como consecuencia, en el caso de la pequeña Lisa (que habría sido su propia hija Melitta, según una hipótesis no confirmada), Melanie comprobó que la analista volvía a desempeñar el papel del objeto primario, y comenzó a

³⁹ Karl Abraham, *œuvres complètes*, t. 1: *Rêve et Mythe* (1907-1914); t. 2: *Développement de la libido* (1913-1925). trad franc. Payot, 1965, reed. 1977.

analizar tanto la transferencia como la relación homosexual.

¿Había tomado como “cobayos” a sus propios hijos? ¿Es decir, a Erich presentado como Fritz, a Hans como Félix y a Melitta como Lisa? Con Abraham, Melanie afinó también su aptitud para exponer sus “casos” con más claridad que antes, y perfeccionó la sutileza de la técnica del juego. En 1922 se convirtió en miembro asociado de la Sociedad Psicoanalítica de Berlín, y en 1923 pasó a ser miembro pleno.

Realizó una exposición en el VII Congreso de Psicoanálisis realizado en 1922 en Berlín, el último al que asistió Freud. Probablemente ausente en el momento de la intervención de Melanie, Freud debió sin embargo recibir algún eco de ella, pero sin duda no podía apreciar el reordenamiento kleiniano del Edipo, y tampoco la idea de una fijación anal precoz en el lactante como etiología de las inhibiciones. Sin embargo, las modificaciones aportadas por Klein a la teoría freudiana inicial encontraban su base y justificación en el texto de Freud titulado *Más allá del principio de placer* (1920): ella aceptó con más rapidez que los otros analistas la hipótesis de la existencia de una pulsión de muerte en el bebé, como respuesta al miedo de ser aniquilado (a diferencia de Freud, para quien el lactante ignoraba la muerte). Pero, al considerar la pulsión en términos más psicológicos que biológicos, Melanie añadió que la pulsión de muerte solo se pone de manifiesto en su relación con el objeto. Los escritos de Abraham la alentaron en esa dirección,⁴⁰ y en su *Autobiografía* ella le rindió un homenaje destacado:

Abraham, que había descubierto la primera etapa anal [...], estuvo a dos pasos de la idea de los objetos internos. Su trabajo sobre las fantasías y las pulsiones orales va más lejos que el de F. Aunque está a mucha distancia de mi propia contribución [...]. Diría que A. representa el eslabón entre mi obra personal y la de F. [Mi análisis] terminó cuando Abraham cayó muy enfermo, en el verano de 1925, y murió en la Navidad del mismo año; esa fue para mí una gran pena, y el inicio de un período extremadamente difícil de superar.⁴¹

Las audacias e innovaciones de Melanie Klein no tardaron en encontrar oposición, incluso ya en vida de Abraham. En el Congreso de Salzburgo, en 1924, en el que Klein comenzó a cuestionar la edad de aparición del complejo de Edipo, a acentuar el papel de la madre en lugar

40 Cf. Karl Abraham, “Une courte histoire de la libido, envisagée à la lumière des troubles mentaux” (1924), en *œuvres complètes*, ob. cit., t. 2, págs. 255-297: el autor establece semejanzas entre la neurosis obsesiva y la psicosis maníaco-depresiva, que reproducirían la “pérdida del objeto” en la etapa anal (las heces), y su equivalente en el inconsciente, que es “la expulsión del objeto”.

41 Cf. MK, pág. 149.

del rol del padre en la organización de las neurosis, y a presentar la sexualidad en términos de oralidad, se elevaron fuertes objeciones. Melanie insistió en analizar con el mismo espíritu el caso Erna, “una neurosis obsesiva en una niña de 6 años”:⁴² fuerte disposición innata oral y sádico-anal, Edipo precoz, superyó igualmente precoz y tiránico, homosexualidad. Abraham había puesto en contacto a Melanie con Nelly Wollfheim, una analista que se ocupaba de una guardería en Berlín, y allí Klein conoció a la pequeña Erna. Nelly Wollfheim, secretaria de Melanie durante dos años, antes de tomar distancia, fue la primera en sentirse a la vez impresionada y contrariada por el talento y la seguridad de esa mujer: ¿acaso proyectaba ella sobre sus pacientes su propio carácter devorador, incluso sádico, que era su mejor aliado para penetrar e imponerse en un ambiente desconfiado y hostil?

Después de la muerte de Abraham, los detractores se manifestaron abiertamente. En Berlín se exteriorizó el desprecio a Klein por su origen polaco, se subrayó su carencia de estudios universitarios, se ironizó: ¿una mujer que pretendía ser maestra y, por si fuera poco, analista de niños? El asesinato de Hermine von Hug-Hellmuth por parte de su sobrino, que había sido su paciente, reforzó la oposición al psicoanálisis de niños. Las tesis de Otto Rank expuestas en *El trauma del nacimiento* (1924) (la separación respecto del útero como prototipo de la angustia) parecían cercanas a la posición kleiniana, según la cual la culpa no resulta solo de la manifestación tardía del triángulo del Edipo, sino que se bosqueja ya en la etapa oral, en la relación ambivalente con el pecho: los freudianos más fieles veían allí una disidencia peligrosa.

5. LONDRES

Ernest Jones (1879-1958), por el contrario, advertido de las cualidades de Melanie Klein por James Strachey, a su vez intrigado por las cartas de Alix, invitó a Melanie a dar una serie de tres conferencias (¡en inglés!) sobre el psicoanálisis de niños, en julio de 1925. Alix Strachey, que tradujo las conferencias, consideraba a Klein “segura en la clínica, pero débil en la teoría”. En síntesis, antes de ese viaje la causa de Melanie Klein estaba lejos de ser comprendida del otro lado de la Mancha. No hablemos ya de su terrible acento, a pesar de las lecciones de Alix, ni de sus horribles sombreros:

A propósito, Melanie me mostró el sombrero que acaba de comprar para ponérselo en Londres cuando dé las conferencias y con la intención de impresionar al auditorio. ¡Demonios, seguro que lo va a impresionar! Es una cosa enorme, voluminosa,

⁴² Cf. *La Psychanalyse des enfants* (1932). trad. franc. PUF, 1959, cap. III, págs. 47-69. (Ed. cast.: El psicoanálisis de niños, en Obras Completas, t. 2, Barcelona, Paidós. 1987.)

amarillo intenso, con un ala muy grande y un matorral enorme [...]. Hace el efecto de una rosa té que hubiera crecido demasiado, con un corazón rojo (la cara de ella), y los psicoanalistas temblarán.⁴³

Pero la presentación de Klein barrió con todos los temores y superó las expectativas: vestida con mucha sobriedad, expuso su análisis de *niños* (¡qué tema inglés!) mediante el *juego* (¡qué técnica sensitiva y empírica!), produciendo “una impresión extraordinariamente profunda; se ganó nuestra más alta estima por su personalidad y su trabajo”, le escribió Jones a Freud, el 17 de julio de 1925. La Sociedad Británica de Psicoanálisis solo tenía entonces 27 miembros, pero el interés fue tal que la conferencia se transfirió al salón de Karin y Adrián Stephen, el hermano de Virginia Woolf, en 50, Cordón Square. De modo que la entrada triunfal de Melanie en Londres se realizó bajo los auspicios del grupo de Bloomsbury. Inmediatamente Jones la invitó a pasar un año en Inglaterra para analizar a sus hijos. ¡Adiós Berlín, Budapest y Viena! ¡Viva Londres!

Melanie viviría allí como una nómada de lujo, cambiando a menudo de domicilio. El 6 de mayo de 1926, día del cumpleaños de Freud, se inauguró la Clínica del Psicoanálisis en Londres. La joven Sociedad Británica de Psicoanálisis era dinámica, libre, casi insolente en su preocupación de informarse para innovar mejor, estaba impregnada de una vieja inclinación a la democracia y de un gusto vanguardista por los individuos extravagantes, incluso judíos, ¿por qué no?... Su fundador (en 1913) y director era Ernest Jones, un galés proveniente de la clase media. Jones había sido un brillante estudiante de medicina y se apasionó por los primeros trabajos de Freud: para leerlos, no vaciló en aprender alemán. Después, acusado de haber utilizado un lenguaje indecente con pacientes muy jóvenes, se exilió en Toronto, antes de volver a Londres para consagrarse al psicoanálisis británico e internacional. Apreciado por Freud como “gentil” (uno de los pocos, si no el único en la ruda época de la escisión de Jung), ese hombre complejo y muy diplomático iba a convertirse en el biógrafo del maestro. Más bien pusilánime, apoyó no obstante las novedades de Melanie, no sin retroceder ante Freud y Anna, tratando de no tomar partido. Las relaciones entre Freud y Jones se parecían a una especie de “esgrima con espadas sin filo”,⁴⁴ pero fue él quien instaló a Klein en Londres para que dispensara su saber analítico a la señora Jones en persona, así como a los dos niños Jones, Mervyn y Gwenith

43 Cf. la carta de Alix Strachey a James Strachey del 12 de junio de 1925. en Perry Meisel y Walter Kendrick, *Bloumsbury/Freud. James et Alix Strachey...*, ob. cit., pág. 320.

44 MK, pág. 206.

(esta última murió trágicamente en 1928).

El renombre de Melanie creció rápidamente, al punto de que Ferenczi, al visitar Londres en 1927, le escribió a Freud que estaba consternado ante “la influencia dominante” de esa mujer sobre el grupo inglés. A partir de entonces la vida de Melanie se confunde totalmente con el destino de su obra. El conflicto con Anna Freud, la ruptura con Melitta (su hija), las fidelidades e infidelidades de sus discípulas, e incluso las Grandes Controversias en la Sociedad Británica en plena Segunda Guerra Mundial: todo esto se inscribe en el espíritu de la obra kleiniana y de su recepción conflictiva, y también se inscribe en la historia del siglo. La emigración de los psicoanalistas judíos a Inglaterra o los Estados Unidos y la difusión internacional del psicoanálisis: todo ocupaba para ella su lugar en y alrededor del trabajo microscópico y encarnizado que realizaba y que modificó la *talking cure* freudiana. Y luchó con uñas y dientes por su *vrk*, como lo llamaba con un fuerte acento germánico (“mi otro hijo, el trabajo”).⁴⁵ De modo que en adelante la seguiremos a partir de su clínica y de su teoría, hasta ese día del 22 de septiembre de 1960, en el que se extinguió en Londres, derrotada por la enfermedad, la anemia y la vejez, a la edad de 78 años.

Al sentir que se acercaba el fin, trató de renovar sus vínculos con la fe judía, hizo llamar a un rabino, pero, ante la complejidad de lo que esto suponía, renunció, considerando que solo se trataba de una veleidad sentimental. Esa abuela alegre que adoraba a Diana, a Hazel y sobre todo a Michael,⁴⁶ los niños de su hijo Eric y Judy, no tomaba en análisis a niños desde la década de 1940, pero siempre tenía adultos en análisis didácticos, y seguía supervisando. Le gustaba pasar las noches en las salas de concierto y el teatro. Sus locas carcajadas en las reuniones científicas llenaban de alegría a sus colegas. Aunque algunos temieron su seriedad y su dureza hasta el final, otros la idealizaron, describiéndola como la mujer “más impresionante”⁴⁷ que hubieran conocido. En la ceremonia de su cremación, una amiga reciente y cercana, Rosalynn Tureck, interpretó con sobriedad el Andante de la *Sonata en re menor* de Bach.

Por el momento conservemos la imagen que nos entrega su fiel exégeta, Hanna Segal, la de una Melanie caminando:

⁴⁵ Ibíd., pág. 368.

⁴⁶ Michael Clyne, que fue analizado por Marión Milner, y que se convirtió en un científico brillante, bautizó a su hija con el nombre de “Melanie”. Melanie Clyne es la bisnieta de Melanie Klein.

⁴⁷ Cf. Richard Wollheim, Melanie Klein, *The Spectator*, 30 de septiembre de 1960, pág. 469, citado por Janet Sayers, *Les Mères de la psychanalyse*, PUF, 1995, pág. 282.

Mientras avanzaba a pequeños pasos, la espalda y la cabeza se inclinaban ligeramente hacia adelante, como bajo el efecto de una vigilancia extrema. Adelantaba un poco la cabeza. Pienso ahora que esa manera de caminar [...] era profesional, y que la usaba en la sala de espera y en el consultorio. Era así como deseaba encontrarse con la gente. Pienso que en el exterior era distinta, se mantenía más derecha, sin esa especie de postura atenta.⁴⁸

Melanie avanza inclinada hacia nosotros; todavía no ha llegado verdaderamente.

⁴⁸ Celebración del centenario del nacimiento de Melanie Klein, Tavistock Clinic, 17 de julio de 1982, citado en MK, pág. 472.

II. Analizar a sus hijos: del escándalo a la técnica del juego

Mucho antes que Freud, Wordsworth (1770-1850) había escrito que “el niño es el padre del hombre”.¹ Bajo el signo del Niño Jesús y de las *Confesiones* de San Agustín, dos modelos de la infancia se disputaban el imaginario inglés:² por un lado, John Locke, con sus *Pensamientos acerca de la educación* (1793) y J.-J. Rousseau con el *Emilio* (1762) o el mito purificado de la inocencia infantil; por otra parte, la convicción, de inspiración calvinista,³ de que el niño tiene una naturaleza perversa, heredada del pecado original, la cual justificaba la severidad a menudo cruel de los métodos educativos (flagelaciones, privaciones, amenazas).

Tanto los científicos como los novelistas ubicaban al niño en el núcleo del vínculo social y de las magias del arte. En pleno siglo XIX, el escritor Charles Kingsley, en *Antón Locke*, describió de manera impresionante la tesis puritana. Su novela presenta los esfuerzos educativos de una madre convencida de la naturaleza diabólica de su niño, hasta su “conversión” a los valores cristianos (privación de comida y sesiones regulares de latigazos le enseñan a moderar sus pasiones). Esta visión rígida subtiende la ferocidad de los intentos de moralización de los niños de las clases populares por los filántropos del siglo XIX. El libro culto de la burguesía triunfante, *Tomas Brown en la escuela* (1857), de Thomas Hughes, narra la transformación de la *public school* de Rugby por obra de Thomas Arnold, y describe la metamorfosis de un niño tímido en “*the bad of school*, hecho a las virtudes de la “*muscular Christianity*”.

Paralelamente, numerosos modelos educativos propugnaban una vida en comunidad basada en la igualdad de todos los seres humanos: la utopía de Tomás Moro, los intentos de Digger en el momento de la revolución, las experiencias de Owen y, en el siglo XX, la de A. S. Neill (Summerhill). A partir del siglo XVIII abundan los libros sobre la educación de los varones, pero también de las niñas; entre los pedagogos más importantes podemos

1 Cf. Juliet Mitchell, *The Selected Melanie Klein*, “Introduction”, Penguin, 1986.

2 Cf. Lawrence Stone, *The Family, Sex and Marriage in England, 1500-1800*, Weidenfeld and Nicolson, 1977.

3 “El bebé recién nacido está lleno de manchas y profanaciones del pecado que él hereda de los padres por sus partes [sexuales].” Cf. Richard Allstreet, *The Whole Duty of Man*, Londres, 1968, pág. 20.

citar a Catherine Macaulay (1790), Mary Wollstonecraft (1792), Mary Edgeworth (1798) y Hannah More (1799).

En Inglaterra, la novela social del siglo XIX convierte la infancia en la cortina de lágrimas que refleja la miseria del mundo: una visión que prefigura la de los románticos, quienes realizarán la consagración del niño y harán de él el antepasado del hombre, para bien y para mal. Dickens describió su propia infancia miserable. En *Alicia en el país de las maravillas*, Lewis Carroll creó una infancia mítica, tejida con sus ensueños poéticos y sus pulsiones secretas. Peter Pan, héroe ficticio, cuya estatua muy real se eleva en Londres, es un mito increíblemente popular, que celebra la infancia a la vez prohibida y añorada. E incluso el moderno William Golding (1914), en *El señor de las moscas* (1954), opone de manera paródica el desencadenamiento de la cruel perversidad de los niños y su inventiva seductora, en la serie *La banda de los cinco*, donde crean una sociedad paralela llena de inteligencia y simpática extravagancia... El niño parece ser el objeto de deseo por excelencia del imaginario inglés, que calificaríamos de buena gana de *paidófilo* si el término pudiera aún vestirse de una cierta inocencia puritana.

En un plano más pragmático, y para escalonar el desarrollo de la psicología y el psicoanálisis de niños en Inglaterra después de la Segunda Guerra Mundial (desde Bowlby hasta Winnicott), Juliet Mitchell⁴ observa que, por una parte, la independencia acordada a los niños y las mujeres debido a la movilización general durante la guerra impulsó avances emancipatorios que solo iban a hacerse realidad en la década de 1960; por otro lado, el retorno a la paz volvió a encerrar, al menos durante un tiempo, a la célula familiar inglesa en un repliegue moral. De hecho, estas dos tendencias contradictorias favorecieron la focalización de la atención en el niño.⁵

¿Acaso Inglaterra, sin saberlo, le había preparado el camino a Freud, y más en particular al análisis de niños, que nos invita a reencontrar la infancia que hay en nosotros para enfrentar el dolor de ser? Hasta que el

4 Cf. Juliet Mitchell, *Psychoanalyse et féminisme* (1974), trad. franc. Ed Des Femmes, 1975, pág. 228. (Ed. cast.: *Psicoanálisis y feminismo*, Barcelona, Anagrama, 1976.)

5 Sobre el lugar y la representación del niño, cf. Stephen Cullen, *Children in Society, a Libertarian Critique*, Londres, Freedom Press, 1991; Hugh Cunningham, *Children and Childhood in Western Society since 1500*, Londres, Longman, 1995; Harry Hendrick, *Children, Childhood and English Society, 1880-1990*, Cambridge, Cambridge Univ. Press, 1997; Malcolm Hill, *Children and Society*, Londres, Longman, 1997; Egle Bechi, Dominique Julia, *Histoire de l'enfance en Occident*, t. 1: *De l'Antiquité au XVIIe siècle*, t. 2: *Du XVIIIe siècle à nos jours*, París, Seuil, 1998; véase también Fran-cois Barret-Ducrocq, *L'Amoursous Victoria*, Piñón, 1989, y *Pauvreté, chanté et morale a Londres au XIXe siècle. Une sainte violence*, PUF, 1991; a quien le agradezco sus indicaciones en este ámbito.

consumo y la mercadotecnia globalizados ubicaron al niño-cliente en el centro de una humanidad administrada por la técnica, pero en realidad remitida a sus necesidades de satisfacción más primaria...

¿Es decir que Melanie Klein estaba necesariamente destinada a desarrollar su talento en Inglaterra, más bien que en otros lugares, y no por azar? En todo caso, ella declaró que Inglaterra era “su segunda tierra natal”,⁶ y sus allegados observaron hasta qué punto se llenó de vida después de instalarse en Londres.⁷ En efecto, aunque los textos que abordaremos en este capítulo datan de su período continental, de Budapest y Berlín, en realidad solo en Londres Melanie Klein pudo darles su sentido profundo, imprimirles un desarrollo clínico y teórico compartible, y por lo tanto un verdadero destino. Al tratar de fundar el psicoanálisis de niños inaugurado por Freud con su estudio sobre Juanito,⁸ y antes del áspero debate que iba a oponerla a Arma Freud, ella publicó en 1932 su compilación *El psicoanálisis de niños*,⁹ donde expuso veinte curas analíticas: cuatro niños de entre los 2 años y 9 meses hasta los 4 años y 3 meses (el período edípico); cinco niños de entre 5 y 6 años (el período posedípico); cinco niños de entre 7 y 9 años (el período de latencia); cuatro niños de entre 12 y 14 años (la pubertad), y dos adultos en una cura clásica.¹⁰

1. EL SABER INCONSCIENTE (DEL NIÑO) CONTRA LA ILUSTRACIÓN (DE LOS PADRES)

En su primera comunicación, “El desarrollo de un niño” (1921),¹¹ la analista realiza un *giro total*, una *inversión* sin duda ya intrínseca en el pensamiento freudiano, pero que Melanie profundiza con cuidado. Comienza por afirmar que la represión que impone la educación reprime la sexualidad infantil y determina la inhibición del pensamiento, por lo cual

6 Cf. Autobiographie, citada por Janet Sayer, *Les Mères de la psychanalyse*, PUF, 1995, pág. 246.

7 Esto es en particular lo que ha dicho la hija de Karen Horney, que en su infancia fue analizante de Klein, y se convirtió más tarde en la doctora Marianne Horney Eckhardt. Cf. MK, pág. 144.

8 Cf. Sigmund Freud, “Analyse d’une phobie chez un petit garçon de cinq ans (le petit Hans)”, en *Cinq Psychanalyses*, ob. cit., págs. 93-198.

9 *Die Psychoanalysis des Kindes*, Viena, Internationale Psychoanalytischer Verlag, 1932, y *The Psycho-Analysis of Children* (trad. de Alix Strachey), Londres, Hogarth Press and Institute of Psycho-Analysis, 1932; trad. franc. PUF, 1959.

10 Cf. Florence Bégoïn-Guignard, “L’évolution de la technique en analyse d’enfants”, en Melanie Klein aujourd’hui. Hommage à l’occasion du centenaire de sa naissance, Césura Lyon Édition, 1985, pág. 55.

11 Reproducida en *Essais de psychanalyse*. ob. cit., págs. 29-89.

recomienda la participación del psicoanálisis en la educación de todos los niños, comenzando por los más pequeños, e incluso los que no plantean aparentemente ningún problema de comportamiento o pensamiento. Este postulado educativo se inspira evidentemente en la Ilustración, y la autora no deja de subrayarlo, recordando que la autoridad de los padres tiene tendencia a apoyarse en la de Dios, cuya existencia es difícil de demostrar, y que a fuerza de enredos lógicos agravados por los inevitables desacuerdos religiosos entre los dos progenitores, esta actitud produce una confusión en el espíritu del niño, incluso un retardo mental. Afortunadamente, la psicoanalista advertida que es Klein (y que, por un maravilloso azar, vive muy cerca de los padres de Fritz y pudo seguirlo ¡como si fuera la propia madre, por su parte atea!) tiene el coraje de asociar la curiosidad *metafísica* relativa a la existencia de Dios con la curiosidad *sexual* que el niño experimenta y al mismo tiempo reprime. La analista resuelve también la confusión del pequeño y, ahorrándoles a los padres sus disputas ideológicas, hace que no siga pesando la autoridad de ellos y que permitan el desarrollo del pensamiento de su vástago. Hasta este punto, no hay nada que no sea clásicamente freudiano...

El pequeño Fritz (en realidad, recordémoslo, se trata de Erich, el hijo de Klein) comienza a hablar tarde, se expresa con dificultad y se encierra en repeticiones; en síntesis, parece “lento” e incluso “retrasado” para sus 4 años. Entonces su madre, ayudada por la analista (¿o a la inversa?), le propone algunas explicaciones sobre la inexistencia de Papá Noel, y también acerca del origen de los nacimientos. Fritz empieza a hacer preguntas, interroga al mundo, se interesa por las heces y la orina, desarrolla un sentido de la realidad. A veces se estanca, e incluso retrocede, cuando la madre o la analista, desbordadas, suspenden sus interpretaciones. Pero finalmente supera su creencia en la omnipotencia de su pensamiento infantil, expresa cada vez mejor su deseo y, para terminar, pone de manifiesto una inteligencia totalmente satisfactoria.

Sin embargo, sin aguardar a la segunda parte de su trabajo, que modificará esta visión optimista, un optimismo del siglo XVIII, acerca de la vida infantil,¹² a partir de la cuarta página de su estudio Melanie Klein

12 La primera parte de este estudio inicial, “La influencia del esclarecimiento sexual y la disminución de la autoridad sobre el desarrollo intelectual de los niños” — título que merece ser citado en inglés: “*The Influence of the Sexual Enlightenment and Relaxation of Authority on the Intellectual Development of Children*” (cf. Melanie Klein, *Love, Guilt and Reparation and Others Works, 1921-1945*, Hogarth Press, 1975; Karnac Books, 1992, pág. 1). fue elaborada en Budapest en 1919; la segunda, “La resistencia del niño al esclarecimiento sexual” -en inglés, “*The Child’s Resistance to Enlightenment*” - fue presentada en 1921 a la Sociedad Psicoanalítica de Berlín.

sostiene que la interpretación, que tiene el efecto saludable de socavar tanto a la autoridad de Dios como a la de los propios padres, y liberar de este modo el pensamiento del niño, no se confunde en absoluto con una simple educación, *sexual enlightenment* o *Aufklärung*. Pues la represión que sufre Fritz es más profunda que la represión secundaria impuesta por la educación moralizante: en efecto, “entre las razones que lo empujaban a repetir sin cesar, el factor determinante era «un cierto sufrimiento», una negativa a aceptar (contra la cual luchaba su deseo de verdad)”.¹³ Reducir el peso de la autoridad religiosa o moral no bastaba; por otra parte, en la familia de Fritz ella no gravitaba mucho, gracias al desacuerdo de los padres, como hemos visto. La inhibición de Fritz no era el producto de una presión educativa externa, sino que arraigaba en un universo mental que ya estaba allí; era la expresión de un *saber inconsciente* que estructuraba la fuerza de los deseos, por un lado, y por el otro el poder de la represión y la prohibición del incesto. En suma, había “una tendencia innata a la represión”,¹⁴ pero Melanie Klein bosqueja desde ese momento una especie de *escisión* entre “la fuerte curiosidad sexual” de Fritz y su feroz “represión”. De ello resultaba que para Fritz la sexualidad estaba asociada con una repugnancia insuperable. Este niño, al que sus padres ilustrados nunca habían reprimido o amenazado por sus juegos sexuales, se resistía sin embargo a todos los esclarecimientos, “se negaba sencillamente a recibirlos”.¹⁵

El rechazo y la renegación de los hechos sexuales primitivos [...] ponían en acción la represión mediante la escisión.¹⁶

Se imponía entonces una hipótesis, que para Klein se convirtió en certidumbre. El inconsciente del niño nos confronta con *otro saber*, un saber enigmático propio de la *fantasía*,* rebelde a las explicaciones o al “esclarecimiento”, un saber que no quiere *conocer* el mundo real en el sentido de aprender y adaptarse a la realidad. Es un *saber* que se resiste al *conocimiento*. Este saber inconsciente es filogenético e innato: se trata del

13 Melanie Klein, *Essais de psychanalyse*, ob. cit., pág. 32.

14 *Ibíd.*, pág. 53.

15 *Ibíd.*, pág. 59.

16 *Ibíd.*, pág. 52.

* La escuela francesa ha difundido el término “fantasma” (*fantôme*) como sinónimo de “fantasía” (desde luego, “*fantômé*” es la palabra que emplea Julia Kristeva). En este libro nos alineamos con la tradición kleiniana en castellano, y traducimos “fantasía”, pero, aprovechando el sinónimo francés, adoptamos el adjetivo “fantasmático” en reemplazo de “fantástico”, demasiado impregnado por sus acepciones no técnicas. [N. del T.]

complejo de castración, “sin duda desarrollado, al menos en parte, a partir del complejo de Edipo”;¹⁷ se adhiere al enigma de la prohibición del incesto y, en tal sentido, está cargado de deseo y prohibición.

Ante el inconsciente de Fritz, la analista tiene la convicción de haber encontrado ¡la *represión originaria*! En adelante, no solo se tratará de respetar ese saber inconsciente que se opone a nuestros principios ilustrados, sino también de acompañarlo, de ayudarlo a formularse, pues solo así será posible reelaborarlo. Y, a pesar de todo, se podrá entonces conocer la vida, gracias a un largo proceso que no sería ya una adaptación (como quieren los padres), sino una negociación entre fantasía y realidad. Ese iba a ser el camino del psicoanálisis kleiniano. Sus parámetros aparecen planteados desde el primer texto de Melanie: el exceso de pulsión, el poder de la prohibición inconsciente, la escisión, el lento retroceso de la fantasía que le cede el lugar a un conocimiento de la realidad nunca definitivamente consumado, la naturaleza imaginaria del yo enfrentado desde el principio con objetos interiorizados, ferozmente deseados y ferozmente prohibidos... Parece que el genio se reconoce en sus primeros pasos. Este es el caso de Melanie.

2. FABULAR CON ERICH/FRITZ

Este *insight* materno-analítico (es cierto que alentado, y Melanie lo reconoció, por los consejos de Antón von Freund, quien le recomendó a la novicia que no interpretara solo lo implícito consciente, sino también el material inconsciente profundo) llevó a Klein a hacer avanzar sus interpretaciones. Fue más allá del nivel consciente y educativo, más allá incluso del nivel del inconsciente freudiano al que Anna Freud quiso atenerse unos años después, para aventurarse en interpretaciones directas de esas fantasías, interpretaciones que lograban alcanzar en profundidad al niño. ¿A qué se debía ese rápido efecto de verdad? Se debía a que el niño está menos defendido o reprimido que el adulto, y puede acoger la palabra interpretativa cuando esta tiene la audacia de reconocer con precisión incluso la fractura entre la represión y el deseo, ese “sufrimiento”:

Escuchó con gran placer la historia de la mujer en cuya nariz creció una salchicha después de que el marido expresara ese deseo. Entonces, de un modo totalmente espontáneo, comenzó a hablar y, a partir de ese momento, contó historias fantásticas más o menos prolongadas [...]. Los siguientes son algunos fragmentos de esas fantasías:

Dos vacas caminan juntas, y una salta sobre el lomo de la otra y la monta a

17 *Ibíd.*, pág. 83.

caballo, y entonces la otra salta a los cuernos de la otra y los agarra fuerte. El ternero salta también a la cabeza de la vaca y sostiene con fuerza las riendas [...] Una mañana, al decirle buen día a la madre, después de que ella lo acariciara, él le dijo: "Quiero trepar sobre ti; tú eres una montaña y yo te escalo". [...] Comenzó a hacer ciertas preguntas con gran ardor [...]. Simultáneamente, volvió a jugar.¹⁸

¿Qué hace entonces la madre-analista? Fábula, juega, narra. Acompaña la curiosidad sexual y también el miedo a la castración o el miedo a la muerte que entretejen las fantasías del niño, sin vacilar en proponer ella misma pequeños relatos cuando Fritz calla. Se proyecta en la escisión de Fritz; vive con él, en su lugar, la tensión entre el deseo y la represión; le da las palabras, las historias que está segura son las de él y las de ella.

"¡Sugestión!", dirán algunos. Juguemos el juego, parece pensar Melanie Klein. Sin imponer un sentido "esclarecedor", su palabra permite que las fantasías infantiles se expresen como sainetes, fábulas entregadas al adulto en un intercambio lúdico, a la vez cómplice y distante. Por ejemplo, Fritz, atento al discurso de su madre y/o analista sobre las semillas que crecen en el vientre de las mujeres, se apasiona por... el estómago. Atención: ¿vientre o estómago? ¿Feto/niño o comida/excremento? La madre-analista ha escuchado, captado y sembrado; asocia, y junto con ella lo hace Erich/Fritz. ¡Por cierto, el niño iba a necesitar estómago para digerir todo lo que Melanie volcaba! Los aguardaba una larga aventura-

Algunas veces había hablado de sus "cacas" como de niños malos que no querían venir [...]. Le pregunté: "Entonces, ¿son los niños que crecen en el estómago?" Vi que esto le interesaba, y continué: "Porque las cacas están hechas de comida; los niños verdaderos no están hechos de comida". Respondió: "Eso lo sé, están hechos de leche. "No, están hechos de algo que hacen papá y el huevo que está dentro de mamá" (Presta mucha atención y me pide que explique.) [...] Su extraordinario interés por el estómago menguó considerablemente.¹⁹

Vemos aquí que el niño kleiniano no es inocente a la manera de Rousseau, ni "simplemente" (si así puede decirse) perverso polimorfo a la manera de Freud. Si es fóbico, teme a una excitación poderosa tanto como a una dura prohibición, y se defiende convirtiéndose en sádico violento. O, más bien: la excitación y la curiosidad sexuales efectivamente perversas-polimorfas subtienden la neurosis según Freud, pero en Melanie Klein se abren peligrosamente en abismo hacia un inconsciente aún más profundo, un inconsciente primario en el cual se encuentra la posibilidad de la represión originaria, y con ella la capacidad o incapacidad para el lenguaje y el pensamiento. Resulta insuficiente decir que "Freud nos mostró el niño

18 *Ibíd.*, págs. 63-64.

19 *Ibíd.*, págs. 66-67.

que hay en el adulto, y Klein nos ha mostrado el lactante que hay en el niño”, según la bella y concisa fórmula de Hanna Segal.²⁰ Desde el principio, Klein se aplicó a la escucha de la represión originaria tal como se hace oír en el niño, tal como fracasa en el psicótico, tal como se pone de manifiesto en los estados límite. Al hacerlo, la penetración kleiniana no solo altera los objetivos pedagógicos y normalizadores de un cierto psicoanálisis de niños, como se pudo pensar en las década de 1930 y 1940; tampoco constituye un llamado subversivo a la liberación de la sexualidad, finalmente desinhibida, en familias descargadas de la autoridad, en particular de la autoridad de los padres, como se hizo creer hacia 1968 y en el feminismo; desde sus primeros pasos clínicos la novedad kleiniana se presentó como un *psicoanálisis de la capacidad de pensar*, y así lo comprendieron y desarrollaron Bion y Winnicott, y todos los que posteriormente intentaron curar la psicosis infantil y el autismo.

Los grandes analistas que renovaron al psicoanálisis abriendo nuevos dominios de investigación psíquica lo hicieron transformando su secreto y su pasión en un objetivo epistemológico. Desde sus primeros escritos, el secreto (la pasión), el objetivo de Melanie se pusieron claramente de manifiesto: se trataba de entender (y hacer advenir) *un deseo que piensa*. ¿Acaso de este modo se revelaba la madre, preocupada por el buen desarrollo de su hijo? ¿O era la hija de Libussa que acorralaba al antiguo poder de su madre sobre la niña que ella fue, en las fronteras de la excitación incestuosa y el ahogo depresivo?

El *combate* que el sentido de la realidad debe emprender en su desarrollo contra la tendencia innata a la represión, el proceso mediante el cual la ciencia [pero también el lenguaje, el pensamiento podríamos añadir nosotros] solo puede consumarse, tanto en el individuo como en la historia de la humanidad, en el *dolor*...²¹ [...] En el caso descrito, me parece que las bases de las inhibiciones del niño y de sus rasgos neuróticos se establecieron incluso antes del momento en que comenzó a hablar.²²

En ciertas condiciones, la familia humana (y el psicoanálisis que podría ayudarla) logra metabolizar ese “combate” y ese “dolor” intrínsecos de nuestra especie pensante, en un desarrollo exitoso del pensamiento y la cultura. Se tratará de detallar los vínculos, es decir las variantes de la “relación de objeto”, como Klein dirá más tarde, que le permiten al deseo engendrar sentido, con y más allá del sufrimiento, en lugar de fijarse en la

20 Cf. Hanna Segal, “Kleinian Analysis”, en J. Miller, *States of Mind*, Londres. BBC, 1983, pág. 254.

21 Melanie Klein, *Essais de psychanalyse*, ob. cit., pág. 53; las cursivas son nuestras.

22 *Ibíd.*, pág. 83.

inhibición. Con el análisis de Fritz quedan ya planteadas las principales coordenadas del pensamiento kleiniano: deseo-sublimación-simbolización.

Eric Clyne recordó que, en 1919, en Rosenberg, y en 1920 en Berlín, la madre dedicaba una hora a su análisis, antes de acostarlo. El vínculo materno, ¿favoreció o, por el contrario, vició la escucha kleiniana? Este interrogante, continuamente debatido tanto por los discípulos como por los adversarios, solo puede recibir una respuesta ambigua: sin duda, ambas cosas. Como madre, Melanie era el objeto del deseo inconsciente de su hijo, del mismo modo que él lo era para ella, y esta proximidad (¿renegada o sobreinvertida?) la ayudaba a identificar los signos ínfimos de la curiosidad sexual de Erich respecto de sus dos progenitores. Al mismo tiempo, como la analista que intentaba ser y en la que llegó a convertirse en gran medida, era también agente, si no de una inhibición óptima, al menos de una negativación sublimatoria de ese deseo: por el sesgo de la interpretación, llevaba hacia la simbolización a Erich/Fritz. Desde el principio, ella prestó atención a esa doble función, pero sin cartografiar las dificultades o los atolladeros a los que exponía a los dos protagonistas:

Los deseos incestuosos [de Erich] habían sido llevados a su conciencia; a continuación, el apego apasionado a su madre se puso claramente de manifiesto en la vida cotidiana [...]. Sus relaciones con el padre, aunque él tenía conciencia de sus deseos agresivos (o precisamente porque tenía conciencia de ellos), eran excelentes [...]. El proceso de liberación respecto de la madre había ya comenzado en parte, o al menos [...] se había realizado un intento en tal sentido.²³

Esta amalgama madre-analista, ¿no es lo que podría explicar que no hubiera “ninguna alusión al papel del padre”? Como si Klein desconfiara de la respuesta que podría ponerla en dificultades, propone (¿con demasiada simpleza?) que “en ese momento, él [Erich] no había hecho ninguna pregunta directa acerca de ese tema”. Y anota más adelante:

No hacía preguntas directas sobre el papel del padre en el nacimiento y el acto sexual en general. Pero, ya en ese momento, yo pensaba que estos interrogantes lo perturbaban inconscientemente.²⁴

Sin duda, es imposible que una madre asuma a la vez el papel de objeto del deseo y del sujeto al que se le supone que conoce el inconsciente. Por otra parte, recordemos, para hacerle justicia a Klein, que nunca lo recomendó, y que incluso se esforzó en olvidar lo que ella misma había

23 *Ibíd.*, pág. 85.

24 *Ibíd.*, págs. 32 y 59.

hecho.²⁵ Hubo también una toma de conciencia acerca de la necesidad de separar el lugar familiar respecto del lugar analítico:

Llegué a la conclusión de que el psicoanálisis no debería realizarse en la casa del niño.²⁶

De todos modos, nunca la abandonó su tendencia a “maternar” el inconsciente,²⁷ tendencia que se prolongó incluso hasta sus prácticas ulteriores más lúcidas y más distanciadas. Esa tendencia se pone de manifiesto en la ambición, aparentemente más específica de los kleinianos que de la propia Klein, de aprehender la represión originaria y el inconsciente, al punto de objetivarlos y fijarlos en “posiciones” dogmáticas, cuando no en interpretaciones esquemáticas estereotipadas y subjetivas. Fue con otra aptitud para una maternidad más serena y lúdica (la de Winnicott), como “las semillas” (para retomar las palabras de Melanie y Fritz/Erich) plantadas por Klein en el terreno del psicoanálisis iban a sustraerse al dogmatismo del control materno y desarrollarse como reconocimiento de la “madre suficientemente buena” en el analista o la analista, como una invitación a crear un “espacio transicional” entre la madre y el bebé, así como entre el analista y el paciente.²⁸

3. HANS Y (TAL VEZ) MELITTA

El primer hijo de Melanie, Hans, tampoco escapó a la vigilancia de la madre analista. Con el nombre de Félix, en “Una contribución a la psicogénesis de los tics” (1925),²⁹ aparece sometido a una dilatación del prepucio a la edad de 3 años, y a los 11 años a un examen nasal que reactivó el primer trauma, acentuando la tendencia del muchachito a la masturbación. Esta era sobre todo reprimida por el padre que, de regreso del frente, se mostraba muy severo con el hijo. Félix desarrolló tics, en los cuales la analista vio un desplazamiento de la excitación genital y la masturbación. Al descomponer los tres movimientos irreprimibles de Hans

25 Cf. “La technique de jeu psychanalytique: son histoire et sa portée” (1955), en Melanie Klein, *Le Transfert et autres écrits*, ob. cit., 1995, pág. 26. Cf. también supra, págs. 34-35.

26 *Ibid*, pág. 29.

27 La expresión es de J.-B. Pontalis, “Entre le savoir et le fantasme, 1. L’Enfant question”, en *Entre le rêvé et la douleur*, Gallimard, NRF, 1977, pág. 128.

28 Melanie Klein reconocía no ser “una madre innata”, y estimaba que Winnicott tenía “una identificación materna muy fuerte, aunque no hubiera tenido hijos”. Cf. MK, pág. 307.

29 Este texto aparece reproducido en *Essais de psychanalyse*, ob. cit., págs. 142-165.

(la sensación de depresión en la nuca, el empuje compulsivo de la cabeza hacia atrás con rotación hacia un lado y, finalmente, el desplazamiento del mentón hacia abajo con una fuerte presión sobre el pecho), Melanie Klein los asoció con el recuerdo de la madre del niño (que en realidad era ella). Antes de los 6 años de edad, Félix había compartido el dormitorio de los padres y había querido participar en sus juegos sexuales: los movimientos o tics del niño imitaban la supuesta pasividad de la madre y la penetración activa del padre en ella. El análisis descifró “la fijación anal del niño en su madre”, así como “su homosexualidad reprimida”.³⁰ Por esquemáticas que puedan parecer estas interpretaciones, ellas no se contentan con retomar la idea freudiana de que el síntoma histérico simboliza una parte del cuerpo (por ejemplo, en los *Estudios sobre la histeria*, el brazo paralizado de Anna O. equivalía a un pene en erección que la paciente, según Freud, deseaba o anhelaba tener). Klein estaba bosquejando aquí su teoría de la *relación de objeto*, situando el síntoma en el vínculo particular del niño con los objetos de sus deseos, el padre y la madre:

La experiencia me ha convencido de que el tic es inaccesible a toda acción terapéutica mientras el análisis no logre develar las *relaciones objetales* sobre las que se basa. He comprobado que en la base del tic se encuentran tendencias genitales, sádico-anales y orales, dirigidas contra *el objeto*.³¹

En cuanto a Melitta, se puede suponer que fue presentada de manera poco halagüeña, primero como un caso anónimo, y después con el seudónimo de Lisa.³² Sumándose a la historia de Félix, Melanie comunica el caso de otro niño que tiene una hermana, “en una familia que yo conocía bien”, y a la que ella describe de manera idílica (¡por supuesto, ya que se trata de la suya!): “Estos niños tienen muy buen carácter y son educados con mucha inteligencia y amor”.³³ Hete aquí que, aunque dotada al principio de aptitudes intelectuales, la adolescente de 15 años (exactamente la edad de Melitta en 1919, fecha de la primera parte del artículo) se fue marchitando al crecer. Era superficial y no ponía de manifiesto ninguna curiosidad. El texto en inglés dice: “*The Child never asked for sexual enlightenment at all*”,³⁴ lo que podría sobre todo significar, jugando con el

30 *Ibíd.*, pág. 145.

31 *Ibíd.*, pág. 159; las cursivas son nuestras.

32 Cf. Melanie Klein. “Le développement d’un enfant” (1919-1921), en *Essais de psychanalyse*, págs. 79-80, y “Le rôle de l’école dans le développement libidinal d’un enfant” (1923), *ibíd.*, págs. 96 y sigs. Cf. *MK*, pág. 153-

33 *Ibíd.*, pág. 79.

34 Cf. Melanie Klein, *Love, Guilt and Reparation and Others Works*, ob. cit., pág. 80, y *MK*, pág. 153.

sentido de la palabra *enlightenment*, que no era verdaderamente “una luz” ni un “espíritu de las Luces”, ¡esa pobre Melitta!³⁵ En síntesis, “hasta el momento no ha dado pruebas más que de [...] una inteligencia media”.

Tal vez se estuviera incubando ya, en esa década de 1920, la guerra entre madre e hija que solo se desencadenó en 1933. En esta manera de pintar negativamente a la hija, mucho antes de que estallara el conflicto, ¿no se revela ya la envidia o la venganza de la madre, que sin embargo se presentaba serena en este drama? Lisa/Melitta personalizaba extrañamente las cifras y las letras, en lugar de utilizarlas como todo el mundo: por ejemplo, agrandaba la letra “a”, asociándola con una imagen del padre, cuyo nombre (Arthur) comenzaba con esa letra.

Pero entonces se dijo que, después de todo, tal vez la “a” fuera demasiado seria y digna, y que debería tener al menos algo de la “i” saltarina. La “a” era el padre castrado, pero no obstante invicto, y la “i” era el pene.³⁶

En esa niña poco dotada, Melanie diagnosticó una “concepción sádica del coito” y un complejo de castración que obstaculizaba sus aptitudes matemáticas... El complejo paterno de Lisa/Melitta solo iba a salir a plena luz con Edward Glover,³⁷ ¿acaso para tratar de rehabilitar al padre “castrado pero invicto”, frente a una madre invasora y dominante?

Sin embargo, a través de esos esquemas rígidos que la analista-madre parece adosar a sus hijos, y que traducen sus propias defensas contra el sentimiento de culpa, o incluso su odio de madre a su progenie, la pertinencia del *insight* kleiniano no cesa de sorprendernos. Sobre todo porque encontró de inmediato la prueba principal capaz de confirmarlo, moderando al mismo tiempo la siempre amenazante crispación dogmática: esa prueba no fue otra que *la invención de la técnica del juego*.

La atención prestada a los juegos de Erich/Fritz, la propia participación de la madre en las fantasías de sus hijos, como si ella “jugara el juego” mientras develaba el sentido inconsciente, le habían abierto el camino. Pero fue con otros niños, con hijos de sus colegas, en particular en Berlín, como Melanie Klein, dirigida por Abraham, puso a punto la técnica del juego.

35 Cf. Melanie Klein, “Le développement d’un enfant”, en *Essais de psychanalyse*, ob. cit., pág. 80. Cf. *MK*, pág. 153.

36 Melanie Klein, “Le développement d’un enfant” (1921), ob. cit., pág. 97.

37 Cf. *infra*, cap. IX, 2, págs. 226 y sigs.

4. ¿JUGAR? INTERPRETAR

Rita tiene 7 años, la horroriza la escuela, no demuestra ningún interés por el dibujo, pero un día borrona un papel, lo desgarró y lo arroja, mientras murmura: "Mujer muerta". Esa era la causa de los terrores nocturnos por los cuales la pequeña había llegado a la consulta. Melanie comprende que la "mujer muerta", una mujer amenazante que había que matar, era a la vez la analista y la madre de Rita: la transferencia se convierte en el objeto obligado de la interpretación. Advierte en seguida que el papel, el dibujo y el agua eran indispensables para ese "lenguaje sin palabras" que parecían ser las fantasías de Rita: jugar será el camino regio al inconsciente, así como el sueño lo fue para Freud. Después Melanie va a la habitación vecina a buscar los juguetes de sus hijos, y Rita comienza a representar diversas catástrofes con los autitos, los trenes y las figurillas llevados por la analista. Esta ve allí una puesta en escena de las actividades sexuales de Rita con un compañero de escuela. Malestar de Rita, y después alivio: la técnica del juego estaba en camino.

Me gustaría explicar en algunas palabras la razón de que estos juguetes sean de tal utilidad en la técnica del análisis mediante el juego. Su pequeño tamaño, su cantidad y su gran diversidad pueden dar lugar a los juegos más variados, mientras que su simplicidad permite una infinidad de empleos distintos. Estos juguetes pueden perfectamente servir para expresar con variedad y detalle las fantasías y las experiencias infantiles. Los diversos "temas lúdicos", así como los objetos que los acompañan y que podemos observar directamente y a la vez deducir del contenido del juego, se presentan en una vecindad y un marco estrecho; no se nos escapa nada del encadenamiento y la dinámica de los procesos mentales en acción, ni de la cronología de las experiencias y las fantasías del niño; a menudo la contigüidad espacial representa la contigüidad temporal.³⁸

Más tarde, Melanie precisará, retomando estas ideas, que es importante que esos juguetes sean pequeños, "no mecánicos", tan simples como el equipamiento de la propia sala de juego, y que los "personajes humanos, que varían solamente en color y tamaño, no indiquen ninguna ocupación particular", para que se los pueda utilizar según el material específico que surja en el juego.³⁹

Por otro lado, al prestar atención a la expresión de la agresividad en el juego, e interesarse particularmente por los objetos maltratados, Klein establece también un límite que veda cualquier agresión física a la persona

38 Cf. "La technique de l'analyse des jeunes enfants", en *La Psychanalyse des enfants*. ob. cit., pág. 44.

39 Cf. "La technique de jeu psychanalytique" (1955). en *La Transfert et autres écrits*, ob. cit., pág. 31

del analista.⁴⁰

Pero el juego no es la puesta en escena abstracta de “objetos” de deseo u odio, simbolizados por los juguetes. El juego kleiniano se sitúa en el cuerpo y en el mundo: *es*, puesto que arruina, quema, rompe, seca, ensucia, limpia, destruye, construye... Necesita entonces un ámbito muy distinto del sobrio diván:

En la habitación debe haber además una cantidad de objetos susceptibles de utilización simbólica, entre los cuales el más importante es un lavabo con agua corriente...⁴¹

Peter, de 3 años y 9 meses, es un niño muy difícil, inhibido en el juego, muy apegado a la madre, y no tiene nada de varón. En la primera sesión hace chocar autos y caballos:

Le pregunté qué hacían los autos. “No es lindo”, respondió, abandonando su manejo, para retomarlo de inmediato.⁴²

Durante una sesión:

“Es así como sus máquinas se entran.” [...] Yo continué mi interpretación: “Has pensado que tu mamá y tu papá se entran sus máquinas y que es eso lo que hizo nacer a tu hermanito Fritz”.⁴³

Trude, de 3 años y 3 meses, es muy neurótica y está muy fijada a la madre. En la primera sesión insiste en que se retiren las flores que hay en un jarrón.

De inmediato interpreté esas palabras como un deseo de suprimir el pene paterno.⁴⁴

Klein observa la destrucción de los objetos por parte de los niños: ¿no representa para el inconsciente la destrucción de los órganos genitales del padre?⁴⁵ No evita interpretar la *transferencia negativa*⁴⁶ en cuanto aparecen los primeros signos de angustia y resistencia. La interpretación de la transferencia negativa constituye entonces otra novedad que Melanie Klein

40 *Ibíd.*, pág. 33.

41 Cf. Melanie Klein, “La technique de l’analyse des jeunes enfants”, en *La Psychanalyse des enfants*, ob. cit., pág. 45.

42 *Ibíd.*, pág. 29.

43 *Ibíd.*, págs. 29-30.

44 *Ibíd.*, págs. 33-34.

45 *Ibíd.*, pág. 32.

46 *Ibíd.*, pág. 37.

aportó al psicoanálisis: lejos de ignorarla, le prestaba tal atención que hubo quienes le reprocharon que incluso la suscitaba. Pero lo que ella quería ceñir era la agresividad del paciente, la pulsión de muerte refrenada, pues desinhibiéndola esperaba liberar el pensamiento. La lección de Freud, tal como la presentan los textos consecutivos a su descubrimiento del más allá del principio de placer, en particular “La (de)negación” (1925), encontraba de este modo su aplicación, o más bien su desarrollo original.⁴⁷

A medida que Klein ampliaba su práctica analítica con los niños, se iba confirmando que el juego tiene tanta capacidad de dar acceso al inconsciente como la asociación libre del adulto o un análisis de sueños; incluso más, puesto que el inconsciente preverbal o transverbal, un inconsciente profundo cercano a la represión originaria, se expresa intensamente en el juego. Y, de manera muy adecuada, como epígrafe al relato del caso de Richard, Klein cita una frase de los *Ensayos* de Montaigne: “Hay que observar como algo cierto que los juegos de los niños no son juegos, y hay que considerarlos sus acciones más serias”.⁴⁸

5. PALABRAS CRUDAS, TRANSFERENCIA NEGATIVA, DESCOMPENSACIÓN DE LA FANTASÍA

Sin embargo, para analizar no basta proyectarse al lugar del niño que juega y captar su inconsciente mediante una osmosis materno-analítica, pues

los términos de la interpretación tienen una gran importancia; habría que escogerlos en función del modo concreto de pensamiento y de expresión del niño. Recordemos que Peter, mostrando el subibaja, había dicho: “¡Mire, eso se entra adentro!” No tuvo entonces ninguna dificultad en comprender mi respuesta: “Es así como las máquinas de papá y mamá se entran adentro”.⁴⁹

Se advierte que la muy empírica Melanie Klein tenía un sentido agudo del “significante” lenguaje, y no avanzaba en sus interpretaciones (que a menudo nos parecen muy groseras) sin un respeto escrupuloso por el lenguaje específico del niño:

47 Los analistas ingleses parecen haber sido particularmente seducidos por esta innovación kleiniana, aunque Sylvia Payne sostuvo que practicaban el análisis de la transferencia desde antes de la llegada de Melanie a Londres. Cf. MK, pág. 440.

48 Montaigne, *Essais*, libro I, cap. XXIII. Cf. Melanie Klein, *Psychanalyse d'un enfant*, Hogarth Press, 1961, trad. franc. Tchou, 1973.

49 Melanie Klein, “La technique de l'analyse des jeunes enfants”, en *La Psychanalyse des enfants*, ob. cit., págs. 43-44.

No se puede hablar del éxito de un tratamiento si el niño, sea cual fuere su edad, no ha sacado partido, en el curso de su análisis, de todos los recursos de lenguaje de los que dispone.⁵⁰

El ejemplo que da al respecto es muy significativo:⁵¹ un niño de 5 años, que reprime bien sus fantasías, las expresa sin embargo en el juego, pero “sin darse cuenta”. Un día, jugando a la vendedora y el comprador, la analista le pidió que le pusiera un nombre. “Me dijo que yo debía ser ‘el señor Cookey-Caker [y] vender motores, que para él representaban el nuevo pene.” Melanie descifró que Cookey-Caker remitía a “hacer pasteles” y expresaba la fantasía de hacer niños de manera oral y anal. El pequeño paciente se puso a sí mismo el nombre de “señor Kicker”, e hizo que el señor Cookey-Caker “se fuera a algún lado”:

Muy pronto se dio cuenta de que el señor Cookey-Caker había muerto como consecuencia de los puntapiés que él le daba [y] tomó conciencia de su agresividad contra el padre.⁵²

Estamos lejos de la técnica que utilizó Freud con Juanito, apoyándose en el padre del niño: la prudencia de Freud, contrariamente al sondeo de Klein, lo llevó a decir solo que Juanito estaba celoso porque quería tener el mismo bigote que el padre... ¡De ningún modo iba a decir que el niño deseaba el mismo pene que el padre! En Melanie Klein no ocurre nada de esto. Ayudada por el señor Cookey-Caker, ella avanza sin miedo. Más tarde, con Lacan, se dirá que el significante traza por sí solo la vía de su coraje interpretativo. Pero de todos modos faltaba comprender el significante (Cookey-Caker, Kicker; curiosamente, la analista no toma nota de la insistencia en la letra *k* del apellido Klein, ni tampoco de que se la identifica con un señor), pasar de las palabras a las cosas, y narrar la fantasía. Ella se contenta con observar:

La palabra “Cookey-Caker” era el puente a la realidad, que el niño evitó mientras expresaba sus fantasías mediante el juego. Siempre hay un progreso cuando el niño debe reconocer la realidad de los objetos con sus propias palabras.⁵³

Se advierte que la técnica del juego kleiniana es inseparable del

50 *Ibíd.*, pág. 46.

51 Cf. “L’importance des mots dans l’analyse précoce” (1927). en *Le Transfert et autres écrits*, ob. cit., pág. 81-82.

52 *Ibíd.*, pág. 82.

53 *Ibíd.*

particular sentido kleiniano de la interpretación, mediante el cual la fantasía *jugada*, convertida en una fantasía *narrada entre dos*, se encamina hacia el conocimiento de la realidad. Si bien es cierto que la *técnica del juego* fue inventada por la pequeña Rita⁵⁴ no sin la participación de Fritz, Peter, Félix, Trude, Erna, y otros (del mismo modo que Anna O., la paciente de Freud, había inventado la *talking cure*), la *interpretación kleiniana* forma parte de esa técnica, y constituye incluso lo esencial de la obra de Melanie Klein.

Volvamos una vez más a Fritz/Erich, para apreciar el estilo de ese método.

Antes de la introducción del juego propiamente dicho, Melanie Klein, utilizando dos procedimientos distintos, acompaña al niño en sus fantasías, que él presenta en forma de palabras repetitivas o conductas inhibidas o compulsivas.

Por una parte, la analista nombra esos fantasmas, “llamando gato al gato”,⁵⁵ con palabras crudas:

En análisis, solo podemos tener acceso al inconsciente del niño (desde luego, por el yo y gracias al lenguaje) evitando los circunloquios y utilizando palabras simples y claras.⁵⁶

Por otro lado, la lógica de la interpretación concierne a las identificaciones condensadas internas de la fantasía; se trata de separar y desprender esa madeja de identificaciones, para especificar el lugar de la identificación precisa que está en juego para el niño. Así, la fijación de Fritz en el estómago solo cedió cuando, en el curso de una sesión, mientras repetía la expresión “frío en la barriga”, describió el órgano del que se trata como una habitación a la que alguien había entrado para destruirla; la madre-analista le preguntó:

“¿Quién es ese alguien, y cómo entró allí?” Él respondió: “Un palito entró por el pipí en la barriga y el estómago”. En este caso ofreció poca resistencia a mi interpretación. Le dije que él se había imaginado en el lugar de su mamá, y que deseaba que el papá hiciera con él lo que hacía con ella. Pero que temía (e imaginaba que su mamá experimentaba el mismo miedo) que ese palito (el pipí del papá) entrara en su pipí, le hiciera daño, y que, además, destruyera todo en su barriga y su estómago.⁵⁷

54 Caso al que se hace referencia en los *Essais de psychanalyse*, y que después fue comentado más extensamente en Melanie Klein, *Le Transfert et autres écrits* (1955), ob. cit., págs. 27 y sigs.

55 Según la expresión de Freud en “Fragmento de análisis de un caso de histeria” (1905), citado por Melanie Klein en *La Psychanalyse des enfants*, ob. cit., págs. 43-44.

56 *Ibíd.*, nota de la pág. 44.

57 Melanie Klein, *Essais de psychanalyse*, ob. cit., págs. 74-75.

Este tipo de interpretaciones implica que el niño sea *capaz* de comprender tanto el valor *semántico* de las palabras directas empleadas por el analista, como su valor *simbólico*, que consiste en que traducen movimientos identificatorios imbricados: en este caso, la identificación de Fritz con una madre “destruida” y “sucia”, según una representación sádico-anal del coito, pero también el miedo de Fritz a ser esa madre, un miedo que representaba el componente homosexual de su psiquismo. La interpretación kleiniana supone también que, como la comunicación entre el consciente y el inconsciente es más fácil en el niño, una palabra analítica que revela la verdad profunda y desagradable produce alivio inexorablemente. Pero el analista asume el riesgo de subestimar las defensas y el pre-consciente del niño:

Me preguntó con alegría si, después de mis explicaciones, lo que a él le parecía “horrible” se le volvería agradable, como hasta entonces había ocurrido con las otras cosas. Dijo también que ya no tenía miedo a las cosas que se le habían explicado, ni siquiera cuando pensaba en ellas.⁵⁸

Este estilo interpretativo, iniciado en los análisis de sus propios hijos, se desarrolló y consolidó con la técnica del juego que Melanie iba emplazando progresivamente. Por ejemplo, Rita sufría de terrores nocturnos y fobias a animales, era ambivalente respecto de la madre pero se aferraba a ella, e inhibida en el juego. Esta niña presentaba todas las características de una neurosis obsesiva alternante con una depresión. En su primera sesión tuvo miedo de encontrarse sola con la analista en el consultorio, y quiso salir al jardín. La madre y la tía, que la acompañaban, temieron ya un fracaso, pero Melanie aceptó el juego. Cambiar de espacio formaba parte de él:

Mientras estábamos afuera, interpreté su *transferencia negativa* (incluso contra la práctica habitual). A partir de las pocas cosas que ella dijo, y del hecho de que estaba menos asustada al aire libre, llegué a la conclusión de que temía en particular algo que yo pudiera hacerle cuando se encontrara sola conmigo en la habitación. Interpreté esto y, haciendo referencia a sus terrores nocturnos, vinculé su desconfianza con respecto a mí, como extraña hostil, con su miedo a que una *mala mujer* la atacara cuando estaba sola, por la noche. Unos minutos después de esa interpretación le propuse que volviéramos a la habitación, y ella aceptó de buena gana [...]. Este caso reforzó mi convicción creciente de que para el psicoanálisis de un niño es una precondición que se comprendan e interpreten las fantasías, los sentimientos, las angustias y las experiencias expresadas en el juego o, si las actividades de juego están inhibidas, que se interpreten las causas de esa

58 *Ibíd.*, pág. 76.

inhibición.»⁵⁹

Melanie Klein utiliza el *espacio del juego* como una escena onírica sometida a los procesos primarios (desplazamiento y condensación), conjuntamente con el *lenguaje* del niño, por supuesto, pero también con la *semiología diversificada* de sus afectos, que ella descifra en el comportamiento sensorial o emocional o en la gestualidad no verbalizada. El analista tiene a su disposición toda una gama de señales que lo llevan a la interpretación de la transferencia negativa, formulada en una secuencia a menudo subtendida por vínculos de causalidad que permiten llegar al núcleo inconsciente: señora Klein = madre mala = mamá que me impide dormir, amenazándome como una bruja = porque yo deseo a mamá, y/o estoy celosa de que ella se acueste con papá, y/o yo quiero destruirla/destruirlos... Las formulaciones de Melanie Klein y su encadenamiento presentan por cierto una brutalidad tanto semántica como lógica. Pero sería injusto acusar a esas interpretaciones de ser puramente... “simbólicas”, en el sentido de que derivarían de un simbolismo sexual pulsional, sin vínculos preconscientes, ignorante del significado lenguajero y de la disponibilidad del niño.⁶⁰

A igual título que el discurso vivo, directamente sexualizado de la analista, su interpretación de la transferencia negativa (y esto desde el inicio de la cura, lo que distingue radicalmente su técnica de la de Anna Freud, y de la del propio Freud) tiene para Klein la ventaja de establecer *ab initio* una relación de verdad con el paciente, joven o adulto. Mientras que Anna y su padre apostaban a establecer un vínculo de confianza entre el yo del paciente y el del analista para poder progresar en el trabajo interpretativo profundo, Melanie Klein, por el contrario, pensaba que lo que inaugura la relación transferencial y hace posible el trabajo ulterior es el contacto directo con la verdad inconsciente.

Esta posición, que puede defenderse cuando se trata de niños pequeños, suscita más oposición con las otras edades y las otras estructuras psíquicas. Por ejemplo, el período de latencia plantea problemas peculiares que pueden inutilizar la técnica kleiniana: ha desaparecido el juego de niño pequeño, y no está aún emplazada la asociación libre del adulto. Una interpretación profunda, por ejemplo la interpretación de la transferencia negativa, ¿no corre el riesgo de provocar o agravar la angustia y la ansiedad? No obstante, los ejemplos kleinianos atestiguan que la indiferencia del niño en el período de latencia, su repliegue de la

⁵⁹ Melanie Klein, “La technique de jeu psychanalytique: son histoire et sa portée” (1955), en *Le Transfert et autres écrits*, ob. cit., pág. 28; las cursivas son nuestras.

⁶⁰ Cf. *infra*, cap. IV, 4, págs. 109 y sigs.. y cap. VIII, 1, pág. 179.

transferencia y su cierre defensivo en la monotonía psíquica y discursiva, también pueden ser atravesados por interpretaciones en términos de coito parental, masturbación y rivalidad edípica. En suma, la aparente brutalidad de estas interpretaciones haría contacto con la verdad inconsciente revelada que el analista considera al paciente capaz de recibir, y esta es una confianza que el paciente le agradece. Por otra parte, el analizante no tarda en autenticar la pertinencia del método, estableciendo o reforzando su transferencia.

¿Se corre el riesgo de la subordinación del paciente, de la seducción, de la intrusión? ¿De caer en sugerencias más o menos manipulativas? ¿Se trata de interpretaciones “conectadas” con el inconsciente originario, o tal vez le son impuestas? La analista-madre arcaica, ¿no se deja arrastrar por la fantasía de que puede captar lo originario? Nuestras desconfianzas respecto del kleinismo son legítimas, y las investigaciones ulteriores sobre los efectos secundarios de la transferencia, pero también sobre la contratransferencia, ayudan hoy en día a precaverse mejor contra ellos. Dicho esto, la técnica de la interpretación kleiniana, que está directamente anclada en el juego y tiene en cuenta sus múltiples parámetros (códigos semióticos que suplantarían el lenguaje verbal, identificaciones polisémicas condensadas en fantasías actuadas o sustantivadas, transferencia negativa y positiva sobre el analista), ha sido de una fecundidad extraordinaria para la exploración de las profundidades del inconsciente.⁶¹

Abraham tenía razón cuando, en el congreso de los psicoanalistas alemanes realizado en Wurtzburgo en 1924, proclamó que “el futuro del psicoanálisis está en el análisis mediante el juego”. Juego de los códigos semióticos plurales de los que dispone el niño, pero también el adulto; creatividad y psicodrama; juego con los significantes en la asociación libre... Sin saberlo, Melanie Klein había bosquejado los nuevos caminos que debía tomar la cura analítica después de Freud. Pero no sin dejar igualmente abierto un interrogante fundamental en toda interpretación psicoanalítica, y que Klein tuvo el coraje de exacerbar: ¿puedo decir todo lo que creo saber que ocurre en el inconsciente del paciente? El “olfato”, que lo siente todo, quizá incluso la verdad, *no lo es todo*, pues nada lo es todo en los juegos de las fantasías con el sentido. Por momentos se tiene la sensación de que, para Melanie Klein, el espacio psíquico —que ella permitió descubrir en su concreción— se vuelve paradójicamente transparente, y pierde su tridimensionalidad cuando la analista lo zarandea con interpretaciones intempestivas. El *olfato* imaginario exige

61 Cf. R. H. Etchegoyen, “Melanie Klein and the Theory of Interpretación”, en *The Fundamentals of Psychoanalytic Technic*, Londres, Kamac Books, 1991, págs. 402-416.

mucho *tacto* para encontrar al inconsciente, indefinidamente, y hacerlo revivir.

III. Prioridad e interioridad del otro y del vínculo: el bebé nace con sus objetos

1. NARCISISMO Y OBJETO

La hipótesis de que un estadio que se extiende durante varios meses precede a las relaciones de objeto implica que, con la excepción de la libido ligada al cuerpo propio del lactante, no hay presentes en él mociones, fantasías, angustias y defensas, o bien que ellas no se relacionan con un objeto, es decir que operan in vacuo. El análisis de niños muy pequeños me ha enseñado que no hay ninguna necesidad instintiva, ninguna situación de angustia, ningún proceso mental que no implique objetos, externos o internos; en otros términos, las relaciones objetales están en el centro de la vida emocional. Lo que es más, el amor y el odio, las fantasías, las angustias y las defensas actúan también desde el comienzo, y están ab initio indisolublemente ligadas con relaciones objetales. Este insight me ha permitido ver numerosos fenómenos bajo una nueva luz.¹

Tardía y firme, esta declaración de Melanie Klein explícita las apuestas de un debate fundamental que la psicoanalista mantenía con la teoría freudiana. En efecto, allí donde Freud, mientras evoluciona su punto de vista acerca del tema, postula en el niño pequeño un estado “anobjetal”, llamado “narcisismo primario”, Klein afirma que la relación de objeto existe desde el nacimiento.² Aunque zanjada, la divergencia entre estas dos posiciones teóricas es más compleja de lo que parece.

En su primer bosquejo del concepto de narcisismo (*Introducción del narcisismo*, 1914),³ Freud habla de un “autoerotismo” en el inicio de la vida,

1 Melanie Klein, “Les origines du transfert” (1952), en *Le Transfert et autres écrits*, ob. cit., pág. 19; las cursivas son nuestras.

2 Esta existencia desde siempre del objeto en Klein puede verse en perspectiva con la insistencia de Hannah Arendt, en su debate con el solipsismo platónico de Heidegger, sobre el “ser en el mundo” como un *interesse*, como un “aparecer a los otros” en los vínculos de la *polis*, una insistencia retomada de Aristóteles; cf. Julia Kristeva, *Le Génie féminin*, t. 1: *Hannah Arendt*, Fayard, 1999, págs. 22, 33, 187, 222, 297, 370. [Ed. cast.: *El genio femenino: 1. Hannah Arendt*, Buenos Aires, Paidós, 2000.]

3 Sigmund Freud, “Pour introduire au narcissisme”, *GW*, t. X, págs. 138-170, *SE*. t.

es decir, de una autosatisfacción pulsional más bien anárquica del bebé, antes de la aparición de una “nueva acción psíquica” en la que el yo como totalidad se convierte en objeto del amor, fenómeno que Freud designa con el término “narcisismo”. En los años anteriores, Freud había abordado el narcisismo en el marco de la homosexualidad y la psicosis: sus escritos sobre Leonardo da Vinci (1910), Schreber (1911) y el Hombre de los Lobos (textos elaborados entre 1910 y 1914, y publicados en 1918)⁴ formulan la idea de un acto narcisista consecutivo a una identificación. Leonardo reprime su amor a la madre y se pone en el lugar de ella: se identifica con ella, y de tal modo se orienta hacia objetos amorosos que se parecen a él; y si elige amar a varones jóvenes lo hace porque los ama como la madre lo había amado a él mismo. Al escoger la vía del narcisismo, preserva su amor a su madre. De una manera distinta pero análoga, el Hombre de los Lobos se identifica alternativamente con sus dos progenitores en una escena primitiva asociada con el sadismo anal; además, su identificación con la nodriza lo refuerza en la adopción de una posición femenina pasiva respecto del padre; su homosexualidad reprimida resulta entonces de una identificación narcisista. El presidente Schreber, que comparte con Leonardo y el Hombre de los Lobos una fuerte investidura de la analidad, una pasivización femenina y un interés más o menos exaltado por la religión, retira su libido de los objetos para depositarla en su propio yo. Y Freud observa que, de la misma manera que las neurosis de transferencia le permitieron establecer la dinámica pulsional propia del aparato psíquico, la *dementia praecox* y la paranoia le revelan los secretos del psicoanálisis del yo. Hasta ese punto, el narcisismo forma parte de las necesidades del yo y lo protege. A partir de “Duelo y melancolía” (1916), el acento pasa a la identificación con el objeto perdido y su interiorización ambivalente (amor y odio) en el yo en duelo o depresivo. Pero *Mas allá del principio de placer* (1920) reemplaza la oposición entre las “pulsiones del yo” y las “pulsiones sexuales” por una nueva dualidad: la de “pulsión de vida” y “pulsión de muerte”; finalmente, *El yo y el ello* (1923) bosqueja una nueva estructuración del aparato psíquico, que será el punto de partida de las concepciones de

XIV, págs. 67-102, trad. franc. en *La Vie sexuelle*, PUF, 1969, págs. 81-105.

4 Sigmund Freud, “Un souvenir d’enfance de Léonard de Vinci”, *GW*, t. XIII, págs. 128-211; *SE*, t. XI, págs. 57-137. trad. franc. Gallimard, 1927; reed. en la col. “Idées”, 1977. “Remarques psychanalytiques sur l’autobiographie d’un cas de paranoia: *Dementia Paranoides* (le président Schreber)”, *GW*, t. VIII, págs. 240-316; *SE*, t. XII, págs. 1-79, y “Extrait de l’histoire d’une névrose infantile G’Homme aux loups”. *GW*, t. XII, págs. 29-157; *SE*, t. XVII, págs. 1-122, trad. franc. en *Cinq Psychanalyses*. PUF, 1954, págs. 263-324 y págs. 325-420.

Melanie Klein.⁵

A partir de esa “segunda tónica” freudiana (*.ello, yo, superyó*), el narcisismo, antes definido como una investidura del yo por el reflujo de las identificaciones retiradas de los objetos, se convierte en un “narcisismo secundario”. La expresión “narcisismo primario” designará en cambio un estado anobjetal caracterizado por la ausencia total de relación con los otros y por una indiferenciación del *yo* y el *ello*. La vida intrauterina y el dormir serían las experiencias más próximas a ese estado narcisista anobjetal.

Numerosos comentadores⁶ han señalado la imprecisión y las insuficiencias de esta noción freudiana. En efecto, puesto que el narcisismo es ya la interiorización de una relación, ¿se puede hablar de un estado realmente no-objetal? Si existiera un estado anobjetal (lo que habría que demostrar), la denominación “narcisismo primario” sería inadecuada, puesto que pondría como punto de partida lo que en realidad es el reflujo de una relación. Finalmente, no se ve de qué manera se podría “pasar de una mónada encerrada en sí misma al reconocimiento progresivo del objeto”.⁷ Nuevas investigaciones, en particular las de André Green, atentas a la obra de Melanie Klein, han afinado este concepto, distinguiendo entre el “narcisismo de vida” y el “narcisismo de muerte”, y descifrando en ellos, no estados, sino estructuras.⁸

Esta breve puesta en perspectiva nos permitirá captar mejor el lugar que Klein le asignó a la relación de objeto, y más específicamente al concepto de “objeto interno”. La noción de objeto kleiniana iba a sufrir importantes variaciones; solo con la “posición depresiva” adquiere el objeto su sentido fuerte de *objeto claramente diferenciado del yo*. Por otra parte, el narcisismo no desapareció verdaderamente de la teoría y la clínica kleinianas, sino que tomó el aspecto de un “estado narcisista” en el cual la libido se retira de los objetos exteriores para replegarse exclusivamente sobre los objetos interiorizados.

5 Cf. estos desarrollos comentados por Hanna Segal y David Bell, “Theory of narcissism in Freud and Klein”, en J. Sandler, S. Persone y P. Fonagy (compsj, *Freud's "On Narcissism: an Introduction"*, New Haven y Londres, Yale Univ. Press, 1991, págs. 149-174.

6 Cf. sobre todo J. Laplanche y J.-B. Pontalis, *Vocabulaire de la psychanalyse*, PUF, 1967, pág. 263. [Ed. cast.: *Diccionario de psicoanálisis*, Barcelona, Paidós, 1996.]

7 *Ibíd.*

8 “Como dice Freud, el narcisismo del yo será entonces un narcisismo secundario extraído a los objetos; implica el desdoblamiento del sujeto, que reemplaza al autoerotismo como situación de autosuficiencia. Desde esta perspectiva, el narcisismo primario es Deseo de lo Uno, aspiración a una totalidad autosuficiente e inmortal cuya condición es el autoengendramiento, muerte y negación de la muerte a la vez.” En André Green, *Narcissisme de vie, narcissisme de mort*, Éd. de Minuit, 1983. pág. 132.

Finalmente, otras teorías relativas a la psicología infantil se contradicen acerca de este tema. De todos modos, en estos últimos años gana terreno la hipótesis de que el bebé puede establecer una cierta relación objetal desde el nacimiento, lo que vendría a confirmar las propuestas kleinianas. Así, para Piaget, “el universo inicial [del niño en el estadio III, según el autor: entre el quinto y el décimo mes] es un mundo sin objetos, que solo consiste en «cuadros» móviles e inconsistentes, que aparecen y se reabsorben totalmente, sea sin retorno, sea reapareciendo en una forma modificada o análoga”.⁹ Aunque se establezca contacto con un ser idéntico pero que cambia de lugar y de estados, en el nivel cognitivo no hay ningún esquema de permanencia que permita suponer la existencia de un “objeto” inicial (solo será adquirido en el estadio IV de Piaget, entre los 9 y 10 meses). Henri Wallon, por el contrario, postula un subjetivismo radical desde el nacimiento, comprobando el júbilo del bebé frente a su imagen especular, así como la imitación de los movimientos faciales de la madre.¹⁰ Más recientemente, G.-C. Carpenter ha sostenido que el lactante de 2 semanas es capaz de sintetizar las partes del cuerpo materno en una imagen visual unificada y total, asociada con elementos auditivos.¹¹ Hay trabajos cognitivistas que apuntalan activamente estas posiciones.¹² Entre los psicoanalistas, Michael Balint acepta la existencia de una relación objetal primaria.¹³

Desde una perspectiva psicoanalítica muy propia de ella, y reelaborando sus formulaciones a lo largo de los años, Melanie Klein postula entonces la existencia de un “objeto” precocísimo, que más tarde, con gran prudencia, denominó “una presencia”. Iniciados en 1919-21, y publicados como compilación en 1932, sus trabajos preparan ya este camino, pero fue sobre todo el descubrimiento, en 1934, de la “posición depresiva” lo que consolidó su concepción del objeto en el niño. No obstante, aunque la posición paranoide ya había sido identificada en trabajos anteriores, la formulación en 1946 de una “posición esquizoparanoide” acompañada del concepto de “identificación

9 Cf. Jean Piaget, Bôrbel Inhelder, *La Psychologie de l'enfant*, PUF, 1966, pág. 15, citado por Jean-Michel Petot, *Melanie Klein, le moi et le bon objet, 1932-1960*, Dunod, 1982, págs. 121-122.

10 Henri Wallon, *Les Origines du caractère chez l'enfant: les préludes du sentiment de personnalité*, París, Boivin, 1934, rééd. Quadrige, PUF, 1993, y Jean-Michel Petot, ob. cit., pág. 277.

11 Cf. G.-C. Carpenter, “Mother’s face and the new born”, en R. Lewin, *Child Alive*, Londres, Temple Smith, 1975, citado por Jean-Michel Petot, ob. cit., pág. 269.

12 Cf. *infra*, pág. 164, nota 19.

13 “Les premiers stades du développement du moi. Amour d’objet primaire” (1937), en *Amour primaire et technique psychanalytique* (1965), trad. franc. Payot, 1972.

proyectiva” (ambas *anteriores* a la posición depresiva) iba a modificar considerablemente su teoría. Las dos obras de Jean-Michel Petot¹⁴ rastrean pacientemente esta evolución, en un examen que no podemos retomar aquí. Nos limitaremos a bosquejar lo esencial de las concepciones de Klein tal como se desprenden del conjunto de su trayectoria, y a partir de su completamiento, en particular en los textos canónicos de 1952, que exponen la doctrina con su coherencia definitiva.¹⁵

2. AFUERA/ADENTRO

Klein constata que, desde el principio de la vida, el niño es habitado por la angustia, víctima de pulsiones destructivas que lo ponen en peligro de desintegración. Se advierte aquí que Klein retoma, con un sentido más fuerte, la concepción freudiana de la “pulsión de muerte”.

No obstante, Freud dice que el inconsciente y el bebé ignoran la muerte. Al principio, Melanie piensa como Abraham, que la agresividad infantil solo aparece en la etapa sádico-oral; admite por lo tanto una “etapa oral preambivalente”. Pero en el estado definitivo de su teoría postula que el instinto de muerte existe desde el nacimiento:

Desde el principio, *la pulsión destructiva se vuelve contra el objeto* y se expresa en primer lugar en *fantasías de ataques sádico-orales contra el pecho* de la madre, fantasías que pronto se desarrollan en asaltos contra su cuerpo por todos los medios del sadismo. Los temores de persecución provenientes de las pulsiones sádico-orales del bebé que apuntan a apropiarse de los contenidos “buenos” del cuerpo de la madre, y las pulsiones sádico-anales que apuntan a introducir en ellas sus excrementos (pulsiones que incluyen el deseo de entrar en el cuerpo de ella para controlarla desde adentro) tienen una gran importancia en el desarrollo de la paranoia y la esquizofrenia.¹⁶

Dice además:

He expresado a menudo mi idea de que *las relaciones objetales existen desde el inicio de la vida*, de que el primer objeto es el pecho materno, que *se divide para el niño en un pecho “bueno” (gratificador) y un pecho “malo” (frustrador)*. Esta escisión desemboca en una separación del amor y el odio. He indicado además que la relación con el primer objeto implica su introyección y su proyección, y que

14 Melanie Klein. *Premières découvertes et premier système, 1919-1932*, Dunod, 1979, y Melanie Klein. *Le moi et le bon objet, 1932-1960*, Dunod, 1982.

15 Cf. Melanie Klein, Paula Heimann, Susan Isaacs, Joan Riviere, *Développements de la psychanalyse* (1952), PUF, 1966.

16 Cf. Melanie Klein, “Notes sur quelques mécanismes schizoïdes” (1946), *ibíd.*, pág. 275; las cursivas son nuestras.

entonces, desde el principio, las relaciones objetales aparecen modeladas por una interacción entre la introyección y la proyección, entre los objetos y las situaciones internos y externos. Estos procesos participan en la construcción del yo y el superyó, y preparan el terreno para el despertar del complejo de Edipo en la segunda mitad del primer año.¹⁷

Una lectura atenta de estos textos revela que, a pesar de la utilización de términos como “objetos” y “yo”, la autora, con respecto a esa etapa precoz del inicio de la vida, se contenta con establecer una distinción entre el *adentro* y el *afuera*, entre el *interior* y el *exterior*. En suma, el yo precoz sería muy frágil, al punto de entregarse a vaivenes incesantes de proyección e introyección bajo el empuje de la angustia-pulsión de muerte originaria y de la sensación insoportable de haber sido abandonado por el objeto (la madre). Para no ser el único blanco de esa destructividad primaria, y para anular la separación, el yo se desprende parcialmente de esa destructividad, orientándola hacia afuera. Al hacerlo, apunta a lo que se podría denominar un cuasi-objeto, el pecho, en el sentido de que ese yo frágil no está verdaderamente separado como más tarde el “sujeto” respecto del “objeto”, sino que no cesa de tomarlo adentro y expulsarlo afuera, construyéndose-vaciándose él mismo mientras construye-vacía al otro. Gobierna esta dinámica la omnipotencia fantasma tica del niño sobre la madre.

Como para sugerir la inestabilidad de ese “objeto” primario que sería el pecho, Klein añade a su teoría algunos toques significativos; el niño percibe muy pronto, no solo el pecho como “objeto parcial” del amamantamiento, sino también otras partes del cuerpo materno (la voz, el rostro, las manos, el regazo), toda una “presencia”¹⁸ corporal. El *holding* y el *handling* de la madre imprimen en él una “intimidad física” con el conjunto por lo menos “vago” de un “otro” (o más bien de un contenedor o *continente*)¹⁹ que aún está en vías de diferenciación respecto del yo. El yo, ¿no se basa en una “relación mal definida entre el pecho y las otras partes o los otros aspectos de la madre”?²⁰

17 *Ibíd.*; las cursivas son nuestras.

18 Cf. Melanie Klein, “La vie émotionnelle des bébés”, *ibíd.*, págs. 188 y 190.

19 Según la expresión de W. R. Bion, quien distingue un contenido (lo que se proyecta) y un continente (el objeto que contiene); esta dinámica es correlativa de la formación de un “aparato para pensar los pensamientos”. Cf. *Aux sources de l'expérience* (1962), trad. franc. PUF, 1979, pág. 110. [Ed. cast.: *Aprendiendo de la experiencia*, Barcelona, Paidós, 1988.] El tema de la mente del analista como “continente” en la transferencia/contratransferencia fue desarrollado por Wilfred Ruprecht Bion en *L'Attention et l'interprétation* (1970), trad. franc. Payot, 1974. Cf. también *Travail de contre-transfert et fonction contenante*, *Revue française de psychanalyse*. t. LVIH, 1994.

20 Cf. Melanie Klein, *Envié et gratitude* (1957), *ob. cit.*, págs. 15-16.

Además, ese cuasi-objeto que es el pecho primario, que existe totalmente afuera, donde el yo infantil lo sitúa como exterioridad desde el inicio de la vida, no por ello es menos una “construcción en el adentro”, una imagen interior, puesto que es en el yo frágil, que construye y desconstruye el límite entre el adentro y el afuera, donde se forma ese cuasi-objeto (u objeto en proceso de constitución). De modo que, desde el principio, el *objeto precoz* de la posición esquizoparanoide según Klein se constituye si y solo si es un *objeto interno*, producto de la fantasía de omnipotencia.

Sin embargo, esta interioridad no tiene nada de puramente pulsional ni puramente especular. No solo se proyecta e introyecta la pulsión (amor u odio, deseo o destrucción); lo mismo ocurre con fragmentos del propio bebé (sus órganos: la boca, el ano, etcétera, así como los productos de su cuerpo). En este punto, Klein difiere de Freud. Por otra parte, si bien el objeto interno tiene que ver con lo imaginario y pone de manifiesto la presencia de la fantasía en el yo precoz, está igualmente constituido por elementos sustanciales y sensoriales: “trozos” buenos o malos del pecho son situados en el yo o expulsados de él al pecho de la madre; se proyectan e introyectan sustancias primitivas como la leche, o excrementicias, como la orina y las heces. El objeto interno kleiniano es un *conglomerado* de representaciones, sensaciones y sustancias: en suma, una pluralidad de elementos internos muy heterogéneos. Se diferencia notablemente de *lo imaginario* de Lacan, para quien el narcisismo se realiza por intermedio del objeto, pero de manera privilegiada gracias a la captación amorosa del sujeto por su imagen en el espejo: allí donde se aprehende como otro, sostenido por la alteridad de la madre ya bajo el signo del tercero-falo. Esta alteración especular que, en Lacan, tiene la ventaja de acentuar el papel de la función escópica en la constitución del yo y del objeto, pero también y sobre todo de ubicar la relación dual *en* la triangulación dominada por la función simbólica del padre, se priva sin embargo de la *heterogeneidad*²¹ que caracteriza al objeto interno y la fantasía kleinianos. Una riqueza hecha de imágenes-sensaciones-sustancias, cuya “impureza” teórica queda compensada por su fecundidad clínica: pues la complejidad del objeto interno, según Klein, resulta indispensable para seguir las particularidades de la fantasía en la infancia, así como en los estados límite o las psicosis.

Finalmente, este universo precoz se va constituyendo en un proceso de “discriminación” entre lo interior y lo exterior, lo bueno y lo malo, etcétera,

21 Sobre la heterogeneidad pulsión/sentido, cf. Julia Kristeva, *La Révolution du langage poétique*, Seuil, 1974, t. III: *L'Hétérogène*, págs. 151 y sigs.; André Green, “L'hétérogénéité du signifiant linguistique”, en *Le Discours vivant*, PUF, 1973, págs. 326 y sigs. [Ed. cast.: *El discurso vivo*, Valencia, Promolibro, 1998.)

proceso que forma parte de la construcción del yo/superyó, a menos que sea este último el que la programa.²² Con la fragilidad del yo precoz bajo la presión de la pulsión de muerte, y antes de abordar las operaciones específicas de su funcionamiento, observemos esa capacidad para la distinción binaria: ella parece fundar en Klein una *semiosis* precoz que se presenta como una pre-condición innata para la adquisición ulterior del símbolo.²³

Veamos como, en el análisis de Rita, Melanie Klein describe la construcción del *objeto interno* en la dinámica de la angustia, la pulsión destructiva y la culpa, sacando a luz los mecanismos de la proyección y la introyección:

Rita, en el curso de su segundo año, se hacía notar por el arrepentimiento consecutivo a cada una de sus fechorías, por mínimo que fuera, y por su hipersensibilidad a los reproches [...]. Temía el descontento del padre, al punto de identificarse con el oso. Su inhibición para jugar provenía también de su sentimiento de culpa. Ya a los 2 años y 3 meses, cuando jugaba con muñecas, por otra parte sin placer, a menudo decía que ella no era la madre. El análisis demostró que no se consideraba con derecho a ser la madre, pues la muñeca, entre otras cosas, representaba al hermanito que ella había querido sacarle a la madre durante el embarazo. La prohibición no le llegaba de la madre verdadera, sino de la madre introyectada, que la trataba con un rigor y una crueldad infinitamente mayores. Cuando tenía 2 años apareció en Rita un síntoma de tipo obsesivo, un ceremonial para acostarse que exigía un tiempo considerable. En lo esencial consistía en hacerse arropar apretadamente en la cama, por miedo, según decía, a que un ratón o un "Butzen" entrara por la ventana para sacarle de un mordisco su propio "Butzen". [...] Un día, durante su sesión de análisis, puso un elefante junto a la cama de la muñeca; tenía que impedir que la muñeca se levantara, porque de lo contrario iría a la habitación de los padres y les "haría o les sacaría algo". El elefante desempeñaba el papel de los padres interiorizados, cuyas prohibiciones no habían cesado de resentiría desde que, cuando tenía entre 15 meses y 2 años, había querido reemplazar a la madre junto al padre, sacarle el niño que ella llevaba, lastimar y castrar a los dos padres. El sentido del ceremonial se hizo entonces claro. Se hacía arropar en el lecho para no poder levantarse ni realizar sus deseos agresivos respecto de los padres. Pero, como esperaba ser castigada por ello de manera análoga, también se hacía arropar para defenderse de sus ataques. Por ejemplo, esos ataques podrían haber sido obra de un "Butzen", el pene paterno, capaz de estropearle los órganos genitales y cortarle su propio "Butzen" como castigo por sus deseos castradores [...].

Parece también evidente que esa angustia no se relacionaba solo con los padres verdaderos, sino más particularmente con los *padres introyectados*, que eran de una severidad extrema. Nos encontramos en presencia de lo que, en el adulto, llamamos superyó [...]. El análisis de los niños pequeños demuestra que el

22 Volveremos sobre el punto; cf. *infra*, cap. V.

23 Cf. *infra*, cap. VIII.

complejo edípico se instala en la segunda mitad del primer año de vida, y que el niño comienza desde entonces a modificar su estructura y edificar su superyó.²⁴

3. LA “POSICIÓN ESQUIZOPARANOIDE”: LA ESCISIÓN Y LA IDENTIFICACIÓN PROYECTIVA

En ese texto clínico, y antes de la sistematización ulterior de la “posición esquizoparanoide”, Klein identifica la función del yo como “administrador de la angustia”.²⁵ Klein, contrariamente a Freud, entiende que no es el *organismo* sino el *yo*, aunque sea inmaduro, el que proyecta e introyecta la pulsión. El yo de Rita tiene un miedo a la aniquilación que vuelve a ella como persecución por parte de un objeto al cual su angustia se apega, un objeto incontrolable y poderoso. Para defenderse de él, surge un primer mecanismo: la *escisión* o clivaje. El objeto es escindido en “bueno” y “malo”; el prototipo de esta división es el “pecho bueno” que da satisfacción, y el “pecho malo” que frustra. La escisión se acompaña de otros movimientos o mecanismos de los cuales el yo es capaz muy pronto: *la proyección, la introyección, la idealización y la renegación*. La amenaza experimentada como proveniente de ese objeto externo lleva a Klein a hablar en esa situación de una “posición paranoide”, que ella matiza después de los trabajos de Fairbairn,²⁶ cuya originalidad señala, pero para diferenciarse. Mientras que Fairbairn insiste en la relación del yo con los objetos, Klein privilegia la angustia y, reconociendo que la agresividad y el odio existen desde el principio de la vida, no olvida que el pecho “bueno” (que ella denomina en esta posición “pecho idealizado”) existe ya para el yo en la “posición esquizoparanoide”; el pecho “malo” no es el único que se internaliza, sino todo lo contrario.

El concepto de “posición” en Melanie Klein no equivale por lo tanto al de “estadio”, con el sentido que le dieron los psicoanalistas anteriores a ella, ni al de “estructura”, en el sentido moderno, pos-lingüístico. Melanie Klein habló de las “posiciones” masculina, femenina, libidinal, oral, y otras, designando con ese término la movilidad o la alternancia de un sitio psíquico, y desafiando con ello la cronología estricta de los adeptos a la sucesión de estadios. Cuando el concepto cristalizó como “posición

24 Cf. Melanie Klein, “Les fondements psychologiques de l’analyse des enfants” (1926), en *La Psychanalyse des enfants*, ob. cit., págs. 18-19; las cursivas son nuestras.

25 Así lo dijo en sus “Notes sur quelques mécanismes schizoïdes” (1946), en Melanie Klein et al., *Développements de la psychanalyse*, ob. cit., pág. 278.

26 Cf. William Ronald D. Fairbairn, *Psycho-Analytic Studies of the Personality*, Londres, Routledge and Kogan, 1952, trad. franc. *Etudes psychanalytiques de la personnalité*, Éditions du Monde interne, 1988

esquizoparanoide” y “posición depresiva”, pasó a nombrar una especie de estructura de la vida afectiva, que aparece en un cierto momento de su historia y es capaz de recurrencias en el inconsciente: la “asociación regular de una serie de situaciones ansiógenas con una serie de mecanismos de defensa determinados”.²⁷

Específica de la posición esquizoparanoide que Klein descubrió tardíamente, en 1946, pero que situó en la avanzada del desarrollo, la escisión de las cualidades operada en el objeto aparece también en el interior del propio yo. La violencia de ese corte en “bueno” y “malo” protege al objeto (porque al menos una de sus partes se encuentra aceptada), y por ello mismo protege al yo. Sin embargo, el “sadismo” respecto del otro atestiguado por esa fractura no pone totalmente al abrigo al yo que, por el contrario, a través del rodeo de la incorporación, se encuentra “en peligro de ser escindido según los fragmentos del objeto interiorizado”. Por otra parte, aunque esa escisión interna y externa sea de carácter fantasmático, el niño la siente como “totalmente real”, de manera que sus sentimientos, sus objetos, al igual que después sus pensamientos, están “cortados unos de otros”.

Pero en ese universo dantesco nada es tan simple. El pecho bueno, que se convierte en el núcleo del yo y garantiza su solidez, está también lleno de trampas. Ligada a la escisión, la *idealización* del pecho empuja a la exageración de sus buenas cualidades para cerrar el paso al miedo al pecho malo, perseguidor. Aunque corolario del miedo a las persecuciones, la idealización proviene en igual medida de deseos pulsionales que aspiran a una idealización ilimitada.

Estamos ante la alucinación infantil, y Klein la encara de un modo muy distinto del de Freud. Para este último, el bebé, cuando ha tenido satisfacciones suficientes, es capaz de alucinar la satisfacción; en otras palabras, es capaz de experimentarla aunque en realidad no exista: se habla entonces de una “satisfacción alucinatoria del deseo”. Para Klein, si en el bebé prevalece la posición esquizoparanoide, no es capaz de experimentar la ausencia, de modo que vive la falta del objeto bueno como si fuera un ataque del objeto malo.²⁸ Procede entonces escindiendo al objeto en bueno y malo, y negando la frustración tanto como la persecución. Reniega la existencia del objeto malo, pero junto con ella evacúa también la realidad psíquica, puesto que le resulta dolorosa, y por lo tanto mala. Esta renegación omnipotente, maníaca, que engendra la gratificación alucinatoria infantil, equivale para el inconsciente a una aniquilación de las

27 Cf. Jean-Michel Petot, *Melanie Klein. Le moi et le bon objet*, ob. cit., pág. 112.

28 Cf. Hanna Segal, *Melanie Klein: développement d'une pensée* (1979), trad. franc. PUF, 1982, pág. 110. (Ed. cast.: *Melanie Klein*, Madrid, Alianza, 1985.)

situaciones dolorosas, y al mismo tiempo de las relaciones que las provocan y del yo que las padece. La renegación y la omnipotencia desempeñan por lo tanto un papel comparable al de la represión en el desarrollo óptimo, mientras que en el esquizofrénico se convierten en fuentes de delirios de grandeza y persecución.

Todas las persecuciones (tanto las orales como las anales y las uretrales) responden a esta lógica que lleva a dañar, controlar, poseer el objeto. Los múltiples ataques y daños infligidos de este modo al objeto interno “desembocan en la sensación de que el yo está en pedazos”,²⁹ y pueden provocar deficiencias intelectuales en el esquizofrénico. O bien, bajo el efecto del proceso proyectivo, dan la impresión de una irrupción violenta de lo exterior en lo interior, de un control del psiquismo por otras personas, fantasías que entonces culminan en la paranoia.

Como lo hace a menudo al renovar radicalmente, Klein nos tranquiliza y se tranquiliza a sí misma apelando a la autoridad de Freud. El caso Schreber, que ella releyó después del maestro, ha sido a su juicio analizado con una visión análoga a la que ella misma tiene de la posición esquizoparanoide. ¿No es cierto que Schreber describe el clivaje del alma de su médico, Flechsig, primero como imagen amada, después como imagen persecutoria, y finalmente en cuarenta o sesenta divisiones? Dios terminaba por reducir la vida del alma a solo una o dos formas. Freud llegaba a la conclusión de que se trataba de una división entre Dios y Flechsig, los cuales representaban, respectivamente, al padre y al hermano del paciente. Klein elabora estas ideas, y añade que las numerosas almas de Flechsig no eran solo una escisión del objeto, sino también “la proyección de la sensación de Schreber de que su yo estaba escindido”:³⁰

Las angustias y las fantasías con respecto a la destrucción interna y la desintegración del yo, ligadas a este mecanismo, se proyectan sobre el mundo externo y subtienden el delirio de su destrucción.³¹

Freud llegaba a las mismas conclusiones: cuando Schreber se describía como “chapeado de cualquier modo”, estaba racionalizando su sensación de fragmentación interior, y “el fin del mundo” del paranoico es la “proyección de esa catástrofe interna”. Melanie Klein reconoce y subraya en cursivas la perspicacia de Freud, quien abrió el camino al precisar que, además y a la inversa de los trastornos de la libido que actúan sobre el yo, las “*modificaciones anormales del yo [pueden] llevar a trastornos secundarios o inducidos en los procesos libidinales. De hecho, es probable que procesos de este*

29 Melanie Klein, “Notes sur quelques mécanismes schizoïdes”, en Melanie Klein et al., *Développements de la psychanalyse*, ob. cit., pág. 284.

30 Ibíd, pág. 298.

31 Ibíd., pág. 299.

tipo constituyan el carácter distintivo de la psicosis” ,³² Y más cerca aun a Melanie Klein, Freud observa que esos trastornos están situados “en algún punto del inicio de la evolución primitiva que va desde el autoerotismo hasta el amor de objeto” .³³ En suma, esos comentarios freudianos legitiman la posición esquizoparanoide postulada por Melanie, así como la identificación proyectiva, conceptos que en adelante, para nuestra teórica, se convierten en partes integrantes del freudismo.

Sus nuevas concepciones iluminan, entre otros fenómenos, las formas perturbadoras de las defensas esquizoides y paranoides que Melanie Klein había observado anteriormente, incluso en pacientes no psicóticos: la hostilidad distante o la falta aparente de angustia ostentada como indiferencia. Cuando un paciente dice que comprende el discurso de su analista pero que “no tiene ninguna significación para él”, Melanie Klein entiende que aspectos de su personalidad y de las emociones que experimenta han sido clivados y alejados. Interpreta entonces la agresividad dirigida a la analista (piensa en una agresividad análoga respecto de la madre); como respuesta, el paciente baja la voz y se manifiesta “desprendido”, distante del conjunto de la situación. Para Klein, estos son signos del miedo a perderla, pero un miedo que el paciente, en lugar de expresar como culpa o pena, obtura mediante la escisión. No obstante, las interpretaciones de la analista cambian el humor del paciente, que termina por tener “hambre” y se lo dice a su terapeuta en el curso de la sesión. La aparición del efecto de apetito indica que se ha puesto en marcha la introyección, bajo el empuje de la libido. El paciente comienza a vivir más plenamente la ambigüedad de sus pulsiones, tanto positivas como negativas. Está en curso una síntesis de la escisión, una síntesis que debilita los fenómenos esquizoides pero en un primer momento intensifica la depresión y la angustia.

Otro caso de Melanie Klein, el del señor A., expone el mecanismo esencial de esta posición esquizoparanoide, que, recordémoslo una vez más, ella conceptualizó tardíamente, y que nosotros describimos ahora.³⁴ Ese homosexual de 35 años, que padecía impotencia y neurosis obsesiva con rasgos paranoides e hipocondríacos, en el curso del análisis terminó por asociar su miedo a las mujeres con fantasías en las cuales veía a la

32 Sigmund Freud, “Notes psychanalytiques sur l’autobiographie d’un cas de paranoia (*Dementiaparanoïdes*)” (1911), citado por Melanie Klein, *ibíd.*, pág. 299. Las cursivas son de Melanie Klein.

33 *Ibíd.*, pág. 300.

34 Cf. Melanie Klein, “Le retentissement des premières situations anxieuses sur le développement sexuel du garçon”, en *La Psychanalyse des enfants*, *ob. cit.*, págs. 251-286, y en particular págs. 273 y sigs.

madre en un coito ininterrumpido con el padre. Su energía se agotaba en espiar a los padres; asociaba su masturbación con escenas fantasmáticas en las cuales los padres se autodestruían. Temía al pene paterno, lo cual socavaba a la vez sus posiciones heterosexual y homosexual. Identificado con la madre, la vivía como esencialmente mala, y expresaba ese miedo asimilando las palabras de la analista a excrementos tóxicos, o imaginando que era el padre quien hablaba por boca de ella. A. había realizado la “introyección muy precoz de una madre tóxica y temible, que obstaculizaba la formación de una buena imagen materna, de tal manera que no se podía recurrir a ella contra la amenaza del pene paterno. Consecuentemente se desarrollaron los temas de envenenamiento y persecución que desembocaban en el síndrome hipocondríaco:

Los trastornos de la potencia viril se relacionaban con el miedo al cuerpo peligroso de la madre, pero también con el miedo a dañar a la mujer con su pene “malo” y ser incapaz de restablecer su integridad en el curso de las relaciones sexuales [...]. El análisis de este caso demuestra que el cuerpo de la mujer se vuelve ansiógeno, a expensas de su atractivo heterosexual, por el desplazamiento sobre la madre del odio y la angustia primitivamente ligados al pene del padre.³⁵

La *identificación proyectiva*, concepto central en esta parte de la teoría kleiniana, se nos aparece entonces como la proyección de partes propias en un objeto para tomar posesión de él: el pecho de la madre, el pene del padre, cargan con la violencia del ataque y de la escisión que los proyectan fuera del yo, como malos.

Puede llevar a que se perciba el objeto como habiendo adquirido las características de la parte del *self* proyectada en él [la madre era mala como el propio A. que la envidiaba], pero puede también llevar al *self* a identificarse con el objeto de su proyección.³⁶

A. se comporta como “malo”, es decir, femenino y enfermo, homosexual e hipocondríaco. La identificación proyectiva patológica es la consecuencia “de una desintegración mínima del *self* o de partes del *self*, que son entonces proyectadas en el objeto y a su vez desintegradas; el resultado es la creación de «objetos bizarros» [en el sentido de Bion]”.³⁷

Se comprende entonces que, si el objetivo de la identificación proyectiva es desprenderse de la parte indeseable del *self* —amenazante porque la ha desintegrado la pulsión de muerte, y esto en beneficio de una inversión de las identidades—, lleva a destruir el objeto, a vaciarlo para

35 *Ibíd.*, pag 273.

36 Cf. Hanna Segal, *Introduction à l'œuvre de Melanie Klein* (1964), trad. franc. PUF, 1969, pág. 146. [Ed. cast.: *Introducción a la obra de Melanie Klein*, Barcelona, Paidós, 1993.1

37 *Ibíd.*, pág. 147.

poseerlo. Pero cuando la identificación proyectiva pone en el otro las partes buenas del yo frágil para protegerlas, puede conducir a una idealización del objeto que, por su carácter excesivo, lleva a su vez a la desvalorización del yo. En ambos casos, la identificación proyectiva rige a una estructura narcisista, puesto que el objeto es internalizado y privado de sus cualidades propias externas, mientras la identidad se asegura con el apuntalamiento del otro. En este sentido, la “estructura narcisista” según Melanie Klein se basa en ese *reflujo del objeto en el self*, lo que empobrece al yo, lo hace incapaz de amor y transferencia, lo reduce a la condición de “simple cáscara que alberga a sus objetos internos”.³⁸ La estructura narcisista se diferencia entonces de los “estados narcisistas”, que son estados de identificación con un objeto ideal interno, y recordaría el autoerotismo de Freud. Si la escisión original es el primer paso en la diferenciación, la identificación proyectiva es el primer paso de la conexión con el mundo exterior.³⁹ Esta etapa puede ser dolorosa e insatisfactoria si fracasa como defensa, pero si se instala como proyección de un yo frágil, se eterniza como estructura psicótica.

Estos múltiples valores de la identificación proyectiva hacen de ella una noción de doble empleo. Por una parte, describe los estados patológicos, en especial la psicosis maníaco-depresiva, o el delirio somático. Pero, por otro lado, el juego perpetuo de la proyección-introyección constituye lo que Florence Guignard denomina “una respiración psíquica”, a tal punto este campo es normal, e incluso universal.⁴⁰ Como dice esta autora, solo la problemática del duelo y de las identificaciones edípicas logradas se sustrae a la influencia de la identificación proyectiva.⁴¹ De hecho, la hipótesis kleiniana de una identificación proyectiva en el lactante es indemostrable, salvo si se admite con Bion, que toda vida psíquica se origina gracias a la ayuda de otra vida psíquica, la cual utiliza su identificación proyectiva para “ensoñar” la existencia de un psiquismo en el recién nacido. Llevando este razonamiento al extremo, se dirá que, en suma, la identificación proyectiva de la madre (y del analista) confirma la normalidad (o la anormalidad) de la identificación proyectiva como campo universal estimulador del psiquismo; desde luego, los síntomas psicóticos, por otra parte, endurecen su lógica, para convertir ese campo en un generador de síntomas.

38 Hanna Segal, Melanie Klein: développement d’une pensée, ob. cit., págs. 113-114.

39 Ibid., pág. 114.

40 Florence Guignard, “L’identification projective dans la psychose et dans l’interprétation”, en *Epîtres à l’objet*, PUF, 1997, págs. 87-101.

41 Ibid., pág. 93.

La madre: ¿una esquizoparanoica sosegada, que juega a la identificación proyectiva? En efecto, después de todo, tanto el funcionamiento de la fantasía en su conjunto como el nacimiento de la simbolización secundaria, en especial la del lenguaje, y finalmente la propia interpretación analítica, tienen que ver con la identificación proyectiva que está en el núcleo del proceso interpretativo. En todo caso, esta es una hipótesis que, por dolorosa que resulte, tienen que meditar las madres... y los psicoanalistas.

Pero, para volver a su aparición primaria, tal como Melanie Klein la constata en la posición esquizoparanoide, la identificación proyectiva nos persuade (si acaso era necesario) de la inestabilidad de las relaciones e identificaciones en esa etapa o esa modalidad del psiquismo. La propia noción de objeto pierde más pertinencia en este vaivén fluido de los fragmentos expulsados (afuera) e integrados (adentro).

En consecuencia, frente a la incertidumbre de las identidades característica del vínculo arcaico del yo con el otro, quizá sería más pertinente hablar de un *abyecto*, y no del yo y un objeto que ya está allí. El futuro sujeto se constituye en una dinámica de abyección cuyo rostro ideal es la fascinación. Y si bien se da inmediatamente una "presencia" del otro que él interioriza tanto como expulsa, no se trata de un objeto, sino de un *a-byecto*: entendemos esta "a" en el sentido privativo del prefijo, que negativiza tanto al objeto como al sujeto que está adviniendo. Sujeto y objeto que, según Klein, solo cristalizan como tales con la "posición depresiva" o, más bien, para decirlo en términos rigurosos, con la prueba de la castración, la consumación del Edipo y la adquisición creadora del lenguaje y el pensamiento.

Antes de la constitución del *triángulo* edípico que separa a los protagonistas familiares, en la posición de esquizoparanoide, según Melanie Klein, hay ya un *trío* edípico, pero basado por el momento en la incertidumbre identitaria de los protagonistas (digamos, en su inconsciente narcisista anobjetal). Como en la ola de una banda de Moebius, cuya característica es carecer de límites, el futuro sujeto se deja llevar constantemente hacia el "abyecto" (el lado de la madre) y hacia la "identificación primaria" con el "padre de la prehistoria individual" (el lado padre amado/amante, padre preedípico), que tiene por otra parte las características de los dos progenitores. Figura de la fascinación tanto como de la abyección, este estado narcisista de la relación objetal precoz, que se designa como un *abyecto* y una *abyección*, interpela a la patología, pero también a las experiencias límites de la sublimación: a los riesgos sagrados

y místicos tanto como a los del arte moderno.⁴² Melanie Klein abrió el camino a esa comprensión del objeto arcaico, pero con la condición de que su genio se reinscriba en un marco que tome en cuenta la función simbólica del padre tal como aparece perfilada en el Edipo según Freud, en el Nombre-del-Padre según Lacan, y que falta en la matriarca.

4. LA POSICIÓN DEPRESIVA: OBJETO TOTAL, ESPACIO PSÍQUICO, REPARACIÓN

Pero, según la teoría kleiniana, solo a partir de la posición depresiva se podrá establecer una relación suficientemente estable y satisfactoria con el objeto, en el sentido de que dé lugar a la simbolización y al lenguaje, que designarán un objeto para el yo. Melanie Klein introdujo la posición depresiva en 1934, y después la apuntaló y precisó en textos de 1940, 1948 y 1952,⁴³ ubicándola en la evolución del niño *después* de la posición esquizoparanoide, que solo formuló en 1946.

Organizadora de la vida psíquica mucho antes que el Edipo freudiano, la posición depresiva es una invención teórica que Melanie Klein formuló después de un duelo devastador para ella. En efecto, en abril de 1934 murió en un accidente de montaña Hans Klein, su hijo mayor. Trabajaba en una fábrica de papel fundada por su abuelo materno, y le encantaba pasear por el bosque en los Tatras húngaros; un día se produjo un desprendimiento debajo de sus pies, precipitándolo en una caída mortal. Para la madre, el choque fue tal que, incapaz de viajar a los funerales en Budapest, permaneció en Londres. Primero se pensó que se había tratado de un suicidio, pero Erich Klein negó categóricamente esta hipótesis, y la propia esposa de Hans afirmó que el joven habría superado sus tendencias homosexuales y sus angustias.

No obstante, “todo lo concerniente a Hans sigue en una oscuridad perturbadora”.⁴⁴ La madre en duelo, que no había asistido a la exequias de su hijo, se presentó no obstante en el XIII Congreso Internacional de

42 Julia Kristeva, *Pouvoirs de l'horreur. Essai sur l'abjection*, Seuil, col. “Points Essais”, 1983, págs. 9 y sigs.; e *Histoires d'amour*, Denoël, 1983, Gallimard, col. “Folio Essais”, 1985, págs. 56-61.

43 Cf. Melanie Klein, “Contribution à l'étude de la psychogenèse des états maniaco-dépressifs” (1934), en *Essais de psychanalyse*, ob. cit., págs. 311-340; “Le deuil et ses rapports avec les états maniaco-dépressifs” (1940), *ibíd.*, págs. 341-369; “Sur la théorie de l'angoisse et de la culpabilité” (1948), en Melanie Klein *et al.*, *Développements de la psychanalyse*, ob. cit., págs. 254-274; “Quelques conclusions théoriques au sujet de la vie émotionnelle des bébés” (1952), *ibíd.*, págs. 187-222.

44 Cf. MK, pág. 283.

Psicoanálisis realizado en Lucerna entre el 26 y 31 de agosto del mismo año; allí Melanie expuso “Una contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos”, exposición que repetiría en la Sociedad Británica en 1935. Estos dos acontecimientos –el duelo por el hijo y la postulación de la posición depresiva– están indudablemente relacionados: la conferencia tuvo en cuenta el trabajo psíquico del duelo, y al mismo tiempo contribuyó a su elaboración.

Son conocidos los rasgos principales de la posición depresiva según Klein: la novedad esencial, con relación a las teorías psicoanalíticas anteriores, consiste en que a partir de los 6 meses se le atribuye al niño la capacidad de experimentar la pérdida de un objeto *total* (la propia madre, y no ya el objeto *parcial* que era el pecho), gracias a la reducción de las escisiones; esa *experiencia de la pérdida* es además consecutiva a la *introyección* de ese objeto:

En efecto, la pérdida del objeto no puede ser experimentada *como una pérdida total* antes de que el objeto sea amado como objeto total *as a whole*.⁴⁵

Ese cambio psicológico es posible en razón de la maduración neurobiológica que contribuye a una mejor síntesis de las percepciones y al desarrollo de la memoria: el bebé ha percibido a la madre como un ser unificado o total, e, incluso en los momentos en que experimenta frustraciones, recuerda las satisfacciones que ella le prodigó. Paralelamente, gracias a la maduración psicomotriz, al desarrollo cognitivo y a la adquisición de la marcha, el niño anticipa la existencia de la madre fuera de su campo perceptual, por ejemplo en una habitación vecina, y va a unirse a ella (cuarto trimestre de la vida). Se trata entonces de una localización de la madre total, “buena y mala a la vez, pero una diferente” de él y también de los otros miembros de la familia (por empezar del padre, y a continuación de los hermanos y las hermanas). Este reconocimiento de la madre como persona total va de la mano con la integración correlativa del yo: también este es experimentado como tal. Tanto en el interior como en el exterior, los objetos buenos y malos se concilian a medida que se los distingue; aparecen entonces menos deformados, se reduce la proyección, aumenta la integración, la separación entre el yo y el otro se vuelve más tolerable.

Por cierto, en este descubrimiento Klein se inspiró en ideas de Abraham, que no solamente había distinguido el “objeto parcial” y el “objeto total”, sino que, ya en 1923, había postulado una “desazón originaria” (*Ur-Verstimmung*) en la infancia que constituía el modelo de la

⁴⁵ Melanie Klein, “Contribution à l’étude de la psychogenèse des états maniaco-dépressifs”, en *Essais de psychanalyse*. ob. cit.. pág. 313. Las cursivas son de Melanie Klein.

melancolía ulterior, vinculando esa *Ur-Melancholie* infantil con el erotismo oral.⁴⁶ Discípula atenta, no por ello Melanie innovó menos: para Abraham, los estadios oral y anal son narcisistas, mientras que Klein ubica la relación de objeto en la etapa sádico-oral, y por otra parte entiende que el objeto total emerge de la ambivalencia y la angustia depresivas, con lo cual convierte el “estadio” o síntoma que Abraham denomina “depresión primaria” (*primal depression*) en una “posición central” que organiza toda la vida psíquica.

Pero, como ocurre siempre para la mirada de esta analista, la ganancia psíquica va acompañada de inconvenientes. Se perfila una nueva desdicha: el niño descubre su dependencia respecto de la madre como persona, y comienza a sentir celos de los otros; las nuevas *angustias depresivas* suceden a las *angustias paranoides de la posición anterior*. En la posición esquizoparanoide el niño temía ser destruido por los objetos malos que proyectaba afuera; en la posición depresiva, experimenta una ambivalencia:

Lo que pone al objeto en peligro no es solo la violencia del odio incontrolable del sujeto, sino también la violencia de su amor. Pues, en ese estadio de su desarrollo, el hecho de amar a un objeto es inseparable del hecho de devorarlo. Cuando la madre desaparece, la niña pequeña que cree haberla comido y destruido (sea por amor o por odio), se siente torturada de angustia por ella misma, y también por la madre buena que ya no tiene, como consecuencia de haberla absorbido.⁴⁷

Al guardar el recuerdo de un objeto bueno, el niño experimenta por él una nostalgia comparable al duelo, pero, puesto que ese amor es en la fase oral un amor devorador, fuertemente asociado con la pulsión sádica, a la sensación de perder lo bueno se añade la culpa de haberlo destruido al asimilarlo: la “experiencia depresiva característica” provendría de la “sensación de haber perdido al objeto bueno por la propia capacidad de destrucción”.⁴⁸ Los miedos a la retaliación, específicos de la posición esquizoparanoide, sobreviven, pero mezclados con el nuevo sentimiento de *culpa*. Este refuerzo recíproco, y la prevalencia oral, explican los trastornos nutricionales del lactante durante este período, así como las angustias hipocondríacas, tanto en el niño como en el adulto: el paranoico teme ser envenenado por los objetos exteriores (alimentarios) en los cuales ha proyectado su agresividad, mientras que el deprimido hipocondríaco teme

46 Cf. Sigmund Freud, Karl Abraham, *Correspondance, 1907-1926*, trad. franc. Gallimard, 1969, págs. 344-345.

47 Cf. Melanie Klein, “Contribution à l’étude de la psychogenèse des états maniaque-dépressifs”, en *Essais de psychanalyse*, ob. cit., pág. 315.

48 Cf. Hanna Segal. Introduction à l’œuvre de Melanie Klein, ob. cit., pág. 84.

por sus órganos, que representan los objetos internos, y deben ser continuamente vigilados, protegidos y curados.⁴⁹

En la nueva dinámica psíquica introducida por la posición depresiva, el niño descubre su propia *realidad psíquica*: comienza a distinguir la realidad exterior respecto de su propia fantasía y sus propios deseos; se modifica su creencia en la omnipotencia del pensamiento, que antes lo caracterizaba (por lo cual era *magia* más bien que *pensamiento* en sentido estricto): se vuelve posible la distinción entre las cosas reales y sus símbolos, premisa de la adquisición del lenguaje.⁵⁰ La posición depresiva aparece entonces como la condición necesaria para el acceso a las ideas, y los lectores de *En busca del tiempo perdido* saben ya que esta hipótesis kleiniana encuentra un cómplice inesperado en... Marcel Proust, para quien “las ideas son sucedáneos de la pena”.⁵¹

Al mismo tiempo, y al establecer en su fondo un objeto bueno, cambia el régimen del superyó infantil. La severidad del superyó melancólico es temible, pero difiere de la característica de la posición esquizoparanoide. A los ataques de los objetos malos de la posición anterior se añade ahora la “necesidad acuciante de llenar los muy estrictos requerimientos de los «objetos buenos»”, los cuales, sin embargo, siguen siendo inseguros y pueden transformarse fácilmente en “malos”. Víctima de “exigencias interiores” contradictorias e imposibles (situación experimentada con la forma de “mala conciencia”), el yo es asaltado por “remordimientos”:

Estas exigencias rigurosas contribuyen a mantener el yo en lucha con su propio odio incontrolable, y con la agresividad de sus objetos malos, con los cuales se identifica en parte. Cuanto más grande es la angustia por la pérdida de los objetos amados, más lucha el yo por salvarlos, y más penosa se vuelve la tarea de restauración, más rigurosas las exigencias del superyó.⁵²

Con todo, ciertos aspectos tiránicos o monstruosos de los padres que constituían ese superyó arcaico persecutorio se abandonan en adelante en beneficio de un objeto total que es entonces amado, aunque sea de manera ambivalente. El superyó, que en consecuencia deja de ser solo una fuente de culpabilidad, se convierte también en fuente de amor, y en un aliado posible del yo.

49 Cf. Hanna Segal, Melanie Klein: développement d’une pensée, ob. cit., pág. 73.

50 Cf. *infra*, cap. VJII.

51 Marcel Proust, *A la Recherche du temps perdu*, Gallimard, col. “Bibliothèque de la Pléiade”, 1987-1989, t. IV: *Le Temps retrouvé*, pág. 485.

52 Melanie Klein, “Contribution à l’étude de la psychogenèse des états maniacodépressifs”, en *Essais de psychanalyse*, ob. cit., págs. 317-318

¿Qué defensas tiene entonces a su disposición el joven yo, para protegerse de la ambivalencia (amor y odio) característica de esa posición depresiva? En lugar de la escisión, de la idealización, de la expulsión y la destrucción que hemos encontrado en la posición esquizoparanoide, se instalan *defensas maníacas*. En continuidad con las anteriores, presentan sin embargo la novedad de que apuntan a controlar de manera omnipotente el objeto que se va a perder, y lo hacen de un modo triunfante y despectivo. Al principio esas defensas maníacas no son patológicas, y desempeñan un papel positivo en el desarrollo, al proteger al yo de la desesperación radical, sobre todo porque la *reparación* (el otro mecanismo que favorece la resolución del duelo en la posición depresiva) se instala con lentitud.

La manía utiliza las mismas lógicas surgidas en la posición precedente: escisión, idealización, identificación proyectiva, renegación. Pero hay una diferencia: esas lógicas aparecen altamente organizadas, el yo está más integrado, y ellas se dirigen menos contra el objeto persecutorio que contra la angustia depresiva y la culpabilidad en sí. Al apuntar a sus propios sentimientos, su blanco es la sensación de dependencia: así, para defenderse de las ambivalencias, el yo escinde el mundo interior y el mundo exterior, llegando incluso a negar el mundo interior y toda relación posible (el mecanismo de renegación del mundo interior y de su vínculo con el mundo externo se podría diagnosticar como la fuente psíquica incluso del “anarquismo” social y del culto al “yo solitario”). Se instala un sentimiento de omnipotencia, emparentado con la posición esquizoparanoide y basado en el mecanismo de la *negación* (en el sentido de Helene Deutsch, reinterpretado por Klein): la primera negación apunta a la angustia en sí y, en consecuencia, a la realidad psíquica en la que la angustia se produce.⁵³ El maníaco se muestra indiferente porque sus defensas están dirigidas a priori contra la realidad psíquica que pretende anular y, si el sujeto se encuentra en análisis, esas defensas atacan al objetivo de la cura, tratando de paralizar al analista. El yo maníaco inflige simultáneamente un tratamiento triple al objeto interno o externo: control, triunfo y desdén. De este modo niega la importancia que tienen para él sus objetos buenos, los desvaloriza y los rebaja; su desprendimiento es el índice de su sentimiento de omnipotencia ejercida sobre un otro anulado.⁵⁴

No obstante, con la posición depresiva sale a luz otra novedad, que favorecerá la creatividad: el sentimiento de depresión moviliza el deseo de *reparar* los objetos. Al creerse responsable de la pérdida de la madre, el bebé imagina

53 *Ibíd*, págs. 327-329. Acerca del desacuerdo entre Helene Deutsch y Melanie Klein, cf. *infra*, pág. 140.

54 Hanna Segal, *Introduction à l'oeuvre de Melanie Klein*, ob. cit., págs. 97-99.

también que, mediante su amor y sus cuidados, podrá deshacer las fechorías de su agresión. “El conflicto depresivo es una lucha constante entre la destructividad del lactante, y su amor y sus pulsiones reparadoras.”⁵⁵ Para enfrentar el sufrimiento depresivo debido a la sensación de haber dañado al objeto externo e interno, el lactante se esfuerza en reparar y en restaurar el objeto bueno. Entonces acrecienta su amor: “La reaparición de la madre y su amor [...] son esenciales para este proceso [...]. Si la madre no reaparece o falta su amor, el niño puede encontrarse a merced de sus miedos depresivos y persecutorios.”⁵⁶

Por cierto, esta reparación no es idílica, pues la colorea la desesperación:

Lo que está en pedazos es un objeto “perfecto”; el esfuerzo tendiente a reconstituirlo supone entonces la necesidad de fabricar un objeto bello y “perfecto”. La idea de perfección es tan coactiva porque también refuta la idea de desintegración.

En efecto, la sublimación tiene la ruda tarea de salvar “los trozos a los que ha quedado reducido el objeto amado”, mediante un supremo “esfuerzo para reunirlos [...]. Surge que el deseo de perfección enraíza en el miedo depresivo a la desintegración”.⁵⁷

Ahora se comprende mejor la dificultad del trabajo psíquico que se le propone al lactante en la posición depresiva, así como la dificultad del duelo, que había sorprendido a Freud en su estudio “Duelo y melancolía”: en efecto, ¿por qué es tan difícil aceptar que la persona amada ya no existe en la realidad? Melanie Klein responde precisando que el trabajo de duelo no tiene que ver con la persona real, sino con el objeto interno, y que implica la necesidad de superar la regresión a los sentimientos paranoides, tanto como a las defensas maníacas, que es lo único que permite restaurar un mundo interior vivo y vivible.⁵⁸ Se trata de soportar la ausencia del objeto externo sin replegarse en la identificación proyectiva.

Hemos comprendido que esta prueba penosa trae consigo un beneficio considerable: el dolor de la pérdida, el sufrimiento del duelo, así como las pulsiones reparadoras que superan las defensas maníacas, desembocan en la reconstrucción (es decir, en la simbolización) del objeto perdido interno y externo, y de este modo se encuentran en la base de la creatividad y la sublimación. Si es cierto, como pensaba Freud, que la sublimación resulta

55 *Ibíd.*, pág. 87.

56 Cf. Hanna Segal, Melanie Klein, *développement d’une pensée*, ob. cit., pág. 76.

57 Cf. Melanie Klein, “Contribution à l’étude de la psychogenèse des états maniaco-dépressifs”, en *Essais de psychanalyse*, ob. cit., págs. 319-320.

58 Hanna Segal, Melanie Klein: *développement d’une pensée*, ob. cit., págs. 75-77.

de una renuncia exitosa a la meta de la pulsión, con un resto de pulsión de muerte, Melanie Klein añade que esa renuncia se realiza mediante el proceso de duelo, con un resto de pulsión de vida. Nuestra analista pone el acento en el aspecto creador de la posición depresiva: en lugar de reaccionar con defensas maníacas, si el yo es capaz de reparar al objeto perdido puede emprender una obra creativa que contenga el dolor y todo el trabajo de duelo, en beneficio de la generación del símbolo. “Creo que este objeto asimilado se convierte en un símbolo en el interior del yo. Cada aspecto del objeto, cada situación que se debe abandonar en el proceso de crecimiento, da lugar a la formación de símbolos.”⁵⁹

El papel “central” atribuido a la posición depresiva⁶⁰ modula sensiblemente la concepción del complejo de Edipo en Klein. Al principio de sus trabajos, el Edipo aparece en primer lugar, se desencadena cuando el odio está en su apogeo, de modo que, tanto en el varón como en la niña, el vínculo primordial con el pecho apunta también al pene paterno que para la fantasía habita en el cuerpo de la madre. Después, con el descubrimiento de la posición depresiva, Melanie cambia de opinión. Sostiene en adelante que el complejo de Edipo comienza con la instalación de la posición depresiva, que es una parte intrínseca de ella. Los padres son entonces percibidos separadamente, y ya no como progenitores combinados, y la pareja forma objetos buenos totales: el niño les destina sus fantasías ambivalentes, sobre todo cuando están unidos en el coito. Por lo tanto, no es el miedo a la castración, a la afánisis y a la muerte lo que lleva al niño a renunciar a sus deseos edípicos (como pensaba Freud), sino (mucho antes de la etapa genital) la ambivalencia propia de la posición depresiva (amor a los padres y miedo a dañarlos con una agresividad destructiva siempre presente). Si el niño se sustrae a las defensas maníacas mediante la reparación, puede dominar sus deseos edípicos y convertirlos en creatividad. De este modo, por el rodeo de la reparación se realiza finalmente el trabajo de duelo. En el caso de que este fracase, se instalan los estados patológicos maníaco-depresivos:

El maníaco-depresivo y el que fracasa en el trabajo de duelo, aunque sus defensas pueden estar muy alejadas, tienen en común el hecho de que en la primera infancia no pudieron establecer sus objetos internos “buenos” y sentirse seguros en su mundo interior.⁶¹

A la luz de la posición depresiva, la tarea de la resolución del Edipo

59 Hanna Segal, *Introduction à l'oeuvre de Melanie Klein*, ob. cit., pág. 91.

60 Melanie Klein, “Contribution à la psychogenèse des tics”, en *Essais de psychanalyse*. ob. cit., pág. 340.

61 Melanie Klein, “Le deuil et ses rapports avec les états maniaco-dépressifs”, *ibíd.*, pág. 369.

parece consistir en constituir de manera estable, en el centro del yo, un pecho bueno (una madre buena), un padre bueno y una buena pareja creadora. Una tarea de introyección de los dos sexos, de los *dos otros*, que se realiza en el sufrimiento propio de la elaboración depresiva. En el horizonte de esta posición está la *diferencia de los sexos*, y, aunque Klein no insiste en ella, la distinción que traza el niño entre los dos protagonistas de la pareja anuncia que el acceso a la heterosexualidad será la resolución óptima de la posición depresiva.⁶² La dificultad psíquica que implica este trabajo es considerable, y explica sus fracasos, sobre todo por la formación de “barreras de defensas” (*cluster of defenses*) que protegen al niño del sufrimiento depresivo, pero al precio de una regresión esquizo-paranoide que le impide el desarrollo intelectual.

Decididamente, todo se convierte en su contrario en este purgatorio kleiniano, no obstante iluminado por el paraíso de la sublimación. Una sublimación siempre capaz de un mejor desarrollo, sobre todo gracias al análisis. Y, aunque solo sea un poquito, gracias a los cuidados maternos satisfactorios...

62 Cf. *infra*, cap. VI.

IV. ¿La angustia o el deseo? En el comienzo era la pulsión de muerte

1. EROS ABSORBIDO POR TÁNATOS: LA DEVORACIÓN SÁDICA Y EL ATAQUE ANAL

Mientras que para Freud el fundamento inconsciente de la vida psíquica está centrado en el deseo y su represión, toda la obra de Melanie Klein gira en torno a la sensibilidad a la angustia. Sin embargo, ¿se puede afirmar que ella evacua la libido en beneficio de la pulsión de muerte, que descarta a Eros para complacerse en Tánatos, como algunos le reprochan?

El yo arcaico, aunque frágil, desea el pecho, pero, aspirando a una satisfacción inmediata, infinita e imposible, lo desea con exceso, a tal punto *demasiado*¹ que choca con *la frustración*. En Melanie Klein esta no es “una falta” que se limite a relanzar el deseo, hasta esa “alucinación de la satisfacción” que según Freud nos hace perder de vista las fronteras entre representación (fantasmática) y percepción (realista), o que según Lacan nos lleva a errar en la huida siempre abierta, metonímica, del objeto *a*. En Melanie Klein la intensidad del deseo frustrado se denomina “angustia”, y es “automática”,² antes de diferenciarse en angustia esquizoparanoide y angustia depresiva. Además, y antes de un prolongado proceso de integración del yo, su violencia es tal que no tolera la falta y se aferra a un objeto meta, un pseudo objeto o *abyecto*. Entonces no falta nada que pueda desearse, pero todo daña y se deja dañar, se puede atacar según la ley del Tali6n.

El 6nfasis que pone Melanie Klein en la pulsión de muerte a menudo induce en sus comentadores una interpretaci6n err6nea: se le supone a la analista una complacencia con la muerte, un rechazo de las fuerzas er6ticas de la vida. Muy por el contrario, el debate expl6cito que Klein mantuvo con Freud relativamente tarde, en 1948, restablece una justa perspectiva y merece que aqu6 lo reproduzcamos brevemente, antes de avanzar en el examen del pensamiento kleiniano.

Despu6s de recordar que para Freud, en *Inhibici6n, s6ntoma y angustia*

1 Cf. Andr6 Green, “Trop c’est trop”, en James Gammil *et al.*, *Melanie Klein aujourd’hui*, ob. cit., p6gs. 93-102.

2. Jean-Michel Petot, *Melanie Klein, Premières d6couvertes...*, ob. cit., p6g. 89.

(1926), “en el inconsciente no hay nada que pueda alimentar nuestra concepción del aniquilamiento de la vida”,³ Melanie declara sin ambages:

Yo no comparto esta opinión, pues mis observaciones analíticas me han demostrado que en el inconsciente hay miedo al aniquilamiento de la vida.⁴

Hemos leído bien: junto con una pulsión de muerte, Klein supone “en los niveles más profundos del psiquismo, una respuesta a esa pulsión bajo la forma de *miedo al aniquilamiento de la vida*”⁵?

Bajo la presión de la pulsión de muerte, el psiquismo expresa miedo *por la vida*. Al servicio de la vida, encuentra maneras de reaccionar al miedo al aniquilamiento, y sus mecanismos más profundos no son más que defensas contra ese miedo. La pulsión de muerte es restituida de modo inmediato y dialéctico a su versión positiva, que es la conservación de la vida.

El interés de este pasaje no reside solo en el hecho de que se opone a Freud, el cual, escribe Melanie, no quiere “considerar el miedo a la muerte”, contrariamente a ella que, como ya sabemos, “considera” ese miedo, basándose en su experiencia clínica con la psicosis, en particular la psicosis precoz infantil. El interés de este fragmento reside sobre todo en el hecho de que la psicoanalista retoma, pero para acentuarla, la preocupación freudiana que le atribuye al psiquismo acciones favorables a la vida: “miedo a la muerte (o *miedo por la vida*)”, escribe ella (y nosotros subrayamos). Precisamente este “miedo por la vida”, “proveniente del trabajo interno de la pulsión de muerte”, es la “causa primaria de la angustia”. Más claramente aún, el miedo del que se trata es un miedo por la vida del objeto (la madre), más aún que por la vida propia del yo. Asimismo, y puesto que la lucha entre las dos pulsiones continúa a lo largo de toda la vida, “esta fuente de angustia no se elimina nunca”. Se comprende que Melanie encare la pulsión de muerte en su “trabajo interno” como estrechamente mezclada con la pulsión de vida, y no como desintrincada de ella. La desintrincación se presenta en la psicosis, y plantea otros problemas no menos interesantes. Pero estamos en el debate con Freud, en un nivel universal que aborda toda pulsionalidad, incluso la más normal posible, como tributaria de esa *pulsión de muerte que trabaja de miedo por la vida*: en suma, la angustia por la aniquilación posible de la vida obra en beneficio de Eros en las capas más profundas del psiquismo.

3 GW, t. XIV, págs. 113-205, SE, t. XX, págs. 75-174, trad. franc. PUF, 1951, reed. 1978, pág. 53; citado por Melanie Klein, “Sur la théorie de l’angoisse et de la culpabilité”, en *Melanie Klein et al., Développements de la psychanalyse*, ob. cit., pág. 258.

4 *Ibid.*, págs. 259-260.

5 *Ibid.*; las cursivas son nuestras.

La teoría kleiniana de la angustia no es en modo alguno vitalista, y da incluso la impresión de que desatiende las pulsiones eróticas y/o de vida, pero, en profundidad y en sentido estricto, la angustia es para Klein un clamor del miedo por la vida. ¿Se expresará aquí el sujeto mujer, junto con la psicoanalista atenta a la psicosis? ¿La psicoanalista que no teme considerar la muerte, porque tiene miedo por la vida que da, y mira de frente los peligros de aniquilación que pesan sobre esa vida *ab initio*? ¿Lo hará para defenderse mejor de esos peligros, sobre todo en cuanto su familiaridad con el “miedo por la vida” le ha demostrado hasta qué punto esa negatividad inicial, esa fobia al ser, ese no ser, puede convertirse (en ciertas condiciones biológicas ambientales) en un verdadero trabajo de lo negativo, en un renacimiento?⁶

A mil kilómetros de Hannah Arendt, Melanie Klein parece no obstante unirse a ella en su preocupación por la vida que fluye, en la auscultación y el acompañamiento de lo que la amenaza.⁷ “Nasciencial”, como diría Arendt, Melanie Klein lo es hasta en ese encarnizamiento terapéutico del que dan testimonios sus interpretaciones incisivas. Lo mismo que, por empezar, en el modo privilegiado que adquiere en ella la pulsión de muerte, que se propone primero como un apetito sádico, una envidia (dirá ella más tarde): en síntesis, una condensación de amor-odio, o un deseo en paroxismo.

Eros está lejos de haberse desvanecido en esta captación primaria del objeto por el deseo metamorfoseado en angustia y que opera de manera oral, anal o genital. De hecho, Eros tiene “miedo por la vida” y aguarda su momento para reaparecer con la forma privilegiada del placer que, en Klein, es esencialmente el placer de la inteligencia. La angustia interpretada en la transferencia, y que pasa por fases agudas, llega a atravesar la escisión y la represión y, al levantar la inhibición, se metaboliza como... simbolización: la libido desinhibida es la que piensa; el deseo desprendido de la angustia es una aptitud para simbolizar.⁸

Es conocida la incomodidad de Freud con respecto al afecto inconsciente: “La posibilidad de inconciencia desaparece [...] totalmente para los sentimientos, las sensaciones, los afectos”.⁹ En cuanto a la

6 Cf. *infra*, cap. VTII, 2.

7 Cf. Julia Kristeva, *Le Génie féminin*, t. 1: *Hannah Arendt*, ob. cit.; entre otras, págs. 25-29, 40-41, 61-71, 74-76, 85-87, 119-120, 333-335, etcétera.

8 Cf. *infra*, cap. VIII.

9 Cf. Sigmund Freud, *Métapsychologie* (1915), “L’inconscient”, *GW*, t. X, págs. 159-204, *SE*, t. XIV, págs. 263-303; *OC*, PUF, 1988, t. XIII, pág. 216. Más precisamente, según Freud, el afecto no es nunca inconsciente, solo su *representación* puede sucumbir a la represión. Además la representación inconsciente subsiste como formación real en el

angustia, para el fundador del psicoanálisis sería el signo del aumento de las excitaciones del aparato psíquico (es el caso de las neurosis actuales: un ejemplo “anodino” sería la angustia de las vírgenes), o bien el efecto de la represión de la libido (en el caso de las psiconeurosis).

Melanie Klein, por el contrario, descubre en seguida la angustia inconsciente, sobre todo escuchando a sus hijos, cuyos análisis describe con los seudónimos de Fritz y Félix.¹⁰ Aunque ella no tiene una teoría de los afectos en sentido estricto, toma directamente en cuenta la angustia, y esta es la base a partir de la cual se puede proponer hoy en día una concepción posfreudiana de los afectos.¹¹ Melanie Klein encuentra en particular la angustia debajo de las inhibiciones, las cuales evitan el síntoma, pero al precio de una distorsión del pensamiento o de tics. Puesto que el deseo es en primer lugar una angustia, para impedir su desarrollo el yo erige barreras psíquicas: precauciones, inhibiciones, prohibiciones que recuerdan

inconsciente después de la represión, “mientras que al afecto inconsciente solo le corresponde en ese mismo lugar la imposibilidad de un esbozo al que no se le ha permitido desplegarse [...]. En rigor, [...] no hay entonces afectos inconscientes como hay representaciones inconscientes”. Esta diferencia se debe al hecho de que las representaciones son “huellas mnémicas” o “investiduras”, “mientras que los afectos y sentimientos corresponden a procesos de rechazo [...] percibidos como sensaciones” (ibíd., págs. 217-218).

Freud retomó este debate en *El yo y el ello* (1923), *GW*, t. XIII, págs. 237-289, *SE*, t. XIX, págs. 1-59, trad. franc. *OC*, ob. cit., t. XVI, págs. 266-207, designando el afecto con un término curiosamente impreciso (“otra cosa”) e insistiendo en la vía *directa* por la cual se vuelve consciente la moción del afecto: “Si a lo que se vuelve consciente como placer y displacer lo llamamos *otra cosa* en el curso anímico, distinta cuantitativa y cualitativamente, se trata entonces de saber si esa otra cosa puede volverse consciente en los mismos lugares, o debe ser transmitida hasta el sistema *Pcs*. [...] En otras palabras: la diferenciación *Cs* y *Pcs* no tiene sentido para las sensaciones; en este caso falta el *Pcs*, las sensaciones son conscientes o inconscientes. Incluso cuando están ligadas a las representaciones de palabras, no les deben a esas representaciones el hecho de volverse conscientes, sino que devienen conscientes directamente” (las cursivas son nuestras).

10 Cf. *supra*, cap. II, págs. 46 y sigs.

11 Véase una concepción moderna de los afectos en André Green, *Le Discours vivant. La conception psychanalytique de l'affect*, PUF, 1973. Green señala la ausencia de una teoría específica del afecto en Klein (pág. 104), pero observa su influencia sobre todos los autores que después de Freud contribuyeron a su elaboración, e insiste: 1) en el afecto como “derivado de la pulsión” (*drive derivative*); 2) en su presentación “bruta”, sin ninguna representación ligada; 3) en las percepciones internas antagonistas que le corresponden, y 4) en la “psiquización” de la moción afectiva, que no es comunicable, ya que las representaciones de cosa y las representaciones de palabra no forman con el afecto un “complejo inteligible”. Pero, contrariamente a los kleinianos que, frente a la oscuridad del problema, privilegian la investidura del *objeto*, André Green despliega las huellas mnémicas y energéticas del afecto, y explora su heterogeneidad (fuerza y sentido) (ibíd., págs. 306, 313 y sigs.). Cf. *supra*, pág. 76, nota 21.

a ciertas defensas fóbicas. Se suma a este cuadro la angustia de castración que manifiesta Félix, completando la idea kleiniana de la presencia simultánea del deseo y la angustia.

Pero es sobre todo el sadismo del yo arcaico el que apuntala la angustia originaria. Desde los inicios de la vida, un fuerte deseo oral de devoración se vuelve hacia el sujeto con el mismo contenido, pero cambiando de blanco: no soy yo quien desea devorar, yo temo ser envenenado por el pecho malo en el cual he proyectado mis dientes malos: esa sería la lógica de la fantasía sádica correspondiente a la angustia primaria esquizoparanoide. Aunque Klein vincula esta angustia con la agresividad edípica (por ejemplo, Rita quiere robar del vientre de la madre los niños que nacerán en el futuro, y entra en rivalidad con el padre), las pulsiones genitales están fuertemente imbricadas con las pulsiones sádicas orales, uretrales o anales. De hecho, el sadismo oral, que se identifica fácilmente con la teoría kleiniana,¹² solo fue inferido tardíamente, mientras que la analidad agresiva se impuso a la atención de nuestra analista en 1924, en el análisis de Trude, una niñita de 3 años y 3 meses:

Muy pronto en su análisis ella me pidió que fingiera estar en cama y dormir. Dijo entonces que iba a atacarme, y a buscar heces en mis nalgas (las heces que yo descubrí que también representan a niños), y que iba a tomarlas. Después de estos ataques se acuclilló en un rincón, jugando a estar en la cama, cubriéndose con almohadones (que debían protegerle el cuerpo y también representaban a niños); al mismo tiempo, se mojó realmente la bombacha y demostró con claridad que tenía miedo de que yo la atacara.¹³

Solo en el curso de los análisis de Ruth y Peter, realizados entre 1924 y 1925, Klein advirtió el “papel fundamental” desempeñado por las pulsiones sádico-orales en las fantasías sádicas y las angustias correspondientes:

[Encontré] de este modo en el análisis de niños pequeños una confirmación plena de los descubrimientos de Abraham. Estos análisis, que fueron un campo de observación suplementario, puesto que duraron mucho más tiempo que los de Rita y Trude, me llevaron a un *insight* más completo acerca del papel fundamental de los deseos y las angustias orales en el desarrollo mental, normal y anormal.¹⁴

Con esta óptica, Klein realiza entonces un cotejo de sus propias observaciones (la historia de Peter) con la de dos criminales que aparecen

12 Cf. Jean-Michel Petot, *Melanie Klein. Premières dé cou férias...*, ob. cit., pág. 193.

13 Melanie Klein, “Technique de jeu psychanalytique”, en *Le Transfert et autres écrits*, ob. cit., pág. 41.

14 *Ibíd.*, pág. 42.

en los periódicos: uno de ellos mantenía relaciones homosexuales con jóvenes a los que después mataba decapitándolos y descuartizándolos; el otro hacía salchichas con sus víctimas.¹⁵ Peter tenía una fantasía en la cual se masturbaba con el padre y su hermano menor, situación que representaba con la ayuda de muñecas a las que decapitaba; le vendía el cuerpo al carnicero y conservaba la cabeza, que era a su juicio el trozo más apetitoso; por otra parte, en su análisis se entregaba a innumerables desmembramientos y devoraciones de figurillas y muñecas. Klein inscribe desde el principio este sadismo en el Edipo y en el deseo de recibir un castigo, derivado de la culpa superyoica precoz. Escribe entonces:

Se puede considerar lo siguiente como regla: todo niño al que se llama "malo" es impulsado por el deseo de ser castigado. Permítaseme recordar a Nietzsche y a lo que él denominaba "pálido criminal"; Nietzsche sabía mucho sobre el criminal impulsado por el sentimiento de culpa.¹⁶

Como hemos visto, este sadismo inconsciente se defiende escindiendo el objeto interno, pero también el externo, en pecho bueno y pecho malo. Ahora comprendemos mejor la diferencia entre esta fantasía (que Klein atribuye al yo precoz) y la realización alucinatoria del deseo según Freud.¹⁷ En ambos casos la percepción de la realidad es reemplazada por una representación que la deforma bajo la presión de las pulsiones inconscientes. Pero en Freud triunfa el deseo y la libido, oponiéndose a la frustración, establece una visión idílica que reemplaza la satisfacción por su representación ideal; Melanie Klein reconoce la violencia destructiva del deseo, igual que Freud en *Más allá del principio de placer*, pero incluso de una manera más radical. Por un lado, esa violencia inicial es tal que solo puede refrenar la angustia (aunque muy imperfectamente) *desdoblando* la propia fantasía e imprimiendo en ella su marca negativa mediante la creación de un *desdoblamiento en el propio objeto* de la angustia: bueno/malo. Por otro lado, aunque Klein reconoce continuamente la fantasía del pecho bueno, e insiste en que ella es el núcleo del yo (como defendiéndose de antemano de quienes solo retuvieran de su teoría la presencia del pecho malo), lo negativo de la pulsión de muerte no cesa de reaparecer, para crear nuevas defensas, siempre parcialmente benéficas y parcialmente destructivas. En consecuencia, la plenitud del goce contenido en el concepto freudiano de "realización alucinatoria del deseo" aparece reemplazada en Klein por un trabajo incesante de lo negativo, una

15 Cf. Melanie Klein, "Tendances criminelles chez les enfants normaux" (1927). en *Essais de psychanalyse*, ob. cit., págs. 211-228.

16 *Ibid*, pág. 223.

17 Cf. André Green. "Trop c'est trop", ob. cit., pág. 95.

interminable sublimación del duelo; la pulsión de muerte impulsa el funcionamiento psíquico al mismo tiempo que lo impide, sin que pueda nunca apaciguarse.

La intensidad de esta pulsión destructiva es para Klein innata, convicción que aparece incluso subrayada en sus últimos trabajos. En ellos sostiene que los “estados de frustración y angustia” debidos a la realidad insatisfactoria *refuerzan* “los deseos sádico-orales y canibalísticos” (1946),¹⁸ pero también sostiene lo siguiente:

En consecuencia, la fuerza de las pulsiones destructivas en relación con las pulsiones libidinales constituiría *la base constitucional de la intensidad de la voracidad*¹⁹

Después de estas observaciones, se podría estar dispuesto a concluir que en el espíritu de la analista se había impuesto un pesimismo terapéutico: en efecto, ¿de qué modo podría la cura analítica entrar en interacción con esa “base constitucional” evocada por Klein con tanta fuerza y tan a menudo? ¿Obraría solo facilitando la realización óptima de lo innato, sin modificar el equilibrio fundamental amor/odio, determinado genéticamente? ¿O bien transformando ese equilibrio bajo el efecto de la transferencia, de la interpretación y de un nuevo ambiente?²⁰ La cuestión sigue abierta, sin que, sin embargo, en el trabajo kleiniano se advierta ningún pesimismo en cuanto a la pertinencia de la cura analítica, cuyos límites sin embargo señala. Klein parece pensar paradójicamente que el buen ambiente no modifica las bases constitucionales, que se manifiestan incluso en el marco del quehacer maternal.²¹ En cambio, el ambiente careciente, la privación prolongada, multiplican las cantidades innatas de agresividad. Al psicoanálisis le queda entonces una tarea que no parece irrealizable: reducir la escisión y ayudar al yo a progresar en la integración de sus partes clivadas.

2. ESA TRISTEZA QUE NOS COMPONE EL ALMA

En el núcleo de este universo destructor, la analista hace una apuesta: la evolución del yo, en el curso normal del desarrollo, y la cura analítica cuando tiene éxito, permiten la reelaboración de las angustias destructivas y las fantasías sádicas. *El yo se profundiza mediante la reelaboración depresiva.*

18 Cf. Melanie Klein *et al.*, *Développements...*, ob. cit., pág. 279.

19 *Ibid.* pág. 188; las cursivas son nuestras.

20 Cf. Jean-Michel Petot, Melanie Klein. *Le moi et le bon objet*, ob. cit., pág. 257.

21 Cf. Melanie Klein, *Envié et gratitude*, ob. cit., pág. 18.

La capacidad para realizar el duelo del objeto perdido reemplaza al sadismo inicial por *el dolor psíquico*: la nostalgia y la culpa darían forma al rostro sosegado de Tánatos. La angustia no desaparece de la teoría de Klein; subsiste, pero cambia de régimen: en lugar de escindir o fragmentar, en lugar de destruir y despedazar, es tolerada como tristeza por el otro como culpa amorosa por haberle hecho daño. Al sadismo y la angustia persecutoria del primer trimestre los sucede la aptitud del y reforzado (el de la “posición depresiva” del sexto mes) para introyectar al objeto bueno. Llega allí más fácilmente si dispone de una capacidad innata para amar:

El sentimiento de gratitud es un derivado importante de la capacidad de amar [...]. La gratitud nace de las emociones y las actitudes de la primera infancia, cuando la madre representa un objeto solo y único [...]. Pero los factores internos que la fundan (en un primer plano la capacidad de amor) parecen ser innatos...²²

Naturalmente, la ganancia psíquica lograda gracias a la posición depresiva es considerable: el sadismo se convierte en tristeza, la nostalgia atenúa la destructividad, y el sol negro de la melancolía profundiza al yo, el cual, en lugar de escindir y renegar, reelabora-reprime-repara-crea.

Al seguir las metamorfosis que según Klein sufre la pulsión de muerte al convertirse en “psiquización”, no cabe más que reconocer el carácter eminentemente shakespeareano de la madre del psicoanálisis. En efecto, el soneto 146 del dramaturgo nos sugiere ya que “la muerte muerta”, en otras palabras, la “muerte de la muerte”, su superación sublimatoria, solo se realiza en la vida interior de la “pobre alma” si esta es capaz de consumir en sí misma la muerte que le llega de afuera.²³

Esta visión shakespeareana que tiene Klein del funcionamiento psíquico (de un alma que se alimentaría con la muerte que se alimenta de los hombres) se refleja totalmente en su técnica analítica. Para la analista, se trata de entender (más allá del deseo y con él) el *sufrimiento* psíquico y su duplicación en *angustia agresiva*. Por otra parte, y en consecuencia, se trata también “de intervenir en el punto álgido de la angustia latente”:²⁴ hay que entender al máximo el material de la angustia y la agresividad tal como se presenta en la sesión, para interpretarlo directamente y a menudo. Este enfoque puede llevar a temer una aceleración excesiva de la angustia por la intrusión psíquica del analista en el niño, pero como contrapunto cabe

22 Cf. Melanie Klein, *Envíe et gratitude*, ob. cit., pág. 27.

23 “Poor soul [...] Than, soul, live thou upon thy servant loss [...] / So shalt thou feed on Death, that feeds on men, / And, Death once dead, ther's no more dying then” (“Pobre alma [...] Alma, vive de la perdición de tu sierva [...] / de modo que te alimentarás de la Muerte, que se alimenta de los hombres, / y, una vez muerta la Muerte, no habrá más morir.”)

24 Cf. Florence Bégoïn-Guignard, en *Melanie Klein aujourd'hui*, ob. cit., pág. 57.

recordar, con Florence Bégoin-Guignard, que la actitud inversa, el espaciamiento de las sesiones analíticas de los niños con el objetivo de “respetarlos” más, ateniéndose a una “no intervención”, en realidad intensifica las tendencias del niño “a la identificación proyectiva masiva con los objetos internos omnipotentes que él utiliza para invadir el psiquismo del analista y controlar totalmente la actividad del pensamiento de este último”.²⁵ Se perfila entonces un refuerzo de la escisión y la constitución de “falsos sí-mismos”. ¿El remedio? Se remite al analista a sus propios conflictos pregenitales, a sus agresividades canibalísticas o de otro tipo, a su posibilidad de atravesar la “posición depresiva”: trampas que la contratransferencia le tiende a su propio sadismo y a sus propios dolores. Trampas que aumentan y se refuerzan cuando se escucha a niños, más que cuando se escucha a adultos, puesto que las defensas infantiles son más poderosas y están al mismo tiempo menos coaguladas, y apelan abiertamente al niño que hay en el propio analista.

Lo menos que puede decirse es que Melanie Klein no se sustrajo a este llamado. Comenzó su trabajo de analista hacia la edad de 40 años, y en 1952 sus discípulos le dedicaron un número especial del *International Journal of Psycho-Analysis* como homenaje por su septuagésimo cumpleaños; en 1955, esos textos, con algunos otros, y además dos trabajos de la propia Klein, se publicaron como compilación con el título de *New Directions in Psychoanalysis* (Londres, Tavistock). Se podía entonces pensar que había dado fin a su obra, pero hete aquí que, en 1957, la “madre del psicoanálisis” publicó *Envidia y gratitud*.²⁶ Allí, con el aspecto de *envidia* al pecho, volvió a poner el acento en una pulsión agresiva primordial, énfasis ya presente en sus trabajos anteriores, sobre todo en lo relacionado con la posición esquizoparanoide. ¿Un retorno del pecado cristiano? Klein evoca a San Pablo, San Agustín y Shakespeare, y *Ótelo* se codea con Milton, Chaucer o Spenser, para fundamentar *en la tradición* las observaciones clínicas que Melanie ya había realizado sobre la agresividad y su elaboración, sintetizadas en una nueva visión binaria: *envidia y gratitud*.

3. PODER DE LA ENVIDIA Y APUESTA A LA GRATITUD

Mientras que los celos están ligados a un amor objetal, la envidia es anterior y más arcaica: los celos se apaciguan con un amor reencontrado, pero la envidia nunca; los celos son triangulares, y la envidia dual.

²⁵ *Ibíd.*, pág. 63.

²⁶ Melanie Klein, *Envié et gratitude*, ob. cit.

La reelaboración de la envidia por medio de los celos constituye también una defensa importante contra ella. Los celos parecen mucho más aceptables y dan menos lugar a la culpa que la envidia primaria, que reduce al primer objeto bueno.²⁷

Suscitada por la avidez original, la envidia tiende a poseer completamente a su objeto, sin preocuparse por su destrucción eventual: quiere apropiarse de todo lo que es bueno en el objeto y, si esto resulta imposible, no vacila en dañarlo para apartar la fuente de ese sentimiento. Aunque procede del amor y la admiración primitivos, la envidia se distingue de la avidez en cuanto Eros está menos presente en ella: la sumerge la pulsión de muerte.

Los lectores de Freud conocen ya su concepción de la envidia, que es en primer lugar y ante todo “envidia del pene” en la mujer, correlato del complejo de castración, fuente de inhibición, frigidez y de reacción terapéutica negativa. Para Melanie Klein, mucho antes que la envidia del pene, lo que domina el psiquismo es la envidia oral, la envidia del pecho:

Me limitaré aquí a encarar la envidia del pene en la mujer desde el ángulo de su origen oral. Bajo el predominio de los deseos orales puede establecerse una equivalencia entre el pene y el pecho materno (Abraham): la experiencia clínica demuestra que es posible vincular la envidia del pene a la envidia del pecho materno. Si se aborda bajo esta incidencia el análisis de la envidia del pene en la mujer, se puede constatar que tiene origen en la relación primitiva con la madre, en la envidia fundamental del pecho materno, y en los sentimientos destructivos que la acompañan.²⁸

La envidia promueve el desarrollo del psiquismo, y al mismo tiempo lo traba: le asigna un objeto benéfico, pero del que hay que apropiarse, y con respecto al cual se llega al extremo de vaciarlo o destruirlo. En este último viaje importante, Melanie modula el tema del objeto primario amado-y-odiado que le es tan caro. Remanente de la nostalgia uterina, a su vez resultado del trauma de nacimiento, el pecho es fantaseado como inagotable: es idealizado, lo cual intensifica el odio, pues el objeto real no se corresponde nunca con el objeto psíquico. A esta situación básica se añade la privación: el pecho se retira, llega a faltar, el cuidado no es siempre bueno, etcétera. El exceso de frustraciones, pero también la excesiva indulgencia (la “madre suficientemente buena” de la que hablará Winnicott, ¿no es también la “suficientemente mala”?), acrecientan esta envidia innata:

²⁷ *Ibíd*, pág. 42.

²⁸ *Ibíd.*, págs. 43-44. Cf. *infra*, cap. VI.

El lactante desea que el pecho materno sea inagotable y omnímodo. Y aparentemente [...] no se trata solo de un deseo de alimento; el niño querría también ser liberado de sus pulsiones destructivas y su angustia persecutoria. En el curso de los análisis de adultos se encuentra el deseo de una madre omnipotente, capaz de proteger al sujeto de todos los sufrimientos y todos los males, provenientes tanto del interior como del exterior.²⁹

Sin embargo (y aquí reaparece el pecho *bueno* de manera fuerte), si a una frustración le sigue la gratificación, el niño puede asumir mejor sus angustias. La madre *contiene* entonces las angustias destructivas y, como objeto *continente*, apuntala la integración del yo. El goce y la gratitud que el *continente* suscita contrarrestan en suma las pulsiones destructivas y disminuyen la envidia y la avidez. En este punto Melanie Klein introduce el *vínculo gozoso* con la madre, sobre el cual nuestra autora no había insistido tan claramente con anterioridad, y cuyo origen ubica en la fase preverbal; Klein lo considera el fundamento de la gratitud, de la cual se desprenderá ulteriormente la capacidad de reparación, sublimación y generosidad. Pero, como nada es simple en este universo atravesado por la pulsión de muerte, la analista no olvida que incluso la gratitud puede ser “activada” por la culpa, en cuyo caso habría que distinguirla de la gratitud “verdadera”:

El niño pequeño experimenta todo esto de una manera mucho más primitiva que la expresable por medio del lenguaje. Cuando en la situación transferencial revive estas emociones y estas fantasías preverbales, ellas aparecen con la forma de *memories in feelings* (recuerdos en forma de sentimientos) [...] que se pueden reconstruir y verbalizar gracias a la ayuda del analista. Asimismo, debemos recurrir a las palabras para reconstruir y describir otros fenómenos propios de los estadios primitivos del desarrollo.³⁰

4. *PETTIS FOURS, KLEINE FROU, FRAU KLEIN...*

Uno de los ejemplos clínicos que la autora presenta al respecto permite captar que la envidia primordial se transmite inconscientemente al adulto y traba su capacidad para la gratitud, el amor y el goce, y también para el trabajo analítico que se proponga realizar. Una paciente narra un sueño: aguardaba vanamente que la atendieran en una confitería, y después decidió hacer la fila; delante de ella, una mujer escogió unos “pastelillos” (la paciente dice en francés “*petits frou*” en lugar de “*petits fours*”); la analizante, que la seguía en la fila, hace lo mismo. A continuación

29 *Ibíd.*, pág. 25.

30 *Ibíd.*, pág. 17, nota 1.

encontramos las asociaciones: la mujer de los pastelillos se parece a la analista; “*petits frou*” (*kleine Frou*) le hace pensar en *Frau Klein*. La analista interpreta: la paciente había faltado a algunas sesiones, pretextando un dolor de espalda y la necesidad infantil de que le aplicaran calor, se ocuparan de ella, pero nadie lo hizo. El sueño retomaba la queja que había aparecido en las sesiones frustradas, ligada a una infancia desdichada y un amamantamiento insatisfactorio. Los “dos o tres pastelillos” (*kleine Frou*), que representaban a los dos pechos, asociaban a *Frau Klein* con la avidez de la paciente, por identificación y proyección: representaban tanto el pecho frustrante de la madre y la analista como el propio seno de la paciente, que, para terminar, había aceptado alimentarse a sí misma al sumarse a la fila de espera.

De modo que a la frustración se había sumado la envidia del pecho materno, envidia que había suscitado un profundo resentimiento con una madre considerada parsimoniosa y egoísta, que prefería guardar para sí el amor y el alimento, en lugar de prodigarlos a su hija. En la situación analítica, la paciente sospechaba que yo había aprovechado sus ausencias para divertirme y dedicar ese tiempo a otros enfermos que yo prefería a ella. La fila de personas detrás de las cuales ella se situó en el sueño era una alusión evidente a sus rivales favorecidos.

El análisis del sueño produjo un cambio sorprendente en la situación emocional. La paciente se sintió invadida por un sentimiento de felicidad y gratitud más vivo que en las sesiones precedentes [...]. Ella se daba cuenta de que tenía envidia y celos de ciertas personas, pero no había sabido reconocer esos sentimientos en su relación con la analista: le resultaba demasiado penoso admitir que envidiaba y destruía a la analista y al fruto de su trabajo.³¹

De modo que fue hacia el final de su obra, después de haber interpretado la violencia de la envidia como la versión más explícita de la pulsión de muerte, cuando Klein amplió sus consideraciones sobre la capacidad de amor. Después de recordar que Freud, en *Inhibición, síntoma y angustia*, no le había atribuido al yo inconsciente ninguna capacidad para representarse la muerte (“En el inconsciente no hay nada que pueda darle un contenido a nuestra concepción de la destrucción de la vida”), Klein subraya su divergencia con el maestro:

La amenaza de aniquilación por el instinto de muerte interior (y en este punto me distancio de Freud) representa la angustia primordial, y es el yo el que, al servicio del instinto de vida (quizás incluso instaurado por él), por una parte desvía esa amenaza hacia el exterior. Mientras que Freud le atribuía al organismo esta defensa fundamental contra el instinto de muerte, yo considero que este

31 *Ibíd*, págs. 52-53.

proceso es una actividad primordial del yo.³²

De modo que es el yo, y no el organismo, el agente del odio, pero también del amor, de la envidia y la gratitud. Mediante la escisión se defiende de la destructividad, y en consecuencia de la envidia, *hasta ser capaz de experimentar amor*, una capacidad reforzada particularmente en la “posición depresiva”, en cuanto esta inicia la resolución del Edipo. Se comprende entonces que la lucha entre las dos fuerzas continúe a lo largo de toda la vida psíquica, con éxito desigual de los dos protagonistas. Y Klein aplaude a los numerosos pensadores que, antes de ella, estigmatizaron la envidia como el peor de los pecados, puesto que se opone a la vida: “El amor no envidia” (primera epístola a los corintios); San Agustín describe la Vida como la fuerza creadora que se opone a una fuerza destructora, la Envidia; según *El paraíso perdido*, de Milton, la envidia implica la destrucción de la creatividad; Chaucer condena la envidia como “el peor de los pecados, pues los otros son pecados contra una sola virtud, mientras que la envidia lo es contra toda virtud y contra todo bien” (“toda virtud” y “todo bien” ligados, para Klein, al objeto primitivo cuyo deterioro quebranta la confianza del sujeto). En esa exploración del combate entre la envidia y la gratitud, Klein concluye provisionalmente con un vibrante homenaje a las fuerzas del goce y la sublimación:

La felicidad experimentada en el curso de la infancia y el amor del objeto bueno que enriquece la personalidad subtienden la capacidad para el goce y la sublimación: sus consecuencias se hacen sentir hasta una edad avanzada. Goethe ha escrito que “El que puede conciliar el final de su vida con su comienzo es el más feliz de los hombres”; yo me siento tentada a interpretar ese “comienzo” como la primera relación feliz con la madre, una relación que, a lo largo de toda la vida, atenuará el odio y la angustia, y continuará confortando y dispensando su apoyo al sujeto de edad. Un niño pequeño que ha podido instaurar con seguridad su objeto bueno encuentra compensaciones a las pérdidas y las privaciones de la edad adulta. Todo esto le parecerá siempre inaccesible al envidioso, pues él nunca se sentirá satisfecho y sus sentimientos de envidia se verán constantemente reforzados.³³

No nos equivoquemos: esa breve calma no inicia ningún idilio. Melanie Klein continúa dando caza preferentemente a la angustia y la destructividad. ¿Esto se debe a que ellas son más poderosas en las personas sufrientes que recurren al análisis? ¿O a que, de estas dos pulsiones, la pulsión de muerte sería la más tenaz? Quizás en el comienzo esté el objeto

32 *Ibíd*, pág. 32.

33 *Ibíd*, pág. 49.

bueno, y el amor que él suscita, como acabamos de leerlo en Goethe y en Klein. Sin embargo, si uno comienza por analizar ese comienzo, como Klein no deja de hacerlo, desconfiando de todos los comienzos, corre el riesgo de encontrar muchas envidias, ingratitudes, mucho sadismo y dolor. En efecto:

La envidia excesiva se opone a las gratificaciones orales, y estimula, intensificándolos, las tendencias y los deseos genitales. El niño puede entonces recurrir demasiado prematuramente a las gratificaciones genitales, y la relación oral se genitaliza mientras las reivindicaciones y las angustias orales impregnan fuertemente las tendencias genitales [...]. La huida a la genitalidad constituye también, en ciertos niños, una defensa contra el hecho de que odian y dañan al primer objeto, respecto del cual experimentan sentimientos ambivalentes.³⁴

Decididamente, nunca se desconfiará demasiado de los múltiples rostros de la envidia... Al analizarlos, al teorizarlos, Melanie Klein continúa su propio análisis, sin duda alguna, y reelabora su contratransferencia a la reacción terapéutica negativa. En su autobiografía inconclusa (1959) escribió lo siguiente:

Cuando concluí bruscamente mi análisis con Abraham, muchas cosas habían quedado sin analizar, y continué profundizando lo concerniente a las razones de mis angustias y mis defensas. A pesar del escepticismo que, como he dicho, ha sido un elemento importante de mi vida analítica, nunca desespere, y esto sigue siendo cierto en la hora actual.

De lo cual puede deducirse (con Didier Anzieu, que cita este pasaje) el destino inconcluso de toda teoría, y más aún de la que escruta la prematuración del recién nacido humano, como lo hizo Klein; de esto se desprende también la novedad de su obra como “promesa de juventud siempre renovada para el psicoanálisis”.³⁵

34 *Ibíd.*, págs. 38-39.

35 Cf. Didier Anzieu, “Jeunesse de Melanie Klein”, en James Gammil *et al.*, *Melanie Klein aujourd’hui*, ob. cit., pág. 35.

V. Un superyó precoz y tiránico

1. DESDE LAS PRIMERAS FASES DEL EDIPO

En la teoría kleiniana del psiquismo, el sadismo oral va de la mano con un superyó tiránico. La psicoanalista expuso la génesis precoz de ese sadismo desde los inicios de su experiencia clínica, en “Primeros estadios del conflicto de Edipo y de la formación del superyó”, artículo que hacía eco a un estudio de 1928, y que fue publicado en *El psicoanálisis de niños* (1932),¹ para volver después (a partir de su nueva perspectiva, y con más fuerza aún) en “El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas” (1945), en las *Contribuciones al psicoanálisis*.²

La fase de sadismo exacerbado desde el nacimiento, a la cual Melanie Klein le dio en 1946 el nombre de “posición esquizoparanoide”, apunta, con el pecho, al *interior del cuerpo de la madre*, que contiene el pene del padre. Allí veremos, con Jean Bégoin, el prototipo del *espacio psíquico*.³

Se esbozan dos movimientos psíquicos que estarían en la base del superyó: por un lado, la internalización del objeto incorporado (el pecho de la madre + el pene del padre) que defiende al yo de los ataques del ello, y constituye el núcleo del superyó; por otro lado, la expulsión de ese núcleo en la fase sádico-anal. Leamos los tres tiempos de ese proceso según la observación kleiniana:

1. [...] las primeras etapas del conflicto edípico y de la formación del superyó se extienden *grosso modo* desde mediados del primer año hasta el tercer año.

2. [...] el conflicto edípico y la formación del superyó se esbozan a mi juicio en el momento en que reinan las pulsiones pregenitales y los objetos introyectados en el estadio sádico-oral; son por lo tanto las primeras investiduras objetales y las primeras identificaciones las que constituyen al superyó primitivo [...]. Después de haber desviado el instinto destructivo hacia el mundo externo, y por lo tanto hacia ese objeto, el yo no puede esperar más que hostilidad con respecto al ello. Se sigue

1 Cf. trad. franc., ob. cit, págs. 137-162.

2 Ob. cit., págs. 370-424.

3 “Esta idea de un espacio situado en el interior del cuerpo de la madre y en el cual se proyecta el niño sigue siendo fundamental, está en la base del desarrollo de la noción de espacio psíquico.” Cf. Jean Bégoin, “Le Surmoi dans la théorie kleinienne et postkleinienne”, en Nadine Amar, Gérard Le Goués, Georges Pragier (dir.), *Surmoi II Les développements post-freudiens*, monografía de la *Revue française de psychanalyse*, 1995, pág. 60.

naturalmente que el objeto interiorizado se le aparece como un enemigo cruel del ello, pero se diría que en el origen de la angustia tan precoz e intensa actúa también un factor filogenético [...]. El padre de la horda primitiva constituía el poder exterior que obligaba a inhibir los instintos⁴ [...]. Fuera cual fuere la crueldad del superyó constituido bajo la influencia del sadismo, de todos modos asume la defensa del yo contra los instintos de destrucción, y por lo tanto de él proceden, desde ese estadio primitivo, las inhibiciones de los instintos.

3. [...] lo que el niño expulsa es su objeto, que considera hostil con respecto a él y que asimila a sus excrementos. A mi juicio, lo que expulsa en ese momento es también el superyó terrorífico, introyectado en la etapa sádico-oral. De modo que esta eyección es un medio de defensa que el yo, bajo la influencia del miedo, utiliza contra el superyó; expulsa los objetos interiorizados y los proyecta en el mundo externo.⁵

De modo que, ya desde el sadismo exacerbado, la utilización masiva de la identificación proyectiva entraña angustias persecutorias asociadas con la escisión, y esos primeros introyectos estructuran un superyó devorador a la manera de un Saturno implacable. Las dos posiciones, la depresiva y la esquizoparanoide (progresivamente descubiertas), y también su fluctuación y recubrimiento recíproco (que, siguiendo a Bion, se ha podido denominar "E-P-D"), operan una mutación del superyó a lo largo del desarrollo del conflicto edípico. La frustración oral es primero proyectada sobre la pareja de progenitores, acerca de los cuales el niño fantasea que se entregan a "placeres sexuales compartidos" que le niegan a él. En el sexto mes, la posición depresiva inicia el verdadero Edipo y un pasaje desde el objeto parcial al objeto total: con el destete, la fantasía de la madre perdida (o muerta) desencadena el sentimiento de culpa, y el superyó persecutorio se modula en "remordimientos de conciencia", una conciencia en duelo por no haber podido proteger al "objeto bueno" frente a los perseguidores interiorizados. En adelante, las relaciones objetales se construirán según el modelo de las relaciones del yo con el superyó y el ello, o del superyó con el yo.

Las diferencias con la teoría freudiana son claras, y Klein las reivindica. El superyó freudiano, que aparece con la segunda tópica (*ello, yo, superyó*), no está verdaderamente disociado del ideal del yo y del yo ideal, y a menudo es pensado en el registro de la idealización,⁶ más bien que en el registro kleiniano del terror, que lo caracteriza en la posición esquizoparanoide, aunque posteriormente evoluciona. Parecería que Freud

4 Cf. Sigmund Freud, *Tótem et Tabou* (1912), citado aquí por Klein.

5 Cf. "Les premiers stades du conflit œdipien et la formation du surmoi", en *La Psychanalyse des enfants*, ob. cit., págs. 137, 150, 151, 153, 154.

6 Cf. Sigmund Freud, "Le Moi et le Ça", (1923), en *Essais de psychanalyse*, Payot, 1951, págs. 163-218.

no extrajo todas las consecuencias de su propia teoría de la pulsión de muerte, lo que Klein, por el contrario, hace con todo vigor. Además, ese superyó freudiano interviene tardíamente, puesto que es consecutivo al complejo de Edipo, más precisamente al estadio fálico (Klein prefiere decir “genital”) de su liquidación, que signa la renuncia a los deseos incestuosos. En Klein, el superyó es más joven y al mismo tiempo más malvado: siempre edípico, como lo hemos visto, pero en el sentido del Edipo kleiniano, a su vez precoz, y presente desde el sadismo oral.

2. NO ESCAPAN LAS NIÑAS NI LOS VARONES

La doble identificación proyectiva con la madre y el padre es consecuencia de los deseos genitales precoces que impregnan los deseos orales, uretrales y anales; para Klein, los estadios libidinales se recubren en los primeros meses de la vida. El texto de 1945 sobre el complejo de Edipo⁷ aclara el papel de los dos sexos en la constitución del superyó, siguiendo la fluctuación del Edipo en el curso de lo que tomará el nombre de “posición esquizoparanoide-depresiva”:

Pienso que los niños pequeños de ambos sexos experimentan deseos genitales hacia la madre y el padre, y que tienen un conocimiento inconsciente de la vagina, así como del pene. Por ello, la primera expresión empleada por Freud, “fase genital”, me parece más apropiada que su concepto ulterior de “fase fálica”. [...]

El primer objeto introyectado, el pecho de la madre, constituye la base del superyó. Del mismo modo que la relación con el pecho materno precede a la relación con el pene paterno y obra profundamente sobre ella, la relación con la madre introyectada modela de numerosas maneras el desarrollo del superyó en su conjunto. Algunos de los caracteres más importantes del superyó, ya sea amante y protector, o destructivo y devorador, provienen de sus componentes tempranos maternos.⁸

Freud, que vinculaba la instalación del superyó al complejo de castración, pensaba que las mujeres carecían de esa instancia.⁹ Por el

7 Cf. Melanie Klein, “Le complexe d’Édipe éclairé par les angoisses précoces”, en *Essais de psychanalyse*, ob. cit., págs. 370 y sigs..

8 *Ibíd*, pág. 421.

9 La “castración consumada” (en la niña) y la “amenaza de castración” (en el varón) rigen según Freud dos destinos diferentes del Edipo. En el varón, el complejo de castración hace estallar el Edipo y, al llevar al abandono de las investiduras libidinales, favorece la formación de un *superyó masculino* sólido, que es el verdadero heredero del complejo de Edipo. La niña, en cambio, que no ha sufrido una “amenaza” de castración (puesto que su castración ya está “consumada”), es introducida en el Edipo por la

contrario, Melanie Klein equipara el superyó con la interiorización del pecho persecutorio, y por este simple hecho dota generosamente de superyó a las niñas, no menos superyoicas que los varones, pero de otro modo. En efecto, una verdadera dualidad sexual que estructura el superyó precocísimo, rige la diferencia entre los Edipos precoces de uno y otro sexo.

Más exactamente, el estadio fálico del varón cede ante la amenaza de castración por el padre, con quien se había identificado en el curso de “la identificación primaria con el padre de la prehistoria individual”. En cambio, la angustia de la niña enraiza en el miedo a perder el amor de la madre, un temor vinculado con el miedo a la muerte de la progenitora.¹⁰ Klein retomó estas ideas en *Envidia y gratitud*.¹¹

3. LA IDEALIZACIÓN PERSECUTORIA Y LAS “CONCRECIONES”

En este contexto, la idealización adquiere un carácter persecutorio. Distinguido del objeto bueno, el objeto ideal aparece como una defensa contra la incapacidad del frágil yo joven para interiorizar verdaderamente a dicho objeto bueno:

Algunos individuos, incapaces de poseer un objeto bueno, deben enfrentar esta incapacidad (que deriva de la envidia excesiva) con la idealización del objeto. Esta primera idealización es precaria, pues la envidia respecto del objeto bueno se extiende necesariamente a su forma idealizada [...]. La avidez desempeña un papel importante, pues la necesidad de poseer siempre lo que hay de mejor inhibe la facultad de elegir y discernir.¹²

Puesto que la idealización deriva más de la angustia persecutoria que de la capacidad de amar, y se desprende del “sentimiento innato” de que existe un pecho materno “extremadamente bueno”, ese objeto idealizado

castración en sí, que ella descubre definitivamente al asumir la posición femenina de objeto amoroso del hombre, y solo puede abandonar el complejo de Edipo muy lentamente o nunca. De ello resulta que, “el superyó femenino nunca se da tan inexorable, tan impersonal, tan independiente de sus orígenes afectivos como lo exigimos en el hombre”. Cf. Sigmund Freud, “Quelques conséquences psychiques de la différence anatomique entre les sexes” (1925), *GW*, t. XIV, págs. 19-30, *SE*, t. XIX, págs. 241-258, trad. franc. en *La Vie sexuelle*, PUF, 1969, pág. 131.

10 Melanie Klein, “Le complexe d’Œdipe éclairé par les angoisses précoces”, en *Essais de psychanalyse*, ob. cit., págs. 420 y sigs.

11 Cf. Melanie Klein, *Envié et gratitude*, ob. cit., págs. 42 y sigs.; volveremos sobre el tema: cf. *infra*, cap. VI.

12 *Ibíd.*, págs. 35-36.

debe ser ambivalente.¹³ En efecto, contrarresta en parte las angustias persecutorias, pero por otro lado es en sí mismo perseguidor, puesto que contiene poderosos elementos tiránicos no escindidos. “El pecho ideal es el complemento del pecho devorador”, pero “los niños dotados de una fuerte capacidad de amor” experimentan menos la necesidad de una idealización excesiva, la cual “indica que la persecución constituye la principal fuerza pulsional”.¹⁴

Solo una buena reelaboración de la posición depresiva (siempre en curso, nunca absolutamente superada) llega a integrar las partes escindidas, a conciliar el perseguidor y el ideal para dar forma al “bueno” y apaciguar la tiranía del superyó. Cuando se precisa la identidad sexual del *self* (término que Klein adopta cada vez más en lugar de “yo” para designar al conjunto de la psique, en oposición al objeto externo), el niño introyecta las funciones sexuales en el nivel genital, y se desprende finalmente de los padres. De modo que, al término de esa evolución óptima, se constituiría lo que Donald Meltzer iba a llamar “un superyó-ideal”.¹⁵

En cambio, las estructuras psicóticas cargan sin tregua con el fardo de ese superyó kleiniano persecutorio, pues necesitan de él para contrarrestar la desesperación debida a la destructividad primaria y al fracaso de todas las primeras relaciones objetales. Pues ese tirano idealizado (y por un tiempo protector) que es el superyó feroz de la psicosis, si bien demuestra ser una defensa desesperada contra la anulación total de la vida psíquica y de la vida en general, también constituye una traba para el desarrollo del espacio psíquico: la supervivencia *biológica* de la personalidad psicótica se logra al precio de una inhibición o una distorsión delirante de la vida *psíquica*.

El espacio mental se encuentra al menos en parte parasitado por “concreciones”, en el sentido de que los objetos internos y el superyó obran como los objetos externos, lo que equivale a negar la realidad interna y el vínculo entre ella y la realidad externa. El espacio psíquico, que es una *representación*, se experimenta entonces como una *encarnación*, un contenido de objetos vivenciados muy concretamente y envueltos en un continente, lo cual obstaculiza la simbolización.¹⁶ Melanie Klein cita a menudo unos

13 Jean Bégoin precisa que es “siempre doble”; art. cit., pág. 65.

14 Cf. Melanie Klein, *Envié et gratitude*, ob. cit., pág. 35.

15 Cf. *Sexual States of Mind* (1972), trad. franc. *Les Structures sexuelles de la vie psychique*, Payot, 1977, cap. 10: “La genèse du surmoi idéal”.

16 “De este modo el ser queda encerrado en los mismos mecanismos que había creado para protegerse”, como lo precisa Cléopâtre Athanassiou-Popesco, “L’apport de Melanie Klein et des auteurs post-kleinien à la compréhension du fonctionnement psychique”, en *Psychoses I. théories et histoires des idées*, monografía de la *Revue*

versos de *El paraíso perdido* de Milton, que aquí adquieren todos sus sentidos: “¡Oh tú, la más dura de las prisiones, te has convertido/En tu propia torre del homenaje!”. Junto a la simbolización, de la que el sujeto psicótico es parcialmente capaz, se instala en consecuencia otra realidad, “concreta”, en la cual la palabra es la cosa, y la cosa es la palabra. Esta problemática, bosquejada por discípulos cercanos a Klein, como Joan Riviere y Susan Isaacs, iba a ser sobre todo desarrollada por los poskleinianos.¹⁷ Pero ya la había abordado la propia Klein, particularmente en los casos de Dick¹⁸ y de Richard, en los que la analista se apoyó en las partes sanas de la personalidad, capaces de ligar las partes escindidas, para interpretar en la transferencia las angustias persecutorias, a fin de convertirlas en angustias depresivas y extender la simbolización al conjunto del espacio psíquico. En esta perspectiva, el caso Richard demuestra hasta qué punto la justa evaluación de la severidad del superyó, así como las interpretaciones capaces de hacerla reconocer y de suavizarla mediante una verbalización compartida en la transferencia, se revelan como técnicas esenciales en el tratamiento de las psicosis.

4. EL CASO RICHARD: LA BONDAD CONTRA HITLER-UBÚ

Melanie Klein realizó su trabajo clínico con Richard (de 10 años de edad) en 1941: las Controversias con Anna Freud estaban entonces en su momento álgido, del mismo modo que la Segunda Guerra Mundial, cuyas huellas son visibles en la historia del niño.¹⁹ El título, *Narrative of a Child Analysis*, indica que se trata de un *relato* de análisis (su traducción francesa nos priva de esta precisión esencial). La narración, acto imaginario por excelencia, se reconoce aquí como el humus del trabajo kleiniano. Sea que se trate de reproducir las palabras de Richard, de relatar las

française de psychanalyse, J. Chambier, R. Perron, V. Souffir (dir.), PUF, 1999, págs. 88 y 90 y sigs.

17 Cf. *infra*, cap. VIII.

18 Cf. *infra*, cap. VIII, 1, págs. 179 y sigs.

19 Cf. Melanie Klein, *Narrative of a Child Analysis. The Writings of Melanie Klein*, vol. IV, Hogarth Press, 1975, Karnac Books, 1992, pág. 6; trad. franc. *Psychanalyse d'un enfant*, Tchou, 1973. Aparentemente, en esa época solo se tomaron notas clínicas detalladas después de cada sesión, para responder de manera precisa a los numerosos ataques lanzados contra Melanie Klein durante las mencionadas Controversias. Más tarde, entre 1958 y 1960, esas notas recibieron un comentario teórico que les dio coherencia, y en 1961 las publicó el Melanie Klein Trust. Elliott Jacques, que ayudó a Melanie Klein a retomar el estilo, cuando no el contenido de sus notas, así como el de sus comentarios, recuerda en su prefacio a la edición inglesa que, algunos días antes de su muerte en el hospital, la analista trabajaba aún con las pruebas del índice del libro.

interpretaciones de Klein o de aclararlas con comentarios, todo el análisis se desprende de una narración, y no de un sistema de saber. En Klein se pone de manifiesto un cierto culto del relato; le interesó el libro de Colette para la obra de Ravel titulada *El niño y los sortilegios*, también la novela *Si j'étais vous*, de Julien Green y, más allá, el mito que ella abordó en *La Orestíada* de Esquilo.²⁰ Esta versión imaginaria de la verdad la acerca de manera muy inesperada a la apología de la *vida narrada* que hemos encontrado ya en Hannah Arendt.²¹

Richard, en la edad de la latencia, padecía trastornos del carácter: insinceridad, hipocresía, encanto artificial. También presentaba inhibiciones: no podía asistir a la escuela, porque lo invadían angustias agorafóbicas y claustrofóbicas. Temía a los otros niños, aunque sus miedos, puestos de manifiesto al inicio del tratamiento, no eran excesivos. Las interpretaciones kleinianas llevaron las angustias a la superficie, y entonces se advirtió el superyó tiránico. Según lo demostraron las sucesivas sesiones, se trataba de una verdadera persecución sádica, que superaba mucho la rigidez de los padres puritanos y rudos de ese niño. Ese “objeto paranoide”, que habitaba *concretamente* en Richard, tomó el aspecto de la cocinera, Bessie, de lengua alemana y envenenadora, pero también de Hitler, el más célebre de los perseguidores contemporáneos, que fascinaba al niño tanto como lo aterrorizaba, y con el cual el pequeño paciente se identificaba por momentos.

En el curso de la novena semana de esa cura, que se extendió durante dieciséis semanas, se produjo al principio un estado maniaco, y después su derrumbe. Richard deseaba y temía la llegada del padre; la interpretación kleiniana le reveló al niño que deseaba el pene del padre: esto suscitó en seguida un material violento, que giraba en torno a “un monstruo [cuya] carne es deliciosa”,²² así como la manipulación de un lápiz amarillo que Richard no cesaba de introducir en sus orificios (boca, orejas, nariz) y mordisquear mientras narraba el cuento de un ratón que se deslizaba en el dormitorio de los padres. En la sesión siguiente contó su sueño con un proceso judicial muy kafkiano (como lo ha subrayado con pertinencia D. Meltzer): el niño se había visto compareciendo ante un tribunal sin que se lo acusara de nada preciso:

Se encontraba ante un tribunal. Ignoraba de qué se lo acusaba; apareció el

20 Cf. *infra*, cap. VI, 6.

21 Cf. Julia Kristeva, *Le Génie féminin*, t. 1: *Hannah Arendt*, ob. cit., cap. I: “La vie est un récit”, págs. 24-107.

22 Melanie Klein, *Psychanalyse d'un enfant*, ob. cit., sesión número cuarenta y siete, pág. 216.

juez, que tenía un aspecto amable, y no dijo nada. Richard entró en un cine, que también parecía formar parte del tribunal. Después el edificio del tribunal se derrumbaba. Richard se había convertido en gigante, y con su enorme zapato negro comenzó a darles puntapiés a las paredes en ruinas, que de inmediato volvieron a elevarse. Él reconstruyó todos los edificios derrumbados.²³

Melanie le hizo comprender a Richard que el juez era su padre: a veces amable, a veces aterrador, cuando Richard quería robarle el pene o el pecho de la madre (el niño había sido acusado de querer cortar rosas). El reproche de que hubiera demolido los edificios del tribunal tenía que ver con los deseos de Richard de atacar a los padres y después repararlos. El niño se convertía en gigante porque contenía en sí a una madre gigante y a un padre-monstruo malhechor; nosotros añadiremos que había introyectado un superyó gigante que, además de la impresión de ser el dictador alemán, le procuraba la sensación de un pensamiento omnipotente y la posibilidad de ser más fuerte que Hitler para combatirlo. El zapato negro/Hitler significaba que hacía y deshacía las ruinas, que al final volvía a erigir las paredes, del mismo modo que había demolido a los padres y esperaba repararlos.

Al día siguiente, Richard asoció sobre la culpa inexplicable que en ese sueño lo había oprimido con angustia: se lo había acusado de romper vidrios (lo que había hecho realmente en la sala de juego); esa fechoría se vinculaba también a su identificación con Hitler y con la bomba alemana, que destruyó el invernadero de la casa familiar y asustó a Bessie, la cocinera envenenadora.

Las notas de Klein demuestran que su trabajo interpretativo apuntaba al exceso de escisión y de idealización en el pequeño paciente. La analista postula que Richard ataca el pene del padre, que imagina que persigue el interior del cuerpo de la madre, pero también ataca a la propia madre, y le hace daño. En efecto, Mr. Smith, que en los relatos de Richard representaba al padre, se transformaba con demasiada rapidez en un personaje bueno o malo; paralelamente, el niño separaba al padre y la madre, idealizando a uno y haciendo de la otra un objeto malo, y a la inversa. Asimismo, Richard realizaba un clivaje-e-idealización en el interior de su propio *self*, de modo que su parte mala, "Hitler", atacaba e invadía a sus partes buenas. La analista propone una síntesis de ese trabajo minucioso con su pequeño paciente:

El combate contra sus enemigos exteriores [...] hizo aparecer una angustia paranoide concerniente a esos adversarios, una angustia que él trataba de neutralizar con defensas maníacas. No obstante, cuando aumentaba la síntesis de

23 *Ibíd.*, sesión número cuarenta y ocho, pág. 223

los buenos y malos aspectos de la analista, de la madre o del padre, disminuía el equilibrio entre lo que él creía bueno y lo que creía malo. Esos mecanismos de exteriorización y síntesis de los objetos iban acompañados de una mejor integración del yo y una mayor capacidad para distinguir entre sus objetos y las partes de sí mismo. No obstante, los progresos de la integración y la síntesis suscitaban la angustia del paciente, al mismo tiempo que la aliviaban. Es esto lo que demuestra el dibujo de los aviones (sesión n° 46), en el cual Richard aparece a la vez con la forma de un avión inglés y de un avión alemán; esto implicaba una visión clara de la coexistencia de pulsiones destructivas y pulsiones amorosas inconscientes.²⁴

Melanie Klein se desliza progresivamente desde el término “yo” al término *self* o “sí-mismo”, que más tarde empleará para designar “el conjunto de la personalidad [que] no solo comprende al yo, sino que incluye toda la vida pulsional designada por Freud con el término *ello*”.²⁵ Sin ser una instancia psíquica que (como para otros adeptos del “ego” o el *self*) se adquiere y perfecciona lentamente a lo largo del desarrollo del aparato psíquico, el kleiniano aparece desde el nacimiento; es anterior a la escisión. Representa la unidad esencial del sujeto, que hay que entender en el sentido kleiniano de una heterogeneidad innata, a la vez sentido y pulsión, capaz de incluir partes hechas del ello o del yo, imágenes del cuerpo y objetos diversos, así como concreciones irreductibles. El análisis de Richard da testimonio de esa concepción compuesta y sin embargo unificada del sí-mismo o *self* según Klein. Más que en los casos de Fritz, Hans, Trude, Rita, Peter, Dick, entre otros, lo que sale a luz aquí, gracias a la analista, es la unidad dinámica y al mismo tiempo heterogénea del aparato psíquico: un *sujeto* (podríamos llamarlo así sin demasiado anacronismo teórico) que se hace y deshace en las crisis entre el superyó y sus objetos.

Las “concreciones superyoicas” actúan en Richard como objetos externos y persecutorios, y lo obligan a pensar con las características de una excitación maniaca. Su palabra se reduce a una logorrea febril. Cuando se le propone la interpretación, el pensamiento y las palabras de Richard comienzan a modificarse. Le pregunta a la señora Klein si encuentra placer en el trabajo común, de ellos dos, como tratando de comprender el sentido de la actividad analítica, y el modo en que las verdades psíquicas que el análisis podría aportarle serían capaces de inducir en él una satisfacción distinta de la excitación persecutoria anterior:

24 *Ibíd*, nota II de la sesión cuarenta y ocho. pág. 226.

25 Cf. “Les racines infantiles du monde adulte” (1959), en *Envié et gratitude*, ob. cit., pág. 100.

Richard se sumergió en sus pensamientos; al cabo de unos momentos de silencio, declaró que le gustaría saber qué era verdaderamente el psicoanálisis. Habría querido alcanzar su “corazón”.²⁶

Otra interpretación de Melanie Klein se refiere a la sensación de triunfo de Richard, que había seducido (¡así lo creía él!) a su madre y a la señora Klein (dormía con la madre y podría ver a la analista el domingo), del mismo modo que imaginaba que podía matar a Hitler con sus lápices... Klein desarrolla su interpretación señalando que el ataque naval entre los ingleses, por un lado, y por el otro los alemanes, japoneses e italianos, “continuaba en el interior de Richard, y no solo en el exterior”; el niño se permitía matar a la madre cuando creía que, al ceder a su seducción, ella se envilecía, como si demostrara que había olvidado las fronteras entre lo permitido y lo que no lo está, entre lo que está bien y lo que está mal; el niño creía que la propia analista lo tentaba y lo autorizaba a desear a la madre y a desearla a ella (a la señora Klein). Como observa Meltzer, el estado maníaco solo cede cuando la interpretación alcanza lo esencial, a saber: “el desprecio del objeto y el desprecio de la transferencia con esa señora Klein detrás de cuyo bolso y reloj podía parapetarse como si fueran peñascos y atacar a todo el mundo”.²⁷

La interpretación de las hostilidades que fascinaban a Richard y su conducción hacia el espacio interior del niño favorecían la suavización del superyó y contribuían a la superación de las escisiones. En el mismo movimiento se podían reforzar los sentimientos depresivos correlativos del amor al objeto total perdido (la mamá, la analista), al punto de hacerlos prevalecer sobre la excitación maníaca, para finalmente darles a los componentes del superyó connotaciones de benevolencia y gratitud. En efecto, la señora Klein, que en ese momento del análisis asumía las funciones de ese superyó en vías de evolución, sufrió modificaciones en las últimas semanas de la cura: ¿contenía ella en sí misma a un papá-Hitler malo o, por el contrario, era feliz con sus hijitos, con su buen marido o con un pene bueno en el interior de ella? Esto se preguntaba Richard en la decimotercera semana de tratamiento. A medida que se elaboraba la confianza en la señora Klein, crecía asimismo la confianza del niño en la madre interior buena y en el padre bueno.

Ya le había explicado al niño que una parte de él mismo [del *self*] que él

26 Melanie Klein, *Psychanalyse d'un enfant*, ob. cit., sesión cuadragésima octava, pág. 222.

27 Cf. Donald Meltzer, *Le Développement kleinien de la psychanalyse, Freud-Klein-Bion* (conferencias de 1972 y 1973). trad. franc. Bayard Éditions, 1994, pág. 289

percibía como buena y aliada al objeto bueno, combatía a la parte destructiva, también de él mismo, ligada a los objetos malos. No obstante, su yo no era lo bastante fuerte como para enfrentar la catástrofe inminente. De ello extraje la conclusión de que la locomotora que Richard había ubicado detrás de mi bolso fue objeto que me había representado) simbolizaba sus pulsiones destructivas, que él mismo no podía controlar y que quería hacer controlar por la analista (es decir, por un objeto bueno). Ese objeto bueno era también considerado el superyó moderador, y por lo tanto saludable.²⁸

La bondad redescubierta y recreada de Richard amplió su espacio psíquico y lo hizo capaz de simbolizar los conflictos presentes y pasados. Las instrucciones de un superyó más tiránico por estar “encarnado”, “concretado” con el aspecto de perseguidores reales y no ficticios (la cocinera Bessie, Hitler, la madre, el padre y la propia analista al principio del tratamiento), no podían “desmantelarlo” como antes, él se dejaba “desmantelar” cada vez menos. Ya no había razones para que el tribunal lo atormentara en sus sueños, ni tampoco para que Richard se viera como un Ubú gigante con su inmenso zapato negro. El “corazón” del psicoanálisis (o más bien, de la psicoanalista) estaba venciendo al “castillo” de murallas superyoicas que Richard había dibujado como representación del “tribunal”.

En efecto, aparentemente la simplicidad cruda, o incluso cruel, de las interpretaciones kleinianas operó una conciliación en el espacio psíquico de Richard. Tal vez porque la propia terapeuta nunca se separó de esa *bondad* que era en ella una mezcla de tacto en la escucha y de encarnizamiento en comprender siempre al máximo lo incomprensible, asociando al paciente con su razonamiento de clínica. James Gammil (que, es cierto, fue su discípulo fiel) da testimonio al respecto:

Ella insistía en el hecho de que había que llegar a conocer no solo el vocabulario específico de cada pequeño, sino también su estilo personal de ser y de expresarse a sí mismo, para que las interpretaciones fueran formuladas con la mayor posibilidad de ser comprendidas y utilizadas [...]. Además, no le parecía suficiente que el paciente se sintiera comprendido, sino que consideraba deseable que captara lo que había hecho posible esa comprensión”.²⁹

Comprender, y después comprender el cómo y el por qué del comprender: lo que buscaba Melanie Klein no era un apilamiento de teorías (o metalenguajes). Se trataba de una cooperación del superyó cognitivo con una lógica pulsional que era la del analista, por cierto, pero

28 Cf. Melanie Klein. *Psychanalyse d'un enfant*, ob. cit., nota III de la sesión número noventa y dos, pág. 420.

29 Cf. James Gammil. *A partir de Melanie Klein*. Cesura, 1998, pág. 29.

que podía revelarse como la del sufrimiento del propio paciente, si este tenía la oportunidad de tener un(a) analista que supiera acompañarlo tan lejos como lo hacía Melanie. De hecho (y el “caso Richard” lo demuestra más que otros, quizá en razón de las notas cotidianas y detalladas que nos lo restituyen), si bien es cierto que Klein parece siempre muy esquemática y brutalmente simplona, ello se debe a que revela que el deseo es en sí mismo ferozmente torpe. Cuando no logra reelaborar sus excesos sádicos, el deseo angustiado los desvía hacia objetos introyectados totalmente desdoblados y reversibles, que nos crean un superyó aparentemente grandioso y protector, pero que, en realidad, es estúpido y devastador. En consecuencia, en nosotros se instalan sin razón tribunales ficticios que después nos habitan concretamente: la agotadora serie de las mamás-Bessie envenenadoras y de los papás-Hitler bombardeadores. Pero el Hitler de Richard no era más que un Ubú, y el siniestro proceso que el niño sufría, un carnaval de inversiones sadomasoquistas interiores. Jarry se reía de él.³⁰ No así Melanie. Lisa y llanamente (¿con gravedad?, ¿maternalmente?), Klein tuvo el coraje de revelar esa necesidad. Además, para ella, Ubú no está afuera. Ubú está sencillamente dentro: Ubú es nosotros, Ubú eres tú. ¿Quién no le reprocharía esa demostración?

5. ¿CÓMO NO ESTAR SOLO?

No contento con ser ferozmente necio, nuestro mundo interior sería también radicalmente solitario. Si bien el superyó no es el único responsable, la analista, al final de su último texto, “Sobre el sentimiento de soledad”,³¹ afirma no obstante que “cuanto más severo es el superyó, más intensa será la soledad”. Sin embargo, atribuye, no el hecho de estar

30 Cf. Alfred Jarry, (*Œuvres complètes*, Gallimard, col. “Bibliothèque de la Pléiade”, vol. 1, 1972; vol. 2, 1987.

31 Se publicó póstumamente en 1963; cf. *Envié et gratitude*, ob. cit., págs. 121-137. Este texto parece hacer eco a la conferencia de Winnicott de 1957 titulada “La capacidad para estar solo” (cf. trad. franc. en *De la pédiatrie à la psychanalyse*, Payot, 1969, págs. 206-213), que diferencia la capacidad para estar solo del yo maduro postedípico, respecto de una capacidad para estar solo primitiva, propia del bebé que dispone de un “soporte para el yo que le brinda la madre”. El yo joven llega entonces a una *ego-relatedness* (un “relacionamiento con el yo”) que no sería un narcisismo, sino la edificación de un “ambiente interno” más primitivo que la “introyección de la madre” según Klein. Tenemos aquí un buen ejemplo de la ida y la vuelta entre Klein y Winnicott, que demuestra la originalidad de ambos analistas y su deuda recíproca. Mientras que Winnicott encara la capacidad para estar solo en el régimen del éxtasis, veremos que Melanie no se separa nunca de una tonalidad de desolación inherente al del núcleo mismo de la serenidad adquirida.

aislado, sino la sensación *interna* de estar solo, tanto en compañía de amigos como en el amor, a dos factores esenciales (entre otros), que no son extraños a ese superyó precoz y tiránico que estamos describiendo.

La primera relación preverbal con la madre, si es satisfactoria, establece un contacto entre el inconsciente materno y el del niño, tan completo, tan gratificante como la nostalgia que se imprime en el psiquismo. Sin recurrir a la palabra, ese contacto crea una sensación tan total de ser comprendido, que contribuye a la impresión depresiva de que se ha sufrido una pérdida irreparable. Por favorable que sea el contexto de la evolución psíquica ulterior, las angustias no tardan en aparecer. La angustia esquizoparanoide, en el tercer mes, y después la angustia depresiva, más tardía, devastan el yo y se apuntalan en un superyó que exige el retorno a esa comunicación absoluta, base de “la experiencia vivida más completa que existe”.³² La integración del yo, que debería remediar esas angustias, se realiza progresivamente en el curso de la posición depresiva, pero nunca llega a ser completa, y es la segunda fuente de la sensación de soledad:

Puesto que nunca se llega a una integración completa, jamás podemos comprender y aceptar plenamente nuestras propias emociones, nuestras propias fantasías y nuestras propias angustias: este es un factor importante que contribuye a la soledad.³³

La esperanza de volver a encontrar la comprensión total al reunificar las partes escindidas e incomprendidas del yo puede expresarse entonces en la fantasía de tener un gemelo, como lo ha detectado Bion. Esta esperanza puede también tomar la forma de un objeto interno idealizado, digno de una confianza absoluta. *A contrario*, cuando la integración de las partes del yo sigue siendo inaccesible, se instala la sensación de no-integración o exclusión, y uno se convence de que “no hay persona, grupo o individuo al cual se pertenezca”. O bien uno se defiende de la excesiva dependencia respecto del objeto externo mediante la huida hacia el objeto interno: de ello resulta, en ciertos adultos, el rechazo de todo intercambio amistoso.

Una tonalidad nostálgica, sosegada y otoñal impregna este último texto de Melanie Klein, que recorre los síntomas esquizoparanoides y maníaco-depresivos del aislamiento, y finalmente se repliega en una vivencia universal. Para concluir, la experiencia dramática de la soledad se curva en un sentimiento omnipresente de abandono, que revela ser casi un

32 *Ibíd.*, pág. 122.

33 *Ibíd.*, pág. 124.

conocimiento lúcido de nuestra condición de seres separados, rechazados de un paraíso que sin embargo era un infierno, pero que nuestro superyó no cesa de idealizar para convencernos de que estamos en deuda con lo imposible.

Desde la soledad esquizoparanoide y maníaco-depresiva hasta el sentimiento corriente de soledad (que lleva la huella de aquella otra), el superyó precoz y tiránico se ha suavizado y metamorfoseado en un superyó "bueno". Este exige siempre que las pulsiones destructivas dejen de existir. Atiza las angustias depresivas y paranoides que nos persuaden de que no hay unificación posible, ni tampoco comunicación entre nuestras partes escindidas, pero deja actuar bien o mal al proceso de integración, lo que al menos nos permite conocer las razones que nos hacen gozar y sufrir. Sentirse solo se convierte, en definitiva, en la expresión de la "necesidad de integración, así como [en expresión del] dolor que acompaña al proceso de integración", factores ambos provenientes de "fuentes interiores que siguen activas durante toda la vida".³⁴

Lejos de estar resignada, Melanie Klein concluye que, en efecto, la soledad es nuestro destino inevitable, pero, en última instancia, también una oportunidad. Aceptarla no nos hace más felices, pero sí más serenos, porque nos vuelve más verdaderos y, tal vez, más acogedores, sin que por ello dejemos de estar solos. Solos, podemos hacer compartir el conocimiento analítico de nuestras soledades. El superyó draconiano le pasa sus poderes al ideal del yo, del que Melanie no habla mucho, pero que, en las últimas páginas de su texto, se perfila en la reaparición del "pecho bueno" y su interiorización:

Este está en la base de la integración que, como ya lo he subrayado muchas veces, constituye uno de los factores más importantes capaces de atenuar el sentimiento de soledad.³⁵

34 *Ibíd*, pág. 137.

35 *Ibíd*, pág. 136.

VI. ¿Culto de la madre o elogio del matricidio?

Los padres

1. EL PECHO SIEMPRE RECOMENZADO

El universo kleiniano (se lo ha dicho demasiado) está dominado por la madre. Esa figura arcaica amenaza y aterroriza por su omnipotencia. ¿Será tan pernicioso que haya que abandonarla y hacerla morir? ¿No podría transformarse? Pero, ¿en qué? El abandono necesario de la madre, ¿constituirá un pasaje hacia el padre, como lo piensan Freud y Lacan? ¿O será más bien el primero de los encuentros con una madre buena finalmente restaurada, gratificante y gratificada? Sin duda, puesto que, para nuestra autora, no hay cuna que no tenga su bruja, ni bebé sin envidia. Y solo el analista o la analista (preferentemente mujer, o al menos un hombre que asuma lo femenino que hay en él) podría convencer al lactante que seguimos siendo eternamente, de que no es imposible encontrar hadas que merezcan nuestra gratitud.

Estas visiones esquemáticas del trabajo de Klein no son totalmente falsas. El lugar por lo menos modesto que ocupa la madre en la teoría de Freud ha llevado a sus sucesores, entre ellos Melanie Klein, a un exceso polémico inverso. Pero, al poner un énfasis excesivo en la madre, desatendida por el fundador, se corre el riesgo de olvidar al padre. En efecto, ¿cuál es el lugar del padre en Melanie? Una de las primeras personas que planteó el interrogante fue Melitta Schmideberg, la hija de la analista. Y lo hizo con violencia.¹

Después la siguieron otros detractores de Melanie. Pero en el pensamiento de nuestra autora las cosas parecen más complejas.

El célebre pecho no está nunca solo; siempre se le asocia fantasmáticamente el pene. Esta convicción, subrayada desde los primeros textos de *El psicoanálisis de niños*, fue después formulada más claramente en *Envidia y gratitud*. Si bien la envidia surge desde que está el pecho, ataca también al pene asociado con él, de manera que, en

las vicisitudes de la primera relación exclusiva con la madre [...], cuando esta

1 Cf. *infra*, cap. IX, 2, págs. 225 y sigs., y cap. X, págs. 239 y sigs.

relación se ve perturbada demasiado pronto, el padre aparece prematuramente. Los peenes fantaseados que se encuentran en el interior de la madre, o en su pecho, transforman al padre en un intruso hostil.²

En otras palabras (y ya hemos insistido en este punto), desde el inicio de su experiencia clínica, basada en los análisis de Erich/Fritz y de Hans/Félix, Klein postula la existencia de un Edipo arcaico que se manifiesta con los primeros pavores nocturnos. Estos atestiguan una represión: ahora bien, solo hay represión del conflicto edípico... De modo que, aunque el Edipo no comienza verdaderamente antes del sexto mes, con la posición depresiva, la rivalidad con el padre aparece precozmente en el proto-Edipo. Esta precocidad, que parece contradecir al Edipo freudiano, más tardío, se podría no obstante conciliar con la teoría freudiana global, y en particular con la tesis (cuyas consecuencias inmediatas Klein extrae) de una rivalidad edípica constituida genéticamente desde la-muerte-y-la-asimilación del padre de la horda primitiva. Pero, entonces, ¿el pene está *ya* en el seno, o solo aparece *después*

En su exposición de 1924 en el Congreso de Salzburgo, Klein aclaró su posición: el pene del padre *como tal* (y no confundido con el interior de la madre) es un objeto de codicia que no hace más que *suceder* al pecho materno. Esta era su conclusión después del análisis de Rita. Las pulsiones edípicas precoces mezclan lo oral con lo vaginal: los niños desean el coito como acto oral; la boca y la vagina son igualmente receptoras, lo que favorece el desplazamiento de la libido oral sobre la genital.³

Sin embargo, lo que Klein denomina “la relación con el segundo objeto, el padre”,⁴ se perfila con la posición depresiva, cuando el amor y el odio se van integrando progresivamente y el yo puede perder a la madre y reencontrarla en sus fantasías como un objeto total. Y puede asimismo poner en paralelo a ese objeto total con “las otras personas de su ambiente” (hermanos o hermanas). Este carácter secundario es poco halagüeño, pero de todos modos efectivo. El conflicto edípico, desde sus estadios iniciales, lleva a Klein a postular la existencia de los *dos progenitores* en la fantasía infantil como *imago* de los “progenitores combinados”.⁵ *Envidia y gratitud* retoma este punto y lo precisa:

Las fantasías de que el pecho materno o la madre contienen al pene del padre

2 Melanie Klein, *Envié et gratitude*, ob. cit., pág. 40.

3 Melanie Klein, *Essais de psychanalyse*, ob. cit., pág. 235, citado por Jean-Michel Petot, Melanie Klein. *Premières découvertes...*, ob. cit., pág. 207.

4 Melanie Klein, *Envié et gratitude*, ob. cit., pág. 41.

5 Cf. Melanie Klein, *La Psychanalyse des enfants*, ob. cit., cap. VIII, y Melanie Klein et al, *Développements de la psychanalyse*, ob. cit., cap. VI.

o que el padre contiene a la madre se cuentan entre los elementos que intervienen en los estadios iniciales del conflicto edípico: permiten que se construya la imagen de los progenitores combinados. La intensidad de la envidia y los celos edípicos repercuten sobre los efectos producidos por la imagen de los progenitores combinados, y debe hacer posible que el niño *los diferencie* y establezca relaciones con cada uno de ellos. El niño sospecha que los padres se satisfacen sexualmente entre sí; la fantasía de la imagen parental combinada (que tiene también otras fuentes) se encuentra reforzada.⁶

En cambio, un exceso de angustia entraña la incapacidad para disociar la relación con el padre y la relación con la madre, lo cual podría ser la fuente de la confusión mental. Cuando salen a luz, los celos del varón se refieren menos al objeto original (el pecho/la madre) que a sus rivales. El varón desvía su odio hacia el padre, envidiado por poseer a la madre: estos son los celos edípicos clásicos. Para la niña, por el contrario, “la madre se convierte en el principal rival”. La envidia femenina del pene paterno, que Freud considera central,⁷ para Melanie Klein es secundaria; Klein solo retiene el aspecto capaz de reforzar la homosexualidad de la niña: “Se trata esencialmente de un mecanismo de fuga, que no puede instaurar relaciones estables con el segundo objeto”. En el caso de que la envidia y el odio a la madre hayan sido fuertes y estables, se transfieren al vínculo con el padre, o bien se escinden de manera tal que uno de los padres es sencillamente detestado, y el otro adorado. En cuanto a la rivalidad con la madre, contra Freud, Klein sostiene que en su base no está el amor al padre, sino siempre la envidia a la madre, porque ella “posee a la vez al padre y el pene”. El padre, o más bien aquello a lo que queda reducido, es solo una posesión de la madre. En toda la obra de Melanie Klein, hasta el último texto, *Envidia y gratitud*, se encuentra esta afirmación constante. Por otro lado, y muy significativamente, Klein utiliza al respecto el término *appendage*, traducido al francés como “*dependance*”, “dependencia” (pero, ¿por qué no “apéndice?”):⁸

El padre (o su pene) se ha convertido en *una dependencia* [¿o en el apéndice?] de la madre, y por esta razón la niña intenta robarlo. A partir de ese momento, todo éxito que logre en sus relaciones con hombres tomará el sentido de una victoria sobre *otra mujer*. Esta rivalidad existe incluso aunque falte una verdadera rival, pues en tal caso apunta a la madre del hombre amado, como ocurre, por

6 Melanie Klein, *Envié et gratitude*, ob. cit., pág. 41; las cursivas son nuestras.

7 Cf. *supra*, cap. IV, 3, pág. 107.

8 En efecto, en la traducción francesa de *El psicoanálisis de niños*, ob. cit., leemos el término “*appendice*” la niña pequeña desplaza su miedo inicial a la madre “sobre el apéndice materno detestado que representa el pene del padre”; pág. 121; las cursivas son nuestras.

ejemplo, en las relaciones a menudo difíciles entre nueras y suegras [...].

Cuando el odio y la envidia a la madre no son tan intensos [...] se hace posible la idealización del *segundo objeto*, es decir, el pene paterno y el padre.⁹

A pesar de esta última hipótesis, muy frágil, de una posible idealización del padre, lo que demuestra perdurar es el odio de la mujer a la madre, incluso bajo la cubierta de amor al padre. Sobre ese fondo, las amistades femeninas y la homosexualidad aparecen como la búsqueda de un objeto bueno que finalmente reemplace al objeto primordial envidiado.

Lo que subtiende fundamentalmente las otras patologías femeninas es siempre la envidia del pecho:

A menudo aparece una frigidez más o menos acentuada como consecuencia de una actitud inestable con respecto al pene, pues esta se basa sobre todo en una huida ante el objeto original.¹⁰

Traduzcamos: si la mujer huye del pene, lo hace porque huye del pecho; no podrá gozar, será frígida, porque gozar es en primer lugar gozar del seno que lleva el pene.

Paralelamente, en el hombre, la culpa homosexual con respecto a la mujer enraiza en la sensación de haber abandonado demasiado pronto a la madre, odiándola “por su traición al aliarse con el pene del padre y con el propio padre”. Esta “traición de la mujer amada” puede perturbar las amistades masculinas, y la culpa puede asimismo suscitar reacciones de fuga ante la mujer¹¹ que en algunos casos llegan hasta la homosexualidad.

2. UN ESTADIO FEMENINO PRIMARIO

Melanie Klein le atribuye un papel central al pecho, pero, según ella, en la fantasía precoz el pecho incluye el pene. Más aún, al reconocer que las pulsiones orales están entremezcladas con las genitales, la dinámica de la fantasía induce al yo a desear el coito como un acto oral de succión del seno que incluye el pene, y después del propio pene a imagen del seno. Esta actitud, común a los dos sexos, gobierna un *estadio femenino primario* para el hombre y la mujer (y esta no es la menor de las innovaciones kleinianas).¹²

La envidia primaria del pecho, reemplazada después por la envidia

9 Melanie Klein, *Envié et gratitude*, ob. cit., págs. 44-45; las cursivas son nuestras.

10 *Ibid.*, pág. 45.

11 *Ibid.*, págs. 45-46.

12 Cf. Dominique J. Amoux, Melanie Klein, PUF, Col. “Psychanalystes d’aujourd’hui”, 1997, pág. 62.

oral o receptiva del pene, imprime en el varón una envidia a la feminidad y/o la maternidad. Hanna Segal comenta:

Para la niña, ese primer movimiento oral hacia el pene es un movimiento heterosexual, que abre el camino a la situación genital y al deseo de incorporar el pene en su vagina. Pero, al mismo tiempo, contribuye a sus tendencias homosexuales, en el sentido de que, en ese estadio del desarrollo, el deseo oral está ligado a la incorporación y la identificación, y el deseo de ser alimentada por el pene se acompaña del deseo de poseer un pene propio.

En el varón, ese movimiento hacia el pene del padre como una posibilidad de apartarse del pecho materno es ante todo un movimiento hacia la homosexualidad pasiva, pero, al mismo tiempo, esa incorporación del pene paterno lo ayuda a identificarse con el padre y refuerza su heterosexualidad.¹³

Más directa en la intensidad de la observación y de la contratransferencia, Melanie Klein escribe:

Esta fase, común a los dos sexos, se caracteriza por una *fijación oral de succión* del pene del padre. Yo veo aquí el origen de la verdadera homosexualidad, coincidente con la conclusión de *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci* (1910) [...].

En la fantasía del varón, la madre incorpora el pene del padre, o más bien una multitud de sus penes; el niño, paralelamente a sus relaciones reales con el padre y su pene, establece una relación imaginaria con el pene paterno en el interior de la madre, que, hiriéndola, querría apoderarse del pene que cree que se encuentra allí [...].

El varón solo alcanzará una posición heterosexual definitiva con la condición de que haya vivido normalmente y superado la fase femenina primitiva. A menudo le sucede [...] que, mediante una exageración de su orgullo fálico transpuesto a la esfera intelectual, compensa los sentimientos de odio, angustia, envidia e inferioridad provenientes de su fase femenina [...]. El varón solo logrará consolidar su posición heterosexual mediante la sublimación de los elementos femeninos de su vida instintiva, y por la superación de su envidia, su odio y su angustia respecto de la madre, en la época de la primacía genital [...].

Las situaciones ansiógenas que se desprenden de destrucciones, de ataques y luchas ficticias en el sujeto, se confunden con las vinculadas a procesos fantasmáticos análogos, pero *situados en el interior de la madre, y* [esas situaciones] constituyen *para los dos sexos las más antiguas situaciones de peligro* . La angustia de castración es solo un aspecto, sin duda de importancia capital, de una angustia que concierne al *cuerpo-*, en el varón prevalece sobre todos los otros temores y termina por convertirse en un tema dominante, pero precisamente a causa de la angustia que el niño experimenta con respecto al *interior de su propio cuerpo, y que se cuenta entre las fuentes más profundas de la impotencia* .¹⁴

13 Hanna Segal, Introduction à l'oeuvre de Melanie Klein, ob. cit., pág. 130.

14 Cf. Melanie Klein, "Le retentissement des premières situations anxiogènes sur le développement sexuel du garçon", en *La Psychanalyse des enfants* , ob. cit., págs. 251-262; las cursivas son nuestras.

La idea kleiniana de una fase femenina primaria ha encontrado un desarrollo original en los analistas contemporáneos. Atenta a las concepciones ulteriores de Bion y Winnicott, Florence Guignard distingue dos espacios de intimidad que se suceden rápidamente en el curso del primer semestre de la vida del *infans*: el espacio “maternal primario”, que sería el teatro de las fantasías originarias de vida intrauterina y castración, y el espacio “femenino primario”, constituido por fantasías de seducción y de escena primitiva.

En el “maternal primario”, el recién nacido perfila su vínculo inaugural con el mundo en el modo de su omnipotencia impotente; al mismo tiempo, la madre instala en él el narcisismo de su pasión amorosa y su masoquismo materno. En el “femenino primario”, en cambio, organiza las primeras identificaciones femeninas, tanto en la niña como en el varón, a la manera kleiniana, mediante la avidez por el pecho que se sustrae y por el deseo genital precoz del pene que el pecho incluye. La conjunción del pecho y el pene hace del espacio femenino primario “un lugar específico de organización del espacio psíquico”.¹⁵ La “coexcitación libidinal” madre-bebé suscita así el nacimiento de la vida psíquica y del principio de realidad: en otras palabras, la capacidad psíquica y de pensamiento en el niño depende de su identificación primaria con la feminidad materna.

El desarrollo moderno del pensamiento kleiniano intenta así paliar la marginación del padre, definiendo la coexcitación precoz como una “articulación del deseo-de-ser-conocido con la identificación con el pene-que-conoce”. En síntesis, se trataría de una identificación doble: muy pronto el yo joven se identifica con el deseo de hacerse conocer que la mujer pone de manifiesto en la madre, y con la penetración concedora que efectúa el pene paterno. Para Freud hay solamente una libido, de esencia masculina, pero, en contrapunto, el deseo de conocimiento estaría del lado femenino.¹⁶

Gracias a estas recientes propuestas sobre la sexualidad femenina realizadas por analistas mujeres, el encarnizamiento de Melanie Klein en desarrollar el pensamiento y favorecer el proceso de conocimiento de sus pequeños pacientes se esclarece con un nuevo sentido. La *feminidad*, definida como deseo de conocimiento y factor favorable para la constitución de una interioridad psíquica en la que coinciden el hombre y la mujer, habría sido en Melanie Klein en particular, y sería en los analistas en general, el motor del deseo y de la capacidad de remover las

15 Cf. Florence Guignard, en *Epîtres à l'objet*, ob. cit., págs. 152 y 149-154.

16 Florence Guignard, “*Le sourire du chat*”, ibíd., pág. 144.

inhibiciones del pensamiento. Y de desarrollar la creatividad de los pacientes mediante el despliegue del proceso analítico. El sentido de la escucha que la analista mujer y lo femenino del analista hombre le ofrecen al paciente que acude a confiar su malestar no sería entonces “¡Sé tu deseo!”, sino “¡Crea y recrea tu pensamiento siguiendo en contacto con lo femenino que hay en ti!”

3. SEXUALIDAD FEMENINA...

Muy pronto la propia Klein se interesa por la sexualidad femenina.¹⁷ Si bien reconoce su deuda con los trabajos de Helene Deutsch, afirma que va “más lejos”¹⁸ que su colega. Sigue también a Karen Horney cuando esta discute las opiniones freudianas acerca de la castración femenina, insistiendo en la instalación gradual de la envidia del pene basada en investiduras pregenitales.¹⁹ Afirma compartir las ideas de Ernest Jones sobre el sadismo oral de la mujer, que apunta a apoderarse del pene del padre y a identificarse con él.²⁰ Finalmente (una vez no es costumbre),²¹ cita a su propia hija, Melitta Schmideberg.²² Con este respaldo, Klein desarrolla una visión totalmente personal de la feminidad.

El punto de partida de su estudio es aparentemente freudiano. Se refiere a *Inhibición, síntoma y angustia*,²³ donde el propio Freud reconoce que, si bien la mujer tiene por cierto *un complejo de castración*, no se puede sin embargo “hablar verdaderamente de una *angustia de castración* en un caso en el que la castración ya está consumada”. No sin perfidia, Melanie se basa en Freud para mejor modificar el pensamiento del maestro, pues no comparte la hipótesis de que el complejo de Edipo de la niña sea regido por sus deseos y temores de castración.

Según Melanie, el Edipo de la niña se esboza en su avidez oral,

17 Cf. Melanie Klein, “Le retentissement des premières situations anxiogènes sur le développement sexuel de la filie”, en *La Psychanalyse des enfants*, ob. cit., págs. 209-250.

18 *Ibíd.*, pág. 240.

19 *Ibíd.*, págs. 211, 226.

20 *Ibíd.*, pág. 227.

21 “Last but not least, agradezco de todo corazón a mi hija, la doctora Melitta Schmideberg, la ayuda devota y preciosa que me brindó en el curso de la preparación de esta obra”, se puede leer al final del prefacio de Melanie Klein a la primera edición de *El psicoanálisis de niños*, 1932 (trad. franc. ob. cit., pág. 3). La guerra entre ellas estalló en 1933 (cf. *infra*, cap. IX, pág. 226 y sigs.).

22 *Ibíd.*, págs. 220, 229, 232.

23 Sigmund Freud, *Inhibition, symptôme et angoisse* (1926), *GW*, t. XIV, *SE*, t. XX, trad. franc. PUF, 1951 (1978).

fuertemente acompañada de pulsiones genitales: se trata del deseo de tomarle a la madre el pene paterno. En síntesis, el Edipo femenino no sucede al complejo de castración, como creía Freud, aunque la niña anhele el pene y odie a la madre que se lo niega, según papá Freud lo había visto correctamente en este caso.

Pero me parece que lo que la niña anhela ante todo es la incorporación del pene paterno en un modo de satisfacción oral, más bien que la posesión de un pene que tenga el valor de un atributo viril.²⁴

Como lo había sostenido Helene Deutsch, el pene es entonces asimilado al seno de la madre, y la vagina asume el papel pasivo de la boca que mama, con la diferencia de que, para Klein, esas fantasías no advienen en la madurez sexual de la niña, sino que se deben a la frustración del pecho desde la primera infancia...

Esta precocidad, que se manifiesta bajo la égida del sadismo oral, y después anal, explica el predominio del sadismo en el Edipo de la niña: sus “fantasías [están] saturadas de odio” al pene-apéndice de la madre.²⁵ La niña pequeña teme las represalias maternas, y, al mismo tiempo, sus fantasías la llevan a imaginar a la madre completamente aniquilada en un coito sádico con el padre. Desde esta perspectiva, el *masoquismo femenino* provendría del miedo a los objetos peligrosos introyectados, sobre todo el pene paterno, y no traduciría más que la “inflexión hacia sus objetos de las pulsiones sádicas de la mujer”.²⁶ Más claramente, es el pene introyectado en ella misma el que castiga a la mujer masoquista cuando se complace en sufrir.

En razón de la intensidad de sus pulsiones destructivas contra la madre, la niña pequeña invierte más fuertemente que el varón sus funciones urinarias y excrementicias, movilizadas como ataques interiores contra el interior enigmático de la madre y de la propia niña. La investidura de la analidad en la mujer “responde a la naturaleza secreta y oculta del mundo que ella y su madre encierran en sí mismas”. Se sigue también que “la niña o la mujer queda aquí sometida a las relaciones que mantiene con un mundo interior y oculto, con el inconsciente”.²⁷ Pero esta posición femenina es un pobre sostén contra la angustia. Y, aunque la vagina sea

24 Melanie Klein, “Le retentissement des premières situations anxiogènes sur le développement sexuel de la filie”, en *La psychanalyse des enfants*, ob. cit., pág. 211.

25 *Ibíd.*, pág. 212.

26 *Ibíd.*, págs. 216-217.

27 *Ibíd.*, pág. 220.

percibida muy pronto,²⁸ la investidura fálica del clítoris relega al segundo plano este saber vaginal precoz. Según Klein, la frecuente frigidez femenina demostraría que la vagina, experimentada como una cavidad amenazada por fantasías sádicas, está investida defensivamente, y mucho antes que el clítoris.

Contrariamente a lo que han sostenido algunos, Klein no niega la existencia de una fase fálica en la niña.²⁹ Klein piensa la identificación con el padre gracias al pene introyectado como un “proceso gradual”³⁰ que refuerza el narcisismo y la omnipotencia del pensamiento en la niña: la erotización de las funciones urinarias expresa su posición viril. Pero el sadismo subtiende totalmente el complejo de virilidad femenina, mientras que la escotofilia y el erotismo uretral sirven para reprimir los deseos femeninos propiamente dichos.

De modo que, en este contexto, la relación madre/hija y el deseo de maternidad no serían solo la expresión de la envidia del pene, como pensaba Freud, sino también de una relación narcisista, “menos dependiente del hombre y subordinada a su propio cuerpo [de mujer] y a la omnipotencia de los excrementos”.³¹ Para Klein, el feto puede convertirse en la expresión del superyó paterno: el odio o el miedo que la mujer experimenta más tarde respecto del niño ocupa el lugar de las fantasías que asimilan el pene a un excremento malo y tóxico.³² Debido a ello, la *reparación* (muy pronunciada en la mujer) se expresa en un deseo de embellecimiento del pene excrementicio: hacer un hijo *bello*, hacerse *bella*, *embellecer* la casa, etcétera. Estas sublimaciones típicamente femeninas son formaciones reactivas a las fantasías sádicas elaboradas en torno a las deposiciones peligrosas.³³

Se comprende que el superyó femenino, formado como reacción a esa omnipotencia sádica, sea de una severidad aún mayor que la del superyó del varón. Como no puede edificar su superyó a imagen del progenitor del mismo sexo, puesto que la feminidad de la madre es invisible y su interior, amenazante, la niña construye su superyó de manera exclusivamente reactiva. En consecuencia, “la formación del yo femenino se caracteriza por

28 *Ibíd.*, pág. 224.

29 Cf. Serge Cottet, “Melanie Klein et la guerre du famasme”, en Nicholas Wright, *Madame Klein*, Seuil, col. “Champ freudien”, 1991, pág. 110.

30 Cf. Melanie Klein, “Le retentissement des premières situations anxieuses sur le développement sexuel de la fille”, en *La Psychanalyse des enfants*, ob. cit., pág. 226.

31 *Ibíd.*, pág. 239.

32 *Ibíd.*, pág. 240.

33 *Ibíd.*, pág. 241.

una hipertrofia del superyó”.³⁴ Tironeada entre un superyó poderoso y el mundo interior del inconsciente, la mujer, semejante en este sentido al niño, tiene un yo muy inestable en comparación con el del hombre. Felizmente, “el yo de la mujer llega a la madurez gracias al poder del superyó, cuyo ejemplo sigue mientras busca controlarlo y suplantarlo”.³⁵

Finalmente, Freud, que había seguido los trabajos de sus discípulos de ambos sexos más o menos disidentes sobre la sexualidad femenina, propone (¡después de la muerte de su madre, en 1931!) una nueva concepción de la feminidad en “Sobre la sexualidad femenina” (1932). Klein reaccionó añadiendo un “Postscriptum” a su propio estudio “Efectos de las situaciones tempranas de ansiedad sobre el desarrollo sexual de la niña”, retomado en *El psicoanálisis de niños*. En desacuerdo con la idea de un apego arcaico persistente entre la madre y la hija,³⁶ de una atracción “minoico-micénica”³⁷ anterior al Edipo, Melanie refuta categóricamente la hipótesis freudiana de un idilio entre mujeres, y acentúa la ambivalencia de esa relación impregnada de culpa desde el inicio:

Él [Freud] no admite la influencia del superyó y la culpa en esa relación filial particular. Esa posición me parece insostenible [...].³⁸

Este enfoque de lo maternal arcaico, que satura al objeto primario tanto con deseo como con angustia, aclara la *homosexualidad endógena* de la mujer de una manera totalmente dramática. Melanie insiste en ella, no solo antes que Freud, sino con mucha más fuerza que él en sus artículos sobre la sexualidad femenina. De hecho, Klein plantea desde el principio el conflicto y no la osmosis entre las dos protagonistas. Lo sabemos: la angustia y la culpa están presentes desde muy pronto, pero antes aun entre

34 *Ibíd.*, pág. 247.

35 *Ibíd.*

36 Winnicott iba a retomar esta idea, pero, ubicándose como intermediario entre Klein y Freud, encaró una relación madre/hijo que sería en primer término a-pulsional (del orden del “ser”), antes de volverse pulsional (del orden del “hacer”) (cf. Donald Woods Winnicott, *Conversations ordinaires* [1960], Gallimard, 1988). Recordemos también a la madre “a-tóxica” o desintoxicante, la madre “escudo contra estímulos” de W. R. Bion (cf. *Aux sources de l'expérience* [1962], PUF, 1979, *Éléments de psychanalyse* [1963], PUF, 1979 y *Reflexión faite* [1967], PUF, 1997).

37 Cf. “Sur la sexualité féminine” (1931), *GW*, t. XIV, págs. 517-537, *SE*, t. XXI, págs. 225-243, trad. franc. en *La Vie sexuelle*, PUF, 1969, y “La féminité” (1933), trad. franc. en *Nouvelles Conférences sur la psychanalyse*, Gallimard, 1936, reed. 1971, col. “Idee”, págs. 147-178; *SE*, t. XXII, págs. 112-135.

38 Melanie Klein, “Le retentissement des premières situations anxiogènes sur le développement sexuel de la fille”, en *La Psychanalyse des enfants*, ob. cit., págs. 248-249.

hija y madre. Si bien la niña se separa de la madre para desear al padre en el segundo semestre de la vida, el amor al padre se basa no obstante en el vínculo inicial y siempre conflictivo con la madre. La niña se vuelve hacia el padre para terminar. Pero la envidia primaria subtiende secretamente su Edipo, pues no le perdona a la madre la frustración oral que esta le inflige, ni la satisfacción oral que, según las teorías sexuales primitivas, cada uno de los progenitores obtiene del otro. Por lo tanto, el resentimiento infiltra, de manera subrepticia o manifiesta, las relaciones ulteriores de la mujer con el otro sexo. Para concluir, Melanie insinúa que Freud habría tomado de ella esa idea al sostener que “numerosas mujeres repiten con los hombres su relación con la madre”.³⁹ A fin de cuentas, el objeto de deseo de una mujer sigue siendo la otra mujer, incluso bajo el velo de la heterosexualidad: esto es lo que Melanie Klein afirma con más fuerza y convicción que otros discípulos o detractores de Freud. ¡En sus maridos, buscad a la madre!⁴⁰

Al mismo tiempo, allí donde Freud reconocía que la “prehistoria del complejo de Edipo” en el varón es “más o menos ignorada”,⁴¹ Melanie postula una *pasividad femenina*, apuntalada sobre la oralidad, *en el hombre*. Nuestra autora abre las investigaciones sobre lo femenino del hombre, que hay que entender como componente obligado de la heterosexualidad masculina, o bien como incitación a la homosexualidad. En suma, se trata del reconocimiento de un maternal arcaico que gobernaría dos tipos distintos de feminidad: la feminidad de la mujer y la feminidad del hombre.⁴²

4. ...Y SEXUALIDAD MASCULINA

El interior de la madre sigue siendo el objeto de las pulsiones destructivas de la niña. Esta lógica inconsciente determina el hecho de que, para la mujer, la prueba de la realidad, que apunta a distinguir los objetos

39 *Ibid*, pág. 250.

40 Cf. una refundición de la herencia psicoanalítica sobre la sexualidad femenina, en Julia Kristeva, “De l'étrangeté du phallus ou le féminin entre illusion et désillusion”, en *Sens et non-sens de la révolte*, Fayard, págs. 198-223.

41 Cf. Sigmund Freud, “Quelques conséquences psychiques de la différence anatomique entre les sexes” (1925), en *La Vie sexuelle*, *ob. cit.*, pág. 130.

42 Esta problemática ha sido desarrollada con insistencia y originalidad por la investigación psicoanalítica en Francia en estos últimos años: cf. en particular Monique Cournut-Janin y Jean Cournut, “La castration et le féminin dans les deux sexes”, informe al LUÍ Congrès des psychanalystes de langue française des pays romans, en *Revue française de psychanalyse*, t. LVII, 1993, págs. 1352-1558.

malos, esté situada en el interior de ella misma. En cambio el varón, cuya omnipotencia excrementicia está menos desarrollada, inviste muy pronto el pene:

Su pene, órgano activo, puede a la vez dominar su objeto y ser sometido a la prueba de realidad [...].

Esta concentración fálica de la omnipotencia sádica es capital para una toma de posición masculina.⁴³

El pene, órgano de la penetración, se convierte para el niño en órgano de la percepción. Asimilado al ojo o a la oreja, penetra para conocer, y favorece la pulsión epistemofílica del yo y su pleno despliegue en la vía del conocimiento. Es una penetración destructiva si las hay, pero el sadismo se acompaña de fantasías de reparación. Entonces, después de haber maltratado al objeto en el acto sexual, el niño, en sus fantasías, y el hombre en su experiencia sexual, tienden a reparar ese objeto mediante el amor.

La elección de la homosexualidad masculina enraiza en el intento de situar todo lo que es extraño y terrorífico en la mujer: el yo se protege abandonándola realmente. Pero esa protección tiene un costo psíquico. Si bien el inconsciente del homosexual se siente aliviado, pacificado, incluso embellecido, corre sin embargo el riesgo de quedar liquidado como mundo interior:

Gracias a una elección objetal de naturaleza narcisista, el homosexual le atribuye ese valor simbólico al pene [que representa al yo y al consciente], a otro individuo del mismo sexo, y de tal manera desmiente los temores que le inspiran el pene interiorizado por él y el contenido de su propio interior. Uno de los modos típicamente homosexuales que utiliza el yo contra la angustia consiste en negar el inconsciente, en controlarlo o someterlo, acentuando la importancia del mundo exterior y de la realidad tangible, de todo lo que concierne a la conciencia.⁴⁴

La tesis freudiana de un vínculo social basado en la homosexualidad de los hermanos encuentra en Klein un desarrollo radical: para ella se trata de una confederación secreta de los hermanos que se ligan contra los “progenitores reunidos”, sobre todo contra el padre que abusa de la madre. Su origen estaría en las fantasías masturbatorias de carácter sádico, compartidas por el niño varón con un cómplice.⁴⁵ Primero protectora

43 Cf. Melanie Klein, “Le retentissement des premières situations anxiogènes sur le développement sexuel du garçon”, en *La psychanalyse des enfants*, ob. cit., págs. 254-255.

44 *Ibíd.*, págs. 265-266.

45 *Ibíd.*, pág. 266.

contra la pareja parental, la relación entre los hermanos se invierte y adquiere un carácter paranoico. Por un lado, el pene sobreinvertido se revela como objeto persecutorio, a imagen del pene del padre y de las heces del propio paciente. Por otra parte, la precariedad de la imago materna buena y compasiva favorece la inestabilidad del yo.⁴⁶

El objeto malo introyectado en el yo masculino puede explicar tanto la impotencia sexual como el alcoholismo. En el alcohólico (observemos que Klein vuelve a hacer referencia a los trabajos de su hija Melitta Schmideberg), la bebida empieza destruyendo al objeto malo interiorizado y apaciguando la angustia persecutoria, pero, en razón de la ambivalencia de toda interiorización, el alcohol, durante algún tiempo apaciguador, adquiere pronto la significación del propio objeto malo.⁴⁷

Para completar el cuadro de la homosexualidad masculina según Melanie Klein, recordemos no obstante que ella no ignora en absoluto la competencia del niño con su padre durante la fase fálica, e insiste en la necesidad que tiene el varón de soportar la agresividad e identificarse con una buena imagen fálica paterna:

Si experimenta fundamentalmente una confianza firme en su propia omnipotencia fálica, el varón puede oponerla a la del padre, y emprender el combate con el órgano de este último, a la vez temido y admirado [...]. Si el yo está en condiciones de tolerar y modificar suficientemente los sentimientos destructivos con respecto al padre, y si el pene paterno "bueno" le inspira bastante confianza, el niño podrá conciliar su identificación paterna y su rivalidad con el padre, sin la cual sería irrealizable la toma de posición heterosexual..⁴⁸

5. LOS PROGENITORES "COMBINADOS" O ACOPLADOS

Las concepciones kleinianas de los papeles de la madre y el padre en la evolución del niño o en la psicosis fueron extensamente discutidas por los annafreudianos, y después, a su manera, por Lacan y los suyos. Volveremos sobre su teoría del simbolismo, que permitirá retomar, desde otro ángulo, las lagunas de su posición con respecto a la tríada edípica, y en particular acerca de la función simbólica de la paternidad.

Paradójicamente, hay que subrayar que el relegamiento del pene al lugar de "segundo" y, lo que es más, a la función de "apéndice" de la madre, no le impidió a Klein elaborar su teoría de la escisión a partir de la

46 *Ibíd.*, pág. 273.

47 *Ibíd.*, pág. 271.

48 *Ibíd.*, págs. 255 y 260.

presencia del pene en el objeto (el pecho), y proponer el primer modelo psicoanalítico de la sexuación basado en *la pareja*. Ni el padre solo (sea el padre de la horda primitiva en Freud o el Nombre-del-Padre en Lacan), ni la madre sola, fuera cual fuere el poder del pecho como fuente, pero también como captación de la angustia y, por ello, como núcleo del yo y del superyó. Ni el padre ni la madre, sino *ambos*.

Una y otro aparecen primero “combinados” en un coito sádico. La indistinción de los dos compañeros sexuales ocasiona un sadismo exacerbado, incluso la confusión mental del yo joven: esta es la imago de los “progenitores combinados”. Después de la posición depresiva, el yo joven diferencia a los dos compañeros sexuales, separando los dos objetos distintos, y después totales (la madre/el padre, la mujer/el hombre). Esta separación apacigua su envidia y favorece la reelaboración de las escisiones. Los elementos escindidos pueden integrarse en la sexualidad genital. En adelante, el yo (o el *self*) es capaz de escoger una identificación sexual dominante con el progenitor del mismo sexo.

Todo ocurre como sí, a pesar del culto materno, el universo kleiniano funcionara (sobre todo con el Edipo según la posición depresiva) como un sistema con dos centros: mujer y hombre, madre y padre. Es cierto que esta intuición no aparece lo suficientemente apuntalada o elaborada por una teoría consecuente del *lenguaje* y lo *originario*, que en efecto falta en Klein (una laguna que iba a estimular a sus sucesores y a sus críticos).⁴⁹ No es menos cierto que ese desdoblamiento inicial reveló un tesoro de posibilidades inexploradas, tanto en el plano de la bisexualidad psíquica como en el de sus consecuencias éticas y políticas.

La teoría de Melanie Klein, basada en la diada de los *progenitores combinados*, no es solamente el fruto de la observación de sus propios hijos por parte de una madre ansiosa, ni la repetición respetuosa de los conceptos del patriarca judío que fue Sigmund Freud. De hecho, y río arriba del Edipo, Klein innova al proponer una concepción original del simbolismo. Primero, la apología de la madre lleva al reconocimiento de los dos progenitores y hace de la pareja el núcleo heterogéneo de la autonomía bisexual del *self*, puesto que Melanie reserva (un poco de) lugar al padre en su concepción del proto-Edipo, y más claramente en la posición depresiva. Pero el culto de la madre (y esto es esencial) en Klein se invierte para convertirse en... *matricidio*. La capacidad simbólica del sujeto se organiza a partir de la pérdida de la madre, que para lo imaginario equivale a la muerte de la madre.

49 Cf. *infra*, las proposiciones de Lacan (cap. VIII, 2, págs. 193 y sigs.) y de Bion (cap. VIII, 4, págs. 290 y sigs.).

Recordemos que el pecho, bueno o malo, solo se presenta como primer objeto estructurador con la condición de que sea devorado/destruido. La madre como objeto total solo apacigua el sadismo exacerbado de la posición esquizoparanoide cuando se la “pierde” en la posición depresiva. En el destete, el niño se separa efectivamente del pecho, se aparta de él, y “lo pierde”. Ahora bien, en la vida de fantasía, la separación o la pérdida equivalen a *la muerte*. Vemos que, paradójicamente, *el culto de la madre es en Klein un pretexto para el matricidio*. Pero la aceptación de perder en el amor permite la elaboración de la posición depresiva.

Tanto el culto de la madre como el matricidio son salvadores. No obstante, es evidente que el matricidio lo es más que el culto maternal. Pues sin matricidio el objeto interno no se constituye, la fantasía no se construye, y la reparación es imposible, lo mismo que la superación de las hostilidades en la introyección del *self*. La negatividad kleiniana que, como veremos, lleva la pulsión a la inteligencia pasando por la fantasía, tiene a la madre por blanco: para pensar, es preciso desprenderse de ella. Las vías de esta depreciación divergen: la escisión es una pista falsa; la depresión que sucede a la separación/muerte conviene mucho más. Finalmente, habría una pura positividad, también innata, que sería la capacidad de amor en sí misma. Pero esta gracia depende mucho de los azares de la envidia, o más bien de la capacidad para desprenderse de la envidia respecto de la madre o, para decirlo aún más brutalmente, de la capacidad para sacarse de encima a la madre.

En la historia del arte, particularmente del arte occidental, la decapitación de la Medusa (imagen no solo de la castración femenina, como lo señaló Freud a justo título, sino también de la pérdida de la madre arcaica que el niño realiza en la posición depresiva) se produce en el momento mismo en que Occidente descubre la interioridad psíquica y la expresividad individual del rostro. A esta decapitación primaria que es la cabeza perdida, la cabeza cortada de la Medusa, la sucedieron figuras más erotizadas. Algunas se refieren al poder fálico-simbólico del hombre (por ejemplo, la decapitación de Juan el Bautista, que anunciaba a Jesús); otras ponen de manifiesto la lucha de poder entre hombres (David y Goliat) o entre mujer y hombre (Judit y Holofernes), etcétera.⁵⁰ La decapitación de la madre (que hay que entender en el sentido de “matarla” y también de un “alzar el vuelo” a partir de ella, contra ella)* sería una condición

50 Cf. Julia Kristeva, *Visions capitales*, catálogo de la exposición presentada en el Museo del Louvre, salón Napoleón, por el Departamento de Artes Gráficas, 27 de abril-28 de julio de 1998.

* “Decapitación” es en francés *décollation*, pero *décoller* significa también “despegar” (un avión). [N. del T.]

indispensable para que advenga la libertad psíquica del sujeto: esto es lo que Klein tuvo el coraje de anunciar a su manera, sin precauciones.

En sus textos de madurez, sobre todo en *Envidia y gratitud*, como lo hemos recordado, Klein subraya la existencia en el niño de una aptitud innata para el *amor* o la *gratitud*, que se refuerza con un buen quehacer materno. Sumado a la capacidad de reparación que forma parte de la posición depresiva, ese amor a la madre ¿no anularía las tendencias matricidas propias de las posiciones arcaicas en ese mismo niño, las cuales aparecen como dominantes en los escritos anteriores de nuestra autora? Algunos han hecho suya esta interpretación. Otros ven en esa inflexión del pensamiento kleiniano hacia el amor una variante de la *caritas*, incluso los primeros frutos de un nuevo socialismo.⁵¹

Sin embargo, esa tonalidad oblativa no podría recubrir la negatividad que predomina en la escucha y la interpretación kleinianas del inconsciente. La reparación y la gratitud son solo cristalizaciones provisionales, treguas dialécticas de la negatividad, pues la pulsión de muerte no cesa de obrar. La aptitud para la gratitud debe cuidarse y protegerse constantemente, y ese cuidado vigilante, del que solo el psicoanálisis parece capaz en la cultura moderna, exige que se le preste una atención ininterrumpida a la angustia, destructiva que trabaja incansablemente, con riesgo de que vuelque el amor y la gratitud hacia la envidia, e incluso de que los aniquile mediante la fragmentación de la psique. En cuanto a la reparación en sí, el *self* tiene una posibilidad de elaborarla separándose de la madre, a la cual lo ligaba la identificación proyectiva inicial. Puede entonces reencontrar a la madre, pero nunca tal cual: al contrario, la recrea sin cesar mediante su propia libertad, la libertad del *self* para estar separado de ella. Una madre siempre recomenzada en imágenes y palabras, de la cual “yo” soy en adelante el creador, a fuerza de ser quien la repara.

La piedad y los remordimientos, que acompañan la reparación del objeto perdido, llevan la huella del matricidio imaginario y simbólico al cual esta reparación continúa remitiendo. En efecto, al miedo y la cólera propios del estado de guerra que vincula al niño con la madre-pecho en la posición esquizoparanoide, los sucede una compasión por ese otro en el que la madre se convierte en la posición depresiva. No obstante, esa compasión es solo la cicatriz del matricidio, el testigo último (si acaso era necesario alguno) de que la reconciliación imaginaria con ella, que “yo” necesito para hacer y pensar, se paga con un asesinato que queda superado, con un matricidio en adelante inútil, pero cuyo recuerdo “me”

51 Cf. *infra*, cap. X, págs. 258 y sigs.

obsesiona. Habita “mi” sueño y “mi” inconsciente, y surge a la superficie de las palabras por poco que “yo” me aventure en la búsqueda del tiempo perdido...

6. UNA ORESTÍADA

Del mismo modo que el mito de Edipo iluminó la teoría de Freud, Klein se basó en el mito de Orestes, después de haber diagnosticado en su clínica la fantasía de matricidio, para desplegar su lógica específica.

En efecto, con “Algunas reflexiones sobre *La Orestíada*”, la psicoanalista, sin negar el Edipo de Freud, valoriza otra lógica de la autonomía subjetiva. En la tragedia antigua, la muerte de la madre es para Orestes fuente de libertad, pero al precio de los remordimientos defensivos simbolizados por el hostigamiento interminable de las Erinias.⁵² Aceptablemente heterogéneo, pero inconcluso, con lagunas, este texto de Klein, aparentemente contemporáneo del artículo “Sobre el sentimiento de soledad”, también fue publicado después de la muerte de la autora. Como hemos visto, esa reflexión sobre la soledad terminaba en una apología de la integración del “pecho bueno”. Estos dos escritos testamentarios perfilan una bifurcación antinómica del pensamiento kleiniano: por un lado, la reparación de la madre y la reconciliación con el objeto; por el otro, la pérdida de la madre o su asesinato, y la simbolización. Dos rostros indisociables de ese proceso complejo que es la individuación del *self*. El estudio sobre *La Orestíada* evoca, a la luz de las tesis kleinianas, las tres partes de la obra de Esquilo. Primero se presenta la suerte de Orestes: es el hijo de Agamenón, el cual había sacrificado a los dioses a su hija Ingenia para que los griegos pudieran embarcarse en sus naves de guerra, inmovilizadas por la cólera de Neptuno. Orestes mata a su madre Clitemnestra para vengar al padre, cuya muerte ella había impulsado para vengarse a su vez del asesinato de su hija Ifigenia. Finalmente, es el hermano de Electra, que cultiva pasiones no menos matricidas, aunque más prudentes: es ella quien exige la muerte de Clitemnestra a manos de Orestes. En este enredo implícitamente incestuoso y explícitamente asesino, Klein no puede menos que reconocer su propio universo clínico, en el que la libido se deja reabsorber por la pulsión de muerte. Lo que retiene antes que nada su atención son las consecuencias del asesinato de Clitemnestra: el matricidio entraña por cierto la culpabilidad de Orestes, pero el hijo conquista con ese gesto una libertad extrema, así como la más

52 Cf. Melanie Klein, “*Reflexions sur L’Orestté*”, texto póstumo publicado en 1963, en *Envié et gratitude*, ob. cit., págs. 189-219.

alta capacidad simbólica.

El yo busca todos los medios para crear símbolos que se conviertan en los verdaderos exutorios de sus emociones: esto es lo que constata Klein en la última página de su estudio sobre *La Orestíada*, mientras se pregunta “¿por qué los símbolos?”. La respuesta es simple: porque la madre no basta, porque la madre es incapaz de satisfacer las necesidades afectivas del niño. Deja caer a tu madre, ya no necesitas de ella: tal sería el mensaje último de los símbolos si pudieran comunicarnos su razón de ser. Y la psicoanalista recuerda uno de sus primeros trabajos: sobre el pequeño Dick y sus dificultades para adquirir los símbolos, para acceder al pensamiento.⁵³

¿Iba a servirle el drama de Orestes como introducción a la reflexión sobre el nacimiento de los símbolos, a una apología de los símbolos? ¿O bien se trataba de decir, a través de ese rodeo mitológico, que el símbolo es el asesinato de la madre? ¿O, incluso, que el símbolo es el mejor asesinato de la madre? Evidentemente, ese homicidio, tal como el psicoanálisis lo constata y lo favorece, es de orden imaginario; no es cuestión de matar a la madre ni a ningún otro en la realidad:

Ninguna situación de la realidad podría satisfacer totalmente las necesidades y los deseos imperiosos, a menudo contradictorios, de la vida de fantasía del niño.⁵⁴

Los crímenes y otros pasajes al acto más o menos agresivos no son más que el fracaso del símbolo, signan el fracaso de un matricidio imaginario que es lo único que puede abrir el camino al pensamiento. A la inversa, la creación del pensamiento, y después el ejercicio de una libertad soberana, tal vez capaz de generar una obra de genio, dan testimonio de una fantasía exitosa de matricidio.

El antihéroe Orestes, matricida si los hay, es también un deicida sin par. Contrariamente a Edipo, hombre del deseo, de su represión, y cómplice de los dioses, Orestes es el crepúsculo de Júpiter.

Edipo, creador y descifrador de enigmas, tiene el perfil del creyente. Creer en el padre, en los dioses, en el saber: la diferencia no es tan radical como se ha dicho; toda forma de creencia metaboliza el deseo de gozar y el deseo de muerte. Orestes, por su parte, es el anti-hijo y el antihéroe, porque es anti-naturaleza. Klein subraya a justo título que matar a la madre-naturaleza equivale a levantarse contra Dios: el asesinato de la madre inflige la culpa, escribe Melanie al repensar la posición depresiva,

⁵³ Cf. *infra*, cap. VIII, 1, págs. 179 y sigs.

⁵⁴ Melanie Klein, « *Réflexions sur L'Orestie* », en *Envié et gratitude*, ob. cit., pág. 218.

generadora de remordimientos. Pero la analista da un paso más y extrapola, sugiriendo que, temida porque inflige el castigo, la madre es “el prototipo de Dios”.⁵⁵

Esta interpretación no está demasiado lejos de la lectura sartreana de *La Orestíada* en *Las moscas*: el hijo asesino de la madre es el deicida radical.⁵⁶ Pero, si bien Klein declara aquí su incredulidad (del mismo modo que la madre de Fritz/Erich se decía “atea”),⁵⁷ precisa de inmediato que su versión del matricidio no tiene nada de nihilista. Al contrario; liberarse de la madre es la condición *sine qua non* para acceder al símbolo.

Pues, cuando falta ese acceso a la simbolización, aparece la vertiente lúgubre de Orestes: donde falta la simbolización fracasa Edipo, fracasan sus deseos y su represión. El sujeto se vuelve hacia la escisión, hacia esa destrucción del alma en la cual la psicosis traba el psicodrama neurótico y reduce a fragmentos el espacio psíquico. Los pacientes kleinianos que atestiguan esa “orestíada”, ¿no son los precursores de los asesinos gratuitos, autómatas sin estados de alma, de *La naranja mecánica*? Hoy en día, algunas de esas personalidades fragmentadas se albergan en las exposiciones de arte y otras instalaciones esquizoides, y las editoriales llamadas “de vanguardia” acogen sus obscenidades minimalistas. Los analistas, por su parte, descifran el fracaso de Orestes y de la simbolización en *las nuevas enfermedades del alma* de las que son portadores los camorristas y otros *dealers* de las nuevas ciudades gigantescas.

Pero en Orestes hay una vertiente lúcida. La ambición filosófica que acompaña al genio de Klein consiste en rehabilitarlo para buscar las condiciones últimas del pensamiento, en las fuentes de la represión originaria: allí donde se juega el advenimiento del espacio psíquico y la inteligencia, pero también donde comienzan los riesgos de su asfixia. Cuando los dioses están fatigados o afectados, solo nos queda contemplar esas fuentes fecundas, curarlas, preservarlas y desarrollarlas.

Con y junto a sus interpretaciones, que van sacando a luz lo subterráneo, el elogio kleiniano del matricidio es un alegato en favor del salvamento de la capacidad simbólica de los seres humanos. El simbolismo, que sería lo propio del hombre, se le presenta a esta madre del psicoanálisis como un milagro inseguro, desde siempre amenazado, y cuyo destino depende mucho de la madre, pero con la condición de que “yo” pueda prescindir de ella. La madre es omnipotente, dice en sustancia Melanie-

55 *Ibíd*, pág. 195.

56 Cf. Julia Kristeva, “Sartre, ou ‘On a raison de se révolter’, 1. ‘Moi, je suis libre’ (Oreste)”, en *Sens et non-sens de la révolte. Pouvoirs et limites de la psychanalyse*. ob. cit., págs. 311 y 335-341.

57 Cf. Melanie Klein, *Essais de psychanalyse*, ob. cit., pág. 35.

hija-de-Libussa, pero nosotros debemos obrar sin ella, y obrar mejor. Tal es el mensaje, que es preciso llamar simbólico, del "crimen" kleiniano.

Se comprende entonces que algunas feministas hayan elogiado a Klein como creadora moderna del mito de la diosa madre. Otros la han denostado por la misma razón: envidiar a la madre, ¿no es algo inaceptable? Finalmente, hubo quienes la rechazaron por considerar que alentaba el matricidio.

Es posible que solo la hayan comprendido las mujeres autoras de novelas policiales, sin haberla leído, y por otra parte sin tener que leerla. Pues ellas comparten con Melanie ese saber inconsciente que quiere que "yo" hable del asesinato, no porque "yo se lo desee" a los hombres portadores del falo, y que "yo" quiera liberarme de ellos, o, en todo caso, no solo por esto, sino porque, hija y madre, hija o madre, "yo" sé de qué envidia "yo" debo liberarme (qué deseo necesariamente sádico tengo que atravesar, perder, en un sentido *matar*) para conquistar una mínima libertad de pensar. La novela policial nos parece *verdadera* en la medida en que supera la literatura corriente que despliega los pequeños dramas del deseo y los encantos más o menos delicados de la represión finalmente transgredida. Las reinas de la novela policial se sumergen en una psique catastrófica que no es ya un alma digna de ese nombre. Escisiones y despedazamientos kleinianos, inversiones, envidias e ingratitudes, fantasías encarnadas, como los objetos concretos y los superyoes tiránicos de la madre Melanie, acosan esos espacios estallados, finalmente visitados y revelados en la dulzura de un duelo más o menos sereno. Las reinas de lo policial (¿subrayamos el femenino de esta frase hecha, como sobreentendido, banal?) son deprimidas conciliadas con el homicidio; ellas recuerdan que en el comienzo estaba el sadismo envidioso, y no cesan de curarse de él narrándolo.

Yo las imagino con la violencia afelpada de la vieja señora Klein, que también habría podido escribir policiales de haber tenido la suerte de contar con una lengua materna, y si no se hubiera convertido en el detective principal, es decir, en... una analista. Lo que sin duda es, de todas maneras. Incluso cuando parece olvidar que aún restan enigmas y se precipita a aplicar un saber *ready-made* elaborado en sus indagaciones anteriores.

Sin embargo, incluso cuando superpone los esquemas de su sistema, saca a luz la angustia en carne viva y, como con Richard, da en el blanco y consigue despejar los caminos del pensamiento.

VII. La fantasía como metáfora encarnada

1. EL REPRESENTANTE ANTES DE LA REPRESENTACIÓN

Por lejos que retroceda en la infancia, la analista encuentra un yo que fantasea. Entidad heterogénea, hecha de representaciones no verbales y verbales, de sensaciones, de afectos, de emociones, de movimientos y de acciones, incluso de objetos concretos, la fantasía kleiniana es una verdadera impureza teórica que desafía precisamente a los puristas así como encanta a los clínicos, sobre todo los clínicos de la infancia, de la psicosis o de la enfermedad psico-somática. Además Melanie Klein nunca sistematizó sus diversos empleos del término “fantasía”, y le debemos a su discípula Susan Isaacs el texto testigo sobre el tema.¹

Al señalar la originalidad de la concepción kleiniana en el curso de las después célebres Controversias que sacudieron a la Sociedad Británica de Psicoanálisis entre 1941 y 1945,² Susan Isaacs propuso la grafía “*phantasy*” (en lugar de “*fantasy*” para designar esa actividad psíquica previa a la represión a la que se refiere Klein, y distinguirla de los ensueños diurnos, conscientes o reprimidos, abarcados comúnmente en psicoanálisis por el término “fantasía”. Para Klein, “la fantasía es (ante todo) el corolario mental, el representante psíquico de la pulsión. No hay pulsión, necesidad ni reacción pulsional que no se viva como una fantasía inconsciente”.³

Freud sostenía que las fantasías solo se producen hacia el segundo o tercer año de vida, y para pensarlas utilizaba el modelo del sueño. En *La interpretación de los sueños* propuso un esquema del aparato psíquico como “un lugar”, comparándolo con la máquina fotográfica en la que se forma la imagen.⁴

Entre el borne de la percepción y el borne de la motricidad, este aparato está constituido por tres tipos de recuerdos: los inconscientes (los más profundos y antiguos), los preconscientes (verbales, intermedios), y los conscientes. El sueño (igual que el ensueño diurno que es la fantasía) tiene

1 Cf. Susan Isaacs, “Nature et fonction du phantasme” (1943), en Melanie Klein *et al.*, *Développements de la psychanalyse* (1952), PUF, 1966, págs. 64-114.

2 Cf. *infra*, cap. X.

3 Susan Isaacs, art. cit., pág. 79.

4 Cf. GW, t. MI, SE, t. V, trad. franc. PUF. 1927 y 1967, pág. 455.

según Freud un carácter *retrogresivo*: el estímulo regresa y sigue una vía retrógrada, de manera que en lugar de transmitirse hacia la extremidad motriz, lo hace hacia la extremidad sensorial. “Llamamos regresión al hecho de que, en el sueño, la representación vuelve a la imagen sensorial de la cual partió.”⁵ Al subrayar que la *visión* y el recuerdo *visual* ejercen una atracción particular sobre los pensamientos inconscientes para llevarlos a la expresión, Freud no olvida sin embargo que lo movilizado en el sueño y, por extensión, en la fantasía, es *el conjunto de los registros sensoriales*. Lamenta incluso que sus propios sueños “sean menos ricos en elementos sensoriales que lo que [le parecen] en otras personas”:⁶ ¿será esta la razón por la cual su concepción de las fantasías no tiene precisamente en cuenta esos elementos sensoriales?

Guiones de nuestros deseos inconscientes, las fantasías freudianas son fantasías de *deseos* (*Wunschen*); el primero de ellos es la investidura alucinatoria del *recuerdo de la satisfacción*. Pero Freud añade las “fantasías originarias”, más enigmáticas, portadoras de verdades prehistóricas que no necesariamente el individuo vivió por sí mismo, pero que retornan inconscientemente en él para llenar las lagunas de la verdad individual (son las fantasías de la escena primitiva, la castración y la seducción).

La riqueza y la polisemia de estas propuestas freudianas han dado lugar a las prolongaciones más divergentes. Lacan se concentra en el aspecto visual de la fantasía y, con el estadio del espejo, desarrolla el modelo óptico que apuntala su propia teoría de la fantasía, que él presenta como fiel a Freud y opone implícitamente (en un seminario dedicado a la obra de Klein) a la teoría kleiniana de la fantasía.⁷ Lacan toma el ojo como el “símbolo del sujeto”, y sostiene que este último es *anterior* al nacimiento del yo. La aparición de fantasías, que en el caso del pequeño Dick suscitan las interpretaciones kleinianas,⁸ es a juicio de Lacan un “injerto” operado por la palabra de la analista: es el “significante” de la señora Klein, que propone equivalencias (del tipo “el tren es papá”) lo que ubica al sujeto Dick en el lugar correcto, el lugar desde el cual él puede *ver* sus deseos inconscientes y lanzarse a la palabra.

Esta crítica lacaniana tiene la ventaja de que aclara un aspecto de la eficacia propia del método kleiniano, a saber: el efecto de la verbalización sobre la fantasía inconsciente. En un niño que comprende el lenguaje pero no habla, que tiene *la lengua* pero no *la palabra*, nombrar sus fantasías

5 *Ibíd.*, pág. 461.

6 *Ibíd.*, pág. 465.

7 Cf. “La topique de l’imaginaire”, 24 de febrero de 1954, en *Les Écrits techniques de Freud, Séminaire I*, Seuil, 1975, págs. 87-103.

8 Cf. *infra*, cap. VIII, 1, págs. 179 y sigs.

favorece el pasaje desde un universo mental basado en *identidades* (identidad del pene y el tren, como permiten comprenderlo los actos de Dick en el juego) a un universo basado en *similitudes* (similitud entre el pene y papá, como lo piensa y lo dice la analista), instalando de este modo al pequeño paciente en el dominio de lo imaginario.⁹ Este cambio de régimen (la *identidad* se convierte en *similitud*) se realiza en la cura gracias a la palabra de la analista. La palabra de la analista, según Lacan, habría tenido el efecto de favorecer el acceso al juego, hasta ese momento muy rudimentario, y asimismo habría introducido a Dick en el dominio de lo simbólico, es decir, del pensamiento enunciado por Klein. Lo imaginario y lo simbólico llegarían entonces a equivaler a lo real pulsional del pequeño paciente, del mismo modo que, en la lógica matemática de la óptica, lo real y lo imaginario se confunden. Que es lo que se quería demostrar... Muy denso y seductor, ese comentario visionario no dice sin embargo nada sobre el carácter heterogéneo de la fantasía, tal como Klein lo constata al proyectarse en ella, en su propio inconsciente *regrediente*, antes de nombrarla de una cierta manera (de hecho, mítica y muy pulsional).

Es cierto que el término “proyección” se presta aquí a un exceso óptico que Lacan tuvo razones para introducir, con la finalidad de hacer comprender el papel del *eidos* (la *idea*) en esa aparición de la pulsión que se juega en la fantasía, y que el empirismo ingenuo de los analistas había desatendido antes de él. Pero la restauración lacaniana de los fundamentos metafísicos de la representación se realiza al precio de un estrechamiento del campo de la fantasía inconsciente kleiniana.

“Al principio – resume Susan Isaacs –¹⁰ todo el peso del deseo y la fantasía reposa sobre la sensación y el afecto.” De hecho, al leer atentamente los primeros análisis sobre los que Klein informa en *El psicoanálisis de niños* (como lo ha hecho J.-M. Petot) no se puede menos que suscribir la afirmación de Isaacs. Hay fantasía inconsciente o pre consciente en toda actividad psíquica y en todo comportamiento, al punto de que esa fantasía es una verdadera “presencia actuante de guiones fantasmáticos”: en sentido estricto, está coagulada con la motricidad, el gusto y las

9 Recordemos, con Alain Gibeault, que, para Freud, la “lengua fundamental” de la psicosis (Schreber) establece relaciones simbólicas que serían vestigios de identidades arcaicas, y que Freud se complació en retomar ciertas teorías sobre el origen del lenguaje según las cuales dicha lengua llevaría la marca de una “identidad” de las palabras sexuales y las palabras utilizadas en el trabajo. “Es verosímil que lo que hoy en día aparece ligado simbólicamente en otro tiempo haya presentado una identidad conceptual y lingüística. La relación simbólica parece ser un resto y una marca de la antigua identidad.” Sigmund Freud, *L'Interprétation des rêves* (1900), *GW*, t. II-III, *SE*, t. IV-V, trad. franc. PUF. 1926, reed. 1967, pág. 302. (Cf. *infra*, cap. VIII, págs. 182 y sigs.)

10 Cf. Susan Isaacs. ob. cit., pág. 88.

repulsiones alimentarias, con la agudeza de la percepción (en particular la visual) de la escena primitiva, con la imagen del cuerpo, con la voz-el-canto-y-la-palabra, con las actividades deportivas, con la asistencia a conciertos-espectáculos-cinematógrafos, con las actividades escolares intelectuales, con los síntomas neuróticos y, en definitiva, con toda organización de la personalidad.¹¹ No solo el conjunto de la vida psíquica está *impregnado* de fantasías (lo que el psicoanálisis sostiene en general), sino que, en los niños tal como Klein los entiende y los analiza, la fantasía, la anterior a la represión, se *confunde* con la vida psíquica, en la medida en que esa fantasía y esa vida, “que representan las pulsiones más primitivas de posesión y agresión, se expresan y administran *por medio de procesos psíquicos muy alejados de las palabras* y del pensamiento racional consciente”.¹²

Enfrentamos entonces uno de los problemas más difíciles de la teoría analítica; Klein lo desarrolló clínicamente de una nueva manera, pero sin teorizarlo, dejando a sus sucesores la tarea de elaborar lo que está realmente en el centro de la investigación en psicoanálisis: ¿qué es *una representación psíquica*? O, más bien, ¿qué son *las representaciones psíquicas*?

Al rehabilitar “el peso de las sensaciones y las emociones” en la fantasía primaria, Klein puede jactarse a justo título de ser fiel al pensamiento freudiano. En *La interpretación de los sueños*, Freud, algunas páginas después de haber comparado el aparato psíquico con una máquina fotográfica, había seguido la “huella” *regrediente* de la sensación. Del mismo modo, la “fantasía” kleiniana tiene empíricamente en cuenta las inscripciones psíquicas tal como las evocan las huellas mnémicas de la “Nota sobre la «pizarra mágica»” (1925),¹³ pero sin reducirse a ellas, y las añade a la “máquina fotográfica” como modelo de la representación psíquica. La fantasía kleiniana es un conglomerado de “diversos registros de representación”: sensaciones, afectos, mociones, actos, representaciones no verbales y verbales, hasta los objetos concretos en sí a los cuales a veces se reducen las fantasías y el sufrimiento psicótico (y esta lista no es exhaustiva). En comparación con ese conglomerado, la “representación” de la pulsión en el aparato psíquico, según Freud, tiene un sentido demasiado “diplomático”.¹⁴ En otros términos, la fantasía kleiniana implica elementos

11 Cf. Jean-Michel Petot. *Melanie Klein. Premières découvertes*, págs. -5-79.

12 Cf. Susan Isaacs, ob. cit., pág. 85, las cursivas son nuestras.

13 GW. t. XIV, págs. 3-8. SE, t. XIX, págs. 227-232. trad. franc. en *Resultáis, idées, problèmes*, II. HIT. 1986, págs. 119-124.

14 Según el adjetivo pertinente de Jean-Michel Petot. *Melanie Klein. Le moi et le bon objet*. ob. cit., pág. 204.

anteriores a la representación o sin representación, que los sucesores de Klein intentarían conceptualizar. Lacan, por su parte, y de manera muy griega, inclinará la representación psíquica hacia la apariencia, la visibilidad del *eidos*. Toda la actualidad psíquica del psicoanálisis se juega en esa exploración clínica y conceptual de lo arcaico transverbal que Melanie Klein sacó a luz, y que desafía la representación ideal o visual.¹⁵

En efecto, tanto Klein como Isaacs utilizan el término “fantasía”, cuya etimología evoca inevitablemente una aparición-presencia-visión, pero ellas lo apartan de sus orígenes etimológicos y metafísicos griegos, saturándolo de realidades pulsionales, de contenidos primarios tales como la avidez o la envidia. Además, la *sensación de una pulsión* en el aparato psíquico se vincula automáticamente a la fantasía de un *objeto* que le es apropiado; cada incitación pulsional tiene una fantasía específica que le corresponde (por ejemplo, al deseo de alimento le corresponden el afecto del hambre y el objeto pecho). Desde el nacimiento, la pulsión tiene una expresión de dos caras: sensación/afecto¹⁶ y objeto; la presentación del objeto se une a la sensación. La fantasía kleiniana es el mecanismo de esa función, de ese destino de la pulsión, que está siempre adentro y afuera: es una pulsión “buscadora del objeto”.¹⁷

Las fantasías no se limitan a realizar las incitaciones pulsionales, puesto que también tienen una función defensiva. Procuran gratificaciones independientes de la realidad, incluso la deterioran. Estas gratificaciones acrecientan la omnipotencia del yo y le permiten defenderse de su propia destrucción (por ejemplo, la fantasía de ser atacado por el pecho “malo” es una defensa contra la sensación de autodestruirse al atacar al pecho “bueno”).

15 Cf. Bion y sus elementos alfa y beta en *L'Attention et l'interprétation* (1970), Payot, 1974; Fiera Aulagnier y los pictogramas en *La Violence de l'interprétation*, PUF, 1975; cf. también mi distinción entre semiótica y simbólica en Julia Kristeva, *La Révolution du langage poétique*, Seuil, 1974.

16 Según Freud en “La represión” (1915), el afecto es una traducción subjetiva de la cantidad de energía pulsional, que a menudo equivale a la expresión sinónima “*quantum* de afecto”; parece tan vinculado a la autoconciencia que Freud se pregunta si acaso puede hablarse de un afecto inconsciente. Mientras que las representaciones inconscientes permanecen reprimidas en el inconsciente, al afecto inconsciente (por ejemplo, el sentimiento de culpa inconsciente), según Freud, solo le correspondería en el inconsciente un “rudimento” (en *Métapsychologie* [1915], GW, t. X, págs. 248-261, SE, t. XIV, págs. 141-158, trad. franc. PUF, 1972, págs. 114-115). Melanie Klein, por el contrario, parece llevar su idea de la fantasía hasta incluir ese rudimento. Cf. también el desarrollo moderno de la teoría de los afectos, atenta a la obra de Klein, en André Oreen, *Le Discours vivant. La conception psychanalytique de l'affect*, PUF, 1971.

17 Hanna Segal, *Introduction...*, ob. cit., pág. 18.

Esta protopresencia de la fantasía y, con ella, la protopresencia del yo, hacen que la pulsión tenga un destino que no se limita a las condiciones de la realidad externa. Este es un punto central de la teoría kleiniana: para la vida psíquica, el miedo y la angustia *fantaseados* tienen una mayor influencia que la separación *real* entre el niño y la madre, sea ella duradera, dramática o no. Al no representar la realidad sino el dúo “pulsión y objeto interno”, “sensación/afecto y objeto”, y al anticipar el futuro para amplificar sus amenazas, la fantasía transforma la *privación* en *frustración*. Desde el principio hay una negatividad en la actividad de la fantasía, que pasará por varias etapas antes de acceder a la capacidad de simbolizar gracias al lenguaje y el pensamiento. A partir de esta negatividad intensificada, siguiendo los azares de la relación de objeto, se enhebrarán *una serie de fantasías* (sádicas, esquizoparanoideas, maníacas y depresivas) para permitir finalmente una representación óptima de la pulsionalidad mediante la reelaboración, vía la integración de las escisiones y el refuerzo del yo. Según Klein, la fantasía seguirá entremezclada con esas constantes del inconsciente que son la angustia, la aidez y la gratitud.

¿La fantasía como metáfora? Sin duda, en el sentido de que reemplaza un objeto por otro, o de que condensa una expresión mediante otra. Sin embargo, Melanie Klein no se atiene a la simple figura retórica de la metáfora, ni a los juegos de palabras: le interesa preferentemente el eje de la semejanza en torno al cual se realiza esa sustitución metafórica propia de la fantasía (el “tren” por “papá” y “pene”). En efecto, la terapeuta constata que una similar angustia de destrucción sucede a la libido reprimida: la misma angustia se adhiere a “papá”, “tren” y “pene”, impregnando todo el encadenamiento o la condensación de la serie de objetos y palabras intercambiables en el imaginario del niño. Esta lógica se desprende de la omnipresencia de un Edipo en el que el deseo por la madre y la rivalidad con el padre son fusionados por la pulsión de muerte.¹⁸

Por otra parte, cuando Melanie Klein interpreta las fantasías de sus pacientes, niños o no, se limita a narrarles el mito de Edipo, acentuado por un sadismo primordial y destructor. Entonces, el sentido de la fantasía que ella les “injerta” no es cualquier “significante” que simbolice el caos más o menos dicotómico de las pulsiones, introduciéndolas en la terceridad de los signos lingüísticos. Al contrario, y muy precisamente, se trata de inscribir la fantasía en un *contenido edípico* gracias al cual se construye la autonomía del sujeto, y en la prevalencia de la *pulsión de muerte*, cuya ambigüedad Klein nunca ignora: esa pulsión es destructiva, por cierto, pero en ciertas condiciones puede ser muy constructiva. No sorprenderá entonces que la

18 Cf. *infra*. cap. VIII. 1, págs. 179 y sigs.

teórica no hable de “fantasías originarias”: fuera cual fuere su diversidad según las diferentes “posiciones” que reflejan, todas las fantasías kleinianas son intrínsecamente “originarias”, las rige un Edipo precocísimo y la permanencia de la pulsión de muerte.

La propia interpretación de la analista, tomada en la transferencia/contratransferencia, forma necesariamente parte de la fantasía que se interpreta. Constituye el aspecto psíquico superior de la fantasía, su elaboración simbólica como *mito* o *saber* (los mitos son nuestros saberes arcaicos, y nuestros saberes de lo humano nunca se excluyen totalmente del mito). De manera que, en definitiva, en ese extraño encuentro que tiene lugar en el curso de una cura analítica entre la fantasía-juego del niño (o la fantasía asociativa del paciente adulto) y la interpretación analítica anclada en el Edipo y la pulsión de muerte, la fantasía adquiere todo el valor de una metáfora *encarnada*.

2. LAS “ENVOLTURAS PRENARRATIVAS” ENTRE ANGUSTIA Y LENGUAJE

Algunas observaciones recientes inspiradas por el cognitivismo parecen confirmar la tesis kleiniana de una protofantasía en el bebé, en el sentido de una cuasi-narración que articula la pulsión con el deseo, y apunta al objeto (el pecho, la madre) para asegurar la supervivencia del joven yo fóbico y sádico.

En efecto, en los niños de menos de un año se constata la existencia de “representaciones de acontecimientos”, de “esquemas de acontecimientos” o de “*cognitive affective models*” que tomarían primeramente la forma de una “envoltura prenarrativa”.¹⁹ Se trataría de una realidad subjetiva principalmente afectiva, que tiene las propiedades lógicas de la pulsión: deseo (o motivación), finalidad, satisfacción, despliegue en el tiempo, repetición, asociación de recuerdos, curva de tensión dramática equivalente a una intriga primitiva, etcétera. Experiencia emocional, física y ya

19 Cf. Daniel N. Stern. “L’enveloppe prénarrative”. Vers une unité fondamentale d’expérience permettant d’explorer la réalité psychique du bébé”, en *Journal de la psychanalyse de l’enfant*, 1993, n° 14, págs. 13-65. Cf. también K. Nelson y J.-M. Greundel, “Generalized event representación: basic building blocks of cognitive development”, en M. E. Lamb y A. L. Brown (comp.), *Advances in Developmental Psychology*, vol. 1, Hillsdale, N. J. Erlbaum, 1981; J. M. Mandler, “Representation”, en J. H. Flavell y E. M. Markman (comps), *Cognitive Development*, vol. 3 de F. Mussen (compj; *Handbook of Child Psychology*, 4ª ed., Nueva York, Wiley, 1983. págs. 420-494; y G. Cellérier, “Le constructivisme génétique aujourd’hui”, en B. Inhelder y G. Cellérier. *Le Cheminement des découvertes de l’enfant*, Lausanne. Delachaux y Niestlé. 1992.

subjetiva, basada en las pulsiones en un contexto interpersonal, esta envoltura prenarrativa es por lo tanto una construcción mental que emerge del mundo "real": una "propiedad emergente" del pensamiento. De tal modo, múltiples "centros" especializados en el control de numerosos acontecimientos mentales (sensaciones, necesidades instintivas, motricidad, lenguaje, lugar, tiempo, etcétera), denominados *Parallel Distributing Processing (PDP)*, llegan ya a coordinarse en un nivel más elevado, que consistiría precisamente en la integración en un acontecimiento unificado con la estructura propia de la narración.

Así como la gramática generativa postuló la existencia de una *competencia* lingüística innata (con la matriz mínima de todo enunciado: sujeto-verbo-objeto) que se realiza ulteriormente en otras tantas *performances* gramaticales según las reglas de las diferentes lenguas, actualmente nos encaminamos hacia la idea de una estructura narrativa básica, si no innata, que se actualizaría desde las primeras interacciones pulsionales del recién nacido. Las "envolturas narrativas" se acompañarían de "representaciones analógicas", ni pura vivencia ni pura abstracción, sino algo intermedio entre una y otra. La fantasía sería una de esas representaciones analógicas de la envoltura narrativa, vivida en tiempo virtual.

Esta propuesta teórica parece muy seductora, con la condición de añadir que la experiencia analítica en la que desea basarse demuestra además que la fantasía (y por lo tanto la envoltura narrativa en sí) se inscribe en un contexto emocional, sin el cual la secuencia de esa fantasía no se realiza: en particular, la fantasía obra como tal en y por la pulsión destructiva oral-anal-genital de la que no se la podría dissociar. En otros términos, la secuencia prenarrativa que caracteriza la lógica formal de la fantasía depende de la posibilidad de expresar o no esa destructividad: por un lado, se trata de que el niño la manifieste y, por otro, de que la madre la reconozca, con su onda portadora que es la pulsión de muerte. El caso del pequeño Dick, ahora célebre, es una demostración patente.

La clínica kleiniana y poskleiniana, que ha destacado la existencia de ese pensamiento narrativo incluso en la profantasía, no se basó en la lógica narrativa precoz, sino en el descubrimiento de la *angustia primaria* que es la condición del pensamiento, si y solo si es reconocida y reescenificada por el objeto (la madre o, mejor, el analista).

Encontramos este *exceso de angustia* en las modificaciones del esquema narrativo canónico, sea en la asociación libre del paciente o en la técnica de la novela. Por otra parte, y al mismo tiempo, la experiencia psicoanalítica demuestra que la profantasía en cuanto "envoltura prenarrativa" de una "propiedad emergente" necesita de *la palabra del otro* para construirse

definitivamente como fantasía. Si bien es cierto que Klein insiste en el aspecto preverbal y afectivo de la envoltura narrativa que es la fantasía, nuestra autora (por la mediación del marco analítico) la vincula a la interpretación verbal del analista que, con la ayuda de sus propias palabras, conduce desde la prenarración hasta la fantasía narrada en sentido estricto. Pues ese relato que es la fantasía nombrada del terapeuta, que interpreta la profantasía actuada del niño, lleva el pensamiento emergente de ese niño a un nivel en adelante tercero: un nivel que se llamará *simbólico*, en el que la angustia primaria, así reconocida y reconstituida en el relato de la interpretación, encuentra las mejores condiciones para que la narración del propio niño se haga cargo de ella antes de que se sucedan otras formas de pensamiento.

Si bien, según lo hemos visto, la concepción kleiniana de la fantasía como metáfora encarnada permite captar la particularidad de la fantasía infantil, pero también la de la fantasía de la psicosis (así como su heterogeneidad, constituida por representaciones y “concreciones”), también oculta algunos peligros. Y no de los menores: en la cura, el riesgo consistiría precisamente en subestimar el sentido metafórico de esta fantasía; el no oír en ella más que la realidad de los objetos sustanciales, sin las partes de metaforicidad; en suma, en negar esa metaforicidad imaginaria e instalarse en un realismo psicológico. En tal caso, el analista cedería a las ecuaciones simbólicas de la psicosis y correría incluso el riesgo de alentarla al privarse de los medios para llevar esas ecuaciones a una verdadera simbolización.

Las Controversias²⁰ insistieron mucho en estos escollos, y una lectura atenta de las respuestas de los kleinianos indica que tanto Melanie como sus seguidores eran conscientes de esa deriva. Ellos distinguían el imaginario del paciente y el del analista, a cuya fecundidad se atenían, puesto que era el material privilegiado del trabajo analítico tal como se despliega con más o menos gracia entre los extremos que son las concreciones psicóticas por un lado, y por el otro las tendencias a adaptarse a la realidad normativa. Además, las Controversias parecían haber surgido en el momento justo para permitir ese esclarecimiento que no habría podido producirse sin ellas, aunque los peligros aún subsisten, y muchos profesionales siguen confundiendo los registros de lo real, lo imaginario y lo simbólico que Lacan, por su lado, iba a distinguir con mucha insistencia.²¹

Otros analistas tomaron la precaución de diferenciar los diversos

20 Cf. *infra*, cap. X, 1, págs. 237 y sigs.

21 Cf. *infra*, cap. X, págs. 265-267.

registros interpretativos de la cura analítica frente al movimiento psíquico *regrediente* hacia la pulsión y lo sensorial. En esta exigencia de rigor situaremos la trayectoria de Bion, que trató de preservar la teoría analítica del empleo de un lenguaje metafórico para designar la realidad psíquica; por temor a que este lenguaje indujera por sí mismo la confusión de los registros, Bion recurre a notaciones abstractas como L, H, K, iniciales de *love* (“ama”) *hate* (“odia”), y *know* (“conoce”). Entonces, si “X ama a Y” puede escribir “L”, y así sucesivamente.²² Con una preocupación análoga, Winnicott insiste en los fenómenos psíquicos como *procesos*, y corre el riesgo de abusar de los gerundios: *being, living, dreaming, fantasizing...* Pero, fundamentalmente, los dos siguen próximos a la concepción kleiniana de un funcionamiento psíquico primario, si no primitivo u originario, que se manifiesta en la experiencia mental del lactante y en la del psicótico, y que estos autores designan con términos tales como “agonía primitiva” (Winnicott) y “miedo sin nombre” (Bion), o *formlessness*, incluso “cosa en sí” en ambos.

La confrontación con ese universo de la fantasía primaria, ¿se debe a la regresión del psicoanalista? ¿Sería el resultado de una carencia teórica, que compensa la imaginación del terapeuta, puesto en dificultades por el funcionamiento enigmático de un bebé o de un psicótico, que desafía la verbalización? ¿O, por el contrario, la audacia empírica de Klein atestigua una necesidad intrínseca de la escucha analítica, ya que la fantasía es el verdadero objeto de todo psicoanálisis? Solo acompañado con su propia fantasía en espejo puede el analista llevar al paciente (aunque nunca completamente) hasta la verdad psíquica, y favorecer su encuentro con la realidad. En consecuencia, de ello no se sigue un escepticismo en cuanto al conocimiento del ser humano, sino la certidumbre de que lo imaginario es el terreno mismo de la verdad, sin el cual lo verdadero se confundiría con la represión.

Al contrario, quienes intentan prescindir de la fantasía (sea evacuándola con el recurso de siglas, sea desvalorizando lo imaginario, que solo sería un desconocimiento) se condenan a no escuchar el material inconsciente, que para entregarse no tiene más medio que la fantasía; en el mejor de los casos, lo escuchan en su clínica, pero defendiéndose con sus teorías religiosamente purificadas. Forzoso es reconocer que, en el debate sobre este tema, quienes asumieron el riesgo de reivindicar el papel de la fantasía en el proceso del conocimiento fueron las mujeres (Klein, Isaacs, Heimann); ellas dejaron el cuidado de refrenar lo imaginario mediante lo simbólico a hombres como Bion, Winnicott, y, de otra manera, Lacan. Klein

22 Cf. *Aux sources de l'expérience* (1962), trad. franc. PUF. 1979. pág. 60.

no solo trabajaba sobre el imaginario (del niño) y en el imaginario (de la analista), sino que lo hacía tan intensamente, tan profundamente, que la interacción de esos dos imaginarios (niño/analista), operando sobre los cuerpos y sus actos, dan necesariamente la impresión de que se excavaba hasta las entrañas: “tripera genial”, ironizó Lacan.

Tratemos de acompañar con más empatía ese sondeo fantasmático de las fantasías por parte de Melanie Klein. Al acercarse más a una percepción alucinatoria de la *frustración* que a la *satisfacción*, Klein no encalla en una sustantivación del inconsciente, como se la ha podido acusar, desde un punto de vista superficial. Por el contrario, ella ausculta esa anamorfosis del cuerpo en espíritu, de las sensaciones y los afectos en signos, y viceversa, una anamorfosis para la cual la palabra “imaginario” resulta demasiado unidimensional, y que el cristianismo designa con la palabra *encarnación*. “Melanie Klein logró dar vida al inconsciente, toma la metáfora por su lado encarnado.”²³

Pero, a la inversa de las tendencias idealistas e idealizantes del cristianismo, que utilizan la lógica de la encarnación para reprimir el cuerpo y el sexo en beneficio de la espiritualidad, Melanie rehabilita la carne en el verbo, y privilegia el cuerpo pulsional y pasional en la imaginería y el simbolismo que tejen las fantasías de los pacientes.

Entre los numerosos elogios que ha recibido el genio del cristianismo por la llegada de su tercer milenio, se ha olvidado uno: al situarse donde el Verbo se hace carne, y viceversa, la experiencia cristiana realiza el viaje al final de la noche, donde se confunden las palabras y las cosas. ¿Misterio de lo ininteligible o reconocimiento de la psicosis? Por haberse establecido en esa frontera y después pensarla, el cristianismo puede pretender una universalidad y subsumir a las otras religiones. Es posible que el psicoanálisis sea el único que ha entendido este desafío, por estar fundado en un modelo del aparato psíquico que incluye la sexualidad, y por actuar en virtud del amor de transferencia.

La llamada revolución “copernicana” de Freud no residió únicamente en la herida que introdujo en el corazón del hombre-Dios al destronar el imperio de la conciencia con la lógica inconsciente del deseo. Más radicalmente, esa revolución consistió en inscribir el lenguaje y el pensamiento en la pulsión sexual, incluso en su sustrato biológico. La fantasía kleiniana intensifica esa refundición del dualismo cuerpo/alma. Al postular la intrincación del cuerpo y el alma en el corazón del ser humano, el psicoanálisis supera el marco estrictamente clínico, a veces

23 Cf. Nenunca Amigorena-Rosenberg, Leopoldo Bleger y Eduardo Vera Ocampo, “Melanie Klein ou la métaphore incarnée”, en *Psychanalyse: cent ans de diván. Panoramiques*, Arléa-Corlet, 1995, n° 22, pág. 101.

desmesuradamente ideológico, de su campo. Aunque nos cueste admitirlo, forma parte de una corriente esencial del pensamiento moderno que, desde hace más de un siglo, intenta un desmantelamiento paciente y riesgoso de la metafísica, comenzando por sus categorías dicotómicas (cuerpo y alma, sujeto y objeto, espacio y tiempo, etcétera). Así, la manera que tiene Melanie Klein de escuchar la fantasía e interpretarla deriva evidentemente de esa desconstrucción de la metafísica que interesa muy en particular al debate poscatólico del psicoanálisis con la metafísica. Con la condición de que se admita que el mito de la encarnación cristiana está ya en el camino de una reformulación del dualismo metafísico: el cuerpo del Hombre de Dolor es un alma, y el alma es un cuerpo en la dinámica de la transustanciación. Al radicalizar a Freud, Klein emplea toda su lucidez terapéutica para transferir ese mito y su desconstrucción al cuidado del otro, al respeto al otro. La fantasía parece ser a la vez el objeto (la fantasía del paciente) y la palanca de Arquímedes (la fantasía del analista) de esa experiencia.

No obstante, a pesar de estos progresos formales, psicoanalíticos y filosóficos, nos queda mucho camino por recorrer a fin de precisar el modo en que la fantasía verbalizada de la analista, intercambiada en la transferencia/contratransferencia, induce una modulación última que convierte la envoltura prenarrativa en una fantasía nombrada y lúdica. Y, con el relato narrado por el niño, libera las capacidades lógicas internas de la narración, pero también capacidades lógicas no narrativas, científicas y teóricas.

3. ¿UNA ATRACCIÓN FEMENINA POR LO ARCAICO?

Si la fantasía es el *representante* psíquico de la pulsión, como hemos visto, en Klein y sus seguidores este término tiene un doble sentido. En primer lugar, es un representante de la pulsión (o más bien un “retoño”) porque constituye su “transposición” anterior a la idea y el lenguaje, y corresponde al término freudiano *Repräsentant*; en segundo lugar, y hablando estrictamente, es una representación ideal que corresponde al término freudiano *Vorstellungs-repräsentant*.²⁴ Hemos asimismo comprobado que, más que en Freud y otros autores, la fantasía kleiniana tiene en cuenta el sentido primero de representación preverbal, e incluso lo privilegia.

Esta atracción de lo primario y lo orgánico no es una experiencia

24 Cf. “Le refoulement”. “L’inconscient”. en *Métapsychologie* (1915), trad. franc. Gallimard, 1952. págs. 67-90 y 91-161.

exclusiva de Melanie y sus discípulos. En la historia del psicoanálisis, numerosas terapeutas han insistido en el efecto de la experiencia orgánica sobre la vida psíquica: desde Eugénie Sokolnicka hasta las psicomatistas modernas, pasando por Marie Bonaparte, para no citar más que ejemplos franceses. Aunque este tema no es exclusivamente femenino, entre las mujeres es considerable el interés por lo orgánico, acompañado de una fuerte implicación contra-transferencial.²⁵ Si prestamos atención al aporte realizado por Klein a la comprensión de la sexualidad femenina, pero también de la fantasía, y procedemos a una refundición de las contribuciones ulteriores, podemos entender mejor la razón de que la sexualidad femenina (y no solo el cuerpo femenino, sometido al ciclo ovárico y la maternidad) induzca en las mujeres ese interés por lo arcaico. Y también de qué modo esa atracción, si no se enreda en una fácil y lamentablemente demasiado corriente complacencia organicista, puede ser, por el contrario, el sostén principal del análisis pensado como renacimiento psíquico.

La niña está al principio apegada a la madre y seducida por ella. Madre-continente de la niña y mujer-amante del padre, esa presencia inicial está inscrita para la hija en un Edipo que denominaremos "Edipo primo". Freud encaraba ese apego primario como una arqueología perdida, casi inaccesible, semejante al período minoico-micénico anterior a la Grecia clásica, experimentado además como una osmosis idílica, oblativa. Pero, desde Melanie Klein y las observaciones ulteriores, sabemos hasta qué punto ese Edipo primo está cargado de angustia y agresividad, en virtud de las cuales el miedo a la catástrofe corporal y psíquica se suma a los efectos de la dependencia y protección tranquilizadora, tanto en la niña como en la madre, bajo la incidencia de la pulsión de muerte. Siempre en el horizonte del lenguaje, pero sin la palabra, el Edipo primo es dominado por la sensación: boca a pezón, boca a boca, piel a piel, sonoridades y perfumes bañan ese entre-mujeres que deja huellas indelebles, para bien y para mal. En primer lugar, la oralidad, pero también la analidad, así como las pulsiones uretrales y una percepción precoz de la vagina, quedan involucradas en una ambivalencia respecto de quien no es aún un objeto, sino un "abyecto": polo de satisfacción y repulsión. No obstante, cuando los cuidados maternos son óptimos, la sublimación toma pronto posesión de esa sensorialidad intensa e inhibe las metas eróticas y tanáticas de los afectos, modulándolos como ternura. Grado cero de una sublimación que volverá a encontrarse en la tendencia, propia de la sexualidad femenina, a

25 Cf. Julia Kristeva, "Psychanalyser au féminin. De quelques contributions féminines à la théorie psychanalytique", comunicación presentada en el Coloquio de Historia del Psicoanálisis, julio de 1997.

la idealización amorosa o estética, la sensualidad y los afectos filtrados y reducidos a ternura pueden ser el punto de partida de la represión, también específico de la excitabilidad histérica: una represión porosa, atravesada de sensualidad, incluso de sensiblería. Con la posición depresiva, la niña puede imaginar la ausencia de la madre como objeto total perdido. En la fase fálica cambia de objeto e inicia su Edipo bis. Ahora bien, lo que Klein no dice suficientemente es que, en ese proceso, la niña pequeña se apoyará en la identificación con el padre, lo mismo que el varón en esa etapa, pero de una manera distinta. Aquí se produce un desdoblamiento.

Por un lado, la niña se identifica con el padre como Fallo: instancia simbólica que ejerce su poder sobre la madre determinando sus presencias y ausencias, al mismo tiempo que es portadora de un órgano visible y separable, el pene. La niña pequeña lo observa en el propio padre o eventualmente en un hermano, y se convierte en objeto de deseo en sí mismo, ya no interno de la madre, sino objeto externo del deseo de la madre y la hija. En este trayecto de separación respecto de la madre, la niña destina un sentimiento de odio a su progenitura (madre castrada) que no la ha provisto de ese órgano. La depresividad macula el vínculo con la madre, y esa desvalorización de lo femenino favorece el abandono de la madre como objeto de deseo, en beneficio de la identificación fálica.

En la niña, el falicismo ha sido preparado por su amor y su envidia a la madre en el curso del Edipo primo; en la etapa fálica, y aprovechando el distanciamiento respecto de la madre consecutivo a la posición depresiva, ese falicismo tomará la forma de “una investidura de los signos y el pensamiento”. A la niña, en adelante capaz de aprehender a su progenitor como referente primero del poder invisible, del poder del pensamiento, se le impone la función de padre, cuya autoridad está más allá de lo sensible cotidiano. En la etapa fálica tiene lugar un extraño encuentro entre la percepción de esa autoridad simbólica del padre, el simbolismo del lenguaje, y las particularidades del órgano masculino, que es separable, “cortable”, que es posible perder, que está presente o ausente, tumescente o detumescente. La lógica del simbolismo basado en la presencia/ausencia, en el binomio 0/1, se experimenta tanto en el nivel del erotismo como en la representación; el pene pasa a ser el sostén de la diferencia que genera sentido, el factor orgánico de nuestra computadora psicosexual. El niño se convierte en sujeto cuando se separa del objeto: es, entonces, en la etapa fálica del Edipo que consolida la posición depresiva, cuando se puede verdaderamente hablar de un “objeto” para un “sujeto”, puesto que no hay objeto que no sea significativo para un sujeto. Al mismo tiempo, la función del padre se relaciona con la autoridad y la ausencia, y la del fallo con la

pulsación potencia/castración. De modo que la etapa fálica efectúa para el sujeto la unión de sexualidad y pensamiento, esa unión que suelda y unifica su estructura como estructura de deseo e interrogación, simultáneamente búsqueda de satisfacción libidinal y de curiosidad pensable.

No obstante, mientras juega esa identificación fálica decisiva para su devenir-sujeto, la niña pequeña, contrariamente al varón, se siente extraña a su dinámica. Ella no tiene ese pene en torno al cual tiene lugar el encuentro fálico decisivo para la estructuración del sujeto pensante: el clítoris es solo un equivalente menor y, sean cuales fueren los placeres que procura, sigue siendo invisible y no reconocible. En consecuencia, en ese mundo fálico-simbólico subrayado por la posición depresiva, la niña (la mujer) está exiliada. Se proyecta en él, pero “no está en él”; no cree en él, o más bien *juega* a “estar” y creer. En ella, todo “estar” o “creer” es naturalmente una mascarada, disfraz, maquillaje, no-ser. Extraña al universo fálico-simbólico, se repliega en el recuerdo cada vez más inconsciente, pues es reprimido, del Edipo primo, recuerdo minoico-micénico del amor-odio con el abyecto materno. Extraña a la esfera de los padres y del vínculo social comunitario, que es un vínculo simbólico, ella será esa “eterna ironía de la comunidad” señalada por Hegel, una incrédula más o menos confesa, una mística seguramente, fiel e infiel. Y a menudo experimenta en el sadomasoquismo su pertenencia ambigua, extraña, a la ley fálico-simbólica de los padres, en la cual participa sin estar en ella.

Sin embargo, en cuanto adhiere a la vertiente fálico-simbólica para ser *un sujeto* que habla y piensa como todos los otros (y a menudo incluso más vigorosamente que los varones, refrenados por su rivalidad con el padre), la niña cambia de objeto. El pene es el sujeto de la ley fálica, del lenguaje y del pensamiento, pero ella lo elige como objeto del deseo. Este objeto no es ya la madre que contiene al pene (como en el Edipo primo), sino el pene en sí del hombre (este será su Edipo bis). La heterosexualidad es el resultado de esa *nueva* elección, que la niña llega a realizar si supera la envidia a la madre y puede desprenderse de su Edipo primo. Entonces, en el Edipo bis, anhela ocupar el lugar de la madre, o tener un hijo del padre, como antes lo obtuvo la madre.

Edipo primo (amor-odio a la madre poseedora del pene), seguido del doble movimiento del Edipo bis (identificación fálico-simbólica y deseo del pene del padre como tal): lo que Freud denomina “bisexualidad psíquica”, más acentuada según él en las mujeres que en los hombres,²⁶ se dibuja *en y*

26 Sigmund Freud, “Sur la sexualité féminine” (1931), en *La vie sexuelle*, ob, cit.,

se explica *por* la ambigüedad de esos cambios de actitud psíquica en el curso del desarrollo de la mujer. El movimiento complejo que acabamos de describir aclara la extraña madurez de ciertas mujeres que logran realizarlo, en comparación con la inmadurez de los hombres que siguen apegados a la madre. Pero también aclara las dificultades psicosexuales que encuentran la mayor parte de las mujeres, y los múltiples fracasos que las fijan en la excitabilidad de la histeria, en los vapores de la depresión o, más comúnmente, en la frigidez. Perplejo, Freud se pregunta: “¿Qué quiere una mujer?”. En efecto, desde el a-byecto materno hasta el cambio de objeto que la lleva a elegir al padre en lugar de la madre como compañero erótico, pasando por la identificación fálico-simbólica, ¿dónde está el objeto del deseo de la mujer? Melanie no se plantea este interrogante: para ella, el deseo femenino, más que cualquier otro, si acaso es posible, está dominado por la angustia.

La maternidad enfrenta a la mujer con una nueva experiencia del objeto: el niño, finalmente presencia real, no es un a-byecto (la madre minoico-micénica), ni un objeto de deseo (el pene/falo), sino *el primer otro*. O bien puede serlo, pues estimula las tendencias a la sublimación acentuadas por la vertiente simbólica de la fase fálica, al inhibir la pulsión en cuanto a su meta y dirigirla hacia los signos de la lengua y la cultura. Por lo tanto, el hijo es esa aurora de la alteridad en la cual el narcisismo de la mujer encuentra una última oportunidad para deshacerse del repliegue sobre ella misma y la madre, para consagrarse al otro: ansias y delicias de la maternidad. En efecto, la madre corre el riesgo de encerrarse en la omnipotencia de una matrona andrógina (que ha conseguido el pene del padre para hacer con él el hijo de *ella*, ¡y más aún si ese niño es de sexo masculino!), una matrona que se imagina finalmente colmada por el poder que ejerce sobre esa criatura frágil, la cual, por cierto, le permitirá *realizarse*. Pero es posible que quede fragilizada para siempre al descubrir su bisexualidad psíquica, que no es más que su incompletud, lo contrario de la androginia: al experimentar continuamente su vulnerabilidad en el lugar de ese otro que ella envía al mundo, separado desde el principio y por definición no dominable: su hijo, su amor. El dolorismo de esa actitud materna no debería impedirnos descubrir allí las latencias civilizadoras: la pulsión renuncia a su meta, que es la satisfacción, a partir de esa compasión por el otro, y no se da otra meta, sino *un otro*, sencillamente, la preocupación de proclamar al otro. El niño es ese primer otro, y la experiencia de la maternidad, su aprendizaje esencial. Interminable, necesariamente frustrada y, en este sentido, inevitablemente sublime.

En el cumplimiento de esa función materna, la mujer encuentra la memoria del vínculo arcaico con su propia madre, así como de su Edipo primo: su dependencia respecto de la otra mujer y su rivalidad con ella, la comunicación sensorial y su sublimación primaria, que desde el principio transformó el erotismo y la angustia en complicidad. La maternidad y, más en general, la función parental, están en la base de la actitud de preocupación que convierte la pulsión erótico-tanática, el deseo profundamente sádico que nos lleva hacia el otro, en esa solicitud que no tiene más finalidad (que no debería tener otra finalidad) que la de *dejar vivir*, serenamente.²⁷

Entre todos los terapeutas de la desdicha humana, el psicoanalista es el que compone más y mejor esa vocación materna, en la medida en que entiende el dolor psíquico del sujeto que sufre. Lejos de ser una abstracción, el alma, tal como se revela en la experiencia psicoanalítica, es el alma de un cuerpo que desea y odia. Para entenderla, la escucha debe hacerse cómplice del deseo y la angustia, pero deserotizando al analizante que es su portador, para hacer de él un *otro*: el paciente es mi diferente, un diferente al borde de la indiferencia que permite precisamente *pensar* sus verdades en lugar de confundirse con ellas. Creación continua de la alteridad, el psicoanálisis es también una alquimia en la que el erotismo angustiado se metaboliza en ternura. ¿Ternura hacia quién? Hacia las verdades del otro, en las cuales me proyecto y de las cuales sin embargo me exilio, puesto que son otras. Hombre de ciencia y de ley, Freud no dice “ternura” sino “benevolencia”; Melanie, por su parte, piensa en la sublimación que desinhibe la inteligencia, y formula sin rodeos las lógicas pulsionales que permiten acceder al pensamiento.

En esta dinámica, la analista que no censura su sexualidad femenina sigue habitada por una bisexualidad psíquica regida por el Edipo primo y el Edipo bis. La analista activa en sí misma (y oye en su analizante) una gama compleja que componen lo materno sensorial y la copresencia erotismo/pensamiento impuesta por la identificación fálica, y también por su superación en una posición femenina receptiva del pene paterno para obtener un hijo. Lo arcaico maternal de su propia relación con el a-byecto materno y de su posición de madre frente a su hijo, le da acceso a la complejidad de la vida psíquica, al abanico que se despliega desde las pulsiones hasta las palabras, desde el pensamiento hasta lo sensorial. Cuando una mujer así constituida escucha o “piensa” a su paciente, no

27 Cf. Julia Kristeva, “De l'étrangeté du phallus ou le féminin entre Illusion et désillusion”, en *Sens et non-sens de la révolte*, Fayard, 1996, en particular págs. 203 y siguientes. y págs. 208 y sigs.. y “La filie au sanglot. Du temps hystérique”, en *L'Infini*, nº 54. primavera de 1996. págs. 41-12.

aplica un sistema ni un cálculo. La lógica de lo que nos ha parecido la computadora fálica y simbólica, con su esquema de 0/1, no ocupa en este caso una posición dominante, sino que una fuerte coloración imaginaria impregna el conocimiento de la transferencia y la contratransferencia. Solo así renace el analista y hace renacer a su analizante. La experiencia psíquica como renacimiento exige ese acceso a todos los registros del aparato psíquico, hasta lo materno transverbal.

¿Regresión arcaica? Digamos más bien acceso a lo primario translingüístico. El psicoanalista (hombre o mujer) que pretende restituir el psiquismo, no como sistema o estructura, sino en tanto que *vida psíquica* del otro, enfrenta necesariamente lo femenino e incluso lo maternal que hay en él, femenino y maternal que la fantasía kleiniana impone continuamente al análisis, por su figuración heterogénea como “metáfora” encarnada. Las aporías de Melanie sobre el camino de lo arcaico revelaron esa necesidad, y los más inventivos de sus discípulos así lo comprendieron: Bion, Winnicott, Tustin y otros, ¿no son custodios de lo femenino y de lo sensible que hay en ellos, lo mismo que en nosotros?

VIII. Inmanencia y grados del simbolismo

1. DE LAS ECUACIONES A LOS SÍMBOLOS: DICK

Desde la perspectiva de Melanie Klein, el universo psíquico del lactante, en virtud de la precocidad del yo y el superyó, del Edipo y las fantasías encarnadas, aparece entonces como habitado desde su origen por una forma de simbolización primera, rudimentaria si las hay. Tanto creadora de vínculos como defensiva e inhibidora, esta simbolización está destinada a modificarse antes de acceder al pensamiento en sentido estricto: a veces solo lo logra con la ayuda del psicoanálisis.

Melanie Klein desarrollará de una manera nueva la protopresencia de una simbolización pulsional, retomada de ciertos textos de Freud, y ese desarrollo parece llegar al extremo de una ruptura con el fundador, aunque ella y sus discípulos hayan subrayado de modo incesante su continuidad con la herencia del maestro. Esta fidelidad-e-innovación, que es una constante en toda la obra de Melanie Klein, se descifra particularmente en la concepción (a menudo más implícita que explícita) del simbolismo y sus etapas, que los kleinianos iban a esforzarse en sostener.

Sigamos este movimiento en el caso de Dick.

Dick es un niño de 4 años, “retrasado”, como suele decirse: apenas habla, se muestra indiferente a la presencia de la madre y la niñera, insensible cuando se hace daño, muy torpe en el manejo de cuchillos y tijeras, y sus logros intelectuales son los de un niño de entre 15 y 18 meses (en la medida en que se pueda confiar en este tipo de evaluaciones). Su “actitud perfectamente negativa”,¹ tal como la perciben la madre y la propia Melanie, será calificada por la analista de “actitud negativista alternante con manifestaciones de obediencia automática”.² Sin comparación con un niño neurótico que presentara una cierta inhibición en el juego, pero sin embargo capaz de simbolizar las relaciones con los objetos (recordamos el caso de Fritz),³ Dick no pone de manifiesto ninguna relación afectiva con los objetos circundantes, no “llama” ni da muestras de ninguna “coloración fantasmática”. La analista diagnóstica esquizofrenia,

1 Cf. “L’importance de la formation du symbole dans le développement du moi” (19301. en Melanie Klein. *Essais de psychanalyse*. ob. cit.. pág. 266.

2 *Ibid.* pág. 275.

3 Cf. *supra*, cap. II, págs. 46 y sigs.

un trastorno que a su juicio es más frecuente de lo que se piensa en los niños pequeños, y cuyo rasgo esencial en Dick sería “una inhibición del desarrollo”, más bien que una “regresión”. La clínica moderna vería probablemente en este caso rasgos autistas, pero, como lo precisa Klein, no cabe “enredarse en una discusión del diagnóstico”. Lo esencial, en efecto, es seguir los fulgores de la observación kleiniana, las inferencias que registra sobre el estado y el desarrollo del niño, pero también las concepciones más generales sobre la génesis del simbolismo que se desprenden de esa observación.

Analizante y alumna de Ferenczi, como sabemos, Klein recuerda con él que en el fundamento del simbolismo se encuentra la *identificación*, es decir, el esfuerzo del pequeño tendente a descubrir en cada objeto exterior sus propios órganos y su función. Ernest Jones había afirmado que lo que hace posible esta identificación, en sí misma precursora del simbolismo, es el *principio de placer*: la *similitud* entre el interior y el exterior identificados entre sí se basa en el *placer similar* que procuran. Pero, en este punto, Klein se aleja de Jones: dice en sustancia que no es el placer sino la *angustia* lo que pone en marcha el mecanismo de la identificación.

Como el niño anhela destruir los órganos (el pene, la vagina, el pecho) que los objetos representan, comienza a temer a esos objetos. Esta angustia lo empuja a asimilar esos órganos a otras cosas; a causa de esa *equivalencia*, estas cosas se convierten a su vez en objetos de angustia, y el niño se ve entonces obligado a establecer sin cesar nuevas *ecuaciones* que constituyen el *fundamento* de su interés por los objetos nuevos, y del propio simbolismo.⁴

Retengamos los términos “ecuación” y “equivalencia”: Hanna Segal va a retomarlos, diferenciándolos, dándoles una significación precisa en el proceso de la simbolización en dos etapas que ella clarificará.⁵

De modo que, junto con el sadismo originario, y muy acentuada en ciertos sujetos (como Dick), habría una protosimbolización inefable, la cual, si es inhibida defensivamente, podría obstruir el acceso a la actividad imaginaria: Dick, en efecto, “no llama” y “no juega”.

La analista solo le supone profantasías sádicas (como hemos visto, Winnicott hablará de “agonía primitiva” y Bion de “miedo sin nombre”). Melanie es más bíblica: el “estado de guerra” y la “ley del talión” dominan ese universo de violencia primaria, según ella impuesto siempre por la pulsión de muerte, y más cruelmente si esa pulsión es excesiva. El lector

4 Cf. “L’importance de la formation du symbole dans le développement du moi”, art. cit., pág. 265; las cursivas son nuestras.

5 Cf. *infra*, págs. 198-199.

desconfiado tiene que interrogarse: ¿se equivoca, piensa en ella misma? ¿O bien, por el contrario, Dick confirmará sus hipótesis? En caso afirmativo, ¿cuál podría ser el sentido de esa “confirmación”?

Sobre todo porque (y esta es la segunda constatación de Melanie Klein), “Las fantasías sádicas concernientes al interior del cuerpo materno constituyen la relación primera y fundamental con el mundo exterior y la realidad”.⁶

Entendámoslo: si esas fantasías llegan a manifestarse en el juego y el lenguaje, establecen primero una realidad fantasmática con el mundo exterior, una “realidad irreal” a partir de la cual podría establecerse “progresivamente”, solo en un segundo momento, una “relación auténtica con la realidad”.⁷

De modo que, según Klein, es posible distinguir dos grados de simbolismo, que el análisis de Dick sacó a luz. Primero, un *simbolismo primario* pulsional, rudimentario, pero que obedece ya a la lógica de las “ecuaciones”, un simbolismo que en 1946 especificará el mecanismo de la identificación proyectiva.⁸ En segundo lugar, un *simbolismo de la fantasía nombrada que*, por medio de la verbalización que proporciona un tercero (el analista), permitirá un primer apartamiento de la angustia (su *Verneinung*, su aislamiento, el inicio de su represión), así como la constitución concomitante de una “realidad auténtica” en reemplazo de esa “realidad irreal” hasta ese momento aplastante para el niño. Esta lógica, pacientemente elaborada, será atribuida en 1934 a la posición depresiva, más particularmente a la evolución que esta genera en las “ecuaciones”, convirtiéndolas en “verdaderos símbolos”.

¿Cómo hace Klein, en 1930, para establecer estas observaciones? Dick no juega, es indiferente a lo que lo rodea. La analista llega a la conclusión de que debe cambiar de técnica y, en un primer momento, atravesar “ese obstáculo *fundamental* para establecer un contacto con el niño”.⁹ Sobre la base de su experiencia anterior, sobre todo con Fritz, Melanie se involucra como si *ella* fuera *él*, va a “injertarle” (según la expresión de Lacan) la fantasía presupuesta pero muda de Dick, formulándola en lugar de él:

6 Melanie Klein, *Essais de psychanalyse*, ob. cit., pág. 265.

7 *Ibid.*

8 Este hipotético simbolismo primario según Klein se puede comparar con el “lenguaje de los órganos” en el esquizofrénico del que habla Freud, y cuya lógica sería una lógica de la *identidad*, en oposición a la *similitud*: “Lo que ha regido la sustitución es la identidad de la expresión verbal, y no la similitud de las cosas designadas”. (“L’inconscient” [1915], *GW*, t. X. págs. 204-303, *SE*, t. XIV, págs. 159-215, trad. franc. en *Métapsychologie*, Gallimard, col. “Ideés”, 1968, págs. 117-118; cf también *supra*, cap. Vil, pág. 159, nota 9.)

9 Melanie Klein, *Essais de psychanalyse*, ob. cit., pág. 269.

Tomé entonces un tren grande, lo coloqué junto a uno más pequeño y lo designé como “Tren Papá” y “Tren Dick”. Él tomó el tren que yo había llamado Dick, lo hizo rodar hasta la ventana y dijo: “Estación”. Expliqué: “La estación es mamita; Dick está entrando en mamita”. Dejó entonces el tren, fue corriendo hasta el espacio entre las puertas exterior e interior del cuarto y se encerró en él diciendo “oscuro”, y volvió a salir corriendo. Repitió esto varias veces. Le expliqué: “Dentro de mamita está oscuro. Dick está dentro de mamita oscura”. Entretanto, él tomó nuevamente el tren, pero pronto corrió otra vez al lugar entre las puertas. Mientras yo le decía que él estaba entrando en la mamita oscura, él había dicho dos veces en tono interrogativo: “¿Niñera?”.¹⁰

En la tercera sesión, Dick mira los objetos con interés. La analista descubre en ello una actitud agresiva, le da tijeras, pero Dick no sabe usarlas, y Melanie, “respondiendo a una rápida mirada” del niño, corta los pedazos de madera de un carrito carbonero. Dick lo arroja en seguida, junto con su contenido, dentro del cajón, y dice: “Se fue”.

Le dije que eso significaba que Dick estaba sacando heces del cuerpo de la madre.¹¹

Con una extraordinaria pertinencia clínica, Klein vincula el sentido privativo o negativo de “se fue” al erotismo anal y a la destrucción de los fetos imaginados en el cuerpo materno como idénticos a los excrementos. Muy pronto el niño sale de su escondite y da muestra de una curiosidad naciente: acerca de los otros juguetes, del lavabo, etcétera. Todo se encadena, es interminable: de ecuación en ecuación y de equivalencia en equivalencia, habrá que aguardar a la fiel Segal para que haga la selección...

¿Qué ocurría en la mente del analista, y en consecuencia en la del niño, tal como ella lo observaba?

Frente a la apatía de Dick, Klein apuesta a que comprende el lenguaje, aunque no se exprese. Opta entonces por asumir el papel del sujeto que habla, lo que implica que Dick posee dos competencias: un conocimiento pasivo de la lengua y a la vez un presimbolismo fantasmático o, en otras palabras, una capacidad para la fantasía infralingüística que entra en resonancia con las fantasías comunicadas por la palabra de Melanie. Esas fantasías preverbales, presupuestas por Klein, no son en absoluto inocentes: se trata de fantasías edípicas (las mismas que ella ha podido observar en los niños neuróticos que hablan y juegan, y de acuerdo con el postulado freudiano), aunque en el caso de Dick aparecen reforzadas por

¹⁰ Ibíd, pág. 279.

¹¹ Ibíd.

un sadismo violento.

Basándose en lo que ella conoce en la historia de su pequeño paciente, Melanie formula la hipótesis (más tarde se dirá “contra-transferencial”) de que el cuerpo de la madre le inspira a Dick un horror inmenso, puesto que desea atacarla para vaciarla del pene paterno y de las heces que representan a los otros niños. El sadismo oral (al que se unen los sadismos uretral, muscular y anal) habría adquirido en Dick una intensidad exagerada, muy pronto sustituida por la genitalidad. Esa fijación sádica y genital al objeto materno (Dick tuvo una mala lactancia y padeció problemas digestivos precoces, un prolapso anal y hemorroides; el aprendizaje del control de esfínteres le resultó difícil) se vio agravada por la depresión de la madre y, más en general, por la falta de amor experimentada en su familia, una falta débilmente compensada por la atención bondadosa de la niñera. Pero he aquí que esta descubrió que el niño se masturbaba: lo hizo entonces objeto de una reprimenda, dando origen en el pequeño a un sentimiento de culpa. Klein llega a la conclusión de que hay una inhibición del sadismo: Dick es incapaz de expresar cualquier tipo de agresividad; se niega incluso a masticar su comida.

El desarrollo ulterior de Dick había sido perturbado porque el niño no podía vivir en fantasías la relación sádica con el cuerpo de la madre.¹²

En la escucha de Melanie, muy pronto aparece el deseo oral de Dick, dirigido al pene del padre, como la fuente principal de la angustia:

Durante el análisis de Dick llegamos a ver de muy diversas formas ese pene fantaseado, así como también un sentimiento de agresividad cada vez mayor contra él, con un predominio especial de los deseos de devorarlo y destruirlo. En una oportunidad, por ejemplo, Dick se llevó a la boca un hombrecito de juguete, y, rechinando los dientes, dijo “*Tea daddy*”, “*Té Papá*”, lo cual significaba, con traslación de la letra “t” “*Eat daddy*”, “*Comer Papito*”.¹³ En seguida pidió un vaso de agua. La introyección del pene del padre demostró estar conectada a la vez con dos temores: el temor al pene como superyó primitivo y dañino, por un lado, y, por el otro, el temor a la madre que lo castigaría por haber sido robada, es decir, el temor al objeto externo y al objeto introyectado. En este punto apareció en primer plano lo ya mencionado (un factor determinante en el desarrollo de Dick): que la fase genital había comenzado prematuramente. Esto se reveló con claridad en el hecho de que representaciones del tipo de las que acabo de citar desencadenaron no solo angustia, sino también remordimiento, lástima y la sensación de que tenía que reparar [..]. Simultáneamente con su incapacidad para tolerar la angustia, su prematura *empatía* había sido un factor decisivo en la represión de sus impulsos

12 *Ibíd.*, pág. 269.

13 Cf. también *supra*. cap. II, 5, págs. 60 y sigs.

destruictivos. Dick había roto sus lazos con la realidad y detenido su vida de fantasía, refugiándose en la fantasía del cuerpo oscuro y vacío de la madre.¹⁴

Melanie Klein identifica en primer término el deseo del niño por el padre, descifrando en él una mezcla de la posición femenina que asimila el órgano sexual por la boca y el impulso edípico a asesinar al rival. Infiere en consecuencia que, para defenderse de ambas presiones, Dick reduce a la madre a la condición de un “entre dos puertas” donde está “oscuro”:

De este modo había logrado también apartar su atención de los diversos objetos del mundo externo que representaban el contenido del cuerpo de su madre: el pene del padre, heces y niños. Porque eran peligrosos y agresivos, tenía que deshacerse de (o debía negar) su propio pene (órgano del sadismo) y sus excrementos.¹⁵

La analista formula primero *para sí misma* la fantasía de esa agresividad canibalística dirigida a la madre y el padre, y después se la restituye al niño en los términos de los medios verbales y lúdicos que le supone. Se trata de hacerle comprender que la oscuridad entre las puertas *no es* su mamá, sino que solo *se le parece*, es “un significante”, dirá el doctor Lacan. En Dick puede entonces poner en marcha la capacidad para significar, y finalmente construirse un mundo hecho de semejanzas, de significaciones, y no de identidades, un mundo de juegos y palabras.

En el análisis de Dick pude llegar hasta su inconsciente a través de un contacto con los rudimentos de vida fantasmática y de formaciones simbólicas que ponía de manifiesto. El resultado fue una disminución de la angustia latente, de modo que cierto monto de angustia pudo volverse manifiesto.¹⁶

Entonces, ¿las “protofantasías” sádicas estaban ya allí, pero no expresadas como fantasías? Es Melanie quien las expresa: los trenes son papá y Dick; la estación es la mamá en la que hay que penetrar; destruir el carrito es desbaratar a la mamá al arrancarle los objetos sucios de su vientre. Melanie recita las páginas rosas del *Pequeño Larousse* psicoanalítico que la opinión generalizada se fabricó a partir de Freud y de la propia Klein! No obstante, son esas verbalizaciones, y no otras, las que sacan a Dick de su escondrijo (el “entre dos puertas” que Melanie no omitió interpretar como un “vientre oscuro”). Y el niño comienza a *llamar* (por

14 Melanie Klein, “L’importance de la formation du symbole...”, en *Essais de psychanalyse*, ob. cit., págs. 271-272.

15 *Ibíd.*, pág. 272.

16 *Ibíd.*

empezar, a la niñera) y *busca* los juguetes, y *va a mojarse* al lavatorio, que es al mismo tiempo el cuerpo de la madre y su propio cuerpo. El mundo comienza a existir, como creado por la serie de equivalencias que se desencadenó en el intercambio entre el niño y la terapeuta. Dick puede finalmente jugar con él: lo real innombrable se ha convertido en un imaginario que alivia. Mediante la palabra de la analista. ¿Podría haber sido cualquier palabra?

Por cierto, no.

En primer lugar, se necesitaba una persona en posición de *tercero*, en el sentido de diferente, de ajeno a la diada osmótica, demasiado cerrada o “empática” (como dice Klein) que el niño había formado hasta entonces con su madre frustrada o deprimida. Ni la niñera, ni el padre, ni ninguna otra persona habría podido pronunciar esas palabras.

Pero esto no es todo. Esta alteridad máxima del “sujeto supuesto saber” que es el analista se realiza a través de una palabra de contenido muy específico: se trata de decir y volver a decir un mito edípico con fuertes connotaciones agresivas, de enunciar un sadismo edípico que tiene por blanco a “papá en el cuerpo de mamá”. Dick desea comer a papá en la mamá por un Edipo que codicia al sexo paterno en sí mismo, más que al noble “significante” del “Nombre-del-Padre”: esto es lo que detecta Melanie con su “instinto de bruto”. Sin embargo, gracias a la violencia de su palabra de analista, que se mantiene en el significante sin saberlo (pero sin olvidar la pulsión canibalista), finalmente se podrá sacar de su enclave al sadismo oral y genital de Dick: un sadismo ya negado como tal, modulado como curiosidad psíquica, en el pensamiento.

Siempre cabe suponer¹⁷ que la naturaleza del discurso no importaba, puesto que el discurso, fuera cual fuere, puntuaba con los plenos y los vacíos del significante (con la alternancia presencia/ausencia que estructura la batería del signo) el batir de las dos puertas entre las cuales se refugiaba el niño. Idea imprudente si las hay, pues el significante que oye Melanie no es un significante cualquiera o, incluso menos, vacío, sino la sexualización edípica y la fuerte carga de la pulsión de muerte canibalista: “*Eat daddy*” en lugar de “*Tea daddy*”. Al reconocerlas en la transferencia, y al imprimirlas en el juego de Dick, la analista lleva al niño a reconocer la angustia y a representársela en el espacio abierto de la propia transferencia, que no es otro que el espacio de esa palabra interpretativa específica.¹⁸

17 Cf. *supra*. cap. VII, pág. 159 e *infra*, cap. VIII, págs. 194 y sigs., el comentario de Jacques Lacan.

18 Cf. desde esta perspectiva el comentario de Alain Giheault, “Variations sur un thème andéen: construction et/ou reconstruction du psychisme de l’enfant”, en *Les Textes du Centre Alfred Binet*, n° 15, diciembre de 1989, págs. 1-21.

En adelante, Dick se ha desprendido de la angustia edípica mortífera, puesto que se la remite el otro. Puede representársela, alucinarla si se quiere, no en el sentido de una *alucinación de la satisfacción* (este es el valor freudiano originario del término “alucinación”), sino en el sentido de una alucinación, digamos más bien de una fantasía de *frustración*. “No puedo penetrar en mamá y matar a papá en ella, estoy frustrado por esto, es un juego, no es más que un juego con la señora Klein, yo juego, por lo tanto pienso, por lo tanto soy”: tales serían los meandros del silogismo kleiniano operante en el encadenamiento juego/interpretación.

El hecho de que se tome en cuenta *verbalmente* la angustia edípica introduce la “diferencia” en el aparato psíquico. Una especie de corte desintrinca la osmosis que coagulaba al niño en su fascinación aterrada ante la madre. Es la verbalización de la angustia-además-del-placer lo que pone fin al estado de entropía constantemente amenazado entre la madre y el niño. La interpretación crea una brecha en la indiferenciación consecutiva a una identificación precoz, hecha de placer/displacer, el pequeño paciente y su progenitora. Queda descartado el riesgo de desintegración del yo y del organismo. La palabra de la analista es una escansión que puntúa la continuación alucinatoria inefable en la cual Dick estaba encerrado.

Decir con la señora Klein lo que Dick *alucina* que *hace* con papá-mamá, no es lo mismo que hacerlo en una fantasía privada de todo público. Solitaria e innombrable, esa fantasía muda le procuraba al niño una satisfacción discapacitante. La palabra de la analista alivia su angustia y su agresividad, ofreciéndole la posibilidad de distanciarse de ellas mediante la palabra y el juego. El *decir* del otro va a extraer el binarismo bueno/malo, identificación/proyección, subyacente en la fantasía inefable, la protosimbolización: la va a sacar de su “realidad irreal” separada y defendida del mundo, para conferirle el estatuto de una vivencia... psíquica. En efecto, la vivencia es en adelante *psíquica*, en cuanto comunicable entre dos personas enteras y separadas, dos sujetos (Dick y la señora Klein) exteriores a la escena de la fantasía en sí, aunque (y porque) esas dos personas son capaces de transferirse esa escena entre ellas. Esto es lo que le permite a Dick una cierta autonomía, y el emplazamiento de la “realidad auténtica” en la cual puede tener lugar lo imaginario del juego. Antes de su análisis, esas *transposiciones* estaban bloqueadas por *ecuaciones*: Dick no jugaba con ellas, no expresaba fantasías. En adelante las fantasías proliferan, porque las traen los símbolos de la palabra de la analista, en los cuales el niño ocupa un lugar. Esas *identidades* se han transformado en *similitudes*, y se desarrollan como una curiosidad primero lúdica y después intelectual frente a la realidad.

Al intervenir en dos planos (el de la palabra de un tercero y el de la toma de conciencia de la *angustia sádica edípica*, la interpretación suaviza las defensas y la disociación que hasta entonces constituían el psiquismo del niño. A medida que las pulsiones destructivas son reconocidas mediante la verbalización, las defensas inhibitorias que Dick había construido contra ellas dejan de ser tan fuertes y tan necesarias. Antes el niño se había constituido según el modelo de la escisión, no el de la represión. La doble acción de reconocimiento del Edipo agresivo y su verbalización mediante el análisis modifica el estatuto de las fantasías. En otras palabras, el grado de simbolización al que Dick accede le acuerda un lugar de sujeto de deseo con la señora Klein, un sujeto que va reemplazando poco a poco al yo aprisionado en la pasión esquizoparanoide por la mamá.

El acompañamiento kleiniano parece situarse en la trayectoria de una *negatividad*. En su texto, la analista emplea esta noción en dos oportunidades: para designar la destructividad de Dick, pero haciéndola trabajar en un sentido más amplio, y de una manera más empírica que teórica, en el interior de sus propias intervenciones, a fin de sacar a luz esa destructividad negativa del paciente. En efecto, su marcha consiste en destacar el negativismo de Dick y, redoblándolo con la palabra, elevarlo a un nivel superior, donde se niega como negativismo y se convierte en un conocimiento de sí mismo. En este análisis se produce una verdadera génesis de la posibilidad de pensar, una inversión de la espiral de la negatividad en lo positivo: a partir de la destrucción inherente a la profantasía muda, el análisis alcanzará el espacio de juego (“espacio transicional”, dirá más tarde Winnicott) de las fantasías verbalizadas por la analista, reconocidas como tales por el paciente, con el efecto de una desinhibición que desemboca en una creatividad lúdica y cognitiva.

Diversas contribuciones, realizadas por amigos y discípulos de Klein, desarrollaron de manera más teórica (excediendo en este aspecto al genio clínico de Melanie) los componentes lógicos de ese “trabajo de lo negativo”¹⁹ que la psicoanalista identificó y favoreció en el análisis de Dick en particular. ¿Habría que decir “un trabajo de lo negativo” –esto es, del proceso de simbolización– a partir del cual ella *dio a luz* con Dick? Puesto que Melanie hizo del niño *un creador* de símbolos, más bien que un simple *utilizador* de esos símbolos.²⁰

19 Según la expresión de André Green. *Le travail du négatif*, Ed. de Minuit. 1993.

20 Como lo ha señalado Hanna Segal, algunos textos de Freud dan a entender que el hombre es un “utilizador de símbolos” (sobre todo en cuanto Freud señala que el sueño utiliza un conjunto de creaciones simbólicas colectivas independientes del soñante, hechas de una vez por todas y siempre dispuestas); Melanie Klein, por el contrario, “descubre al hombre creador de símbolos”. Cf. Hanna Segal. “Psychoanalytic

Estos estudios²¹ insisten con energía en diversos aspectos de lo negativo en la experiencia psíquica del niño pequeño. Los discípulos de Klein que retomaron las tesis propuestas en las Controversias de 1941-1945 pusieron de manifiesto, en la vivencia del joven yo, las manifestaciones de la pulsión de muerte: “algo así como la muerte”, “displacer intenso”, “explosión de angustia agresiva”, “deseo de retaliación”, “hostilidad”, “odio anterior al amor”, “ordalía”, “protección contra”, “ansiedad narcisista primaria”, “desconfianza con respecto al objeto”, “desesperación”, etcétera. Sin contentarse con afirmaciones realistas, los autores subrayaron que la negatividad observada traducía una realidad psíquica intrínsecamente fantasmática, y por lo tanto “subjetiva”, y que esa subjetividad era necesariamente tanto la del objeto observado (el niño) como la del agente de la observación (el analista).²²

En adelante (y este es el segundo y considerable aporte) se trató de fundar teóricamente las *etapas* de la creación del simbolismo y el juicio, partiendo de la fantasía, para llegar a la constitución y el conocimiento de la realidad. Dos textos de Freud, poco comentados en la época por los propios (anna)freudianos, sirvieron de apoyo: el fragmento del “*Fort-Da*” en *Más allá del principio de placer* (1920) y “La (de)negación” (1925).²³ De este modo, con los esfuerzos conjuntos del grupo de los kleinianos (en ese momento los teóricos más involucrados eran las teóricas) se fueron discerniendo las etapas sucesivas de la superación de la fantasía de la identificación proyectiva, hasta la aparición del símbolo propiamente dicho, “vivido como representante del objeto”, según más tarde lo sistematizó Hanna Segal.²⁴

dialogue: Kleinian theory today”. en *Journal of the American Psychoanalytic Association*, Nueva York, International Univ. Press, 1977, vol. 25, n° 2, pág. 365, citada por Alain Gibeault. “Symbolisme primitif et formation des symboles”, en *Annuelle Revue de psychanalyse*. N° 26. otoño de 1982, *L'Archaique*. pág. 299

21 Cf. las contribuciones de Paula Heimann. Susan Isaacs y Joan Riviere en Melanie Klein *et al.*. *Développements de la psychanalyse*, PUF. 1966, reed. 1995.

22 Cf. Paula Heimann, “Septième discussion de controverses scientifiques”, en *Les Controverses, Anna Freud-Melanie Klein, 1941-1945*, reunidas y anotadas por Pearl King y Riccardo Steiner (1991), PUF, 1996, págs. 511 y sigs.

23 Cf. Paula Heimann, en Melanie Klein *et al.*, *Développements de la psychanalyse*, ob. cit., pág. 117; Susan Isaacs, *ibíd.*, págs. 69 y sigs., y pág. 100: este texto retoma Susan Isaacs, “Sixième discussion de controverses scientifiques”, en *Les Controverses...*, ob. cit., pág. 745.

24 Cf. “Notes on symbole formation”, en *International Journal of Psychoanalysis*, vol. 37, 1957, parte 6, trad. franc. en *Revue française de psychanalyse*, 1970, n° 4, págs. 685-696.

2. LA NEGATIVIDAD SEGÚN MELANIE KLEIN

Fue Susan Isaacs²⁵ quien puso en perspectiva con el *Fort-Da* freudiano la concepción kleiniana de un protosimbolismo que lleva al simbolismo en sentido estricto. Releyendo a Freud, ella observó pacientemente que el niño identificaba la presencia ausencia de la madre con el acercamiento/alejamiento del carretel, mientras acompañaba ese juego con vocalizaciones: o-o-o-o ("*fort*" = "lejos" en alemán), y un jubiloso "/*Da!*" ("¡Aquí está!"). Sobre la base de este dominio, el niño encontró la manera de hacerse desaparecer a sí mismo: se arrodillaba ante el gran espejo de cuerpo entero, de modo que veía desaparecer su propia imagen, ante lo cual emitía un "Bebé o-o-o-o".²⁶ Isaacs llega a la conclusión de que la aparición del lenguaje es preparada, aunque no en términos lineales, por una continuidad genérica; para que el niño llegara a comprender el lenguaje, era una condición *sine qua non* el dominio de la presencia/ausencia del objeto, que culminaba en el dominio de la aparición/desaparición de la propia imagen del bebé. El dominio de la presencia/ausencia era muy anterior al empleo activo del lenguaje.²⁷ Por cierto, esto representaba una introducción al futuro "estadio del espejo" lacaniano, pero que en este caso se describe como un proceso de negatividad heterogénea, hecho de gestos, de actos fantasmáticos, de verbalizaciones y, en fin, solo de imágenes escópicas.

En su comentario sobre "La (de)negación",²⁸ Susan Isaacs desarrolló más a fondo este anclaje de la capacidad simbólica en la experiencia corporal y fantasmática precoz. Isaacs precisa que, según este texto freudiano,

Las funciones intelectuales del juicio y del sentido de lo real "derivan de la interacción de las *mociones pulsionales primarias* [las cursivas son de Susan Isaacs] y se basan en *el mecanismo* de la introyección [...]: Freud nos muestra también el papel desempeñado en esta derivación por la *fantasía*. Al referirse al aspecto del

25 Susan Isaacs enseñó lógica y psicología, y dirigió desde 1933 el nuevo Departamento del Niño del Instituto de Educación de la Universidad de Londres; cf. su estudio "*Nature et fonction du phantasme*" (1952,1, en *Développements de la psychanalyse*, ob. cit., págs. 64-114.

26 Cf Sigmund Freud, "Audelá du principe de plaisir" (1920), *GW*, t. XIII, págs. 3-69; *SE*, t. XVIII, págs. 1-64. trad. franc. en *Essais de psychanalyse*, Petite Bibliothèque Payot, 1981, págs. 53

27 Susan Isaacs, "*Nature et fonction du phantasme*", en *Développements...*, ob. cit., págs. 69-71.

28 Sigmund Freud, "La (dé)negation" (1925), *GW*, t. XIV, págs. 11-15; *SE*, t. XIX, págs. 233-239; cf. "La négation", en Sigmund Freud, *OC*, t. XVII: 1923-1925, PUF, 1985, págs. 165-172.

juicio que afirma o niega una cualidad particular de una cosa, Freud dice: “Expresada en el lenguaje de las pulsiones más antiguas —es decir, de las pulsiones orales— la alternativa se convierte en «yo querría tomar esto en mí y mantener esto otro fuera de mí». Es decir que tiene que estar *en mi interior* o bien en el exterior”. El deseo así expresado no es más que una fantasía.²⁹

Y Susan Isaacs llega a la conclusión de que lo que Freud denomina “pintorescamente [...] el lenguaje de la pulsión oral” o, en otra parte, “la expresión psíquica de una pulsión”,³⁰ en la óptica de Klein y sus discípulos es la fantasía como “representante psíquico de una meta corporal”. Según ella, que remite a los diversos casos de niños analizados por Klein que hemos considerado brevemente, este simbolismo precoz e inefable se construye sobre la base de “las pulsiones orales vinculadas al gusto, el olor, el tacto (de los labios y la boca), a las sensaciones kinestésicas viscerales, y a otras sensaciones somáticas”, ya que estas pulsiones, en su inicio, y más que otras, están asociadas con la experiencia de chupar y tragar, de “tomar y llevar las cosas al interior”:

*los elementos visuales son relativamente débiles [...]. El elemento visual de la percepción se acentúa poco a poco, se basa en la experiencia táctil, y se diferencia espacialmente. Las primeras imágenes visuales son de una cualidad muy “eidética”, probablemente hasta los 3 o 4 años de edad [...]: vividas, concretas, se las confunde a menudo con percepciones [...] asociadas íntimamente durante mucho tiempo con respuestas somáticas.*³¹

Más tarde, a lo largo del desarrollo, lo visual comienza a “predominar sobre el elemento somático”; los elementos corporales “sufren una fuerte *represión*”, mientras que lo visual, referido a lo exterior, fácilmente desexualizado y desemocionalizado, se convierte en una “imagen” en el sentido estricto de “representación” “en el psiquismo”; el yo “se da cuenta” de que existen objetos exteriores y de que sus imágenes están “en el psiquismo”.³²

Paula Heimann,³³ por su lado, insiste en la compulsión de repetición como manifestación privilegiada de la pulsión de muerte, menos “muda”

29 Susan Isaacs, art. cit., en Melanie Klein *et al.*, *Développements de la psychanalyse*, ob. cit., págs. 100 y sigs., y *Les Controverses...*, ob. cit., págs. 499 y sigs.

30 Susan Isaacs, en *Développements...*, ob. cit., pág. 100.

31 *Ibíd.*, págs. 100-101; las cursivas son nuestras.

32 *Ibíd.*, pág. 101.

33 Paula Heimann se formó como psicoanalista en Berlín, analizada por Theodor Reik. En 1933, huyendo de los nazis, emigró a Inglaterra, donde al principio siguió fielmente a Klein, y después expresó su descontento y se unió a los Independientes.

de lo que creía Freud.³⁴ Heimann subraya también la continuidad y la diferencia entre la “alucinación” (medio de simbolización primaria y modelo de la fantasía, pero también fuente del pensamiento),³⁵ por un lado, y por el otro el pensamiento propiamente dicho, capaz de percibir la realidad, con la condición de que el yo haya podido desprenderse del ello.³⁶ Después de haber observado la similitud de los dos procesos (atestiguado por el genio de la lengua; por ejemplo, la palabra alemana *wahmehmen* o verbos como “comprender” y “aprehender”, que describen el resultado de la percepción), Heimann también vuelve a Freud, para quien la raíz del juicio estaba en “el rechazo a los estímulos”. En otras palabras, la percepción no era una simple recepción, sino que contenía ya una especie de juicio que “levantaba una barrera” contra los estímulos. En esto consistía el mecanismo de la *Verneinung* según Freud: el paciente no podía nombrar o reconocer la estimulación sexual si no era negándola (“no, no es a mi madre a quien amo” = “sí, es a ella”). Pero la analista identifica una negatividad más somática, más primaria, en el lenguaje del gusto. Y Paula Heimann se basa en el mismo pasaje de “La (de)negación”³⁷ de Freud utilizado por Susan Isaacs.

Imposible no admirar los esfuerzos de las amigas de Klein, tendentes a fundar la originalidad de Melanie en la obra de Freud, desarrollando una verdadera teoría del pensamiento tal como aparece bosquejada ya en los textos fundadores. La novedad de esta trayectoria es sorprendente, y cabe medir tanto su audacia como sus límites comparándola con la propuesta por Lacan³⁸ diez años más tarde.

Los kleinianos ponen el acento en la experiencia pulsional que subyace en la visión: en la *Ausstossung* o *Verwerfung*, según la terminología de Freud, anterior a la captación escópica y prefiguradora de la *Bejahung* del juicio, una experiencia anterior a la mirada, ya inmediata en *el gusto*?³⁹ En

34 Cf. Paula Heimann, “Notes sur la théorie des pulsions de vie et des pulsions de mort”, en Melanie Klein *et al.*, *Développements...*, ob. cit., pág. 306.

35 Paula Heimann, “Certaines fonctions de l’introjection et de la projection dans la première enfance”, *ibíd.*, pág. 138.

36 *Ibíd.*, pág. 117.

37 Cf. *supra*, págs. 190-192.

38 Cf. Jacques Lacan, *Les Écrits techniques de Freud, Le Séminaire, livre I*, Seuil, 1975, seminario del 24 de febrero de 1954, cap. VII, págs. 87-102 [ed. cast.: *El Seminario. Libro 1. Los escritos técnicos de Freud*, Buenos Aires, Paidós, 1981], y el comentario de Jean Hyppolite, así como el de Lacan, sobre “La (de)negación”, en Jacques Lacan, *Écrits*, Seuil, 1966, págs. 879-888 y págs. 369-400.

39 Por otros caminos, Hannah Arendt había ya llegado a esas lógicas profundas en las que el “gusto” y el “juicio” se encuentran. Cf. Julia Kristeva, *Le Génie féminin*, t. 1: *Hannah Arendt*, Fayard, 1998, págs. 343-357.

adelante, las discípulas de Klein observan ya con fuerza dos etapas (asimétricas, como dirá Jean Hyppolite) de la simbolización: la fantasía anclada en la pulsión y el juicio de existencia que apunta a la realidad. Esas discípulas no precisan sin embargo las condiciones de emergencia de la verdadera simbolicidad (Hanna Segal iba a avanzar en este camino en su texto de 1957), ni tampoco fundan filosóficamente el carácter y la preexistencia de la función simbólica en el ser humano. Manifiestamente, a continuación de los *Desarrollos en psicoanálisis*, publicados en 1952, y como para tomar de sorpresa a esos “partidarios del nuevo psicoanálisis”,⁴⁰ Jacques Lacan y Jean Hyppolite, en 1954, trataron de llenar las lagunas dejadas por los kleinianos, con una notable audacia intelectual, que introdujo enérgicamente la filosofía en el campo analítico. Pero dejaban en suspenso el registro de la simbolización *primaria*, calificado por ellos de “mítico”, y ponían en duda la omnipresencia del Edipo precoz, a fin de reformular el Edipo freudiano mediante la nueva teoría del Nombre-del-Padre.

El hegeliano Hyppolite parece más cercano a los kleinianos, en cuando discierne en Freud una “asimetría” entre la actitud *concreta* de denegación (*Verwerfung, Ausstossung*, que se acentúa en el negativismo de la psicosis), por una parte, y por la otra el *símbolo* de la negación. Él precisa que, en Freud, el registro intelectual aparece dissociado de lo afectivo, aunque este último sea solo “mítico”, puesto que los seres humanos están desde el principio inscritos en una “historicidad fundamental”: el pensamiento está mucho antes, en lo primario, pero no como pensamiento.⁴¹ También opera una asimetría entre el juicio de atribución (“esto *es* bueno o malo”) y el juicio de existencia (“esto *existe* en la realidad, más allá de mi representación”: distinción entre representación y percepción, alucinación y realidad). El juicio de existencia supone que “yo” encuentro en “mi” memoria, y por lo tanto me atribuyo a “mí” (un “mí” convertido de tal modo en “sujeto”) una representación que *perteneció* a un objeto y que ahora *de-signa* a un objeto ausente para el sujeto en el que “yo” me he convertido. En otros términos, no hay sujeto que juzga sin un objeto perdido: al utilizar la memoria, “yo” no hago más que significar al objeto como tal, es decir, perdido para el “mí” que, como consecuencia de esa pérdida, se pone como “sujeto”. La interacción entre el juicio de existencia y el juicio de atribución, funda la inteligencia en el sentido de pensamiento

40 Cf. Jacques Lacan, *Écrits*, ob. cit., pág. 383. El “nuevo psicoanálisis” kleiniano iba a ser celebrado también en el número de marzo de 1952 del *International Journal of Psychoanalysis*, dedicado al septuagésimo cumpleaños de Klein, y retomado en *New Directions in Psychoanalysis* (1955). Cf. *infra*, cap. X, pág. 237.

41 *Ibíd.*, pág. 883.

simbólico distinto del imaginario o la fantasía.

El pensamiento surge siempre bajo el impulso de la *Verneinung* que niega la negación primaria: por lo tanto, “negación de la negación”, un pensamiento distinto de la alucinación que se desarrolla sobre la base de la alucinación; negación “dialéctica”. En la *Verneinung* “podría estar incluso el origen de la inteligencia”,⁴² pero el registro intelectual es de una negatividad diferente: una “suspensión” del contenido de lo reprimido, “a la cual no dejaría de convenirle [...] el término «sublimación»”.⁴³ En este punto, Hyppolite propone una lectura de Freud que no carece de resonancias con lo que los kleinianos introducen a propósito del nacimiento del símbolo propiamente dicho: Hyppolite postula que la afirmación por el juicio es, el *equivalente* de la *Verneinung* (su “*Ersatz*”), mientras que la negación por el juicio sería la *sucesión* (*Nachfolge*) del instinto de destrucción (*.Destructiionstrieb*). Dos mecanismos, “equivalencia” y “sucesión”, de los cuales el segundo podría definirse mejor como una “suspensión”: “en lugar de estar bajo la dominación de los instintos de atracción y expulsión”, lo reprimido puede ser “retomado y reutilizado en una especie de suspensión”, en cuyo caso se produce “un margen de pensamiento, una aparición del ser bajo la forma de no-serio”.⁴⁴

La lectura de Lacan, de inspiración heideggeriana, se desinteresa de estos grados de la simbolización, para sugerir, más globalmente, que la “condición primordial para que algo de lo real venga a ofrecerse a la revelación del ser”⁴⁵ tiene que ver con el despliegue de la *Verneinung*. Junto a este horizonte filosófico, y en el plano analítico, Lacan subraya la expulsión *anal* (sostén de la exterioridad y de la constitución de un objeto externo); el Hombre de los Lobos (y su identificación femenina a través de la investidura pasiva de lo anal) pasa a ser entonces un ejemplo privilegiado. Al final, y curiosamente, vuelve lo *oral* caro a los kleinianos, por el sesgo del caso del Hombre de los Sesos Frescos. Lacan encuentra este otro ejemplo clínico en una exposición del analista Ernst Kris. Este paciente, que era un plagiario, presentaba la compulsión de comer sesos; en un primer tratamiento había sido analizante de... Melita Schmideberg, ¡la

42 *Ibid.*, pág. 880.

43 *Ibid.*, pág. 881.

44 *Ibid.*, pág. 886; cf. también Jacqueline Rose, “Negativity in the work of Melanie Klein”, en *Reading Melanie Klein*, ob. cit. Lo recordaremos al leer a Hanna Segal y su comentario sobre el pasaje desde las “ecuaciones” a los “verdaderos símbolos”, cf. *infra*, págs. 198 y sigs., y pág. 203, nota. El *equivalente* (en el sentido de Hyppolite) de la *Verneinung* se acompaña de (o se basa en) una *suspensión* de la destructividad: “equivalente” y “suspensión” especifican el pensamiento y le permiten liberarse del régimen de las “ecuaciones” propias de las fantasías arcaicas.

45 Jacques Lacan, *Écrits*, ob. cit., pág. 388.

hija de Melanie Klein!⁴⁶

La lucidez epistemológica de Lacan, quien centra su interpretación en el papel de lo simbólico para la constitución del sujeto, privilegia el lenguaje y la verbalización. Sobre todo en análisis, la palabra no solo estructura al sujeto y reconstruye su recuerdo perceptual (cuyo carácter arcaico se revela en la alucinación, donde el sujeto pierde incluso la capacidad de hablar, la disposición del significante), sino que, concretamente en la cura, todo lo que se pretende que es una percepción primera, solo tendría un carácter mítico.⁴⁷ Sin embargo, al centrarse en el símbolo (para el cual nada *eksiste* fuera de la ausencia), al desconfiar de lo mítico-imaginario, esta posición corre el riesgo de olvidar las avanzadas de la simbolización, que el texto freudiano, por el contrario, había precisamente descubierto, y que la escuela kleiniana exploró, dando todo su peso a lo imaginario encarnado. Por cierto, la escuela kleiniana lo hacía, consciente de trabajar con el imaginario del paciente, pero también con el del analista, y abriendo por primera vez una clínica de la transferencia inseparable de la contratransferencia.

No obstante, muchos analistas, kleinianos o no, siguieron confundiendo el registro de lo imaginario con el de la realidad conocibile.. El corte lacaniano, que distingue, para mejor vincularlos, lo real, lo imaginario y lo simbólico, representó por lo tanto un aporte lógico considerable. Pero, antes de él, aunque de manera más empírica o clínica, las Controversias habían contribuido mucho a la clarificación de esta distinción entre el empleo de lo imaginario en la cura, por un lado, y por el otro la consideración de la realidad objetiva y conocibile.

El involucramiento de la fantasía del analista en la constitución del objeto analítico, fuera cual fuere (el discurso asociativo del paciente, y más aún la fantasía arcaica, presupuesta y no nombrada), se llama ahora, como lo sabemos, "contratransferencia". La propia Klein se mostraba renuente ante esta idea,⁴⁸ pero no fue la menor originalidad de su escuela el hecho de que, no obstante, llamó la atención sobre la dinámica contratransferencial. El mérito en este sentido le correspondió a Paula Heimann en las Controversias de 1941-1945. En un debate muy académico, impulsado por una argumentación muy seria desde el punto de vista epistemológico, Marjorie Brierley le objetó: "Si persistimos en asimilar las funciones mentales a las interpretaciones subjetivas que nosotros les damos, abandonamos nuestras pretensiones científicas y volvemos al

46 *Ibíd.*, pág. 396. Jacqueline Rose ha descrito con mucha fineza esos entrecruzamientos y esas divergencias en su "Negatividad...", *ob. cit.*, págs. 137-138.

47 Jacques Lacan. *Écrits*, *ob. cit.*, págs. 390-293.

48 *Cf. MK*, pág. 497.

estado primitivo del campesino chino que interpreta el eclipse como un dragón que se traga al sol”.

Contra la doctora Brierley, Heimann tuvo entonces el valor de reivindicar otra racionalidad para el psicoanálisis, que no sería extraña a la posición del campesino chino: “Lo que nosotros estudiamos no es el sistema solar, sino el psiquismo del campesino chino; no el eclipse, sino la creencia del campesino acerca del eclipse. ¿Cómo sobrevienen esas creencias, qué función tienen para el psiquismo...?”⁴⁹

La misma Paula Heimann propuso en 1950, así como en un texto más tardío,⁵⁰ no solo una justificación del advenimiento de la contratransferencia y su interpretación al paciente como indispensables en la cura, sino también que se considerara esa contratransferencia como sinónimo de intuición y empatía.⁵¹ Antes de reconocer las identificaciones proyectivas de sus pacientes, el analista está ya habilitado por ellas, pero también por la suya propia, para superarlas. En efecto, al poner en acto su propia reserva inconsciente, el analista puede salir de una escucha superyoica o simplemente consciente, para proceder a la célebre y no obstante enigmática “escucha benévola” hecha por cierto de distancia pero, ante todo, de identificación, intuición y empatía.⁵²

Finalmente, el texto de Hanna Segal titulado “Notes on symbol formations”,⁵³ sin alcanzar la amplitud filosófica del debate francés, aportó un esclarecimiento capital a la teoría kleiniana del simbolismo, brillantemente ilustrada en el caso Dick. Segal precisa que, bajo el efecto de la identificación proyectiva, una parte del “mi” se identifica con el objeto, de modo que el símbolo y lo simbolizado se unifican: en estas condiciones, no hay símbolo en sentido estricto, sino solo una “ecuación simbólica” (el

49 Cf. *Les Controverses*, ob. cit., págs. 511-512.

50 Cf. “On countertransference”, en *International Journal of Psychoanalysis*, 1950, vol. 31, n° 1-2, págs. 81-84, y “Further observations on the analyst’s cognitive process”, en *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 1977, 25, págs. 313-333.

51 Winnicott, en su comunicación a la Sociedad Británica presentada el 5 de febrero de 1947, con el título de “El odio en la contratransferencia”, observó que en ciertos momentos del análisis el paciente busca el odio de su analista, y que, para continuar eficazmente el tratamiento, el analista debe reconocer sus errores consecutivos a ese odio. También Margaret Little formuló proposiciones en tal sentido. Heimann, después de uno y otra, en la misma línea, insistió, en el Congreso de Zurich de 1949, en el hecho de que el analista funciona como “la imagen en espejo del paciente”. Cf. *MK*, págs. 489-490 y pág. 530.

52 Cf. Julia Kristeva, *Les Nouvelles Maladies de l’âme*, Fayard, 1993, págs. 123-133. [Ed. cast.: *Las nuevas enfermedades del alma*, Madrid, Cátedra, 1995.]

53 *International Journal of Psychoanalysis*, vol. 37, 1957, parte 6, págs. 391-397, trad. franc. en *Revue française de psychanalyse*, 1970, t. 34, n° 4, págs. 685-696.

trozo de tela *es* mamá, lo que no es todavía “el trozo de tela *se parece* a mamá”, ni “el trozo de tela *ocupa para mí el lugar* de la mamá que yo he perdido, que no está”). En otros términos, el objeto interno reemplaza al objeto externo *equivalente*. Esta lógica arcaica es también específica en el pensamiento del esquizofrénico, que apunta a denegar al objeto ideal y controlar al objeto perseguidor. Sin embargo, gracias a la posición depresiva y al trabajo de duelo, se vuelve posible la experiencia de la pérdida del objeto, y se constituye una realidad psíquica interna, como hemos visto, separada del objeto perdido y diferente de él: se quiebra la *ecuación*, se esboza la *significación*. Solo allí se instala el símbolo, propiedad del *psiquismo* que se refiere a una *realidad perdida*, la cual, por esto mismo, es reconocida como realmente real. De este modo se constituye la continuidad del proceso de sublimación-simbolización, fantasía-pensamiento, escisión-represión: está centrado en posibilidad de la pérdida. En esta nueva óptica, las “ecuaciones simbólicas” ya no se presentan como simples regresiones, sino que ocupan su lugar en una “secuencia genética”⁵⁴ como símbolos primitivos, como una simbolización primaria contemporánea de los inicios de la vida y anterior a la emergencia del significante/significado/referente que estructura en definitiva la matriz del pensamiento.

La fineza de la génesis del simbolismo en esta cartografía kleiniana y poskleiniana deja no obstante abierta la cuestión del papel del padre, siempre subestimada por Melanie: su falta se hace oír, y exige un apuntalamiento clínico y teórico más elaborado de esa función simbólica “verdadera” que sucede a las “ecuaciones”. ¿No desatienden los kleinianos el papel de la “identificación primaria” con el “padre de la prehistoria individual”, desde las primeras relaciones con los protoobjetos? La identificación primaria con el padre, ¿no operaría ya en las “ecuaciones”, antes de los procesos de simbolización de la posición depresiva? La ordalía fálica de la castración, diferente pero inevitable para los dos sexos, ¿no aporta su marca decisiva para la consolidación de esta transición entre la identidad y la similitud, las ecuaciones y los símbolos, la fantasía y el pensamiento? Estos son otros tantos interrogantes que aquí nos limitaremos a plantear, y que remiten a la investigación actual en psicoanálisis.⁵⁵

54 Según la expresión de Alain Giheault, “Symbolisme primitif et formation des symboles”, ob. cit., pág. 302.

55 Cf. entre otros textos, Julia Kristeva, *Histoires d'amour*, ob. cit., sobre la “identificación primaria”, págs. 36-65, y *Sens et non-sens de la révolte*, ob. cit., sobre la experiencia de la castración, págs. 198-236.

3. LO ARCAICO Y LO PRIMARIO EN LOS POSKLEINIANOS

A continuación de los trabajos de Klein, varios discípulos, centrándose en la clínica de la psicosis y el autismo, han profundizado en los estados arcaicos de la simbolización. Algunos deducen de tales estados la existencia de un simbolismo primitivo u originario. Por azarosa o filosóficamente temeraria que parezca esta hipótesis, se diría que los trabajos clínicos que la acompañan son muy estimulantes. W. R. Bion, siguiendo a Hanna Segal, vuelve sobre la génesis de la capacidad simbólica en el niño pequeño, pero ubica en un momento anterior la posición depresiva, y describe el pensamiento primitivo de la fase esquizoparanoide: la identificación proyectiva sería el primer “pensamiento”. Este autor lo encara como un pensamiento preverbal, estrictamente privado, hecho de lazos entre diversas impresiones sensoriales, de “ideogramas relativos a la vista”, una “matriz primitiva de ideogramas”. El yo y el objeto transforman estos datos sensoriales en “elementos alfa”, los cuales se vuelven entonces “susceptibles de empleo en el pensamiento inconsciente de vigilia, en los sueños, en la barrera de contacto, en la memoria”.⁵⁶ Son estos mismos elementos del pensamiento preverbal los atacados por la parte psicótica de la persona, que destruye la capacidad de “unir”, actuando por clivaje y fragmentación. De ello resultan elementos no ligados entre sí y solo utilizables en la identificación proyectiva, denominados “elementos beta”, o “cosa en sí a la que corresponde la impresión de los sentidos”. Se los podría comparar con los “objetos bizarros” de la fragmentación psicótica, y también con las imágenes alucinatorias, fuente de terror. Los ataques no conciernen solo al objeto (como pensaba Klein), sino que apuntan también (o incluso preferentemente) al pensamiento mismo en tanto que proceso de ligazón. Bion vuelve sobre las ideas finales de Klein acerca de un pasaje desde la posición esquizoparanoide a la posición depresiva, e ilumina un movimiento que va desde la desintegración a la integración, y que estaría en la base de lo que él denomina “aprendizaje por la experiencia”.⁵⁷ Sostiene que en este movimiento, y pasando por el objeto, la persona se “nutre” con los datos sensoriales y emocionales, “asimilándolos” como en el curso de una “digestión”, de modo que *thinking* (.pensar) no sería más

56 Cf. Wilfred Ruprecht Bion, *Aux sources de l'expérience* (1962), trad. franc. PUF, 1979, pág. 43. Cf. también, del mismo autor. “Différenciation de la part psychotique et de la part non psychotique de la personnalité” (1967), en *Nouvelle Revue de psychanalyse*, 1974, n° 10, y “Théorie de la pensée” (1962), en *Revue française de psychanalyse*, 1964, n° 1.

57 Cf. el título de su segundo libro, *Learning from Experience* (1962), trad. franc. *Aux sources de l'expérience*. PUF, 1979- [Trad. cast.: *Aprendiendo de la experiencia*, Barcelona, Paidós, 1980.]

que *linking* (.enlazar, vincular).

En el punto de partida de esta actividad de vinculación habría una experiencia alucinatoria, o “experiencia fuente”, que remite al encuentro del niño con el pecho. Se hace oír aquí el eco de las teorías kleinianas, al mismo tiempo que se afina de una manera nueva. Bion supone una *preconcepción innata* o un conocimiento a priori del pecho que evoca la noción kantiana de un “concepto puro a priori”. Esta especie de “pensamiento vacío” que aguarda ser llenado por el seno, será reemplazado por la *no-realización del pecho*: en otras palabras, la necesidad de un encuentro real en la interacción madre-bebé será experimentada por este último en negativo, en la frustración, a partir del a priori de un pecho que ya está allí. Freud suponía en primer término una satisfacción real generada por el pecho, y después el tiempo de la satisfacción alucinatoria. Bion invierte este orden, al suponer un ya-allí, dato trascendental de una pulsionalidad originariamente dotada de una preconcepción también innata del objeto o “cosa en sí”. La unión de la preconcepción y la no-realización engendra un “protopensamiento” que posee las características de los elementos beta: una especie de mezcla del pecho malo encontrado realmente con la necesidad de un pecho experimentado como una “cosa en sí”. Solo en un segundo momento se produce la “realización del pecho” o experiencia real del pecho en la interacción entre el lactante y la madre.

A partir de allí se establece para cada lactante una dosificación particular entre su capacidad para soportar la frustración intrínseca a sus pensamientos, y la experiencia real, más o menos feliz, de los cuidados maternos. El grado de envidia y odio individuales que se desprendan será más o menos excesivo o tolerable.

Bion, modificando la identificación proyectiva según Klein, supone también que el niño puede proyectar sobre su madre lo que él no quiere en sí. Este modo primitivo de comunicación “realista” tiene que ver con la experiencia que hace el bebé de poder imponer un cierto control a los estímulos provenientes del mundo exterior, mientras que sigue sin defensa contra sus estímulos pulsionales internos. Según Bion, el niño muy pequeño encuentra “la capacidad de ensueño (*rêverie*) de la madre”, que es (o no es) capaz de acoger los elementos beta y transformarlos en elementos alfa, asegurando de este modo las mejores condiciones para que el niño diferencie un estímulo respecto de su *representación*. De esta manera se crea el ambiente necesario para la aparición de una abstracción del pecho, de la idea del pecho, de la “representación de la cosa en sí”, el verdadero símbolo de la satisfacción erótica o narcisista secundaria.

Vemos entonces que la omnipotencia de la fantasía kleiniana, a la cual se le ha reprochado a menudo que no tenga suficientemente en cuenta la

realidad del ambiente materno, aparece completada en Bion por la realidad de la intervención de la madre, una intervención tanto consciente como inconsciente. La madre, redoblada por la amante (como lo especifican los analistas franceses),⁵⁸ es capaz de ese ensueño suficientemente disponible y suficientemente distante, que incluso censura la influencia recíproca entre madre e hijo, para favorecer la emergencia y el desarrollo del simbolismo en el niño. La integración del yo, que tiene lugar durante la posición depresiva, organiza los elementos alfa en una “membrana” o “barrera de contacto” en la que se basa la distinción consciente/inconsciente. La simbolización funciona como un mecanismo antidepresivo que inhibe la cantidad de excitación y favorece la transformación de los elementos beta en elementos alfa. Un *contenido* (que remite a las impresiones relativas al sistema digestivo) es proyectado sobre un *continente*, es decir, el objeto que contiene (inicialmente, este objeto no es otro que la madre) y que culmina constituyéndose como un “aparato de pensar el pensamiento”. Creado en la madre, este aparato de pensar el pensamiento favorece la formación de un “aparato de pensar el pensamiento” análogo en el niño, de modo que entre el bebé y la madre se vuelve posible una comunicación de los datos psíquicos y existenciales (amor, bienestar, seguridad, etcétera).

Aunque las concepciones de Bion hayan dado lugar a una distinción muy esquemática entre el afecto y la representación, y se hayan encerrado en una concepción mítica de la realidad psíquica dotada de una receptividad alucinatoria que “suspende recuerdos, deseos, comprensión”,⁵⁹ los trabajos de este autor enriquecieron considerablemente el conocimiento de la psicosis.⁶⁰

Finalmente, la clínica del autismo introdujo ciertas modificaciones o afinamientos en la teoría kleiniana. Se observó que la identificación

58 Cf. Michel Fain y Denise Braunschweig, *La Nuit, le jour, essai psychanalytique sur le fonctionnement mental*, PUF, 1975, págs. 147-150 y págs. 175-176.

59 Cf. Wilfred Ruprecht Bion, *L'Attention et l'Interprétation* (1970), trad. franc. Payot, 1974, pág. 90.

60 Cf. también Herbert Rosenfeld, *États psychotiques* (1965), trad. franc. PUF, 1976, y “Notes sur le traitement psychanalytique des états psychotiquesTM (1972), en *Traitement au long cours des états psychotiques*, Privat, 1974, págs. 125-127: este autor distingue una identificación proyectiva que evacúa las partes malas del sí-mismo, y otra destinada a comunicarse con los objetos, que hace al paciente receptivo a la comprensión que el analista tiene de él. Desde esta perspectiva, recordemos la prolongación por Hanna Segal de su propio trabajo de 1957 sobre el símbolo (cf. *supra*, págs. 198-199 y 198, nota 53), reconociendo que una relación mutuamente positiva entre *continente* y *contenido* favorece la elaboración de la posición depresiva y la formación del símbolo. Cf. Hanna Segal, “On symbolism”, en *International Journal of Psychoanalysis*, 1978, 59, págs. 315-319.

proyectiva es imposible en los niños autistas, los cuales no trazan la distinción entre el adentro y el afuera, y no parecen tener una relación con el objeto. ¿Autoerotismo preobjetal?

Donald Metzger propone otra visión del niño autista: según él, no se trataría en este caso de defensas contra la angustia, sino de un verdadero “bombardeo de sensaciones” debido a la vez a un “equipamiento inadecuado” (carencias neurobiológicas) y a un “fracaso de la dependencia”. Para este niño, el pecho es una hoja de papel, “objeto”, como decía Klein, pero bidimensional, carente de la tridimensionalidad necesaria para la “geografía de la fantasía”. Más violentamente aún que en la escisión primitiva según Klein, Meltzer y su grupo suponen en la psicosis una segmentación precoz en las capacidades perceptivas (los sentidos varían y se dispersan, la atención ya estudiada por Bion queda en suspenso, el tiempo no transcurre) y, correlativamente a esta dispersión, el *self* tiene la sensación de “caer en pedazos”.⁶¹

Esther Bick, por su lado, verifica una *identificación adhesiva*: el miedo a perder la propia identidad es tan grande que, para encontrar una, el niño se adhiere a la madre. En adelante los clínicos penetraron en la vida primaria del sujeto, muy anterior a la identificación proyectiva, y propusieron una verdadera fenomenología de los primeros vínculos, en este caso una identificación de tipo narcisista, basada en la función psíquica de la piel.⁶²

En Francia, una pléyade de psicoanalistas se han destacado recientemente en la investigación sobre el autismo, desarrollando esas avanzadas poskleinianas; entre ellos, podemos citar a Annie Anzieu, Cléopâtre Athanassiou, Bernard Golse, Geneviève Haag, Didier Houzel.⁶³

61 Cf. . D. Meltzer, J. Bremmer, S. Hoxter, D. Weddell, I. Wittenberg, *Explorations dans le monde de l'autisme*, Payot, 1984.

62 Cf. Esther Bick, “L’expérience de la peau dans les relations d’objet précoces”, en *International Journal of Psychoanalysis*, 1968, 49, págs. 484-486.

63 Cf. en particular: P. Mazet y S. Lebovici (dir.), *Autisme et psychoses de l'enfant. Les ponts de vue actuels*, PUF, 1990; J. Hochmann y P. Ferrari (dir.), *Imitation, identification chez l'enfant autiste*, Colloque Inserm, Lyon, 1989; R Perron y D. Ribas, *Autismes de l'enfance*, PUF, 1994; P. Privat y F. Sacco, *Groupes d'enfants et cadre psychanalytique*, Toulouse, Eres, 1995; C. Athanassiou (pref. de G. Haag), *Bion et la naissance de l'espace psychique*, Popesco, 1997; B. Golse, *Du corps a la pensée*, PUF, 1999; G. Haag, “De la sensorialité aux ébauches de pensée chez les enfants autistes”, en *Revue Internationale de psychopathologie*, 1991, n° 3, págs. 51-63, id., “Autisme infantile précoce et phénomènes autistiques, Réflexions psychanalytiques”, en *Psychiatrie de l'enfant*, XXVII, 22, 1984, págs. 293-354; A. Anzieu, “Les Hens originaires du moi à l’objet concret”, en *Journal de la psychanalyse de l'enfant*, 1993, n° 14, págs. 338-364; id., “Concrétude de l’objet et construction du moi”, en *Journée d'étude: l'objet et l'enfant*. Arles, Hóp. J. Imbert, 1990, págs. 39-52; D. Houzel, “Aspects spécifiques du transfert dans la cure d'enfants

De este modo se perfila un nuevo continente del psicoanálisis en la estela del descubrimiento freudiano, pero cuyo desprendimiento original habría sido imposible sin el genio de Melanie Klein. Además, la novedad kleiniana, que en efecto no deja a veces de crisparse en dogmatismo, en estos continuadores, por el contrario, reveló poseer una fertilidad y una diversidad excepcionales; los clínicos del autismo y la psicosis infantiles logran asociar las aperturas iniciales de Klein con su propia inventiva en la escucha cotidiana del malestar.

Otros clínicos, Francés Tustin en primer lugar, proponen la idea de un autismo endógeno, primario o normal: un estado primitivo de autosensualidad indiferenciada, una especie de “gestación extrauterina”, superada por el estado narcisista que comienza instaurando una idea del *self* separado del mundo externo. Tustin retoma la concepción freudiana de un estado narcisista, pero la desarrolla, atendiendo a Klein y estudiando de cerca la relación madre-bebé que está en juego en este caso, una relación ya objetal y sometida al trauma de la separación. La separación es vivida por los lactantes de manera intolerable, como “una proyección explosiva” de orina, gas, heces, saliva y otras sustancias asimiladas al pezón ausente, que enfrentan al niño muy pequeño con un mundo aterrador que solo sería “un agujero negro”. La madre es llamada a contener esa explosión y a introducir la discontinuidad para bosquejar la simbolización; si esto falta, el niño solo puede expresarse utilizando cada vez más “las sensaciones de su propio cuerpo” para expulsar el vacío y la materia negra hostil. Se necesita un verdadero duelo del “sentir primordial”, una reflexividad primitiva del cuerpo que debe ser instaurada por la madre o el terapeuta.

Esta nueva versión del simbolismo primario de tipo autista, que sería común a todos los sujetos, se manifiesta en los psiquismos “normales”, no autistas, con el aspecto de un llamado al repliegue silencioso respecto del mundo, de una huida hacia lo primario, que rechaza toda subjetividad sin que por ello sea narcisista.⁶⁴ Al contrario, la introducción de lo negativo, cuando se vuelve formulable por el niño, señala su entrada en el mundo tridimensional, después del sentir bidimensional. Por ejemplo, Tustin

autistes”, en *Hommage à Frances Tustin*, Audit, 1993, págs. 77-128; id., “La psychothérapie psychanalytique d’un enfant autiste” y “Ce que la psychanalyse peut apporter aux parents d’enfants amistes”, en R. Mises y P. Grand (dir.), *Parents et professionnels devant l’autisme*, Flash Information, numero hors serie, n° 220, 1997, págs. 179-189 y págs. 167-177; id., “Les formations archaïques”, en D. Widlöcher (dir.), *Traite de psychopathologie*, PUF, 1994, págs. 393-419.

64 Cf. Francés Tustin, *Autisme et psychose de l’enfant* (1972), Seuil, 1977, col. “Points Essais”, 1982 [ed. cast.: *Autismo y psicosis infantiles*, Barcelona, Paidós, 1994], y *Le Trou noir de la psyché* (1986), trad. franc. Seuil, 1989.

interpreta el “caso Dick” de Melanie Klein insistiendo en el momento en que el pequeño arroja un juguete y dice “Se fue”. Reconocimiento de la pérdida del objeto ante un tercero, introyección de los afectos displacientes, e introducción de esa experiencia en el mundo psíquico interior donde se sostiene la palabra: el simbolismo y el psiquismo se construyen simultáneamente como un mundo tercero capaz de aliviar, precisamente porque es compartible a través del lenguaje.⁶⁵

Finalmente, recordemos, entre los numerosos desarrollos del pensamiento kleiniano, el aporte de quien fue uno de sus allegados antes de ser clasificado entre los “Independientes”.⁶⁶ Analizado por Joan Riviere y James Strachey, D. W. Winnicott fue a su vez el analista de Eric Clyne, el hijo de Melanie, y supo resistir a la intención extravagante de la madre-jefa de la escuela, que pretendía supervisar ella misma esa cura...⁶⁷ Aunque hostil a la idea de una pulsión de muerte y de una envidia innata, y a pesar de la frialdad con que después lo trató Melanie, Winnicott conservó una proximidad innovadora con la herencia kleiniana, y propuso un pensamiento psicoanalítico de los más audaces. Su clínica fina de la primera infancia y su atención al sufrimiento psicótico le valieron una notoriedad que excedió el dominio especializado del psicoanálisis, así como una gran audiencia en el gran público. Ateniéndose a la relación madre-hijo y a la creación de esa simbolización específica que ella entraña (o dificulta), Winnicott propone llamar “espacio transicional” a ese vínculo, al que supone en el fundamento de todas nuestras potencialidades creativas. Aquí nos contentaremos con ilustrar algunos momentos clave, citando las formulaciones del propio Winnicott al respecto, en conferencias destinadas a estudiantes de trabajo social.⁶⁸

En el curso de la vida cotidiana de la primera infancia, podemos observar al pequeño aprovechando ese tercer mundo, ese mundo ilusorio que no es la realidad interna ni la facticidad externa, y que nosotros le permitimos, aunque no se lo permitimos al adulto ni tampoco al niño más grande. Vemos al pequeño chupándose los dedos o adoptando una técnica para girar la cabeza o murmurar un sonido, o bien aferrándose a un trozo de tela, y sabemos que de este modo pretende ejercer un control mágico sobre el mundo [...]. Estas expresiones suponen que hay un estado temporario propio de la primera infancia, un estado en el cual

65 Cf. Frances Tustin, “Les états autistiques chez l’enfant” (1981), en *Rencontres avec Frances Tustin*, Toulouse, CREA, 1981.

66 Cf. Eric Rayner, *Le Groupe des “Indépendants” et la psychanalyse britannique* (1990), trad. franc. PUF, 1994.

67 Cf. MK, pág. 307.

68 Cf. Donald Woods Winnicott. *La Nature humanine* (1988), trad. franc. Gallimard, 1990. [Ed. cast.: *La naturaleza humana*, Buenos Aires, Paidós, 1996.]

el pequeño está autorizado a aspirar a un control mágico sobre la realidad exterior, un control que nosotros sabemos que la adaptación de la madre hace real, algo que el propio pequeño no sabe todavía [...]. De estos fenómenos transicionales proviene una gran parte de lo que nos permitimos de manera variable y valorizamos con los nombres de religión y arte, y también las pequeñas locuras legítimas en su momento, en los términos del modelo cultural prevaleciente.⁶⁹

¿Un objeto transicional que el niño ha creado, o que ha encontrado en la madre? ¿Encontrado-creado?

Presentaré las cosas de la siguiente manera: algunos bebés han tenido la posibilidad de contar con una madre cuya adaptación inicial activa a las necesidades del niño fue suficientemente buena. Esto les permitió tener la ilusión de encontrar realmente lo que había sido creado (alucinado) [...]. Finalmente, esos bebés crecen y dicen: “Yo sé que no hay contacto directo entre la realidad externa y yo mismo, sino simplemente una ilusión de contacto, un fenómeno intermedio que funciona muy bien para mí cuando no estoy fatigado. A mí, en este asunto, no me parece que haya nada semejante a un problema filosófico.”⁷⁰

Winnicott desarma; frente a la guerrera Melanie, sabe acoger con simplicidad nuestras fantasías más primarias y, reconociendo al bebé que hay en nosotros, estimula nuestro deseo de libertad: en la realidad, en las artes o en otra parte... Le debemos precisamente una concepción de la libertad en la que es visible la filiación kleiniana pero también la originalidad de inspiración protestante.

Puesto que la liberación de mi deseo pasa por su elaboración y su sublimación, al final de mi análisis me encuentro en un estado de *renacimiento* perpetuo. El nacimiento, según Winnicott, supone que el embrión ha adquirido una autonomía de vida biológica-y-psíquica, que es capaz de sustraerse a la intrusión del ambiente y no lo traumatiza el acto violento del parto. Esta independencia nuclear sería de algún modo la precondition del “interior psíquico” que Winnicott considera la libertad más preciosa y misteriosa del ser humano en tanto que *ser*, precisamente, diferente del actuar, del *hacer*. Volverá a encontrar esa libertad en la “capacidad para estar solo”, que a su vez iba a constituir una preocupación de Melanie,⁷¹ lo mismo que en el *secreto* del cuarto oscuro en la votación en democracia. Intentó reanimar este principio de libertad que caracteriza al ser vivo en la propia cura psicoanalítica: el trabajo analítico deshacía el “falso *self* construido como defensa contra la invasión exterior, y rehabilitaba la interioridad nativa. Pero la vida interior auténtica debía

69 *Ibíd.*, págs. 140-141.

70 *Ibíd.*, págs. 150-151.

71 Cf. *supra*, cap. V, 5, págs. 128-131.

seguirse recreando, en un proceso infinito que solo en esos términos puede hacernos libres.

El adjetivo “libre” aparece en Winnicott como sinónimo de un “interior a recrear” en relación con un exterior que hay que interiorizar. En el pensamiento freudiano, ser “libre” significaba esencialmente resistir a los dos tiranos que son los deseos instintivos y la realidad exterior. Después de Klein, y con Winnicott, el término cambia de régimen: ser “libre” implica interiorizar el afuera, si y solamente si ese afuera (por empezar, la madre) deja jugar y se deja jugar.⁷² En suma, nos encontramos al final de un análisis terminado pero infinito, porque hemos develado la libertad hasta la muerte de nuestros deseos, no solo como mortales, sino como “nascienciales”, para retomar una vez más la idea de Hanna Arendt. En el sentido de que somos capaces de crear una interioridad psíquica en recomienzo incesante.

Este pediatra sutil, ¿no se desembaraza demasiado pronto de los problemas filosóficos? No obstante, atempera las violencias kleinianas, a fin de proponer un cuidado del niño y, más allá, de los seres humanos en quienes el niño supervive, un cuidado que combine la sabiduría del empirismo inglés con las audacias de la señora Klein.

Por su parte, esta última no ignoró ese “espacio transicional” de la creatividad, puesto que no se abroqueló en la sublimación primitiva inherente a las fantasías salvajes de los pequeños psicóticos o inhibidos que eran sus pacientes. Melanie amplió su investigación hasta las obras de arte, y verificó en ellas la permanencia de las lógicas primitivas, elevadas a la dignidad de una creatividad contagiosa y catártica.

4. SUBLIMACIONES CULTURALES: ARTE Y LITERATURA

En 1929, Melanie Klein, todavía en Berlín, leyó en el *Berliner Tageblatt* la crítica de una ópera de Ravel que se acababa de presentar en Viena, *El niño y los sortilegios* (1925); la traducción alemana llevaba por título “La palabra mágica” (*Das Zauberwort*), que no es otra que “mamá”. Melanie sigue pacientemente la intriga, y (a través de la profunda penetración psicológica de Colette, la autora del libreto)⁷³ descubre las angustias sádicas del pequeño de 6 años. Al principio lo inhiben, y después se transforman en generosidad.

72 Cf. entre otros, Donald Woods Winnicott, “Souvenirs de la naissance, traumatisme et angoisse” (1949), *Collected Papers*, Londres, Hogarth Press, Nueva York, Basic Books, 1958, págs. 182-183, y trad. franc. en *Psychothérapies*, 1988, n° 3, págs. 115-128.

73 Cf. Melanie Klein, “Les situations d’angoisse de l’enfant et leur reflet dans une oeuvre d’art et dans l’élan créateur” (1929), en *Essais de psychanalyse*, ob. cit., Pág. 258.

Al comienzo de la historia, el niño se aburre, no quiere hacer sus deberes, se enoja con la madre que insiste y amenaza. Este pequeño de carácter fuerte rompe la vajilla y otros objetos, tortura a la ardilla y el gato, grita, atiza el fuego en la chimenea, arranca el péndulo del reloj, vuelca el tintero sobre la mesa, etcétera. De pronto los objetos maltratados cobran vida y quieren vengarse. El niño retrocede, se desespera y tiembla. Se refugia en el jardín, y allí lo persiguen insectos terroríficos, ranas y otros animales. Finalmente aparece la ardilla herida: sin pensarlo, el niño le cura la pata y murmura "Mamá". "Es llevado al mundo humano", observa nuestra analista, antes de penetrar más profundamente en la psicología del pequeño neurótico. "Quiero hablar de los ataques contra el cuerpo materno y el pene del padre que se encuentra en él."

De modo que Colette y Ravel habían ilustrado muy bien el sadismo precoz que precede a la fase anal, en el momento en que aparecen las tendencias edípicas... En el desarrollo ontogenético sobreviene después la fase genital que pone fin al sadismo: el niño es entonces capaz de piedad y amor, como lo demostraba la actitud del protagonista con la ardilla. Más tarde, en 1934, como ya sabemos, Klein atribuiría esa solicitud con respecto al "objeto total" a la llegada de la posición depresiva. Por el momento, en 1929 se contentó con tomar nota de la perspicacia de Colette, quien había observado que el sadismo del pequeño era la consecuencia de una frustración oral: la madre le había prohibido "comer todos los pasteles de la tierra", y lo había amenazado con no darle más que "té sin azúcar y pan seco".

Estamos en las antípodas del té proustiano con su sabrosa magdalena: recordamos que el pequeño Marcel no sufría ninguna frustración gustativa; el único recuerdo apenado de alguna frustración le llegaba con el beso de la madre en el momento de irse a dormir. ¿Se debió a esto que el sadismo del futuro narrador nunca haya sido revelado en *En busca del tiempo perdido*? Nuestro degustador de Combray, aparentemente satisfecho, se divierte burlándose de las maldades de los otros (Charlus, Mme. Verdurin o los Guermantes), pero al mismo tiempo se protege de toda sospecha de violencia concerniente a él. En cambio, en *El niño y los sortilegios*, la angustia caníbal infiltra el deseo, y la intuición de Colette precede al *insight* de la analista en la identificación de la lógica infantil y los sortilegios del inconsciente.

Pero Melanie Klein ve en la creación artística algo más que un cómplice para el diagnóstico. La obra de arte, ¿no puede ser también una primera cura, o incluso la última, más eficaz que la interpretación? La cuestión se plantea a partir de otro artículo que la analista comenta en el mismo estudio: se trata de "El espacio vacío", de Karin Michaelis, que

narra la historia de Ruth Kjar. Esta mujer rica e independiente, excelente decoradora de interiores, padecía una depresión y se quejaba: “Hay un espacio vacío en mí, un espacio que no puedo llenar”. La melancolía se duplicó después de su matrimonio. Un día, un objeto hermoso, uno de los cuadros que adornaban su casa, fue retirado y vendido por el cuñado de Ruth, con lo cual quedó un lugar vacío en la pared. Esa materialización del vacío que ella tenía en sí ahondó aún más la desesperación (observemos que el agente de la frustración era el hermano del marido, un pintor). A partir de ese incidente pareció que nada podía detener el *agravamiento* de la depresión. Hasta el día en que Ruth Kjar decidió reemplazar el cuadro. Nunca había pintado antes, pero realizó, una tela magnífica; su marido primero, y después el cuñado pintor, quedaron estupefactos y se manifestaron incrédulos. Para convencerlos, y convencerse a sí misma, Ruth se lanzó a pintar varios cuadros, ¡“con mano maestra”! En su primer intento había realizado la imagen de una negra desnuda en tamaño natural; después pintó a su hermana menor, y finalmente retrató a una anciana y a su madre. “El espacio vacío estaba lleno.” La frustración arcaica, debida a la madre, revivida en el matrimonio, focalizada en la pérdida del cuadro, quedó reparada por la creatividad, más allá de la depresión.

De modo que ya en 1929 Klein propuso la idea de una “reparación” consecutiva a la pérdida del objeto en la posición depresiva; en 1934 desarrolló esa concepción.

El deseo de reparar, de transformar en bien el perjuicio psicológico causado en la madre, y también el deseo de reconstituirse, subyacían manifiestamente en la necesidad coercitiva de pintar esos cuadros.⁷⁴

La reparación sustituía el deseo sádico inconsciente de destruir a la madre, que se encontraba en la base de la melancolía de Ruth Kjar y que se había invertido como sentimiento de frustración. La obra es una actividad de autoanálisis que involucra tanto la culpa como su reconocimiento. En el trayecto de la ejecución se disipa la angustia, y el éxito personal del artista (que es en el fondo un deprimido) acrecienta la confianza que él tiene en su capacidad para armar y reconstituir al objeto como objeto bueno. El odio inconsciente aparece entonces menos espantoso, menos amenazante para el creador. Finalmente, las repeticiones del éxito integran al objeto reparado en el yo, de manera que el melancólico o la melancólica no tienen ya necesidad de continuar con el control agotador e imposible del otro, sino que aceptan a su objeto de deseo y amor tal como es. Desde esta

74 *Ibíd*, pág. 262.

perspectiva, la obra de arte pasa a ser una manera de recrear la armonía del mundo interior y de mantener en el mundo exterior una relación de tolerancia, incluso de amor, con los otros (en este caso, en el matrimonio), a pesar de los conflictos que subsisten después de los dramas de la infancia.

Sin apartarse de un esquematismo que aplica sus teorías a ciertos objetos estéticos para extraer de ellos una “ilustración”, Melanie Klein propone un análisis minucioso de los temas psicológicos de la novela de Julien Green titulada *Si j'étais vous*.⁷⁵ Un subtítulo del estudio es “Una novela que ilustra la identificación proyectiva”. El héroe, un joven empleado llamado Fabien Especel (¿o bien, jugando con el significante, “*espéce-ellé*”, “especie-ella”?), desdichado y descontento consigo mismo, huérfano de un padre voluble que había dilapidado el dinero de la familia, cierra un pacto con el Diablo para poder transformarse en otras personas. Melanie Klein sigue con delicia los meandros complejos de esa “identificación proyectiva” que lleva a Fabien a convertirse sucesivamente en el señor Poujars, en Paul Esmenard, en Fruges, en Georges, y finalmente en Camille. Las frustraciones y la agresividad que experimenta a lo largo de sus transformaciones, sentimientos asociados con una homosexualidad que a la analista no le cuesta trabajo descifrar bajo las máscaras, prácticamente ceden ante el descubrimiento de una buena imagen materna (la panadera) que despierta en nuestro héroe la vida amorosa de la primera infancia.

Todo ocurre como si, por no poder identificarse con el padre, Fabien se metiera en la piel de otros hombres: los ama (provisionalmente) y lo decepcionan, porque busca adoptar frente a ellos una posición pasiva femenina.⁷⁶ La restauración de la madre arcaica pasa por una fantasía: dentro de una iglesia, a la luz de los cirios, imagina a la panadera encinta de todos los hijos que él podría haberle dado. Gracias a esa visión positiva, el héroe se reconcilia con sus pensamientos “culpables” y supera la avidez y la envidia que lo animan secretamente.⁷⁷ ¿El cristianismo como reparación de la madre Virgen, que apacigua las fantasías incestuosas del hijo?⁷⁸ En adelante Fabien rechaza la solución falsa a sus angustias, consistente en una huida loca en identificaciones proyectivas, tan decepcionante como agotadora: trata entonces de reunir sus partes proyectadas. Según la analista, la escena final traduce bien esa tensión y esa reunión imposible: una fiebre agotadora mantiene a Fabien en su lecho

75 Cf. Melanie Klein, “Á propos de l'identification” (1955), en *Envié et gratitude*, ob. cit., págs. 140-185. Cf. Julien Green, *Si j'étais vous*, Pión, 1947, reed. Fayard, 1993.

76 Cf. Melanie Klein, “Á propos de l'identification”, art. cit., pág. 171 y pág. 178.

77 *Ibid.*, pág. 165.

78 *Ibid.*, pág. 164.

(¿acaso el contrato con el Diablo no fue más que una alucinación debida a esa fiebre?), y Fabien-Camille se acerca a la puerta de la casa. Pero la reunión de esas partes escindidas no llegará a producirse.

En efecto, el héroe muere pronunciando las palabras “Padre nuestro”, con lo cual indica que se ha reconciliado con *su* padre. No obstante, su último doble, Fabien-Camille, al que el enfermo cree oír en el umbral, que habría llegado a restituirle su identidad, en realidad no estuvo nunca: no hay nadie allí constata la madre. Pero se han producido algunos encuentros: los del hijo moribundo después de un coma con... la madre, finalmente reconocida como amante.

El hecho de superar las angustias psicóticas fundamentales de la primera infancia da lugar a la aparición con toda su fuerza de la necesidad intrínseca de la integración. Fabien realiza su integración al mismo tiempo que establece buenas relaciones objetales; repara lo que en su vida no era satisfactorio.⁷⁹

El lector de Klein se queda con las ganas: el mecanismo de la reparación no agota, ni mucho menos, las complejidades del proceso creador; nuestra psicoanalista, convertida en crítica literaria, no aborda tampoco los temas de lo falso y la perversión, el sadomasoquismo o la profanación, ostensibles sin embargo en el texto de Julien Green. En cambio, la ingenuidad de la ensayista cuenta con la perseverancia de la teórica, que intenta demostrar con detalles la lógica de lo que había descubierto en el diván: la identificación proyectiva y su superación mediante una reparación que depende dramáticamente de la experiencia de la pérdida.

Pero no se trata ya de la muerte de una madre (como en la fantasía sádica del niño según la teoría kleiniana), sino de la muerte del hijo. ¿Habría sido este el secreto del hijo escritor y homosexual, su versión del sacrificio, que modifica el esquema kleiniano? Este hijo quiere preservar a la madre, no perderla nunca, dejarla vivir haciéndose creador de sí mismo, pero al precio de una cierta muerte de él mismo. Muerte física de Fabien, puede tomar también el aspecto de una renuncia a la identidad sexual: ni hombre ni mujer, hombre y mujer, nada, neutro, todo. Para que el hijo escritor pueda recrear todas las identidades, identificarse con todos, proyectarse en todas partes. Y, en la vía de esta reparación infinita que es el compromiso en lo imaginario, tratar de pagar la deuda a la madre así reparada, pero sobre todo la deuda con el padre odiado. Pago sin fin, inconsolable, pago hasta la muerte.

El texto de Klein roza cuestiones esenciales, pero se limita

⁷⁹ *Ibíd.*, pág. 185.

escolarmente, con ambición y prudencia, a la ilustración de las tesis de la psicoanalista, que en ese momento son las de *su escuela*.

Melanie quiere salvar en sus pequeños pacientes la capacidad para sublimar-simbolizar. Cuando el arte y la literatura ponen en escena una dinámica análoga a los dramas de la supervivencia psíquica que la analista había descifrado, ella se complace en presentar ante los textos el espejo de su teoría, pulido por ella misma en la escucha detrás del diván. Al pasar, la literatura se beneficia recibiendo algunos rayos de luz, pero reteniendo celosamente sus enigmas; la analista, por su parte, consolida sus conceptos y su clínica, recurriendo a los detalles menudos de esas fantasías confesadas y admitidas a las que denominamos “un imaginario cultural”.

Pero, ¿se puede considerar que este trayecto crítico es una pretensión teoricista que profana la carne sutil de la obra? Yo vería más bien la humildad, seguramente rudimentaria pero noble, de una mujer que se atreve a avanzar con un poco de luz en el terreno de las bellas ilusiones. Sin dudar ni por un momento de que esas ilusiones son inevitables y necesarias, como lo son las fantasías: ¿acaso no las crea también ella, a su manera, en sus propias identificaciones proyectivas con sus pacientes, en sus interpretaciones imaginarias, *fantasmáticas*? “Si yo fuera tú”, piensa Melanie cuando interpreta. ¿Melanie o la última transformación, finalmente exitosa, de Fabien?

IX. De la lengua extranjera a las redes de los fieles y los infieles

1. UNA FUNDADORA SIN TEXTO

Melanie Klein aprendió el inglés con Alix Strachey en 1925, para preparar sus conferencias en Inglaterra:

Me arrojé al agua y decidí enseñarle el inglés a Melanie, al menos en lo que concierne al vocabulario especializado. Para hacerlo, tengo la intención de leer con ella "Juanito" [...]. Ella lo leerá en voz alta, y después lo discutiremos juntas en inglés.¹

La distinguida londinense quedó impresionada por la comprensión de la lengua que demostraba su alumna, pero el acento era horrible, y decidieron que Melanie continuara con un profesor.

A partir de su instalación en Inglaterra, en 1926, Melanie Klein formuló sus pensamientos en inglés, no sin volver a menudo a su lengua materna, para seguir en contacto con sus emociones y hacerlas compartir: después de la muerte de su hijo Hans, ella se confió a Paula Heimann hablándole en alemán.² Es también probable que cuando murió su hijo haya soñado en alemán, despertando muchos recuerdos penosos: la preferencia de su padre por Emilie, la muerte precoz de Sidonie, la pérdida cruel de Emanuel (por la cual sintió una aguda culpabilidad), el resurgimiento de la angustia al morir la madre, la ambivalencia respecto de Arthur, su marido, el abatimiento consecutivo a la muerte de Abraham y su difícil relación con Kloetzel. *El psicoanálisis de niños*, publicado casi al mismo tiempo en alemán, fue traducido al inglés por James Strachey con la ayuda de Alix Strachey, Edward Glover y Joan Riviere,³ y después considerablemente revisado para la edición definitiva de las *Obras Completas*.⁴ Aunque su dominio del inglés se afirmaba (durante la guerra, la correspondencia de Melanie con Winnicott estuvo "salpimentada de expresiones idiomáticas inglesas"), de todos modos ella contó con la ayuda

1 Cf. Perry Meisel, Walter Kendrick. *Bloomsbury/Freud. James et Alix Strachey....* ob. cit., pág. 214.

2 Cf. MK, pág. 491.

3 Cf. prefacio de la primera edición, pág. 3.

4 *Writings of Melanie Klein*, Hogarth Press, 1975, y Karnac Books. 1992-1998,

de amigos de lengua inglesa cuando comenzó a escribir en ese idioma. En la década de 1930 la ayudó mucho Joan Riviere, que corrigió y revisó sustancialmente su obra. Después se apoyó en su secretaria, Lola Brook, una judía lituana casada con un inglés, la cual, a partir de 1944, fue para la analista una persona de confianza y una colaboradora indispensable. Entre otros artículos, Brook releyó con mucha atención el titulado “Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé”, aportando sugerencias, tanto relacionadas con el estilo como con la distribución del texto; más tarde recibió en una nota el agradecimiento enfático de la autora.⁵ Finalmente, *Relato del psicoanálisis de un niño* no habría visto la luz sin la ayuda de Elliot Jacques, que se convirtió en secretario del Melanie Klein Trust Fund y responsable de la publicación de *Writings of Melanie Klein*. No obstante, en todos los casos, la infatigable trabajadora que era Melanie anotó, escribió y releyó incansablemente las sesiones con sus pacientes, moduló comentarios o conclusiones clínicas, y afinó progresivamente por escrito el desarrollo de su pensamiento, según lo atestiguan sus archivos.

Observemos también que los últimos textos de Klein aparecen salpicados de citas de la literatura inglesa, tan sofisticadas que se las podría reconsiderar “adiciones”, aunque son siempre pertinentes. Añadamos también que Jean Baptiste Boulanger, que tradujo al francés *El psicoanálisis de niños*, juzgaba el francés de Melanie lo suficientemente bueno como para asegurarse una excelente comunicación en el curso de su supervisión. No obstante, este cosmopolitismo lingüístico de Melanie, según su biógrafa, no le impidió seguir siendo “germánica hasta el final”.⁶

El alemán: ¿lengua materna? De cierta manera. En realidad, las últimas cartas de Libussa demuestran que su alemán era muy torpe.⁷ Recordamos que tanto la madre como la hija se enorgullecían de que Moriz Reizes, esposo y padre, respectivamente, aunque médico mediocre, hablaba una docena de idiomas...⁸ Pero, ¿cuál era la lengua materna de Melanie?

Hay matricidio en el abandono de la lengua materna. Ya había habido matricidio en los padres de Melanie y, más profundamente, en el destino migratorio de esas familias de la Europa central que poseían todos los idiomas y ninguno, salvo el ídish en algunos casos, pero que Melanie no quería ni conocer,⁹ ni siquiera oír. Siguiendo las huellas del deseo parental,

5 Cf. Melanie Klein *et al.*, *Développements de la psychanalyse*, ob. cit., pág. 187, nota 1.

6 Le debo estas informaciones y apreciaciones a Phyllis Grosskurth (comunicación privada) a quien agradezco cálidamente.

7 Cf. *MK*, pág. 19.

8 *Ibíd.*

9 *Ibíd.*, págs. 17-18.

y particularmente materno, ella optó por integrarse a la lengua y la cultura alemanas: primer renacimiento simbólico, alumbramiento cultural de sí misma. La segunda ruptura, que la llevó desde el continente a la Gran Bretaña, acentuó el vuelo: cada vez más alto, cada vez más fuerte. Para pensar esa memoria antigua que llamamos “un inconsciente”, para nombrar la fantasía, ¿es acaso preciso oírlo a distancia, desde otro lugar que no puede ser más que lo extranjero, la ajenidad? Tal vez, protegiéndose de él, abandonándolo *allá*, mezclado con las inefables sensaciones infantiles, en un código primitivo sin nombre... ¿Acaso da menos miedo oírlo de lejos, en la claridad de un espíritu armado con innumerables aprendizajes secundarios, mediados, extranjerizados, “ajenizados” respecto de lo arcaico, olvidadizos de lo maternal?

En ese destino de extranjera, en el cual cristalizó (se camufló, pero también se explicitó) la judeidad de Melanie Klein, es posible leer una elaboración del clivaje antiguo, de un matricidio que seguía siendo doloroso, de una psicosis endémica. Por haber sabido entrar en contacto con esa dinámica, por haberla percibido a la vez como devastadora y salvadora, Melanie Klein pudo elaborar una teoría que entraba en una resonancia más directa, más incisiva que la teoría freudiana, con la misma escisión que refleja los matricidios análogos vividos por todos y cada uno de los seres humanos, no solo por muchos intelectuales, sino también por grupos cada vez más amplios en este fin de segundo milenio.¹⁰

Los seres humanos no son tanto “identidades” como *viajes*, siempre en tránsito *entre* una memoria más o menos reprimida y una conciencia más o menos ama: Freud vino a decírnoslo. Él desarrolló lo que algunos consideran su novela personal al sostener que el *homo religiosus*, que desde la era de las glaciaciones acumula psicosis sobre neurosis,¹¹ sobrevive en los modernos que somos nosotros, recorriendo subrepticamente nuestras estructuras psíquicas, nuestros sueños y nuestros síntomas.

Cabe suponer que la visión freudiana sufrió la influencia de la nueva pérdida de la sedentarización experimentada por la humanidad en el curso del siglo XX. La técnica y la política nos arrancan cada vez más a nuestros hábitat, y nos hemos vuelto a convertir en nómades. A los exiliados de las

10 Por otros caminos, pero de manera análoga, Hannah Arendt debió formular su obra en una lengua extranjera, el inglés, lo que no dejó por cierto de tener efectos sobre el desarrollo de su pensamiento, sobre su didactismo polémico y su claridad, a distancia de la locura supuesta o temida de la lengua materna. Cf. Julia Kristeva, *Le Génie féminin*, t. 1: *Hannah Arendt*, ob. cit., págs. 294-296, págs. 369-370.

11 Cf. en particular las notas dirigidas a Ferenczi y publicadas con el título de *Vue d'ensemble des névroses de transfert. Un essai métapsychologique (1914-1915)*. ed. alemana de 1985, trad. franc. Gallimard, 1986, págs. 30-44.

persecuciones políticas se suman los emigrantes de los mercados globalizados y los navegantes por televisión satelital u otras redes. Con el cuestionamiento de la autoridad, de la ley y los valores, que se ha interpretado como una impugnación del papel del padre, la pérdida del hábitat que caracteriza nuestro destino atenta contra el lugar originario, ataca el apuntalamiento materno y amenaza con la destrucción de la identidad.

Los poetas sensibles y los conservadores asustados entonan entonces himnos en salvaguarda del lugar: retorno al origen, ecología del habitat, protección del patrimonio. Todos quieren preservar la posibilidad de posarse en un hogar estable, en una colección fija de textos, en un recogimiento primordial, religioso, del ser humano tributario de un espacio que sabe espaciarse.¹² ¿Cómo no comprenderlos, cómo no seguirlos, cuando sabemos que la destrucción de esa seguridad primera (anclaje de nuestras identidades, refugio primario de nuestros objetos de deseo y de odio), que encontramos en la lengua y en la instalación de un hogar, nos privaría de lo que es por ahora el índice último de lo humano, es decir, la posibilidad de sublimar y después simbolizar el caldero biológico?

Otros (y Melanie Klein se cuenta entre ellos) toman una vía diferente para salvaguardar nuestra posibilidad de dar sentido. Se trata de visitar el lugar del dolor, el desarraigo originario: no de reprimirlo para reconstruir rápidamente el habitat, sino de “habitar” el “deshabitar”, la separación primordial (si acaso la palabra “habitar” no fuera demasiado tranquila, demasiado estática para designar esa auscultación de la herida original que practicaba la psicoanalista). Nuestra Melanie era una nómada: Viena, Rosenberg, Krappitz, Budapest, Berlín, Londres; numerosas direcciones en Berlín, cinco casas en Londres. Su hijo Eric dijo que nunca había tenido un hogar. Sin embargo, esa mujer que se complacía en cambiar de moradas, las acondicionaba de manera cada vez más confortable y lujosa. De modo que, tanto en los espacios en los que vivía la analista como en su pensamiento, se perfilaban dos tendencias contradictorias de su errancia: la de la apertura, que desequilibra y está en consonancia con la pérdida de

12 “Habitar, ser puesto en seguridad, quiere decir quedar encerrado (*engefriedet*) en lo que nos es pariente (en *in das Frye*), es decir, en lo que es libre (*in das Freie*) y que cuida todo en su ser. El rasgo fundamental de la habitación es ese cuidado. Penetra la habitación en toda su extensión. Esta extensión se nos aparece en cuanto pensamos que la condición humana reside en la habitación en el sentido de permanencia sobre la tierra de los mortales.” Martin Heidegger, “Batir, habiter, penser” (1951), en *Essais et conférences* (1954), trad. franc. Gallimard, 1958, col. “Tel”, 1980, pág. 176. También “El lenguaje es la casa del Ser: En su refugio habita el hombre”; id., *Lettre sur l’humanisme* (1946), trad. franc. en *Questions III*, Gallimard, 1966, Pág. 74. [Ed. cast.: *Carta sobre el humanismo*, Madrid, Alianza, 2000.]

uno mismo, y la del encierro, que resguarda y compensa los riesgos. Por un lado, la obra de la pulsión de muerte enfrentada sin rodeos; por el otro, el emplazamiento de estructuras más o menos rígidas, las estructuras de una teoría, de una escuela, de una casa burguesa. Pero el armónico dominante es una exposición máxima, un *desamparo* permanente, un “no-lugar” de todos los instantes. Entonces, ¿qué puntos de referencia se podrían encontrar frente a la crueldad que se sufre, que uno devuelve?

Melanie Klein escogió por lo menos dos de ellos. En primer lugar, confió en la memoria del prelenguaje: el secreto del tiempo perdido se podría encontrar en el *insight* y la identificación proyectiva con el paciente. “Si yo fuera tú”, dice ella, y pasa a convertirse en ese tú. En segundo lugar, asimila una lengua nueva: la de los padres Freud-Ferenczi, Abraham, y a continuación también la lengua de los británicos, ¿por qué no?, ya que ellos la apreciaban y la acogían: su civilización, ¿no era la de un imperio, tal vez la del Imperio, con la mundialización en curso? De este modo forjó finalmente su propio código. Habiendo entrado en un mundo de saber, de sistema y de participación, ella se lo apropia, innova en él, hace una obra y la protege mediante una política. Más bien causa gracia esa anciana dama que, mientras Londres se derrumbaba bajo las bombas alemanas, solo pensaba en su trabajo, al que, por supuesto en su anglo-alemán, denominaba “*vurk*”. Causa gracia pero, a fin de cuentas, no por ello se le pierde el respeto.

Hay una experiencia de Melanie Klein: en su núcleo está la extranjería originaria. La lengua extranjera es un rostro visible: por supuesto el inglés, pero, más profundamente, el propio psicoanálisis como *sistema*, y el ideolecto de la “teoría kleiniana” como coronación. Melanie como clínica desciende hasta “allá” con su fantasía, hasta el lugar sin lengua de la infancia inhibida, psicótica y autista, por un lado, y por el otro Klein, como jefa de escuela, habla, sistematiza, guía a su clan. De allí sus fórmulas amontonadas y sus páginas pesadas, entramadas con conceptos firmes que argumentan de modo paciente, circular, repetitivo, pero que a menudo también irradian relámpagos cuya evidencia nos es impuesta sin precaución ni preparación, no engendrados en la respiración de las palabras ni de los deslizamientos retóricos. Entre ambos extremos, el viaje. Cuando lo olvidamos nosotros, cuando ella lo olvida (¡muy pocas veces!), solo se ve a “la loca” o a “la dogmática”.

¿Existe un texto de Klein? Leemos a Freud como una obra que se construye, también, en la carne del lenguaje. Melanie Klein, por el contrario, no pertenece a la memoria de la lengua alemana: forma parte de esa otra clase de pensadores que tienen un laboratorio internacional y se expresan en un código universal, ¿Son ellos mutantes destinados a

desaparecer, o seres dotados de una extranjería que se pliega a los idiomas prestados (en este caso el inglés)? ¿Tratan simplemente de facilitar la tarea del intelecto para arriesgarse mejor en las fronteras, en los imposibles? Esa extranjería lingüística, que es igualmente una extranjería del pensamiento, puede parecer paradójica en una psicoanalista, ya que el inconsciente se estructura bajo el fulgor de la lengua materna (como, para el Fabien de *Si j'étais vous*, el rostro de la panadera se recompone a la luz de los cirios de la iglesia)?¹³ Esto es lo que creemos, y Melanie no cesa de transitar por ese tamiz de la lengua primera: el alemán vuelve a ella en los debates emocionales y en sus formulaciones teóricas.

Según lo que ella misma nos dice, a menudo también mezclaba los idiomas, oía toda lengua extrañamente, como en sueños, como nos lo ha enseñado Freud: recordemos la secuencia "*petits fours/petits frou/kleine Frou*", donde ella descifra *Frau Klein*.¹⁴ Sucede que la lengua materna, desde el lugar donde Melanie se ubica (el no-lugar donde ella se ubica, en la travesía de las identidades), es ya una lengua extranjera. Hay ya algo extraño en lo familiar, la *inquietante extrañeza* de la madre que se oculta. ¿Sería acaso posible oír a la madre de la madre, ir hasta donde ya no hay ningún *allí*, ningún "ella" ni ningún "lugar", solo un caos de sensaciones, un desborde, un desmantelamiento, una intimidad adhesiva, una catástrofe del ser? Un amor sin piedad a la coexcitación madre-bebé, a lo prepsíquico, que se convertiría en nuestro nuevo mito, finalmente el último... Melanie ironiza con Jones: los psicoanalistas serían como esos peces a los que no les gustan las profundidades.¹⁵ Ella, por el contrario, las ama: ¡siempre bajo el mar-madre!

El pensamiento kleiniano padece esta errancia, este viaje hacia el no-lugar que lo deshace antes de estructurarlo. En apariencia, los escritos de Klein presentan exposiciones de "casos" muy laboriosas, incluso esquemáticas, con interpretaciones apretujadas, casi superpuestas, el todo cada vez más sistematizado, con la ayuda de los discípulos que no dejan de aprovechar las facilidades de una escuela, de utilizarlas y agravarlas. No obstante, de pronto el artificio se desgarrar y nos deslumbran los relámpagos de verdad: bajo la pesadez surge la exactitud de un cuidado que toca la herida y sabe acompañarla sin complacencia con una piel nueva, sensible.

Encontramos la huella en el razonamiento de la propia Melanie: a menudo se le han reprochado los conceptos ambiguos, que son a la vez cosas y representaciones, positivos y negativos, y que no llevan a ningún

13 Cf. *supra*, cap. VIII, 4, págs. 212-213.

14 Cf. *supra*, cap. IV, 4, pág. 109 y sigs.

15 MK, pág. 368.

lado, pues en cuanto han enunciado una posibilidad, ella se desdobla para convertirse en la contraria. El objeto introyectado, ¿es una cosa o una imagen? La fantasía, ¿es una sublimación de la pulsión, o una defensa contra ella? La posición depresiva, ¿indica una nostalgia del objeto parcial, o su superación en el objeto total? ¿Vuelve a caer en las defensas maníacas surgidas en la posición esquizoparanoide anterior, o bien avanza hacia la reparación? Los detractores no han dejado de destacar, además del abandono del Edipo freudiano en beneficio de los “objetos internos” (entre otras divergencias muy explícitas), un modo de pensar problemático. Marjorie Brierley cuestiona esa especie de conocimiento “corporal” e “imaginario” que manejan los kleinianos, y que ella considera excesivamente subjetivo, en las antípodas de una “verdadera ciencia”:

La modelización de un mecanismo mental a partir de una experiencia corporal a la cual ese mecanismo correspondería es una acción imaginaria, un modo de comportamiento imaginario que toma como modelo la previsión del comportamiento real.¹⁶

Mucho más intransigente, Glover, por su lado, adopta un tono francamente caricaturesco:

A menos que nos tomemos el trabajo de corregir este método de “*mantantiru tiru la*”, la argumentación rigurosa es imposible.¹⁷

¿No es científica Melanie? Sus detractores dijeron esto en su momento, e incluso hoy en día ciertos profesores norteamericanos deseosos de publicidad la habrían tratado de “impostora” si la hubieran conocido.

De hecho, como dice Jacquelin Rose,¹⁸ Klein no propone en absoluto un pensamiento lineal para un desarrollo lineal del niño o del inconsciente: la lógica kleiniana no se despliega como una secuencia causal, desde la A hasta la B, sino más bien de *manera circular*. Es posible que la identificación proyectiva sea la principal cristalización de esta lógica de “la negatividad”, que da forma a un “círculo vicioso” y que Joan Riviere describió como sigue al ilustrar el acceso del niño a la relación de causa y efecto:

“Tú no vienes a ayudarme, me odias porque estoy enojada y te devoro; por lo tanto, yo *debo* odiarte y devorarte para obligarte a que me ayudes.” El odio vengativo que no puede ser gratificado aumenta la tensión ulterior, y al pecho que

16 Cf. “Sixième discussion”, en *Les Controverses...*, ob. cit., pág. 483.

17 *Ibíd.*, pág. 503.

18 Cf. “Negativity...”, ob. cit., pág. 143.

se rehúsa se le atribuyen el carácter implacable y la arbitrariedad incontrolada de las sensaciones propias del niño.¹⁹

Consciente del carácter peculiar de esta lógica, orgullosa incluso de haber participado en su descubrimiento y en su utilización terapéutica y teórica, Riviere la reivindica y busca sus protagonistas: en efecto, ¿quién es realmente capaz de ella?

Son capaces de ella las “madres” y las “personas dotadas de intuición” (con las cuales está claro que la discípula de Klein se compara en este caso), que “no son sabios, y [...] no saben expresarse mucho más que los propios bebés”.²⁰ La depreciación irónica obtura aquí la herida infligida por los detractores; las personas de las que se trata acceden no obstante a esa negatividad que es la expresión emocional de los bebés, porque su lógica no es más incomprensible que una “lengua extranjera”,²¹ pero nos hace retroceder en la vida del individuo “hasta un período antes inexplorado”.²² El inconsciente que persigue Melanie sería entonces algo extranjero, extraño o ajeno a nosotros; su obra nos lleva a nuestra ajenidad radical, y Joan Riviere lo dice explícitamente: lo que se le reprocha a Melanie, ¿no es que nos demuestre que somos *ajenos a nosotros mismos*?

Podemos seguir la exégesis de Joan Riviere, pero sin acompañarla en su entusiasmo de neófita cuando compara las intervenciones abruptas de Melanie con el “faro” que es el pensamiento freudiano. Pues la claridad de Klein, que es indudable, coexiste con un retorno constante de lo negativo y hacia lo negativo, que instala algo así como un *agujero negro* en el núcleo mismo de su esquematismo, y convierte a Melanie en lo contrario de un faro. “Agujero negro” del autismo, dirá Francés Tustin. “Agujero negro” del sentir anterior al pensamiento ideacional y conceptual. “Agujero negro” de la fantasía, invariablemente apresado en las redes de la identificación proyectiva. “Agujero negro” del objeto interno arcaico que hay que abandonar en la depresión, para poder, con el “sol negro” de la melancolía, encaminarse, mediante la reparación, hacia una verdadera traducción del malestar en verdaderos símbolos. Los esquemas kleinianos se presentan intrínsecamente desequilibrados por la permanencia de lo imaginario interpretativo, que no es más que la intrusión de lo negativo en el razonamiento: lo negativo de la pulsión, y después la negación de esa primera negación, en una formulación que en sí misma sigue siendo

19 Cf. Joan Riviere. “Sur la genèse du conflit psychique dans la toute première enfance”, en Melanie Klein *et al.*, *Développements...*, ob. cit., págs. 44-45.

20 Joan Riviere, “Introducción générale”, *ibíd.*, pág. 34.

21 *Ibíd.*, pág. 19.

22 *Ibíd.*, pág. 33.

negativa, que revela siempre lo peor, en la transferencia/contratransferencia expuesta sin recursos a la fantasía de la destructividad y la muerte. Su analizante, Clare Winnicott, esposa de Donald, observó que en la situación analítica Melanie insistía en “el lado destructivo de las cosas”, como si le fuera difícil aceptar el amor y la reparación.²³ ¿Efecto transferencial en Clare, o “agujero negro” de la negatividad kleiniana, que le procura *insight* fulgurantes, pero también refrena a nuestra analista?

En esta extranjera, en esa traductora de lo originario que fue Melanie Klein, la obsesión de lo originario se convierte en una cohabitación valerosa con lo negativo. Menos dialéctico que en Freud, el destino de lo negativo en Melanie la acerca a las fronteras de lo humano, y su viaje hacia esas comarcas se enuncia en un pensamiento aparentemente menos suelto, pero en realidad muy riesgoso. Hasta el momento en que las pulsaciones de lo originario que hay que perder, de lo materno que hay que traicionar, del habitat que hay que abandonar necesariamente para vivir libre mediante el exilio en lo *simbólico* (ese nueva tierra extranjera que hay que seguir eligiendo y conquistando) se fijan defensivamente como una guerra entre mujeres. Sin puntos de referencia, las pasiones se vuelven implacables: como entre Melanie y Melitta. A la sombra del duelo del padre (es decir, del propio Freud), como en el caso de las Controversias, el pensamiento analítico puede salir enriquecido, pero hay un peligro: la visitación de la psicosis puede coagularse en un psicodrama histórico, y *La Orestíada* derrumbarse en brujerías, escaramuzas entre señoras.

Solo resta entonces volver al laboratorio. Pues bajo el grueso código kleiniano subsiste el testimonio vigoroso y encarnizado de la experiencia. A nosotros nos toca rehabilitar sus audacias, sus vacilaciones, sus confesiones. Para revelar, en las guerrillas de la “madre Klein”, los sondeos geniales de la extranjera. Una extranjera que lo sigue siendo actualmente en el movimiento analítico contemporáneo. A tal punto es esto así que, frente a las “nuevas enfermedades del alma” (*borderlines*, psicomatosis, psicomanías, vandalismos, etcétera), cuando nos faltan escucha y palabra, volvemos a los niños de Klein y sus discípulos para entender cómo procedían ellos con el sufrimiento innombrable. Tenemos una necesidad absoluta de releer esas páginas frondosas. Evidentemente, para mejorarlas: Melanie está allí para ser superada, como una madre, como una verdadera madre... Muy diferente de las madres reales que nos refrenan: muy diferente de la madre real que también fue ella.

23 MK, pág. 385.

2. MADRE E HIJA

Como si no bastara con el apellido familiar *Klein*, que en alemán significa “pequeño”, a la hija que le nació el 19 de enero de 1904 (menos de un año después de su matrimonio con Arthur, el 31 de marzo de 1903) Melanie le puso sencillamente el nombre de Melitta: “Pequeña Melanie”. La dos veces pequeña tuvo de qué quejarse desde el principio, pero aguardó su hora. En la desavenencia entre sus padres, ella tomó aparentemente el partido de la madre. Lo que no dejaba de tener su mérito, pues Melanie, sufriendo bajo la férula de Libussa, se ausentaba continuamente en viajes y curas, Y era la abuela la que se ocupaba de la niña, por cierto que con devoción y solicitud, pero prefiriendo al hermanito menor, Hans, el varón, y explicándole a la pequeña Melitta que la madre era solo “una enferma emocional, tan enferma que tenía que abandonar constantemente a la hija”.²⁴

Sin embargo, todo marchó para bien hasta la década de 1930: Melitta era una joven inteligente, acompañaba a su madre en las reuniones psicoanalíticas de Berlín, y terminó sus estudios de medicina. Los biógrafos iban a preguntarse si la madre, aún desconocida y sin título, que soportaba la desconfianza del *establishment* médico, no estaba acaso celosa de la hija. Sobre todo cuando Melitta se casó en 1924 con el muy distinguido Walter Schmideberg, hijo de una familia judía rica y asimilada, que había estudiado con los jesuitas (como la gente “bien” de la propia familia de Melanie). Walter no solo iba a ser capitán en el ejército austro-húngaro, sino que también se interesó por el ocultismo y después por el psicoanálisis, convirtiéndose en el amigo del rico y talentoso Max Eitingon, que le presentó a Freud. Schmideberg ayudó incluso económicamente a la familia de Freud en los días difíciles de Viena durante la guerra. ¿Se podía pensar en un partido más envidiable? No obstante, Arthur, el padre de Melitta, se opuso a ese matrimonio con un hombre catorce años mayor que su hija, y al que los rumores daban por entregado a la bebida u otras drogas. En ese momento, el conflicto se instaló entre el padre y la hija.

La inserción de Melitta en el mundo psicoanalítico fue rápida y brillante. Aparentemente, de niña había sido analizada por la madre.²⁵ Más tarde tuvo un análisis didáctico con Eitingon; después se analizó con Karen Horney, ya en Londres con Ella Sharpe, y finalmente con Edward Glover. Se recibió de médica en la Universidad de Berlín en 1927, y viajó a Londres para redactar su tesis sobre la “Historia de la homeopatía en Hungría”, en

²⁴ *Ibíd.*, págs. 67 y 77.

²⁵ Cf. *supra*, el caso Usa, cap. II, 3, págs. 55 y sigs. Pero el rumor nunca fue definitivamente confirmado.

1928. ¿Acaso dependía de la madre y tuvo necesidad de su presencia para realizar este trabajo? No obstante, dedicó la tesis al padre.²⁶ A partir de 1930, Melitta participó regularmente en las reuniones de la Sociedad Británica, presentando comunicaciones (hemos visto que, en *El psicoanálisis de niños*, Melanie se refirió a los trabajos de su hija).²⁷ En 1932 triunfó Melanie: se publicó en Inglaterra su primer libro, calurosamente aplaudido. Pero los sinsabores apenas habían comenzado. Al llegar Walter a Inglaterra, los Schmideberg compraron una vivienda, y Melitta comenzó a afirmar cada vez más su deseo de independencia. El análisis que emprendió con Edward Glover la empujaba en esa dirección. Una carta, probablemente de 1934, expresa lo que, a la luz de lo que iba a seguir, parece una declaración de guerra a la madre:

Tú no te das suficientemente cuenta de que yo soy una persona muy distinta de ti [...]. No creo que, en la vida de una mujer adulta, la relación con la madre, por buena que sea, tenga que ocupar la posición central [...]. [La actitud que] yo he tenido con respecto a ti, hasta hace algunos años [...] era dependencia neurótica.²⁸

La guerra entre las dos mujeres se puso de manifiesto abiertamente en octubre de 1933, cuando Melitta Schmideberg fue elegida miembro del Instituto Británico: en su memoria, ella no atribuía las dificultades alimentarias de su paciente Viviane a factores funcionales, como lo quería la teoría de Melanie Klein, sino a la actitud de la madre que había procedido a una enseñanza demasiado estricta de la limpieza. Al morir su hermano Hans, en 1934, Melitta habló de suicidio, e insinuó que, como con todo suicida, una parte de la responsabilidad del acto correspondía a las dificultades con la familia, a la idealización y la decepción. Muy pronto la venganza de la hija, alentada por Glover, fue tomando forma hasta molestar a los miembros de la Sociedad. Siguieron escenas inconvenientes; Melitta le lanzó a Melanie apostrofes estridentes: “¿Dónde está el padre en tu obra?”. La guerrilla siguió jalonada por sarcasmos, indiscreciones, acusaciones que remitían a la primera infancia, a la vida familiar de los Klein.

Más aún: en 1938, Melitta llegó a acusar de plagio a los kleinianos (que habían publicado una obra colectiva compilada por John Rickman, *De la educación del niño*, que incluía una conferencia de Melanie sobre el destete). Un comité compuesto por Jones, Brierley y Payne examinó la queja y llegó a la conclusión de que carecía de fundamentos. Las acusaciones de Melitta,

26 Cf. MK, pág. 241.

27 Cf. *supra*, cap. VI, 3, págs. 140-141.

28 Cf. MK, pág. 262.

siempre respaldadas por Glover, tomaron cada vez más la forma de un debate teórico: los dos impugnadores criticaron las posiciones kleinianas y las acusaron de romper con el pensamiento de Freud. No obstante, por debajo de la legitimidad de ese debate, se traslucía la virulencia de un arreglo de cuentas personales. Glover, demasiado apegado a su analizante, como para reemplazar con ella a su propia hija mogólica y tener una verdadera cómplice, se paseó de la mano con Melitta en el transcurso de un congreso internacional.²⁹ En general, Melanie se abstuvo de comentar esos excesos, dejando a sus fieles la tarea de llevar adelante la batalla teórica, no sin manejar los hilos entre bastidores y sugerir la buena táctica que había que seguir.³⁰ Aunque sin poner énfasis, insinuó que la agresividad de su hija en esos debates se debía más a trastornos psíquicos que a una simple oposición teórica:

Hay incluso un punto que estoy absolutamente segura que *deberíamos abstenernos de mencionar*, al que ninguno de nosotros debería hacer ni una mínima alusión, y es la enfermedad de Melitta.³¹

¿Qué enfermedad? ¿Un estado esquizoide? Después de haberse mostrado muy crítica respecto de los trabajos de Anna Freud, y de haberla atacado indirectamente en el comentario sobre el libro de una colega, Melitta intentó acercarse a Anna en el momento en que estallaron las divergencias entre los annafreudianos y los kleinianos. Visitó a Freud cuando este llegó a Londres el 6 de junio de 1939. Melanie, que le había enviado al maestro una carta de bienvenida, no fue recibida, y solo asistió a las exequias de Freud a fines del mes de septiembre. Melitta participó en una reunión con Anna Freud y los suyos, y después tomó parte en las múltiples controversias contra su madre, en un tono “chirriante” y “sarcástico”.³² Acusó a la Sociedad Británica en su conjunto de ser hostil a Anna Freud.³³ Pero Anna no se dejó engañar acerca del fundamento psicológico de estos ataques.

Durante las Grandes Controversias de 1941-1945, Melitta se abstiene de aliarse con Anna Freud.³⁴ Su hostilidad a la madre, como persona y analista, aparece como el resorte principal, venenoso, en torno al cual se desarrolló no obstante un debate psicoanalítico fundamental.

29 *Ibíd.*, pág. 282.

30 *Ibíd.*, pág. 384.

31 *Ibíd.*, pág. 385.

32 *Ibíd.*, pág. 378.

33 *Ibíd.*, pág. 381.

34 *Ibíd.*, pág. 409.

Melitta terminó por atraerse la desaprobación de numerosos miembros de la Sociedad Británica, incluso de independientes que no seguían ciegamente a Melanie. Eva Rosenfeld, una amiga de los Freud que se analizó con Melanie Klein, dio testimonio de esa atmósfera penosa que les chocaba a todos: “Algo bastante terrible y muy poco inglés, el espectáculo de una hija que golpeaba a su madre con palabras, mientras esta se mantenía muy digna...”³⁵

Después de la renuncia de Glover en 1944, Melitta abandonó de hecho la Sociedad Británica (solo renunció formalmente en 1962) y en 1945 partió para los Estados Unidos, donde trabajó con delincuentes juveniles desde una óptica más cercana a la psiquiatría y al trabajo social que al psicoanálisis. La volvemos a encontrar en Londres el día de la cremación de la madre: Melitta dio un curso usando “unas botas rojas flamígeras”,³⁶ signo llamativo si los hay de que nunca había habido una reconciliación. Melanie, por su lado, formuló como sigue, en su testamento, lo que le legaba a su hija Melitta:

Mi brazalete de oro flexible que me dio su abuela paterna, el anillo con diamante que me obsequió mi difunto marido, mi collar de oro con granates y el broche que lo acompaña, que me fueron regalados en mi septuagésimo quinto cumpleaños, y no destino ningún otro legado a dicha hija, pues por otra parte ella tiene bienes suficientes y es capaz de proveer por sí misma a sus necesidades en virtud de sus calificaciones técnicas.³⁷

Leamos: Melitta es reconocida sin reservas en la historia de Melanie. La matriarca inscribe a su hija en el vínculo familiar, en la descendencia del padre, e incluso en el homenaje profesional que recibió en su septuagésimo quinto cumpleaños. Pero la acritud se trasluce a través de *dicha hija*, “con bienes suficientes” y poseedora de tantas “calificaciones técnicas”: contrariamente a dicha madre...

Glover, aunque había atizado el fuego de la disputa, trató de ser objetivo: la hija era menos enérgica que la madre, concedió; era su analizante, pero “antes había pasado por los consultorios de una docena de analistas” (!); “estos debates se prolongaron en gran parte debido a la doctora Schmideberg”; en definitiva, “...creo que las dos [Melanie y su hija] eran parciales. Por otro lado, la doctora Schmideberg, la hija, libró un hermoso combate por su libertad espiritual, y le había tocado en suerte un poco de ese carácter ligeramente desesperado que la empujaba a ir al

35 *Ibíd.*, pág. 319.

36 *Ibíd.*, pág. 598.

37 *Ibíd.*, pág. 599.

frente”.³⁸

¿De tal madre, tal hija... más o menos? Melanie siguió implacable: Glover era un “mal analista”, “deshonesto e inescrupuloso”.³⁹ Pero, ¿podía ser ella verdaderamente imparcial en esta cuestión?

Esté quien estuviese en el lugar del yo o del objeto primario, interno o externo, las fuerzas que dirigen el juego son la identificación proyectiva y la envidia, y no perdonan a nadie. Melanie tenía que ser la prueba de sus propias teorías.

3. LA PAZ Y LA GUERRA DE LAS DAMAS

Una obra de teatro de Nicholas Wright, *Madame Klein* (1988),⁴⁰ hizo célebres entre el gran público los enredos de la analista con su hija biológica y sus hijas simbólicas. La acción transcurre en 1934, en Londres: escenifica el día y la noche en los que Melanie Klein no pudo asistir al velatorio de su hijo.⁴¹ Melitta le escribe que probablemente fue ella, Melanie, la causa de la muerte del joven, tal vez un suicidio. La madre no leyó nunca esa carta. Melitta es descartada en beneficio de la tercera mujer, una recién llegada, Paula, que entra en análisis con la señora Klein al final de la obra. De este modo se inicia el duelo por el hijo, que es también una forma de duelo por la hija. La culpa y la depresión impregnan el espectáculo, dominado no obstante por la potencia de la señora Klein: decididamente nada puede apartarla de su perseverancia, de la continuación de su obra, su *work*.⁴²

No hay hombres en este infierno de mujeres. El hijo de la señora Klein ha muerto, las tres mujeres están o han estado casadas, pero los esposos, tiranos o egoístas, no las comprenden a ellas ni comprenden lo que está en juego en el psicoanálisis.⁴³ El teatro exagera y caricaturiza: transmite una leyenda del universo kleiniano que da cuerpo a lo que los biógrafos más escrupulosos no pueden dejar pasar en silencio.

“Insensible”,⁴⁴ “despiadada”⁴⁵ con los infieles, exige “una lealtad

38 *Ibid.*, pág. 457.

39 *Ibid.*

40 Cf. trad. franc. Seuil, col. “Champ freudien”. 1991.

41 Cf. *supra*, cap. III, 4, pág. 120.

42 MK, págs. 283-284.

43 Cf. Éric Laurent, “De la société des femmes”, en Nicholas Wright, *Madame Klein*, ob. cit., pág. 117.

44 MK, pág. 304.

45 *Ibid.*, pág. 549.

excluyente”,⁴⁶ y además es “paranoica” y “depresiva”: Melanie se endurece en la defensa de su pensamiento y castiga brutalmente las menores inconveniencias, los primeros signos de autonomía personal o intelectual. En la biografía de Phyllis Grosskurth se pueden encontrar los detalles de las numerosas seducciones, a menudo seguidas de desavenencias, que salpicaron la vida de Melanie Klein y fueron indisociables de su carrera analítica; contentémonos con recordar aquí las más significativas, con las tres discípulas favoritas: Paula Heimann, Susan Isaacs y Joan Riviere.

Heimann era la Paula de la obra de teatro: la que reemplazó a la hija en el corazón de Melanie, convirtiéndose en la confidente de su depresión, después en su analizante, y por fin en su hija simbólica, una colaboradora de talento.⁴⁷ Poco antes de morir, en 1983, Paula confesó que había sido lo bastante “seducida” por Melanie como para entrar en análisis con ella.⁴⁸ La rivalidad de la discípula con la hija tomó una nueva forma cuando Paula se unió al marido de Melitta, Walter Schmideberg, en Suiza, donde se establecieron definitivamente, no sin disfrutar de las visitas de la hija de su analista: ¡extraño trío, el de Paula-Melitta-Walter!⁴⁹ Paula Heimann rompió definitivamente con Melanie en 1955, al formular la teoría de la envidia del pecho, pero es posible que ella haya sido uno de los casos citados por Klein como ejemplo de envidia excesiva.⁵⁰ ¿Envidia de Paula, paciente “demasiado destructiva”, como Melanie le dijo a Hanna Segal? ¿O bien envidia de Melanie, a causa de la autonomía intelectual de Paula? ¿Melanie no se refería a su propia persona cuando, en *Envidia y gratitud*, evocó a una supuesta paciente que habría tenido un amor intenso a la hermana, mezclado con “sentimientos esquizoides y paranoides”? Fuera como fuere, Melanie apartó a Paula Heimann del Melanie Klein Trust Fund en 1955, escribiéndole que ya no tenía confianza en ella.⁵¹

Susan Isaacs se contaba entre los asistentes a las conferencias de Melanie en Londres en 1925; Edward Glover, Sylvia Payne, John Rickman, Joan Riviere, Ella Sharpe y los Strachey. Brillante psicóloga de niños, directora de estudios en la carrera de psicología de la Universidad de Londres, fue la primera directora de la Malting House School, escuela experimental de Cambridge, conquistada por las ideas de Klein, que Isaacs

46 *Ibíd.*, pág. 284.

47 Cf. sus escritos, particularmente *Développements de la psychanalyse* (1952). *op. cit.*; cf. también su teoría innovadora de la contratransferencia, *supra*, cap. VIII, 2, págs. 192-194.

48 *MK*, pág. 493.

49 *Ibíd.*, pág. 476.

50 *Ibíd.*, págs. 541 y sigs.

51 *Ibíd.*, pág. 545.

desarrolló con talento.⁵² Analizante de Otto Rank y Joan Riviere, sostuvo a Melanie, en particular durante la guerra (cuando la jefa de la escuela se radicó en Cambridge con su nuera y su nieto), así como en la preparación de diversas respuestas en el curso de las Grandes Controversias. A lo largo de una correspondencia continua, Melanie se esforzó en respetar la independencia de Susan Isaacs, sin dejar de guiarla con autoridad. Isaacs se manifestó convencida de que era Melanie, y no Anna, la verdadera continuadora del pensamiento freudiano.⁵³ No obstante, Paula Heimann le habló a Pearl King de las “palabras malévolas” de Melanie con respecto a Isaacs. ¿Malevolencia de Melanie o de Paula?

Ni siquiera la propia Joan Riviere pudo sustraerse a los inviernos kleinianos. Proveniente de la alta burguesía intelectual inglesa, analizante de Jones y del propio Freud, primera analista profana de la Sociedad Británica, y traductora de Freud, había quedado fascinada por Melanie: aunque tal vez tosca y en un estado de sueño permanente, a juicio de Joan Riviere tenía no obstante “el fuego sagrado”. Freud, que apreciaba su inteligencia y probablemente su aplomo, atacaba en su correspondencia con Jones las “declaraciones teóricas de la señora Riviere”, más bien que a Melanie en persona, a la que en realidad apuntaba a través de su discípula. Fiel entre los fieles, Riviere analizó a Isaacs y Winnicott, y redactó la “Introducción general” de los *Desarrollos en psicoanálisis*. No obstante, se mostró reservada con respecto a los “casos límite” tal como los definía Melanie, y no deseaba tomarlos en análisis, lo que no le impidió ser una teórica muy sutil de la “relación terapéutica negativa”.⁵⁴

¿Se debió a ello que Melanie fuera malévola e indiscreta con relación a ella, siempre según los dichos de Paula Heimann?⁵⁵ Klein, teórica de la envidia, la padeció de un modo totalmente evidente: envidia a la madre, a sus hermanas, a su cuñada, a Anna Freud, a Marie Bonaparte, a Helene Deutsch. Una noche en que Melanie volvía a su casa acompañada por Tom Main, le dijo lo siguiente: “Creo que mi obra perdurará, ¿no lo cree usted? Después de todo, lo he hecho mejor que Helene Deutsch, ¿no es así?”⁵⁶ ¿Acaso, hacia el final de su vida, llegó a pensar que la envidia entre mujeres es inanalizable? ¿Habría podido decirlo, con su pesado acento

52 Cf. *supra*, cap. VIII, 2, págs. 194-196.

53 Cf. su “Nature et fonction du phantasme”, en Melanie Klein *et al.*, *Développements de la psychanalyse*, ob. cit., págs. 64-114.

54 Cf. “Contributions to the analysis of the negative therapeutic reaction”, en *International Journal of Psychoanalysis*, 1936, XVII, págs. 304-332; trad. franc. *Psychanalystes*, n° 26, págs. 3-19.

55 MK, pág. 494.

56 *Ibid*, pág. 544.

alemán, con esa risa resonante que le había llegado con los años? ¿Sería inanalizable la envidia femenina, como Klein afirmaba que lo son un judío ortodoxo y un católico practicante?⁵⁷

Algunas de sus más fervientes adeptas iban a desmentir esta hipótesis pesimista: entre las que le siguieron siendo fieles, la más tenaz y útil, Hanna Segal. Primero analizante de Melanie Klein, y después exégeta escrupulosa de la obra kleiniana,⁵⁸ no dejó de profundizarla, sin desistir de un humor desprovisto de toda complacencia. El artista Félix Topolski, quien dibujó un retrato de Melanie, recuerda la arrogancia de la psicoanalista y su piel rosada de vienesa, acostumbrada a los dulces y pasteles cremosos y consciente de su *sex-appeal*. en el cuadro aparece con un aire de buitre saciado que chocó a los amigos de ella. Segal, por su parte, no estuvo de acuerdo: vio en ese dibujo exactamente la expresión satisfecha que adoptaba Melanie después de una interpretación particularmente bien lanzada.⁵⁹ Hanna Segal o el atravesamiento de la envidia... Ella tuvo éxito allí donde fracasó Paula Heimann.

No importa el brío de los analistas varones de la Sociedad Británica (Bion, Jones, Glover, Rickman, Strachey, Winnicott, para no citar más que algunos): se tiene la impresión de que el destino del psicoanálisis, en esa época, y en la era de Melanie, se jugó en un universo matriarcal. A juicio de R. D. Laing, los kleinianos “carecían de humor”, eran incluso “comunistas”.⁶⁰ Rickman se disgustó con ellos, a Bion le suplicaron con lágrimas en los ojos que hiciera referencia a su deuda con la jefa de la escuela, y Winnicott se pasó al grupo de los Independientes, para tomar distancia hasta “enfriarse”... Pero las mujeres analistas, ya activas en los otros países, en Inglaterra ocupaban el centro de los debates teóricos y pasionales. Recién llegadas a un mundo psicoanalítico en sí mismo nuevo y lleno de innovaciones, era inevitable que fueran excesivas. El retorno de lo reprimido (en este caso, lo reprimido femenino) no tiene lugar sin violencia. Estas damas, empezando por Melanie, ¿se exponían de este modo al psicodrama de las relaciones incestuosas entre la madre y la hija, o al de una homosexualidad femenina inconsciente?⁶¹ Teóricas del objeto

57 Cf. sobre Melanie Klein y la posibilidad de analizar otras culturas, “Nunca lo intenté, me hubiera gustado”, en *MK*, pág. 573.

58 Se le deben, entre otras, dos obras muy didácticas: *Introduction à l'œuvre de Melanie Klein*, ob. cit., y *Melanie Klein, développement d'unepensée*, ob. cit.

59 *MK*, pág. 567.

60 *Ibíd.*, pág. 581.

61 Phyllis Grosskurth habla de una “fuerte tendencia homosexual” en Melanie Klein (*ibíd.*, pág. 467), y la describe como una “mujer andrógina cuyos verdaderos hijos eran sus conceptos” (pág. 498).

arcaico, a merced del sadismo primario, ¿cómo podrían sustraerse a él, ya que no le reconocían su lugar al *falo*, único elemento capaz de separar o cultivar las “pulsiones” y los “objetos”?

No nos precipitemos a concluir. Al “Ábrete, sésamo” que fue el “objeto interno” de los kleinianos lo sucedió después la omnipotencia del “falo”, que supuestamente podía aclarar todos esos malentendidos y resolver todos los dramas pasionales, según los sucesores de Lacan. Más difícil es tomarse el trabajo de entrar en los detalles clínicos e históricos de los conflictos de los que se trata. La experiencia concreta parece mucho más compleja, mucho más riesgosa y (en todo caso, por parte de Melanie) mucho más preocupada por una atención sin complacencia a las personas más allegadas a ella.

La técnica analítica extrajo de esa experiencia por lo menos un principio indiscutible: de ningún modo pueden admitirse la interferencia entre las amistades personales y los vínculos analíticos. Esas promiscuidades refuerzan las pasiones que se revelan en el diván, inadmisibles en los vínculos mundanos o societarios que se consideran más o menos civilizados. Explorador de lo insostenible, el psicoanálisis está y debe seguir estando “fuera del mundo”, del mismo modo que está “fuera del tiempo”. Un padre y punto de referencia masculino, paternal o fálico, ¿habría podido *proteger* al universo psicoanalítico de las kleinianas, salvándolo de esos psicodramas entre mujeres? Tal vez, pero en el sentido de la represión. El salvajismo de ciertas reacciones *con respecto a* Melanie, o *de* Melanie, se habría evitado. No es menos cierto que su despliegue en la escena pública focalizó la atención en los verdaderos objetos de la investigación kleiniana: la dependencia respecto de la madre y el matricidio.

En efecto, más allá de los diversos enfrentamientos entre las posiciones esquizoparanoideas más o menos latentes en estas damas, lo que se revela en este caso es la radicalidad insostenible de la ambición teórica de Melanie. ¿Se puede avanzar hasta las fronteras de la represión originaria, donde el carácter simbólico de lo humano cae en el caos? En el viaje a esa tierra extraña, la angustia extrema del analista, varón o mujer, resulta necesaria a tal punto, que son pocos los capaces de soportarla: es ínfimo el número de analistas que tienen capacidades sublimatorias suficientes como para llegar hasta allí y volver.

Observemos en primer lugar que quienes asumieron globalmente este riesgo fueron mujeres, junto con Melanie. Por cierto que, como veremos, también había mujeres entre sus prudentes adversarias: la feminidad, en sí misma, no garantiza nada. En Klein se trataba de una cierta manera de pensarla, de atravesarla. Por otro lado, el psicoanálisis freudiano encuentra

actualmente tantas resistencias, es tan poco admitido, a pesar de ciertas vulgarizaciones en los medios, que las profundizaciones kleinianas siguen siendo totalmente inaudibles, salvo en un ambiente clínico muy especializado en la atención de la psicosis y la infancia. Nuestra “Walkiria”, como no vacilaban en llamarla sus enemigos, aparece *afín de cuentas* como una exploradora que vuelve de un viaje al final de la noche. Melanie Klein rasgó el velo de una cultura basada en la conversación sagrada entre la madre y el hijo, cuando no en la Pietá, y permitió entrever el lado primigenio de nuestra civilización. Con ella, sin duda, *La Orestíada*, y también la teogonía cosmogónica griega, basadas en parejas de contrarios, que inspiraron el pensamiento presocrático y sobre todo a Heráclito,⁶² se abrieron camino hasta el núcleo del mundo moderno, sumándose a las nuevas revelaciones psicoanalíticas, denominadas en adelante “kleinianas”, concernientes a nuestras psicosis y depresiones latentes.

Si es cierto, como creía Freud, que solo el hijo puede a veces colmar en la mujer la angustia abierta, y ocupar el lugar de único objeto de amor indestructible,⁶³ no hay duda de que entre la madre y la hija esta obturación, ese cierre, resulta muy difícil. Melanie Klein asumió el riesgo de descender a ese abismo. Gracias a haberla leído, gracias a que tratamos de comprenderla, nosotros ya no deberíamos experimentar la necesidad de hacer lo mismo. Estamos muy seguros de superarla, ¿no es cierto?, sencillamente porque acabamos de leerla...

62 Cf. Clémence Ramnoux, *La Nuit et les enfants de la nuit de la tradition grecque*, Flammarion, 1959, que estructura ese universo preontológico en parejas binarias (alto y bajo, vacío y negro, tierra y profundidad; incluso la Noche lleva dos hijos, uno negro y uno blanco, Tánatos e Hipnos, etcétera), cuya reversibilidad enseña a mirar cara a cara a la muerte.

63 Mientras que toda relación humana es ambivalente, puesto que contiene un fondo de sentimientos hostiles, “la relación de la madre con el hijo” constituye una excepción: “basada en el narcisismo, ¡esa relación! no es perturbada por ninguna rivalidad ulterior y la refuerza un inicio de elección de objeto sexual”. Cf. Sigmund Freud, *Psychologie des foules et analyse du moi* (1921), *GW.* t. XIII, págs. 73-161, *SE*, t. XVIII, págs. 65-143, trad. franc. en *Essai de psychanalyse*, Petite Bibliothèque Payot, 1981, pág. 162, nota 2.

X. La política del kleinismo

1. DE LAS CONTROVERSIAS A LOS INDEPENDIENTES

Al enfrentarse con las angustias arcaicas, poco analizadas antes de ella, y después de haber conquistado a los terapeutas británicos, Melanie Klein se ganó una audiencia internacional en el seno del movimiento psicoanalítico. A su pensamiento innovador y su talento se sumaban una infatigable tenacidad y una capacidad incomparable para dirigir a sus amigos, dividir a sus adversarios, manejar las envidias y las gratitudes: características que revelaban a la mujer de poder. Muchos lo advirtieron en cuanto ella llegó a Inglaterra. Ferenczi, en 1927, después de una visita a Londres, como lo hemos recordado, le escribió a Freud denunciando la “influencia dominante que Frau Melanie Klein tiene sobre el conjunto del grupo [...]. Al margen del valor científico de su trabajo, veo allí una influencia dirigida contra Viena”.¹ ¿Acaso Melanie “mesmerizó” a la Sociedad Británica, como se lo reprocharon algunos? Convertida en “objeto idealizado”, ¿estaba dispuesta, sin embargo, a caer como “objeto denigrado”? Tanto los adeptos como los escépticos subrayaban en primer lugar las innovaciones kleinianas (según unos) o transgresiones doctrinarias (según los otros). El debate cristalizó de manera aguda cuando la propia Anna Freud empezó a publicar, proponiendo un psicoanálisis de niños opuesto a las ideas de Melanie. Las primeras escaramuzas estallaron cuando la hija del maestro intentó hacer editar sus obras en Inglaterra.

Anna Freud (1825-1982) tenía trece años menos que Melanie. Era la última de los hijos de Freud; analizada por el padre, sin diplomas de estudios secundarios, aunque de una inteligencia brillante, se formó en el psicoanálisis de niños con Hermine von Hug-Hellmuth, y fue aceptada como miembro de la Sociedad de Viena en 1962. Después de practicar durante dos años el análisis de niños, publicó apresuradamente *Einführung in die Technik der Kinderanalyse*:² a la hija y heredera del creador del

1 MK, pág. 215.

2 Anna Freud, *Einführung in die Technik der Kinderanalyse*, Viena, Intem. Psychanalyt. Verlag, 1927; en 1929 apareció una traducción norteamericana, “On the theory of the analysis of children”, *International Journal of Psychoanalysis*, 10, pero su primera edición inglesa, *The Psychoanalytic Study of the Child*, Imago Imbl. Co., solo vio la luz en 1946; cf. trad. franc. PUF, 1951.

psicoanálisis, de cuyo cáncer se tenía noticias, le importaba en efecto afirmar su propia autoridad. En su conferencia de 1927 en Berlín, Anna Freud sostuvo que era riesgoso emprender el análisis de niños normales, contra la opinión de Melanie, para quien ese análisis debía formar parte de la educación de *todos* los niños. La obra de Anna Freud dice en sustancia que el analista debe ubicarse en la posición del yo ideal del niño para que la cura pueda realizarse; esta autoridad de mentor superior a los propios padres estaba en las antípodas de las concepciones kleinianas.

Los analistas ingleses — Barbara Low (cuyo apoyo a Anna Freud no se desmentirá, y que realizó una reseña elogiosa de su libro), Eder, Glover, Riviere, Sharpe y la propia Klein— leyeron con una atención minuciosa la obra de la hija del maestro. Aunque heterogéneo, el grupo estimó unánimemente (según la carta de Jones a Freud y en respuesta a las reconvenciones de este último) que resultaba inoportuno publicar en inglés una obra en la que era ostensible “un poco de precipitación”, que tenía “una base experimental también pobre”, y podía imponer “una detención” al desarrollo del psicoanálisis de niños.³ Hasta el final de su vida, Anna Freud sintió la amargura de esa desaprobación, en particular por la conducta de Jones, que en ese momento dio muestras de cierto atrevimiento en su relación con Freud.

El antagonismo entre las dos mujeres ya no iba a dejar de endurecerse. Esas dos personalidades intransigentes (Anna-Antígona y Melanie-Walkiria), de culturas diferentes, defendían concepciones distintas de psicoanálisis de niños. Se enfrentaban basándose en interpretaciones divergentes de los textos de Freud. Muy pronto los puntos de ruptura quedaron claramente especificados para las dos terapeutas, y Melanie resumió como sigue los principios del análisis según Anna Freud que le parecían inaceptables: 1) el análisis del complejo de Edipo es imposible, porque interfiere las relaciones con los padres; 2) el análisis del niño debería limitarse a fines educativos; 3) el analista no debería aceptar la neurosis de transferencia por respeto a los padres, cuyo papel es predominante en la vida del hijo; 4) el analista debería ganarse la confianza del niño, y desplegar el análisis sobre esta base.⁴ Estos principios iban en contra de las observaciones de Klein, que muchos analistas aceptaban ya como fundamento de una nueva técnica analítica: la precocidad del Edipo; la presencia concomitante de una relación agresiva con el objeto, resultado de la proyección de la pulsión de muerte; la anterioridad del superyó; la rapidez de la transferencia infantil y el sentido de su consideración en la

3 MK, pág. 217.

4 Cf. *Journal of Psychoanalysis*, 1927, 8, pág. 340, citado en MK, pág. 222.

interpretación, sobre todo de la transferencia negativa, etcétera. Todas estas propuestas estaban especificadas en el trabajo de Melanie, y fueron retomadas en oportunidad de la publicación en inglés de *El psicoanálisis de niños*, en 1932.

Los annafreudianos, en cambio, le objetaban a Melanie (además de las novedades teóricas que acabamos de mencionar) que no tuviera en cuenta la existencia real de la madre, ya que interpretaba esencialmente a partir de fantasías y pulsiones innatas atribuidas al niño. Varios clínicos –tan diferentes como Melitta, Bowlby y Winnicott– compartían en diverso grado esta opinión, y algunos independientes intentaron llenar las lagunas kleinianas en este sentido, remitiéndose al trabajo sobre el quehacer materno que Merrel Middlemore publicó con el título de *The Nursing Couple*.⁵

Esta disputa entre las dos analistas, anterior a la llegada de los Freud a Londres en 1939, estaba en el trasfondo de las disensiones que iban a formular clínicos británicos y continentales, y que se profundizaron en el curso de las célebres Controversias. La apertura intelectual, una investigación científica basada en la experiencia empírica, pero también un sentido muy democrático de la política institucional en la Sociedad Británica, iba a transformar este conflicto en un debate científico sin precedentes, tal como lo atestiguó la publicación de las Controversias.⁶

De modo que las divergencias cristalizaron y las fracturas en el seno de la Sociedad Británica de Psicoanálisis habían quedado esbozadas mucho antes de la Segunda Guerra Mundial. La querrela pasional entre Melanie y Melitta, atizada por Glover, envenenó las discusiones. A partir de 1938 se sumó la situación política: numerosos analistas continentales (Bibring, Edelberg, Hitschmann, Hoffer, Isakower, Kris, Lantos, Stengel, Schur, Stross, Sachs, Straub, Balint y otros), en fuga del nazismo, encontraron refugio en Inglaterra. Su llegada masiva agravó la crisis larvada. Por una parte, el freudismo clásico y el annafreudismo, que se consideraban a sí mismos hegemónicos, chocaron en Inglaterra con una disidencia que estaba lejos de ser marginal, como podía pensarse desde el continente. Por otra parte, el aflujo de los recién llegados y la situación de guerra

5 *The Nursing Couple*, Londres, Hamisch Hamilton, 1941.

6 Cf. *Les Controverses Anna Freud-Melanie Klein, 1941-1945*, reunidas y anotadas por Pearl King y Riccardo Steiner (1991), con prefacio de André Green, PUF, 1996. Aunque los compiladores no tuvieron acceso a todos los documentos, en particular a los archivos de Anna Freud (ibíd., pág. 229), esta publicación constituyó una contribución ejemplar a la historia de las ideas en psicoanálisis; cf. también el coloquio “Les controverses Anna Freud-Melanie Klein”, en *Bulletin de la Société psychanalytique de Paris*, n° 50, julio-agosto de 1998, págs. 99-143.

enfrentaron a los profesionales con el problema de la falta de clientes, incluso de la falta total de trabajo. ¿Quién se encargaría de los análisis didácticos? ¿Cómo se haría la formación de los candidatos? ¿No estaban algunos grupos abusando de sus prerrogativas y perjudicando a los otros? Como siempre, el “poder” simbólico reveló ser simultáneamente económico. Detrás de las apuestas teóricas había una lucha social por dominar el campo del psicoanálisis.

Freud murió el 23 de septiembre de 1939. El duelo por él afectó a todos sus allegados y discípulos. Lo que es más, en el contexto dramático de la guerra, su desaparición incitó a los continuadores a una clarificación de las ideas del maestro. Todos aducían su nombre, hacían ostentación de una fidelidad escrupulosa, y de hecho intentaban apropiarse de su obra: gran comida totémica en la que se debatían los hijos (dirigidos por las hijas) y en la que se trataba de separar a “los puros” de “los impuros”. Daba la impresión de que los protagonistas del psicoanálisis, una disciplina todavía joven, lo vivían más o menos inconscientemente como una religión. El cisma junguiano ya lo había demostrado en un pasado reciente; la disidencia lacaniana sería otra prueba.

No obstante, a la distancia, el lector puede tener la impresión de que las conmociones padecidas por el movimiento analítico en Inglaterra durante la guerra, a partir de la obra de Melanie Klein, y en sus controversias con los annafreudianos, constituyen un ejemplo alentador del atravesamiento posible de esa religiosidad. A la violencia de los conflictos, en efecto sacrificial, cuando no sagrada, se sumaron un verdadero trabajo de meditación y una elaboración teórica y clínica así como institucional. Desde entonces quedó abierta la vía para una verdadera investigación psicoanalítica, para un intercambio de puntos de vista nuevos y complementarios: ¿podrá ser realmente continuada, profundizada por los sucesores de esos pioneros?

En aquel momento, Melanie temió la llegada de los vieneses;⁷ el conformismo de ellos le daba miedo: “Nada será igual, esto es un desastre”. Los propios vieneses, perseguidos y debilitados por el exilio, padecían una sensación de *“bei uns war es besset”* (“en casa era mejor”). Todo estaba listo para que el conflicto se radicalizara, estimulado por Glover y Melitta. Sobre todo porque los analistas de origen inglés se refugiaron durante la guerra en el campo, mientras que los continentales siguieron en Londres, batallando en las jornadas de discusión teórica: mayoritarios al principio, finalmente minoritarios. Entre las dos falanges se

⁷ Cf. Pearl King, “Contexte et déroulement des controverses freudkleiniennes...”, en *Les Controverses...*, ob. cit., pág. 44.

fue constituyendo un Middle Group, y los observadores se interrogaron sobre las apuestas de esa tempestad intelectual. Por ejemplo James Strachey, que, calificando no sin razón de “extremistas” a los dos clanes, le escribió una extraña carta a Edward Glover en 1940:

¿Por qué todos estos miserables fascistas y comunistas han invadido nuestra isla apacible y complaciente? (¡Malditos extranjeros!)⁸

Mientras que Londres se bañaba en sangre y fuego bajo las bombas nazis, los psicoanalistas, sin preocuparse por el raid aéreo, seguían disputando acerca de la pertinencia de los aportes kleinianos, sobre el sentido exacto que Freud quiso darle a la “pulsión de muerte” o al “superyó”, sobre la naturaleza y la precocidad de la “fantasía precoz”, sobre el “yo corporal”, sobre el “rechazo” y la “negación”, sobre la posibilidad o imposibilidad de un juicio científico en psicoanálisis: en síntesis, sobre el sexo de los ángeles...

El debate bizantino⁹ se inició con cuestiones muy pragmáticas: ¿cómo había que formar a los jóvenes analistas? ¿No se estaban quedando los kleinianos con la mayoría de los candidatos? Se designó una comisión, la cual llegó a la conclusión de que los jóvenes no eran sometidos a “manipulaciones” por parte de Melanie... Los kleinianos fastidiados, que por un momento habían pensando en romper, se tranquilizaron. Pero las disputas teóricas no cesaban: Glover y Melitta eran intratables; Anna Freud se mostraba más razonable, aunque dictatorial y agresiva; tal vez Jones fuera solo un débil y un astuto (Melanie tenía todas las razones para pensarlo); Ella Sharpe cambió de bando; Sylvia Payne era más bien objetiva, pero Joan Riviere no aceptaba ningún cuestionamiento por parte de los vieneses, y solo Winnicott (más independiente y sobrio que nunca apenas participaba en las discusiones) se permitió recordar la realidad: “Deseo observar que hay un ataque aéreo”, observó en el curso de un debate sobre... ¡la agresión en psicoanálisis!

Los clanes estaban sólidamente emplazados. Anna Freud tenía junto a sí a Dorothy Burlingham, Kate Friedlander, Barbara Lantos, Hedwig Hoffer, Barbara Low y Ella Sharpe, que se les unió (Melitta jugaba de francotiradora). También formaban parte de este grupo algunos continentales, hombres, menos eficaces que esas damas: S. H. Foulkes, Willi Hoffer y Walter Schmideberg. El partido kleiniano contaba con mujeres seguras: Paula Heimann, Joan Riviere, Susan Isaacs y, en parte, Sylvia

8 MK, pág. 337.

9 Según la expresión de André Green, cf. “Prefacio” en *Les Controverses*, ob. cit., pág. XI.

Payne, que pronto pasaría a ser independiente; había también hombres como Roger Money-Kyrle, John Rickman, W. Scott y D. W. Winnicott. Quienes ocupaban una posición intermedia se hacían oír: James Strachey, Marjorie Brierley...

La mayoría de los miembros de la Sociedad Británica se incorporaron progresivamente al Middle Group y se sentían inquietos por el proselitismo de los kleinianos.¹⁰

Jones llevó un inapreciable sentido de la diplomacia hasta la vacilación y la indecisión, navegando entre unos y otros; lo demuestra la siguiente carta a Anna Freud, con fecha del 21 de enero de 1942:

Considero que la señora Klein ha realizado importantes contribuciones [...]. Por otro lado, ella no tiene una mente científica ni ordenada, y su manera de presentar su teoría es lamentable.

Y añadía que esto era así sobre todo con respecto al complejo de Edipo y al rol del padre: Jones olvidaba que en 1934, con su “etapa fálica”, él mismo había seguido a Melanie en esta cuestión. Por otra parte, el presidente no se mostraba mucho más suave con respecto a Anna:

Un bocado correoso e indigesto. Sin duda, ella no puede ir más lejos en el análisis, y carece de originalidad innovadora.¹¹

De hecho, durante las Grandes Controversias Jones desapareció, víctima de enfermedades psicósomáticas, y se retiró al campo, pero se curó bruscamente al final de dichas Controversias, no sin haber dejado a Glover el campo libre para conducir las operaciones, con lo cual le había restado a Melanie todas las posibilidades de beneficiarse con su apoyo. Pero el viento cambió de dirección, y Edward Glover, primero director del Instituto, se sintió cada vez más obstaculizado por el éxito de las tesis kleinianas y el acuerdo que se esbozaba entre los clanes. Renunció en 1944 y pasó a ser miembro de la Sociedad Suiza, lamentando haber tenido que ver a la Sociedad Británica “conducida por las mujeres” y “desarrollarse el embrollo Klein”. Esta era una manera implícita de reconocer que sus maniobras para desacreditar a Melanie habían fracasado.

Anna Freud, que compartía con Melanie Klein la formación en análisis de niños, renunció al Comité de Formación y comenzó a dirigir seminarios privados. Ya se había constituido en autoridad con su libro *El yo y los*

10 Cf. Pearl King, *ibíd.*, pág.s. 45-53.

11 Citado por Riccardo Steiner, “Le contexte des controverses scientifiques”, *ibíd.*, pág. 225.

mecanismos de defensa,¹² y además organizó la Child Ward Nursery, en Hampstead, que quedó bajo su influencia.¹³ Frente a ella estaba el prestigioso Instituto y Clínica Tavistock. Había sido fundado en 1929 por Hugh Crichton-Miller para tratar los *shell-shocks*, traumas nerviosos causados por los obuses (temblores, parálisis, alucinaciones). Bajo la dirección de John Rees, sus actividades pasaron a abarcar también el tratamiento de delincuentes, en terapia individual o grupal. Bajo la influencia de Rickman y Bion, las teorías freudianas y kleinianas pasaron a prevalecer en ese ámbito, al punto de que la Tavistock Clinic era considerada uno de los bastiones de Klein. John Bowlby introdujo en ella, a partir de 1946, el espíritu de los Independientes y la terapia familiar, y Balint hizo lo propio con su técnica grupal.¹⁴

Muy combativa, incluso “dictatorial”, pero desestabilizada por la avanzada de las posiciones kleinianas, Anna Freud amenazaba y maniobraba al punto de que se temió que siguiera a Glover: ¿se podía permitir que la hija de Freud renunciara a la Sociedad Británica de Psicoanálisis? ¡Imposible! ¿Qué hacer? La atmósfera estaba electrizada al máximo.

12 Viena, Intern. Psych. Verlag, 1936; trad. franc. PUF, 1967.

13 Primero en la Jackson Nursery de Viena, después en la War Nursery de Londres y, desde 1952, en la Hampstead Child Therapy Clinic, Anna Freud realizó una observación directa de niños, fielmente secundada por Dorothy Burlingham. Anna Freud puso a punto, sobre todo con la ayuda de Sandler, un índice que permitía identificar los desvíos patológicos con relación a las líneas normales de desarrollo, desvíos que decidían la intervención analítica o terapéutica. Los trabajos de la Hampstead Clinic privilegian la observación directa del niño, más bien que la reconstrucción analítica, y dan la impresión de una trayectoria deductiva y de una gran sistematización orientada hacia la socialización del niño.

14 En 1948, John Bowlby y Esther Bick emprendieron allí la formación de psicoterapeutas de niños. Muy pronto Bick asumió toda la responsabilidad. La cura se basaba en la observación y sobre todo en el análisis de la identificación proyectiva en la contratransferencia del analista. “La experiencia de la observación [psicoanalítica del bebé en familia, instaurada por Esther Bick] ayuda al alumno a aceptar que, con respecto a sus pacientes, la pregunta queda en suspenso (como dijo Keats) [...]. La observación ayuda a ver el bebé que hay en el niño y en el adulto [...]. La diferencia está en el crecimiento creativo tridimensional que procede de la identificación proyectiva, opuesta a la socialización bidimensional o al –devenir adulto– que se detiene en la identificación proyectiva”. (Cf. *Les Écrits de Martha Harris et d'Esther Bick*, bajo la dirección de Meg Harris Williams, Éd. du Hublot, 1998, págs. 305 y 316.) No obstante, algunos comentaristas han señalado el carácter religioso de ciertos trabajos de la Tavistock, que estarían impregnados de un “espíritu matriarcal” movilizado contra el “patriarcado freudiano”. (Cf. Eli Zaretsky, en John Phillips y Lyndsey Stonebridge [comps.], *Reading Melanie Klein*, ob. cit., pág. 36.) Habrá que retener los importantes estudios realizados allí sobre la separación madre/hijo, en particular debidos a Bowlby.

También Melanie se preguntaba si no debía generar una escisión, como algunos se lo proponían. Ella repartía su tiempo entre Cambridge (con la familia) y sus pacientes, sobre todo en Escocia, en Pitlochry, donde analizó al pequeño Richard. Ausente de las Controversias al principio, envió a la batalla a los suyos, dirigiéndolos con suma habilidad y firmeza: por ejemplo, supervisó de punta a punta el trabajo de Susan Isaacs sobre la fantasía.¹⁵ Sus intervenciones orales fueron muy pocas, a veces Jones le impedía hablar,¹⁶ pero afluían sus notas y sus cartas, y cuando Klein presentaba textos, sus páginas eran densas.¹⁷ Alrededor de ella se desarrolló un verdadero espíritu militante. Los más apasionados de sus partidarios formaron el “Grupo Oí” (“Objeto Interno”) para clarificar y hacer accesible la teoría de la matriarca. El “grupo de combate” estrechó filas: lo constituían Paula Heimann, Susan Isaacs y la intransigente Joan Riviere.

En ambos bandos eran las mujeres las más activas, pero constantemente recurrían a los hombres: los papas Jones y Glover eran invocados o se encontraban presentes, y a menudo se aducía la autoridad simbólica de Freud y Abraham (en particular, lo hacía Melanie).¹⁸ La figura del padre, muerto o no, sobrevolaba sin duda las Controversias. Sobre todo porque, a la distancia, el clan kleiniano no se ve tan sólido como lo parecía en aquel momento, por lo cual el genio político de Melanie resulta más sorprendente.

Veamos dos ejemplos. Cuando todo parecía inconciliable, ella intentó una transacción con Anna Freud, en mayo de 1942. Anna Freud se manifestó “felizmente sorprendida” por esa iniciativa y, si bien se estuvo muy lejos de llegar a un armisticio, la idea de Melanie es clara: ella no quería ninguna escisión, se presentaría como la continuadora de Freud, necesitaría algún tiempo para demostrarlo, eso era todo, eventualmente con Anna o contra ella, pero no contra el psicoanálisis, que solo era y solo podía ser freudiano. Klein detestaba el adjetivo “kleiniano”, y tenía razones para hacerlo. Solo la maledicencia de Glover quería hacer creer que Melanie se tomaba por una profetisa, incluso por Jesús: la determinación de ella de innovar *en el marco del freudismo* era una convicción y, por ello mismo, una estrategia convincente.

15 Cf, Riccardo Steiner, “Le contexte des controverses scientifiques”, en *Les Controverses*, ob. cit., pág. 240.

16 Cf. la reunión del 10 de junio de 1942, ibíd., pág. 193.

17 Cf. el texto de Melanie Klein “La vie émotionnelle et le développement du moi de l’infants avec référence spéciale a la position dépressive”, y la discusión del 3 de mayo de 1944, ibíd., págs. 675-710, y págs. 733 y sigs.

18 Ibíd., págs. 681 y sigs., págs. 685 y sigs., págs. 694 y sigs., y *passim*.

Pero mi más fuerte experiencia ha sido *Más allá del principio de placer y El yo y el ello*. ¡Qué experiencia! En menor grado, a menudo he visto una nueva luz encenderse en mi propio trabajo, una luz que modificaba las cosas [Melanie se refiere aquí a su descubrimiento de la reparación y de la posición depresiva]. No creo inconcebible que estos descubrimientos podrían haber sido realizados por el propio Freud, y él habría tenido la estatura, la fuerza, el poder de presentarlos al mundo. No querría que me comprendan mal. No tengo *miedo* de luchar contra nadie, pero *luchar no me gusta verdaderamente*. Lo que deseo es dejar tranquilamente que los otros participen en algo que yo sé que es verdadero, importante, saludable..¹⁹

¡Bella insolencia y noble molestia!

Con el mismo espíritu, le envió una nota a Winnicott para disculparse por pedirle que modificara el tono de su propuesta de resolución, esta diplomacia con Winnicott tenía ante todo el propósito de proteger su pertenencia compartida al tren arrastrado por la locomotora Freud. Y a los otros miembros del grupo les dirigió el siguiente comentario con respecto a ese texto de Winnicott:

Pienso que la impresión que corre el riesgo de dar, en el sentido, de que para él, Freud es más o menos historia pasada, no solo sería peligrosa, sino que el hecho en sí no está probado. Los escritos de Freud tienen aún una actualidad total y continúan guiándonos en nuestro trabajo [...]. Todo lo que pueda dar la impresión de que a Freud podemos arrumbarlo constituye la trampa más peligrosa en la que podríamos caer.²⁰

He aquí lo que ya podría denominarse, en los términos de una buena estrategia, un “retorno a Freud” ... ¡a un Freud evidentemente renovado!

Melanie no se contenta con recordar sus posiciones a fin de defenderse, sino que también ataca a quienes no han leído a Freud como lo leyó ella,²¹ y afirma sus propias ideas. No, ella no niega la existencia de la realidad exterior de la madre, y si bien piensa que lo percibido está siempre “coloreado” por la fantasía, debe asimismo conceder que hay una “vicisitud de las relaciones con los objetos internos”, las cuales son “fluidas” y no quedan establecidas de una vez por todas.²² Sí, “los gérmenes de los sentimientos depresivos existen desde el inicio de la vida”,

19 Carta a Jones de 1941, citada por Riccardo Steiner, *ibíd.*, pág. 227.

20 MK, pág. 375.

21 En particular el texto inaugural sobre “Juanito”, que ella cita extensamente, y el material sobre “la negación”, en *Les Controverses...*, *ob. cit.*, págs. 686 (en nota) y 745, nota 1.

22 *Ibíd.*, pág. 749.

pero se especifican entre el tercero y el quinto mes, en el curso de la posición depresiva. No, el padre no está presente antes del cuarto mes en la fantasía del niño.²³ No, el amor a la madre no es simplemente una libido, sino una verdadera gratitud hacia ese ser que el niño, desde el principio, piensa a su vez nutrir,²⁴ una emoción ya muy compleja antes de la posición depresiva, aunque solo se desarrolla totalmente con esa posición.²⁵ Sí, en la relación con el pecho se construye una sublimación inmediata, que es un verdadero “puente” entre la omnipotencia paranoide del lactante y el aprendizaje de la adaptación a la realidad.²⁶

La teórica consolida su castillo mientras la mujer política intriga con habilidad, sobre todo en torno al informe preliminar de Strachey sobre la formación de los psicoanalistas. La propia Melanie no era médica, y combatía la discriminación de la que eran objeto los psicoanalistas no médicos; ella sostenía la necesidad de una formación psicoanalítica específica, ya que la formación médica en sí misma no calificaba de ningún modo para comprender la enfermedad mental. Frente a Strachey manifiesta que permanecerá “entre bastidores”, no sin sugerir muy juiciosamente que no parecía deseable “penalizar las originalidades”;²⁷ se sobreentendía que esas “originalidades” (es decir, la suya) estaban a punto de ganar. Y les recuerda a sus partidarios:

Debemos evidentemente cuidarnos de dar la menor razón para que se piense que estamos triunfando: creo ahora que puedo soportar algún tiempo más esta situación en la que mi trabajo es a la vez apreciado y denigrado, a veces al mismo tiempo y por las mismas personas.²⁸

La guerra de las damas terminó con la paz de las damas. Hubo una multitud de cambios abruptos: algunos fieles (Marjorie Brierley, Barbara Low, Ella Sharpe, así como Adrián y Karin Stephen, partidarios de la primera hora), se volvieron con hostilidad contra Melanie. En el mismo momento, Sylvia Payne (que, con W. H. Gillespie, se había declarado “independiente”, respaldando el trabajo de Susan Isaacs sobre la fantasía) se sintió decepcionada por Glover, y abandonó definitivamente al adversario de Melanie. Sylvia Payne fue elegida presidenta de la Sociedad Británica de Psicoanálisis en 1954. Las tesis kleinianas se abrieron camino,

23 *Ibíd.*, pág. 746.

24 *Ibíd.*, pág. 701.

25 *Ibíd.*, pág. 742.

26 *Ibíd.*, pág. 702.

27 *Ibíd.*, pág. 829.

28 Carta a sus amigos del 25 de enero de 1944, citada por Riccardo Steiner. *ibíd.*, pág. 811.

incluso entre los adversarios: sin aceptar la posición depresiva, la propia Anna empezó a hablar de la “tristeza de los bebés”. La señorita Freud renunció al Comité de Formación en enero de 1944 y, lo mismo que Glover, los Schmideberg y los vieneses, se abstuvo de participar en la segunda serie de Controversias. De este modo, el “poder” volvía a quedar de hecho en las manos de los miembros de la Sociedad de antes de la guerra.²⁹ Después de múltiples negociaciones teóricas y administrativas se llegó a una solución de transacción. Esas damas (y esos señores) se sometieron a los principios de una democracia de cohabitación: en el aspecto institucional, para dar satisfacción tanto a los annafreudianos como a los kleinianos, se legalizaron dos estándares de formación psicoanalítica. No sin que numerosos clínicos (y de los mejores) experimentaran con respecto a Melanie, como lo hacían R. D. Laing, Marión Milner, D. W. Winnicott y Sylvia Payne, una mezcla de irritación y admiración.

No fue uno de los menores beneficios de esta trifulca entre clanes psicoanalíticos el hecho de que permitiera analizar de cerca la lógica tiránica de los grupos, de todos los grupos. En efecto, se puede formular la hipótesis de que el funcionamiento sectario y el espíritu de capilla de los que los kleinianos no dejaron de dar prueba (se los pudo caricaturizar llamándolos “Iglesia de Ebenezer”)³⁰ le sirvieron de laboratorio a Bion (además de su experiencia de psiquiatra militar encargado de un servicio de readaptación) cuando expuso un análisis revelador del funcionamiento de los grupos.³¹ Aunque se inspiraba en conceptos kleinianos, aparentemente la obra no le gustó a Melanie, con quien Bion estaba en análisis mientras la escribía. Y había razones para que no le gustara.

Allí el autor asimila la creencia en un grupo como entidad (y no como simple agregado de individuos) con la temible relación del lactante con el pecho (u objeto parcial). Cuando no se logra responder a las exigencias de esa tarea, el hecho se experimenta como una frustración insoportable, que se revela en la regresión esquizoparanoide de los miembros de ese grupo. Aunque el grupo familiar, con su libido edípica, sigue siendo en gran medida (como pensaba Freud) el prototipo del vínculo grupal, Bion modifica sensiblemente ese análisis al proponer que la dinámica del grupo está subtendida por mecanismos mucho más primitivos, relacionados con las posiciones depresiva y esquizoparanoide según Klein. En efecto, el grupo, fuera cual fuere (basado en la hipótesis de la dependencia: el grupo religioso; en la hipótesis del acoplamiento: los aristócratas; o en la hipótesis

29 Cf. Pearl King, “Conclusions”, *ibíd.*, pág. 822.

30 Cf. MK, pág. 554.

31 Cf. Wilfred Ruprecht Bion. *Recherche sur les petits groupes* (1961), trad. franc. PUF, 1965.

del ataque-fuga: los grupos militantes), entraña una angustia psicótica y al mismo tiempo reacciones de defensa contra ella. Pues la incapacidad para formar símbolos no es solo específica de ciertos individuos aislados, como lo demostró Klein con Dick, sino que “se extiende a todos los individuos cuando actúan como miembros de un grupo básico”³².

Sin ninguna duda, las Controversias presentan la huella de esas regresiones esquizoparanoides, y la personalidad de Melanie reforzó incuestionablemente la imago de un pecho fascinante y perseguidor.³³ Pero el caso de Bion también demuestra que ella impulsó el *análisis* de este fenómeno (en el sentido etimológico de la palabra “análisis”: la descomposición del fenómeno) mediante un trabajo en efecto analítico de una profundidad y una lucidez sin precedentes, en adelante aplicable a la interpretación de todo grupo, psicoanalítico, político, religioso o de otro tipo.

Finalmente, el resultado más importante de esa “paz de las damas” fue sencillamente la prolongación del espíritu de investigación. Más allá de la constitución del grupo llamado de los “Independientes” (Jones, Sharpe, Flugel, Payne, Rickman, Strachey, Brierley, Fairbairn, Winnicott, Balint, Kluber, Khan y Bowlby),³⁴ los analistas británicos suscitaron un movimiento ecuménico de verdadera investigación psicoanalítica. En lo sucesivo, esa apertura de espíritu y ese gusto por la confrontación fueron apreciados por todos los que han pensado y piensan el psicoanálisis como una investigación viva. En última instancia, y más íntimamente, su resultado fue la meditación de Winnicott, quien –en paralelo con Bion, que redujo a polvo el espíritu de grupo– avanzó hacia una alternativa más serena, esencialmente más analítica: “La capacidad de estar solo”³⁵ (1958) como fundamento de la creatividad, y en particular de la creatividad en psicoanálisis. Melanie iba a responderle en eco, con su artículo “Sobre el sentimiento de soledad”, en el cual examinó de manera positiva dicho sentimiento... ¡Casi un programa!³⁶

2. LA ENVIDIA Y GRATITUD DE LACAN

La primera referencia de Lacan a Klein se lee en su informe dedicado a la agresividad, que él presentó en mayo de 1948 en el XI Congreso de los

32 *Ibíd.*, pág. 129.

33 Cf. *supra*, cap. IX, 2, págs. 225 y sigs. y 3, págs. 230 y sigs.

34 Cf. Eric Rayner, *Le Groupe des “Indépendants” et la psychanalyse britannique* (1991), trad. franc. PUF, 1994.

35 En *De la pédiatrie à la psychanalyse*. Payot, 1969, págs. 205-213.

36 Cf. *supra*, cap. V, 5, págs. 128-131.

Psicoanalistas de Lengua Francesa en Bruselas.³⁷ Allí asimilaba su propia concepción de las “imágenes del cuerpo fragmentado” con los “objetos internos” de las fantasías arcaicas según Melanie, y en esa “fenomenología de la experiencia kleiniana” reconoció los “fantasmas de la fase llamada paranoide”.³⁸ Mientras se apropiaba de la posición paranoide según Klein, la amplificó y definió el yo como una instancia de desconocimiento imaginario, construida como una estructura paranoica. La transferencia negativa destacada por Klein lo llevó a entender la cura como una paranoia dirigida que contribuye a deshacer los desconocimientos del yo: el psicoanálisis “induce en el sujeto una paranoia dirigida”, equivalente a “la proyección de los *objetos malos internos* según Klein, mecanismo paranoico [...] filtrado y contenido a medida”³⁹ por el análisis. Muy fielmente, Lacan remonta su concepto de “lo imaginario” (aún en gestación en 1948) hasta los trabajos de Melanie: “primordial recinto imaginario formado por la *imago* del cuerpo materno”.⁴⁰ Aparentemente, también concuerda con la idea de un superyó arcaico, con la condición de que se insista menos en la prematuración biológica que lo apuntala, y más en su dimensión cultural “significante”. La “persistencia imaginaria de los objetos buenos y malos” induce la concepción de un superyó precoz, el cual reviste para el sujeto una significación “genérica”, y lo mismo ocurre con la dependencia infantil vinculada a la “miseria fisiológica” del bebé, pero inseparable de su “relación con el ambiente humano”. El superyó aparece como una instancia significativa, en “la coyuntura de la naturaleza y la cultura”.⁴¹

Lacan retomó muchas de estas ideas en el XVI Congreso de la Asociación Internacional de Psicoanálisis, en Zúrich, en 1949, donde leyó “El estadio del espejo como formación de la función del yo”. La primacía atribuida a lo visual como organizador significativo de las otras sensaciones en la estructura del sujeto aparece, desde esta conferencia, en desacuerdo con los postulados kleinianos.⁴² En esa exposición, Lacan también rindió un homenaje enfático a Anna Freud, lo cual se ha interpretado a menudo como una estrategia política de acercamiento a la hija del “fundador”. Aunque Lacan haya tenido que caldear al menos dos espadas en la fragua

37 Cf. Jacques Lacan, ‘L’agressivité en psychanalyse’. en *Écrits*, ob. cit., págs. 101-124; Élisabeth Roudincsko, Jacques I. Lacan. *Esquisse d’une vie. histoire d’un système dépensée*, Fayard, 1993, pág. 263, y MK, pág. 486. [Ed. cast: Jacques Lacan: esbozo de una vida, Barcelona, Anagrama. 1995.]

38 Cf. Jacques Lacan, “De nos antécédents”, en *Écrits*, ob. cit., pág. 70.

39 Cf. Jacques Lacan, “I.’agressivité en psychanalyse”, *ibíd.*, pág. 109.

40 *Ibíd.*, pág. 115.

41 Jacques Lacan, “Introduction théorique aux fonctions de la psychanalyse en criminologie” (1950), *ibíd.*, págs. 136-137.

42 Cf. *supra*, cap. VII 1. págs. 159-161, y cap. VIII, 2, págs. 194 y sigs.

del psicoanálisis internacional, en esa referencia a Anna se podría ver una cierta manera de disociarse de los límites del kleinismo preocupado por el yo primitivo. Lacan busca un apoyo para su propia teoría no freudiana del sujeto, y abandona a Melanie, prestando atención por un instante a las proposiciones muy empíricas y limitativas de Anna Freud acerca de los mecanismos secundarios o de defensa del yo. Finalmente les atribuirá, tanto a las defensas yoicas de la señorita Freud como al fantasma kleiniano, una misma “función de desconocimiento”.

Mientras cortejaba a Anna, Lacan estableció contacto con Melanie, y le hizo saber que “el punto de vista progresista en psicoanálisis” (Melanie suponía que era Lacan quien lo asumía en Francia) no podría ser representado por Anna Freud en el Congreso Mundial de Psiquiatría del Niño (que iba a efectuarse en París en 1950), sino por los kleinianos.⁴³

Seducción, apropiación, superación: ese juego por lo menos ambiguo iba a concluir en un acto fallido o... ¿un verdadero sabotaje? Rene Diatkine, que estaba en análisis con Lacan, tradujo del alemán la primera parte de *El psicoanálisis de niños* (1932), y le entregó esa traducción a Lacan. Una analista que estaba en tratamiento con Lacan, Françoise Girard (quien iba a casarse con el analista canadiense Jean-Baptiste Boulanger), obtuvo de Melanie la autorización para traducir las *Contribuciones al psicoanálisis* (1948). Melanie sabía por Diatkine que la mitad de *El psicoanálisis de niños* ya estaba traducida, y que Lacan no era el autor de esa versión. Sin embargo, eso era lo que el propio Lacan les había dicho a los Boulanger al proponerles que ellos tradujeran la segunda mitad. La primera parte de la traducción, la que Diatkine le había enviado a Lacan, era inhallable. Lacan nunca admitió oficialmente que la hubiera perdido, y Diatkine no tenía ninguna copia. En enero de 1952, los Boulanger almorzaron con Melanie y le describieron el enredo. Melanie perdió toda su confianza en Lacan y en adelante se acercó a Daniel Lagache.⁴⁴

Mientras tanto, en 1952 apareció la compilación *Desarrollos en psicoanálisis* de Melanie Klein, Paula Heimann, Susan Isaacs y Joan Riviere;⁴⁵ para el septuagésimo cumpleaños de Melanie, Roger Money-Kyrle propuso un *Festschrift* que finalmente tomó la forma de un número del *International Journal of Psychoanalysis*, dirigido por Paula Heimann y Roger Money-Kyrle, con la participación de catorce colaboradores.⁴⁶ Esas

43 Cf. carta de Melanie Klein a Clifford Scott del 28 de enero de 1948, en *MK*, pág. 487.

44 Cf. Élisabeth Roudinesco, *Jacques Lacan...*, ob. cit. pág. 266.

45 Hogarth Press, 1952, trad. franc. *Développements de la psychanalyse*, ob. cit.

46 *International Journal of Psychoanalysis*, marzo de 1952; una versión revisada de esta publicación, completada con dos estudios de la propia Melanie Klein y un prefacio

publicaciones retomaban y prolongaban lo esencial de la posición kleiniana tal como emergía de las Grandes Controversias, y señalaban enérgicamente la ambición de Melanie Klein de renovar el psicoanálisis.

Dos años después, en 1954, en el curso de su *Seminario I, Los escritos técnicos de Freud*, Lacan retomó el “caso Dick” e introdujo su propia lectura de “La (de)negación”, basándose en Jean Hyppolite.⁴⁷ Como lo hemos señalado, ese texto freudiano había sido el caballo de batalla de los kleinianos en las Controversias con los annafreudianos, que no lo conocían.⁴⁸ En suma, Lacan adoptó la misma estrategia que los kleinianos en su propia refundación del psicoanálisis. Pero sin citar sus fuentes. Sin mencionar a Klein en su comentario sobre la negatividad freudiana, salvo... indirectamente, remitiendo a Kris y a Melitta acerca del caso clínico del Hombre de los Sesos Frescos.

En última instancia, el desplazamiento lacaniano fue considerable: la primacía del significante borraba radicalmente lo que hemos denominado “el encarnacionismo” kleiniano, su concepción continuamente heterogénea de un imaginario que sería simultáneamente cosa e imagen, sensación o afecto y representación.⁴⁹ Lacan se sitúa en otra parte, traza sus propios “desarrollos” y sus “*new direction?*”, pero olvidando a las mujeres que los inspiraron, y evitando enfrentarse con ellas.

Sin embargo, en algunas partes se refiere a la obra de Klein, casi siempre con respeto, como si superara la envidia sin alcanzar la gratitud, aunque sintiendo afinidades profundas, sobre todo con la concepción kleiniana de una paranoia originaria y de una fantasía precoz estructuradora del yo. La “posición depresiva” kleiniana sería asimismo comparada con el “estadio del espejo” lacaniano, en la medida en que ambos conceptos atestiguan “la naturaleza propiamente imaginaria de la función del yo en el sujeto”.⁵⁰ Al “genio de Melanie Klein” se le rendiría homenaje por haber “reconstituido” el “fondo de depresión” provocado

de Ernest Jones, iba a editarse con el título de *New Directions in Psychoanalysis. The Significance of Infant Conflict in the Pattern of Adult Behaviour*, Londres, Tavistock, 1955, reed. Karnac Books, 1977.

47 Cf. *Supra*, cap. VIII, 2, págs. 193 y sigs.

48 “Casi ignoran los últimos escritos de Freud [...]. Además, muy pocas veces utilizan el artículo corto De la negación, texto muy importante y verdadera pequeña obra maestra, en el cual los kleinianos fundan muchas de sus pretensiones al apoyo que habría podido aportarles Freud.” Cf. Riccardo Steiner, en *Les Controverses...*, ob. cit., pág. 248.

49 Cf. *supra*. cap. VII, págs. 161 y sigs.

50 Jacques Lacan, “Variantes de la cure type”, aparecido en 1955, cf. *Écrits*, ob. cit., pág. 345.

por la pulsión de muerte.⁵¹

En cambio, se señala con mucha violencia el desacuerdo fundamental: se trata de la falta de referencia a la función paterna, así como de una teoría del sujeto *e*, incidentalmente, de la reducción del pene al papel de apéndice, en esa hipóstasis de la imagen materna, que encontramos en Klein y que siempre seguirá siendo extraña a Lacan. Lacan le critica entonces a Jones que suscriba la “perfecta brutalidad” de los conceptos kleinianos, y no vea en el pene más que un objeto parcial, y no “el falo”: denuncia la ligereza con que “incluye los fantasmas edípicos más originarios en el cuerpo materno, desde su procedencia de la realidad que supone el Nombre-del-Padre”.⁵²

“Tripera inspirada” sigue siendo la fórmula más impresionante de esa envidia y esa ingratitud. ¿Acaso había yo escuchado esas palabras solo en un seminario aún inédito? No lograba encontrarlas en los escritos disponibles. La cita inhallable era el síntoma indeleble de una Klein inasible, que contaminaba a quienes la amaban y a quienes la detestaban: puesto que no se la podía encerrar en un texto cuidadosamente formulado (era una fundadora sin texto, como lo hemos visto), ¿se contentaba con hacer hablar, soñar, asociar?. ¿Era, en suma, una analista con la que Lacan habría hecho un pequeño fragmento de cura, yendo hasta el Hombre de los Sesos Frescos, ese plaguario que “se copiaba” sin decirlo?

Finalmente encontré esa fórmula en un texto de Lacan dedicado a... André Gide.⁵³ Formaba pareja con un ataque “extrañamente poco sostenido” (según decía el propio Lacan, que sin embargo no dejaba de recordarlo) de Gide contra Freud, calificado por el autor de *Los monederos falsos* como “un imbécil de genio”. Después de haber observado, con Jean Delay, el laberinto de las identificaciones gideanas, sobre todo con el discurso de la madre sin dones que “llenaba el vacío con una pasión por su institutriz”, Lacan aborda el vínculo del escritor con su prima Madeleine, y termina comparando el imaginario de Gide con un “teatro antiguo”, lleno de “conmociones, derrumbes, formas gesticulantes”, “un estremecimiento en el fondo del ser, un mar que lo sumerge todo”. Eso femenino aterrador genera las pesadillas de un “crique qui croque” [bahía que tritura] al joven André, y en seguida el amor se invierte en el más allá de la muerte, cuando termina la risa, antes de que una Medea vengativa, acompañada por la Dama de los trovadores y la Beatriz de Dante, llegue a puntuar las visiones

51 Jacques Lacan. “Remarque sur le rapport de Daniel Lagache” (1960.), *ibíd.*, pág. 667.

52 Jacques Lacan, “Propos directifs pour un congres sur la sexualité féminine”. *ibíd.*, págs. 728-729.

53 Le agradezco este señalamiento a Catherine Millot.

gideanas y lacanianas del “agujero negro”. En este contexto se inscribe la alusión a Melanie Klein, cuyo nombre permanece oculto:

Ese vacío pobló al niño con monstruos cuya fauna no conocemos desde que una arúspice de ojos de niño, tripera inspirada, nos ha hecho su catálogo, mirándolos en las entrañas de la madre nutricia.⁵⁴

“Imbécil de genio” (Freud según Gide) y “tripera inspirada” (Klein según Lacan): por cierto una mujer “arúspice” que dijo mucho sobre los fantasmas fóbicos de las “tripas” maternas según Gide, endosadas aquí por Lacan, de las cuales el hombre y el artista se evadirían mediante la “inspiración”... Pero encontramos muy poco sobre la obra en sí de Melanie Klein. Salvo que el psicoanalista señala a justo título, y a los efectos de la clínica, que resulta esencial comprender de qué modo esos fantasmas primarios del niño se originan en la propia madre. Lacan nos invita a escuchar a la niña que fue la madre, la niña que es siempre una madre cuando analizamos al hijo de la madre.

3. LA IZQUIERDA Y LAS FEMINISTAS SE APROPIAN DE LA “TRIPERA INSPIRADA”

Hay por cierto una paradoja kleiniana. *Por un lado*, la vulgata mecánica del kleinismo (muy simplificada, y a veces proveniente de ciertos textos de la propia Melanie), destila numerosas recetas de escuela. Las “posiciones”, con los preceptos de “reparación” e “integración del yo” asestados a lo largo de columnas completas, se presentan como otros tantos consejos juiciosos para las familias en las revistas pedagógicas. *Por otra parte*, una disidencia inquieta, en una época de conformismo y de transgresiones programadas, revela la visión sombría del ser humano como gobernado por una pulsión de muerte apenas transformable en creatividad, con la condición de que ese ser disponga de alguna posibilidad innata, de una aptitud para el amor... y de una “madre suficientemente buena” (dirá Winnicott, para contrarrestar el imperio del “objeto interno” en Melanie).

Estos dos rostros del kleinismo no han dejado de atraer la atención de los sociólogos y otros teóricos de la modernidad ingleses, así como de las feministas británicas y estadounidenses. Entre los psicoanalistas, Melanie Klein es tal vez la única que, sin haber propuesto ella misma una reflexión directa sobre la historia y la sociedad modernas (como lo hicieron un Freud o un Reich), suscitó desarrollos políticos que exceden en mucho el alcance

⁵⁴ Jacques Lacan. “Jeunesse de Gide ou la lettre et le désir”. (1958,). *ibíd*, págs. 750-751.

inmediato de sus concepciones clínicas. Su empirismo y sus torpezas teóricas hacen que la obra sea intrínsecamente abierta y polisémica, e inducen por defecto interpretaciones fagocitantes. Pero esto no basta para explicar ese éxito sociológico, que parece debido en parte a la atracción que ejerce el psicoanálisis de las profundidades en nuestro mundo contemporáneo, para cuya comprensión las ideologías y filosofías clásicas resultan caducas.

En una élite no conformista, la especificidad del psicoanálisis, que está en el cruce de la utilidad empírica y las audacias especulativas, la destinaba muy particularmente a convertirse en el nuevo modelo para pensar los vínculos sociales, más allá de la familia y en los grupos, respetando la posibilidad de estar solo.⁵⁵ Desde las “consideraciones socialistas” inspiradas por el psicoanálisis kleiniano, hasta los proyectos de una “buena sociedad” atenta al “mundo interior”, pasando por una revaluación del rousseaunismo a la luz de una crítica social basada en la obra de Klein,⁵⁶ en el curso de la última década se han multiplicado los trabajos. Sin duda desbordan los ensueños más ambiciosos de una Melanie preocupada por ser útil a la sociedad, y anulan definitivamente las acusaciones más acidas de sus detractores de la época, que le reprochaban que se hubiera volcado exclusivamente al mundo interior.

De modo que se perfilan dos rostros del kleinismo incluso en las extrapolaciones sociológicas de la obra de Melanie. Unas acentúan la teoría de lo negativo, la importancia de la pulsión de muerte y de las fuerzas destructivas que gobiernan a las figuras del contestatario, del rebelde, cuando no del paranoico o del egotista secretamente esquizofrénico. Esta lectura, más atenta a la interpretación, realizada por los psicoanalistas franceses, recientemente ha comenzado a aparecer también en la pluma de numerosos teóricos británicos.⁵⁷ Otros, por el contrario, desde hace ya una decena de años, se felicitan por haber descubierto en Melanie Klein un fundamento del vínculo social, privilegiando la conciliación y llevando al extremo lo que incluso algunos clínicos kleinianos no se privan de exagerar: *la reparación*, el establecimiento de la relación de objeto y la

55 Cf. Melanie Klein, “Se sentir seul”, en *Envié et gratitude*, ob. cit., págs. 119-137, y cf. *supra*, págs. 128 y sigs.

56 Cf. entre otros, Michael Rustin, “A socialist consideration of Kleinian psychoanalysis”, en *New Left Review*: 131. 1982. págs. “1-96; Michael y Margaret Rustin, “Relational preconditions of socialism”. en *Capitalism and Infancy*. B. Richards (compj. Londres, Free Association Books. 19H-t, págs. 20” y 225: y *The Good Society and the Inner World: Psychoanalysis, Politics and Culture*, Londres. Verso, 1991; cf. también Fred C. Alford, *Melanie Klein and Critical Social Theory. an Account of Politics, Art and Reason based on the psychoanalytic Theory*. New Haven. Conn.. Yale Univ.. 1989.

57 Cf. I.yndsey Stonebridge y John Phillips. *Reading Melanie Klein*, ob. cit.

simbolización, en detrimento de la violencia y la angustia. Al hacerlo, quienes se alinean en esta corriente corren el riesgo de transformar el psicoanálisis en asistencia social, o incluso en una religión laica.

Esto no impide que, sobre la marcha, intente construirse un socialismo preocupado por el universo interno, por el *self* depresivo, nutriéndose en el pensamiento kleiniano para curar las heridas de la mundialización en curso.

Por ejemplo, Michael Rustin⁵⁸ y Margaret Rustin⁵⁹ consideran que Melanie amplió el campo del psicoanálisis al proponer una concepción racional de la naturaleza humana que, aunque habitada por la destructividad y la avidez, es profundamente moral. En esta visión podría basarse el socialismo, si acaso debe reemplazar a las religiones en crisis. Se propondría entonces a los hombres y las mujeres modernas, no como un simple consuelo, sino como un humanismo lúcido, capaz de pensar la muerte, la sexualidad destructiva, lo infantil y las diferencias innatas. Algunas de las premisas de una democracia social que los autores creen encontrar en el psicoanálisis kleiniano son: que justifica la importancia de la familia, rehabilita la *emoción* y el *sentimiento* por encima de la razón abstracta, indica la pertenencia del yo a una comunidad social desde el nacimiento, etcétera. En esas premisas se inspiran para consolidar un socialismo en el cual las reivindicaciones individuales son reconocidas como tales, sin que se las subordine de inmediato a las exigencias del grupo. Más liberal, Money-Kyrle, remitiéndose también a Melanie Klein, piensa que una moral depresiva basada en el amor y la preocupación por el otro se opone al totalitarismo y al capitalismo salvaje. Michael y Margaret Rustin, por su parte, proponen un modelo de democracia en el cual el Estado debe preocuparse por las necesidades sociales sin conculcar las libertades individuales, para regular un liberalismo todopoderoso. Los autores llegan muy naturalmente a la conclusión de que la teoría kleiniana “provee las bases teóricas principales para un mejor sistema de los servicios sociales, así como las medidas principales para juzgar su eficacia”.⁶⁰

De manera análoga, Fred C. Alford⁶¹ quiere elaborar una sociología capaz de poner remedio a las dificultades que enfrentó la Escuela de Francfort cuando propuso un nuevo concepto de “razón” para aprehender

58 Michael Rustin. “A socialist consideration of Kleinian psychoanalysis”, ob. cit., págs. 71-96.

59 Michael y Margaret Rustin. “Relational preconditions of socialism”. ob. cit., págs. 2CF-225.

60 *Ibíd.*, pág. 218.

61 Cf. Melanie Klein and Critical Social Theory.... ob. cit.

las relaciones humanas. Por partir de la teoría freudiana de las pulsiones sexuales y el Edipo, el Eros según Marcuse, se opone en vano a una sociedad fundada en la represión; una sociología que se inspire en él corre el riesgo de encallar en un “instrumentalismo interesado”. Esto es lo que dice Alford. Por el contrario, una sociología derivada del kleinismo podría modelar un vínculo social en el que prevalezcan la reparación y la reconciliación.⁶² Aunque reconoce que practica una verdadera “revisión” del kleinismo clínico, Alford no vacila en hacer de Melanie Klein una “teórica social”.⁶³ al poner el acento en las “pasiones” siempre relacionadas con el otro y dotadas de dirección y coherencia, más que sobre las “pulsiones”, más o menos fragmentadas y fragmentadoras, Melanie Klein permitiría fundar una “razón reparadora” y un “individualismo reparador”. Su rasgo principal sería la preocupación por el otro, así como la creación de un vínculo social no coercitivo, definido como una “estructura social flexible y elástica”. Esta maduración moral que apunta a la reparación y la reconciliación sería posible en el plano individual y en los pequeños grupos; los grupos grandes, por el contrario, se defienden de la angustia mediante el retorno a mecanismos esquizoparanoides, y le cierran el paso a la lógica del individualismo reparador. La “razón instrumental” que imponen el ultraliberalismo, la especulación de los mercados financieros, la explotación desenfundada de la naturaleza y el dominio totalitario de la sociedad, enraizan en la posición esquizoparanoide, caracterizada por la tendencia a la posesión y el dominio. En cambio, la razón reparadora puede reconciliar y organizar una sociedad que se base en la preocupación y el respeto por el otro, más que en la represión y la instrumentalización. La obra de Melanie Klein alienta esta visión de la naturaleza humana, basada en una moral originaria. A los ojos del sociólogo, Klein parece menos pesimista que Freud, aunque no ignora las fuerzas destructivas. El ser humano no sería un *self* aislado, sino un *self* eminentemente social, dotado de una “ética eudemonista”, lo que significa que el yo kleiniano necesita “reparar para ser feliz”. En suma, el autor propone una lectura que privilegia las tendencias reparadoras de la clínica kleiniana, en detrimento de lo negativo (que otros, por el contrario, se han complacido en subrayar).⁶⁴ A pesar de la reparación, Alford no reconoce la dimensión trágica del pensamiento kleiniano, puesto que la avaricia, la

62 “Al ocuparnos de los otros en el interior de nosotros mismos no tratamos de superar su diferencia, sino de afirmar nuestra propia individualidad mediante un acto de *caritas*, un acto que parte de nuestras propias fronteras para alcanzar las de un otro, sin negar nunca esas fronteras respectivas.” *Ibíd.*, págs. 183-184.

63 Melanie Klein como teórica social es el título del primer capítulo de Alford.

64 Cf. *supra*, cap. VIII, 2.

envidia y el odio hacen del mundo un lugar vacío y hostil, y no hay redención ni salvación total⁶⁵ para el *self* según Melanie.

Sin negar al hada reparadora, resulta imposible no constatar que la bruja Klein abre perspectivas más inquietantes y, por ello mismo, mucho más fecundas para avanzar en la noche humana y social. Abordaremos brevemente aquí otra lectura social inspirada en trabajos clínicos psicoanalíticos.

En efecto, mucho antes de la conmoción de Mayo del 68 y de la fuga anarquista de *El anti-Edipo*,⁶⁶ que precedió en poco tiempo la pasión lacaniana por la paranoia femenina,⁶⁷ Melanie vio al individuo como una economía movida por la pulsión de muerte, intrínsecamente esquizoparanoide y poco dispuesto a adaptarse a la realidad. Los annafreudianos le reprochaban que no tuviera en cuenta a la familia y la madre reales (mucho menos al padre), así como tampoco a la realidad exterior que había que conocer, sino que se encerraba en un mundo de fantasías sádicas, o en todo caso esencialmente negativas. Esto no era así, puesto que la dinámica psíquica del niño, según Klein, depende del mundo interno de la madre, que al niño le parece un objeto externo. Es cierto, sin embargo, que Melanie no creía en la adaptación, pensaba incluso que la adaptación no era una idea psicoanalítica, y censuraba en consecuencia a Anna Freud por el hecho de que, como una institutriz, se preocupara exclusivamente por las defensas del yo con vistas a una buena educación.

En sustancia, Melanie decía que todos somos esquizoparanoides: esto resultaba seductor para los contestatarios ingleses. Más aún, sostenía que toda autoridad, y en primer lugar la autoridad parental, es fuente de inhibición y de angustia: recordamos a la madre atea y el padre creyente de Fritz,⁶⁸ quienes, siguiendo los consejos de la analista, redujeron la presión sobre el hijo, para que el niño pudiera pensar.

Bajo la autoridad (que otros llamarán “simbólica”) del padre, acerca de la cual ella no habla, Melanie diagnostica el poder de la madre, que

65 “Una perspectiva kleiniana no da muchas esperanzas de que se produzca una transformación total de la humanidad [...]. No obstante, según esta perspectiva, la naturaleza humana, en su estado actual, nos permite una cierta esperanza, aunque sigue siendo innegable que, hasta aquí, y trágicamente, esa esperanza no se ha realizado, sobre todo en los grandes grupos.” *Ibíd.*, pág. 136.

66 Cf. Gilles Deleuze y Félix Guattari, *L'Anti-Edipo*, Éd. de Minuit, 1972. [Ed. cast.: *El anti-Edipo*, Buenos Aires, Paidós, 1998.]

67 Cf. Jacques Lacan, “Le cas Aimée ou la paranoia d'autopunition” (1932), y “Motifs du crime paranoïaque: le crime des sceurs Papin” (1933). en *De la psychose paranoïaque dans ses rapports avec la personnalité*, seguido de *Premiers écrits, sur la paranoia*, Seuil, 1975, págs. 153-343 y págs. 389-398.

68 Cf. *supra*, cap. II, 1, pág. 46.

considera el verdadero sostén de toda ley. Melanie nunca define la femineidad en términos de pasividad, como lo hace Freud. En Klein, la femineidad se desdobla en una *receptividad* (sucedánea de la fase oral en la niña y el varón, que aspiran por igual a incorporar el pene y el pecho que lo contiene) y en un *poder primordial y aterrador de la madre*, sostén de toda autoridad tiránica y prototipo del superyó (con el padre acoplado a ella). Según Klein, la ley se basa en ese poder de la “madre con pene”, que la psicoanalista trata de distinguir de la “madre fálica” freudiana, pues para la fantasía kleiniana el órgano masculino no es un postizo visible, sino un suplemento interno de la madre, más amenazante que carnavalesco. A pesar de haber descubierto ese basamento de la autoridad fálica paterna que sería el poder fantasmático de la madre con pene, Melanie Klein no instituyó una potencia rival, aún más sólida, en la cual ella pudiera creer como otros creen en el padre. Por el contrario, Melanie intentó *encontrar el modo de desembarazarse* de ese último secuaz del miedo, de ese anclaje infantil de la tiranía. La madre como objeto interior es el “doble” de la madre real, y esa duplicación, que encierra al niño, hace que el mundo se sustraiga al juicio y a la verificación perceptiva:⁶⁹ la madre real es solo una pantalla “coloreada”, producto de nuestras fantasías, de la identificación proyectiva, o de unas y otra. Para llegar a un juicio no aterrado sobre la realidad, podemos por cierto contar con los cuidados satisfactorios de nuestras madres, de los que felizmente ellas son *capaces*, pero se nos invita sobre todo a recurrir al análisis para tener la posibilidad de reelaborar nuestras fantasías de omnipotencia, en definitiva materna.

Melanie no distanció el poder materno de la realidad para replegarlo en la fantasía del yo con el objeto de desvalorizar a la madre real o al rol de lo percibido en la experiencia infantil, según la acusaron de hacerlo los annafreudianos en las Controversias. Muy por el contrario, su objetivo era desrealizar a ese secuaz imaginario de la autoridad, que nosotros creemos erróneamente real, y anclar el análisis en el inconsciente fantasmático del *self* que lo sufre. El poder materno y la autoridad paterna serían entonces como los artefactos de una memoria filogenética y ontogenética hecha de biología y representación, que tapizan al sujeto del psicoanálisis y que este sujeto tiene la posibilidad de desconstruir: con la ayuda de ciertas madres suficientemente buenas y suficientemente distantes, gracias, finalmente y sobre todo, a la transferencia y la interpretación analíticas.

Afirmar que se trató de un interminable ajuste de cuentas con Libussa es menos interesante que comprender el modo en que Melanie sustrajo a la autoridad masculina, y a su zócalo maternal arcaico, el poder de intrusión

69 Melanie Klein. *Essais de psychanalyse*. ob. cit . pág. 3-13.

abusiva en nuestras vidas psíquicas. Bion y Winnicott iban a clarificar este tema, y lo desarrollaron hablando del “ensueño de la madre” (versión positiva generadora de la vida psíquica), y de “madres intrusivas” (versión maléfica desestructuradora del psiquismo). Más que un anarquismo, desde los primeros textos de Melanie, que desconstruyen el poder imaginario de la madre primitiva, lo que se perfila es una visión profundamente desengañada y compasiva del ser humano. Y su obra continúa seduciendo a los comentaristas contemporáneos, a tal punto que, desde la década del '30, en la que Melanie propuso sus hipótesis sobre el poder tiránico, el mundo no ha cesado de ver los peores ejemplos en materia de esquizoparanoia, abuso o derrumbe de la autoridad.⁷⁰

No obstante, ese hundimiento central (en el corazón del ser humano tanto como en el núcleo del lazo social) tiene en Melanie una violencia destructiva que revela ser no menos salvadora. En primer lugar, la pulsión masoquista ansiógena, que me fragmenta en pequeños trozos hasta hacer imposible o destruir mi capacidad de pensar, tiene la extraña virtud de volverse hacia afuera y poner un objeto-meta. Por otra parte, este vuelve de inmediato y se instala en mí como objeto interno, para roerme desde el interior (si es “malo”) o para convertirse en el núcleo sólido de mi yo (si es “bueno”). En Klein, estos retornos de lo negativo tienen en cuenta la realidad (los padres, sus cuidados, su autoridad), pero no tanto. Todo lo que Melanie les pide a las potencias externas es que existan en grado mínimo: que no invadan demasiado las modulaciones de los objetos internos oscilantes entre la envidia y la gratitud.

De esta visión (que apenas hemos esquematizado) resulta que la Autoridad y lo Real, la Ley y el Mundo, deben mantenerse a la mayor distancia posible. No se trata de abolirlos ni de ignorarlos: Melanie no es una libertaria ni una adepta de la Ilustración que vea en el “contrato social” un mal radical que hay que destruir, o al menos perfeccionar. Su visión tiránica y taliónica de la ley y la autoridad percibe la realidad del mundo como esencialmente coercitiva. Peor aún: esa autoridad y esa realidad estarían en nosotros desde nuestro nacimiento, e incluso antes, por la fuerza del destino biológico, y nos trabajan desde adentro bajo la forma de un superyó draconiano proveniente del objeto persecutorio, a menos que sea innato. Por lo tanto, no se trata de negar la autoridad, ni de adaptarse a la realidad para conocerla mejor, puesto que, de todas maneras, la autoridad y la realidad están desde siempre en nosotros, y nosotros somos sus portadores. Lo único que podemos conocer es la violencia de nuestra

70 Cf. John Phillips. “The fissure of authority. Violence and the acquisition of knowledge”, en Lyndsey Stonebridge. John Phillips. *Reading Melanie Klein*, ob. cit., págs. 160-178.

pulsión de muerte, su compensación por obra de nuestra capacidad para amar, y la lógica de nuestras fantasías. A partir de este conocimiento del mundo interior se haría posible una cierta apertura hacia la realidad, pero bajo la forma de un proceso de aprendizaje *discontinuo*. Los desarrollos ulteriores de Bion y Winnicott sobre “aprender de la experiencia” y acerca de la “realidad transicional” están en germen en esta negociación de la pulsión de muerte en Klein, que reduce la fantasía al mismo tiempo que la autoridad coercitiva del objeto, para construir con ellas, poco a poco, a lo largo de un prolongado recorrido, una realidad *pensable*.

Para Klein no hay o hay muy poco “madre real”, porque la única madre que le interesa es la *madre pensable*. Y la madre es pensable si y solo si un conocimiento de la fantasía mortífera que me habita puede dibujar en el objeto real una porción de objetos pensables para mí: un objeto con el que yo pueda hacer un juego, es decir, finalmente, un símbolo. La madre exterior puede o no satisfacerme, lo que equivale a decir que le da o no pruebas al mundo interior de mis fantasías. Al hacerlo, me ayuda a ajustar el mundo interior a una “realidad” que, en ese contexto, solo aparece después de un proceso de aprendizaje creativo y, a fin de cuentas, infinito.

El modelo de ese conocimiento sin cesar reiniciado de la realidad no es otro que la relación transferencial: al respetar la fantasía e interpretarla, el analista no fija la *realidad* por conocer ni la *ley* que hay que seguir, sino que le da al *yo* la posibilidad de crear continuamente una realidad que es por cierto cada vez más objetiva, pero sobre todo la única pensable para mí, vivible para mí, deseable para mí.

En este punto, del pensamiento de Klein se desprende una visión de la libertad que sedujo particularmente a los sociólogos ingleses: la de una creatividad respetuosa del *self*, que no es una adaptación normativa ni la transgresión jovial de la autopia, a la manera latina antiedípica. Pues lo que equilibra ese sistema de la autorregulación kleiniana es la experiencia de la pérdida y la depresión consiguiente. Se produce cuando la maduración neurológica y el ajuste de los dos universos (por un lado, la fantasía del *niño*, y por el otro la fantasía y realidad para la *madre*) permiten la separación, que tiene lugar bajo el régimen de la culpa y la aflicción. Aflicción y culpa son las circunstancias internas (y por lo tanto intrínsecamente psicosomáticas, a la vez alma y carne) de la severidad de la ley que me constituye bajo la forma del superyó. Al final de este trayecto, una negociación óptima entre la violencia interna y la autoridad externa llegan a significarme que hay otro, y que ese otro es a la vez externo (aprendo a conocer a mi madre como objeto total, y en consecuencia logro acceso a cualquier otra realidad exterior) e interno (soy capaz de símbolos, “yo pienso” después del “yo fantaseo”).

Esta visión de la libertad, empírica en Klein, iba a encontrar su explicitación más elaborada en la ética protestante de un Winnicott.⁷¹ Él desarrolló una concepción del juego que, de cierta manera, se asemeja a la de Anna Freud, porque la sexualidad aparece en latencia: el niño juega por jugar, cuando es capaz de liberarse de la significación fantasmática (este tren es un tren, y no el pene de papá, como pretendía Melanie). En esta ausencia de significación sexual “kleiniana”, el jugador encuentra la gratuidad de las significaciones que recrea. Por el contrario, cuando aparece la excitación sexual,⁷² el juego se detiene. Pero aquello a lo que apunta la interpretación-en-el-juego de la propia Klein (mejor que las sistematizaciones de su escuela, a las cuales se la ha reducido), ¿no es también ese atravesamiento de lo sexual, su morigeración y su diferencia por la palabra indiferente del tercero, que no obstante lo tiene en cuenta y comienza por restituirle la carga traumática? Según la señorita Freud, esa morigeración exigía una educación previa. Lacan estipuló que bastaba la función paterna. Todo analista debería aprender a jugar, jugar a jugar con cada analizante, propuso Winnicott. Más sombría y directa, Melanie dejaba actuar la verdad distanciada de la palabra interpretativa, consecutiva a la identificación proyectiva del paciente, pero también del analista: si yo fuera tú, jugaríamos y lo diría. Ida y vuelta de las identificaciones sexuales, de las proyecciones y de los distanciamientos...

Sería inútil buscar en Klein el punto de apoyo de esas metamorfosis de lo negativo, de las cuales, sin embargo, como acabamos de verlo, ella sigue las transformaciones creativas y generadoras de esa autonomía personal que encantó a tal punto a los teóricos ingleses. Lacan debía remediar esa falta, inscribiendo la existencia del Edipo y el superyó kleinianos en la preexistencia de lo simbólico en los seres humanos, tal como se pone de manifiesto en el Nombre-del-Padre y en la pregnancia del Falo, cuya función paterna es portadora de lo imaginario.

En cambio, y como en contrapunto con el cristianismo intelectualista o tomista a la manera de Lacan, Klein comienza con una actitud misericordiosa y atenta a la destructividad abismal.⁷³ Pero, sobre todo en la

71 Cf. *supra*, cap. VIII, 3, págs. 206 y sigs.

72 Cf. en este sentido los comentarios de Jacques Hochmann. “Winnicott et Bion dans l’après-coup des Controverses”, en *Bulletin de la Société psychanalytique de Paris*, n° 50. julio-agosto de 1998, ob. cit., págs. 141-142.

73 La misma que los teólogos, sobre todo los protestantes y los ortodoxos, denominan “kenosis”, de *kénós*, “vacío”, “inútil”, “vano”, remitiendo al “no ser”, a la “inanidad” y a la “nada”. La *kenosis* evoca la encarnación como una experiencia límite, puesto que el punto culminante de la forma humana que asumió el Cristo fue el aniquilamiento y la muerte.

segunda parte de su obra, introduce nociones que traducen procedimientos psíquicos positivos: la capacidad de reparación y el amor con la gratitud, en oposición al sadismo, a la tiranía del superyó y a la envidia. Esas positivities sublimatorias, remitidas también a la constitución pulsional, innatas o favorecidas por los cuidados parentales óptimos, presentan la ventaja de que abren las interfaces todavía enigmáticas entre el psicoanálisis y la biología. Pero no nos permiten pensar los fundamentos psicósomáticos de esa versión kleiniana de un Eros que no se agotaría en el placer, sino que se manifiesta en primer lugar como llevado por la ternura hacia el otro y por una inmensa nostalgia derivada de la posición depresiva.

¿Sería esta una inhibición de la pulsión en cuanto a su meta? Otras analistas propusieron pensar de este modo esa sublimación precoz de la libido en la ternura.⁷⁴ Pero no precisaron lo que la hace posible: ¿una aptitud innata, en este caso para inhibir la meta de la pulsión, o bien un recurso al tercero simbólico, el padre o su sustituto, que morigerara el sadomasoquismo de la diada madre-hijo y facilita el camino del *infans* hacia la sublimación?

Hay muchas omisiones en Melanie...

Por ejemplo, tampoco pensó la histeria de conversión ni la locura histérica. Ahora bien, la angustia fóbica proyectada adentro a fuerza de objetos internos, ¿no sería una especie de conversión psíquica?

Melanie subestimó el deseo de la madre, y también su odio, que sus sucesores, como Kate Friedlander o D. W. Winnicott, reubicaron en su puesto. Pero ¿fue verdaderamente una subestimación? ¿O solo una exageración de algún modo retórica, que escogió la distorsión o la hipérbole para convencer mejor? Poniéndose en el lugar del yo frágil (el bebé, el niño), más que en el de la realidad externa (la madre, la realidad) a fin de construir paso a paso esa misma realidad exterior, al mismo tiempo que la creatividad simbólica del paciente...

Melanie eludió la perversión, al interpretar que el infiel Don Juan sólo quería demostrarse que no amaba a la madre (cuya muerte temía, porque la amaba con un sentimiento posesivo y destructor), sin reconocer, en el exceso de libido perversa, ni la fuerza del deseo ni el desafío al padre, y viendo solo una defensa contra la dependencia dolorosa.⁷⁵ Pero esta denigración aparente del deseo, ¿no es, por el contrario, un modo de tomar seriamente en cuenta y profundizar una quemadura mortal? En Klein, el

74 Cf. Catherine Harat, *L'Affect partale*, PUF, 1995.

75 Cf. Melanie Klein, "L'amour, la culpabilité et le sentiment de réparation". en Melanie Klein y Joan Riviere, *L'Amour et la haine* (1937) trad. franc. Petite Bibliothèque, Payot. 1968. pág. 110.

deseo proclama siempre, y de modo paroxístico, una angustia; solo es placer en los momentos de tregua, y está siempre pronto a buscar el goce en el amor y la gratitud.

4. LA MADRE INTERIOR Y LA PROFUNDIDAD DEL PENSAMIENTO

El atolladero kleiniano con respecto al valor simbólico de la paternidad no necesita comentario. Releamos, para demostrarlo, la reflexión siguiente sobre el papel del padre, asimilado a una madre buena:

La satisfacción que un hombre tiene al darle un bebé a su mujer [...] significa el rescate de sus deseos sádicos respecto de la madre y la restauración de esta última [...] Por otra parte, al compartir el placer maternal de su mujer, el hombre satisface sus deseos femeninos, lo que constituye para él otra fuente de placer.⁷⁶

Si bien es cierto que ella reconocía aquí la feminidad del hombre que otros se complacen en ignorar, subsiste el hecho de que en Melanie queda muy poco del hombre que no sea dependencia respecto de la madre...⁷⁷ En cambio, en la clínica, el corte de la interpretación inscribe la función paterna. Con la pertinencia de su decir, Melanie suscribe el papel de ese otro que asume al padre en la familia, y que el analista significa con la justeza distante de su palabra. Salvaguardando implícitamente la función del padre, Melanie se atiende entonces al lugar del analista, y no al de la asistente social o maternal. Paralelamente, esa asunción implícita se acompaña de una investigación sin precedentes sobre la función materna. Las feministas se felicitaron por la alternativa propuesta de este modo al machismo freudiano y al falocentrismo lacaniano. Otras lamentaron lo que consideran un “normadvismo” kleiniano, es decir, su adhesión a la pareja padre-madre y a la heterosexualidad como condiciones del desarrollo creativo de la psique.

Por ejemplo, feministas como Nancy Chodorow,⁷⁸ Jessica Benjamín⁷⁹ y

⁷⁶ *Ibíd.*, pág. 104.

⁷⁷ Salvo en el estadio fálico, sobre todo en el varón cf. *supra*, cap. IV, 4. pág. 147). pero también en la niña (cap. VI. 3. pág. 142).

⁷⁸ Cf. Nancy Chodorow. *The Reproduction of Mothering. Psychoanalysis and Sociology of Gender*, Berkeley y Los Ángeles, Univ. of California Press. 1978, que insiste en la transmisión del deseo de maternidad al interior de la relación de objeto entre la madre y su hija. [Ed. cast.: *El ejercicio de la maternidad*, Barcelona, Gedisa, 1984.]

⁷⁹ Cf. Jessica Benjamín, *Les Liens de l'amour*, trad. franc. París, Métaillié, 1992: a la luz del vínculo entre la madre y el bebé, la autora se interesa por la tensión intersubjetiva en la relación erótica entre dos personas, más bien que por la interna del

Dorothy Dinnerstein⁸⁰ se basan en la teoría kleiniana de la relación de objeto para sostener que el Edipo no es la única puesta a prueba de la autonomía del sujeto, como lo pretenden Freud y Lacan, quienes utilizarían esa primacía edípica para insinuar un desarrollo moral y libidinal inferior en la mujer. Pero, ¿no buscan estas teóricas reemplazar el inconsciente por la relación de objeto, y el psicoanálisis por una profilaxis de la salud emocional? Un número especial de *Women: A Cultural Review*⁸¹ reaccionó a los excesos del freudismo y el lacanismo dogmáticos efectuando un “turn to Klein”, un “giro” hacia Klein. El aporte más pertinente de esa relectura de Melanie tiene que ver con la exploración de las relaciones precoces entre la madre y el bebé, preedípicas en el sentido freudiano, de un Edipo precoz en el sentido kleiniano, y apunta a precisar con mayor exactitud el rol del padre en esa lógica primaria de la fantasía, en la que la pulsión está, no obstante, articulada en torno a una identificación primaria de tipo oral con el padre deseado por la madre.⁸²

Por haber centrado su investigación en la madre (primero en su dominio, y después en su asesinato para que viva el simbolismo), la orestiana Melanie Klein se ubicó, como hemos dicho, en el núcleo de la crisis de los valores modernos. Reparar al padre y restaurar el conocimiento de la realidad –dice ella en sustancia– son objetivos secundarios, poco interesantes, por su carácter potencialmente tiránico, y por otra parte irrealizables sin la creación de una vida psíquica. Nadie ha rechazado mejor que Melanie lo que Jean Gillibert llama “ese abandono vil al jefe”.⁸³ En efecto, el universo kleiniano, sin jefe (pues la madre no es un jefe, sino un objeto de poder fantasmático dueño de la angustia), está destotalizado. Con la única condición de que, al perder el objeto de la angustia y reelaborar esa pérdida, el *self* podría acceder a la vida del espíritu que Winnicott formula como una “transicionalidad”.

Para que haya transicionalidad es fundamental el vínculo con la madre (no con una madre fálica, sino con una madre habitada por el deseo del individuo.

80 Cf. Dorothy Dinnerstein. *The Mermaid and the Minotaur: Sexual Arrangement and Human Malaise*. Harper Perennial. 1991, que analiza la “androginia” de la mujer como consecuencia de la relación de “pareja” establecida por la niña con su madre en el período preedípico.

81 Con textos de Ann Scott. Janet Sayers. Elaine Showalter, Margot Waddell. Mary Jacobus. Noreen O’Connor. Juliett Newbigin. y una entrevista de Hanna Segal realizada por Jacqueline Rose, primavera de 1990. vol. 1, nº 2.

82 Cf. Mary Jacobus, *ibíd.* Cf. también Janet Sayers. *Les Mares de la psychanalyste*: trad. franc. FLF, 1995, y Teresa Brennan. “The Foundational fantasy”. en *Histoty after Lacan*. Londres, Routledge. 1993, págs. “9-111.

83 Cf. James Gammil *et al.*. Melanie Klein aujourd’hui. ob. cit.. pág. 143

padre bajo el aspecto del pene). En Klein se trata de un vínculo aterrador, del que el niño indefectiblemente fóbico aprende a deshacerse (el Juanito de Freud fue el prototipo discreto) y tiene éxito gracias a la simbolización. Para llegar a ese punto, el bebé sádico-fóbico se basa en su propia capacidad de experimentar placer, gozar, y también en la respuesta materna a sus angustias, siempre que sea suficientemente benévola y distante.

Klein no desvaloriza el deseo: lo desmitifica a medida que desmitifica la pulsión de muerte, demostrando que ella es pensable, que es incluso fuente del pensamiento. Las dificultades teóricas que el psicoanálisis acumula en este trayecto son las aporías metafísicas a las cuales no se sustrae ninguno de los conocimientos sobre el ser humano ni sus terapias. Esas dificultades tienen el temible privilegio de situarnos en el lugar más remoto, donde, cuando se desgarran la promesa de protección paterna que va de la mano con la protección trascendental, la “caña pensante” que se supone que somos enfrenta una alternativa dramática que es la versión contemporánea de la tragedia. Entonces nos vemos reducidos a oscilar entre la propia dispersión y la crispación identitaria, entre esquizofrenia y paranoia, con la única vecindad segura de las madres paranoicas, crueles y frágiles. El analista que se propone conducirnos al simbolismo se ve entonces obligado a *ser eso*, a compartir esa paranoia cruel y frágil. Para mejor desprenderse de ella y, en esa posesión/desposesión, revivir y hacernos revivir continuamente la depresión como condición de la creatividad. La creatividad del propio analista y la de sus pacientes.

Con Freud y Lacan convertimos en nuestro Dios al erotismo, y al falo en el garante de la identidad; ahora Klein nos invita a nutrir nuestras ambiciones de libertad en las regiones más primitivas, más arcaicas del psiquismo, allí donde el *uno* (la identidad) aún no ha llegado a *ser*. Advertimos entonces que Melanie, por debajo de su aspecto de matrona feliz por haberse establecido en Londres para crear una escuela, es nuestra contemporánea.

Observemos los objetos del imaginario moderno, las exposiciones u otras instalaciones producidas en las fábricas del “*post coitum animal triste*”: ¿no son bazares de “objetos internos”, hechos de senos, de leche, de heces y orina, sobre los cuales flotan las palabras y las imágenes de algunas fantasías muy perversas y defensivas, esquizoides-paranoides-maníacas, cuando no simplemente depresivas? Una inversión del proceso de la simbolización. Y ni que hablar los juegos electrónicos cuya violencia enloquece a las asociaciones de padres —puesto que sus hijos se “proyectan” (¡y sí!) en ellos, al punto de no diferenciar ya la imagen y la realidad—, juegos en los que el mundo moderno parece hundirse en una

fantasía, en el sentido kleiniano del término, taliónica y realista. Con la diferencia de que, en Melanie, el analista acompaña esa fantasía, la formula y la interpreta para hacerla pensable y solo de ese modo atravesarla, no prohibirla ni reprimirla. Por el contrario, los asesinos inconscientes de las escuelas estadounidenses solo han tenido por *baby-sitter* a la pantalla televisiva y, sin que ninguna palabra los salvara del dominio imaginario, son los náufragos de una posición depresiva nunca consumada, víctimas señaladas de la regresión esquizoparanoide. Melanie anunció esas fantasías antes de la Segunda Guerra Mundial, pero no por eso se burla sarcásticamente y triunfa: las acoge con la compasión de una cómplice que nos lleva a creer que ya no está tan mal jugar para decir el deseo de muerte, pero que juntos lo podremos hacer de otro modo.

Esta es la verdadera “política” del kleinismo, que de todos modos deja en suspenso una cuestión interna del psicoanálisis: si es cierto que la ideología implícita en las profundizaciones kleinianas alimenta una faz de la filosofía social contemporánea, ¿qué puede decirse en este sentido de la continuación de su clínica? El poskleinismo, ¿no ha producido ya todos sus frutos?⁸⁴ La investigación psicoanalítica se sitúa hoy en un ecumenismo que toma proposiciones de las diversas escuelas (freudiana, kleiniana, bioniana, winnicottiana, lacaniana...), y afina la escucha específica debida a cada paciente, preocupándose por una interpretación atenta a las nuevas enfermedades del alma, sin el objetivo de construir sistemas inéditos para batallas futuras. Este retroceso del militamiento no es necesariamente un tiempo muerto, ni tampoco indica un agotamiento del psicoanálisis.

Por el contrario, el psicoanálisis está animado por un movimiento doble. Por una parte, se abre a otros campos de la actividad humana (la sociedad, el arte, la literatura, la filosofía), a los que ilumina con una inteligibilidad renovada, y de tal modo da cuerpo y despliega el sentido de sus propios conceptos fuera de lo estrictamente clínico. Por otro lado, al focalizarse profundamente en síntomas específicos, se afina y diversifica para captar mejor y atender a la singularidad de cada paciente, evitando la generalidad de las estructuras. Esto impulsa sus intervenciones hasta las fronteras de la significación y la biología. Como en muchos otros dominios, al tiempo de los “genios” y los grandes sistemas lo suceden hoy la aventura y los riesgos personales, los intercambios entrecruzados en redes. Con su gusto por el poder, acentuado por la época y la circunstancia, y a pesar de él, Melanie Klein, en el fondo, sigue siendo una anunciadora de esas dos tendencias simultáneas.

Ella pensaba que el *interior* de la madre (invisible pero imaginado con

84 Cf. nuestro recuerdo de algunas de sus tendencias, *supra.* cap VIII. 3.

una población de objetos amenazantes; por empezar, el pene del padre) les presentaba a los dos sexos las más antiguas situaciones de angustia: la angustia de castración no era más que *una* parte, por cierto capital, de esa angustia más general concerniente al interior del cuerpo. Melanie sostenía también que los objetos “malos” eran contrabalanceados por objetos “buenos”. Y que, finalmente, con el pensamiento se constituía una *interioridad psíquica*, una “profundidad” (*depth*), primero apenada y después aliviadora y alegre, que es lo único capaz de superar el miedo a ese interior materno.

De un interior al otro, de la angustia al pensamiento: la topografía kleiniana es una sublimación de la cavidad, una metamorfosis uterina, una variación sobre la receptividad femenina. Melanie convirtió en autoconocimiento su propia proximidad con la profundidad innombrable, antes de convencernos de que ese conocimiento imaginario es valioso para todos, hombres y mujeres. La fantasía encarnada del interior materno se transforma, por el sesgo de la interpretación analítica, en un medio para el conocimiento de uno mismo: el dominio privilegiado de ese autoconocimiento no es ya la fe, sino el psicoanálisis.

Con Melanie Klein, la fantasía relacionada con la madre se ubica en el centro del destino humano. En nuestra cultura judeocristiana, esta revalorización significativa de la madre no carece de importancia. La fertilidad de la madre judía era bendecida por Yahveh, pero suprimida del lugar sagrado donde se despliega el sentido de la palabra. La Virgen Madre se convirtió después en el centro vacío de la Trinidad Cristiana. Hace dos mil años, el Hombre de Dolor, Jesús, fundó una nueva religión apelando al padre, sin querer saber lo que había en común entre él y su madre. El niño kleiniano, fóbico y sádico, es el doble interior de ese hombre visible y crucificado, su interioridad dolorosa habitada por la fantasía paranoide de una madre omnipotente. Se trata de la fantasía de la madre que mata y que hay que matar, de una representación encarnada de la paranoia femenina en la cual se proyecta la esquizoparanoia de nuestro yo primitivo y débil. Pero el sujeto llega a liberarse de esa profundidad mortífera, con la condición de reelaborarla indefinidamente como el único valor que nos queda: la profundidad del pensamiento.

Igual que el analista, pero sin saberlo, la madre acompaña al hijo en esta reelaboración en la que él la pierde, y después la repara con palabras y en pensamientos. La función materna consiste en esa alquimia que pasa por la pérdida de uno mismo y del otro para alcanzar y desarrollar el *sentido* del deseo mortífero, pero solo en el amor y por la gratitud en la que se realiza el sujeto. El vínculo de amor con ese objeto perdido que es la madre, de la cual “yo” me separo, sucede entonces al matricidio, y se rodea

de una aureola de pensamientos. Haber ligado de este modo, mediante lo negativo, la suerte de lo femenino con la supervivencia del espíritu no es el menor resplandor del genio de Melanie Klein.